

Clara Usón

Las fieras

Índice

Sinopsis

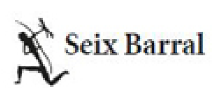
Idoia López Riaño, conocida como la *Tigresa*, fue una de las más sanguinarias terroristas de ETA y la que más atrajo la atención de los medios, tanto por sus atentados como por su belleza. Su historia, repleta de claroscuros, transcurre en paralelo a la de Miren, una adolescente que busca su lugar en el Euskadi de los años de plomo y que se esfuerza por parecer normal en una familia que no lo es, con un padre al que teme, un policía de la vieja escuela metido en la chapuza miserable de los GAL.

Las fieras es una novela fascinante que retrata de forma magistral a una generación sacudida por la violencia, encarnada en dos mujeres cuyas historias quedan ligadas por un asesinato sin resolver, durante la guerra sucia entre la ETA y los GAL. Entre unos y otros escribieron una de las páginas más abominables de la historia reciente.

Clara Usón, Premio Nacional de la Crítica con *La hija del Este*, vuelve a profundizar en la frivolidad del mal en una novela sorprendente, documentada con minucioso rigor, que, en su logrado equilibrio entre hechos reales y ficción, mantiene al lector en vilo hasta la última página.

Las fieras

Clara Usón



A los que dudan

Dulce y honorable es morir por la patria.

HORACIO

Una vida no vale nada, pero nada vale una vida.

ANDRÉ MALRAUX

Nunca en mi vida he querido a ningún pueblo o colectivo, ni al alemán, ni al francés, ni al estadounidense, ni tampoco a la clase trabajadora o nada por el estilo. De hecho, solo quiero a mis amigos, y soy completamente incapaz de cualquier otro amor.

HANNAH ARENDT

1

Esto es lo que me contaron. Una tarde de septiembre del año 1985 un hombre fue tiroteado en el umbral de su casa, en una ciudad de Bizkaia. Su hijo, de diez años de edad, también resultó herido y murió en el hospital dos días después, sin haber recuperado el conocimiento. La mujer del difunto, y madre del niño, los encontró al regresar del supermercado; el hombre caído de bruces sobre un charco de sangre en el zaguán, frente a la puerta de entrada; a pocos metros el niño, tendido de espaldas. El hombre presentaba seis impactos de bala, dos de ellos mortales; tenía la cara completamente desfigurada. Al niño le alcanzó una única bala en la frente. La mujer sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser hospitalizada. No supo, no le dijeron, que su hijo había fallecido hasta al cabo de una semana. El niño agonizó, solo, durante cuarenta y ocho horas en la unidad de cuidados intensivos. La otra hija del matrimonio se hallaba en el extranjero cuando sucedieron los hechos.

La noticia, en estos términos y con expresiones casi idénticas, fue publicada en la prensa nacional y, con un poco más de detalle, en la prensa local de la época, en la que, por ejemplo, se recogía la supuesta condición de policía del hombre fallecido, desmentida por una fuente de la propia Policía Nacional, que matizó que la víctima del atentado ya no formaba parte del cuerpo. Un medio de la izquierda *abertzale* especuló con la supuesta vinculación a los GAL del hombre asesinado. Otros le atribuyeron simpatías ultraderechistas. En todo caso, la cobertura fue escueta y el atentado no mereció la primera página de ninguna publicación escrita. ETA mataba a menudo por aquellas fechas y muertos más importantes, o más numerosos, captaron la atención de los reporteros. ETA nunca reivindicó el atentado, cuyo ejecutor, o ejecutores, no han sido identificados.

Un transeúnte, que circulaba por la calle del inmueble en el que se cometieron los asesinatos, dijo haber visto a dos jóvenes, un varón y una mujer, las cabezas cubiertas con pasamontañas y cascos, que salieron a la carrera del edificio y se montaron en una Vespa, con la que se alejaron muy deprisa. Se da la circunstancia de que el testigo era amigo del hombre fallecido. Una vecina de las víctimas declaró a la policía que oyó voces masculinas que discutían a gritos, procedentes del apartamento contiguo, y a continuación detonaciones de arma de fuego, cuatro o cinco disparos por lo menos. No vio nada. No salió al

rellano para averiguar qué había pasado por precaución, no fuera a ser que por meter las narices en casa ajena le llegara una bala perdida. Lo que hizo fue llamar a la policía, que por desgracia llegó al lugar más tarde que la mujer de la víctima, cuyos alaridos alertaron a todo el vecindario. Era una familia conflictiva, el hombre y la mujer tenían unas discusiones terribles, a menudo de madrugada. El hombre tenía mal carácter, era un chulo y un maleducado. Eso no se lo dijo la vecina a la prensa ni a la policía, pero lo sabía todo el edificio. El niño, cuando fue asesinado, iba descalzo, llevaba unos pantalones blancos de judo y el torso desnudo. La mujer murió de pena al cabo de tres meses, una forma amable de decir que se quitó la vida. Esto lo sé porque yo conocía a la familia.

La prosa burocrática de las páginas de sucesos —el fallecido, la víctima, los impactos de bala, las declaraciones de los testigos, el lugar de los hechos— sirve para despachar con eficacia y en pocas líneas una tragedia que, por el efecto deshumanizador de la jerga periodística, deja de serlo para transformarse en una noticia más, que mañana será antigua. Cuando conoces a las personas a las que se refiere esa noticia —recuerdas el timbre de voz, su peculiar manera de reírse, sus debilidades, sus manías, cómo se sonrojaba el niño cuando le pillaban en falta, o, en el caso del hombre asesinado, la furia de sus ojos cuando se alteraba—, ese léxico aséptico, funcional, produce extrañeza, incredulidad y también pena, es como un entierro anticipado, antes de sepultar los cuerpos bajo tierra ya los han borrado del mundo con palabras. Y quizá porque en el año 1985 ETA mató a treinta y siete personas e hirió a muchas más, y la investigación a fondo de tantos atentados era tarea ímproba, o porque aquellas dos víctimas eran de poca monta, la indagación policial sobre los asesinatos fue superficial, perezosa; se limitó a la autopsia de los cadáveres, a la inspección forense del escenario de los crímenes y a la toma de declaraciones de un par de testigos, luego se dio carpetazo y el padre y el niño asesinados pasaron a engrosar la lista de más de trescientos presuntos crímenes de ETA no aclarados. En realidad, ni siquiera eso, las escasas evidencias de que disponía la policía no le permitieron concluir, sin lugar a duda, que la organización terrorista fuera la autora de los crímenes.

Yo no me explico tanta incuria, no hay peor ciego que el que no quiere ver, para mí está muy claro quién cometió ese atentado y no entiendo cómo la policía no siguió la pista de los dos jóvenes que, según el testigo presencial, huyeron en moto del lugar del crimen poco después del atentado. No hay que ser una investigadora avezada —no es mi caso, soy inspectora, pero de ascensores— para hallar paralelismos inquietantes con otros asesinatos que un comando de ETA cometió en Guipúzcoa por aquellas fechas, basta con repasar la

hemeroteca.

El día 16 de noviembre de 1984, Joseph Couchot, un empresario francés con antecedentes por contrabando, almorzaba en el restaurante Eguzkia de Irún, sentado a una mesa próxima a la puerta. A las 13.35 horas tres encapuchados, dos hombres y una mujer, irrumpieron en el local y le dispararon. Joseph Couchot cayó al suelo, donde fue rematado de un tiro en la cabeza. Los agresores escaparon en un Seat Ronda robado aquella mañana en Rentería, que apareció abandonado, dos horas más tarde, en una calle de esa misma ciudad, vacío pero no del todo: el propietario del coche fue hallado, atado y vivo, en el maletero.

Joseph Couchot había anunciado su asesinato. Las revistas *Tiempo*, *Enbata* y *Punto y Hora de Euskal Herria* lo habían vinculado con el grupo terrorista GAL; el día antes de su muerte, *Punto y Hora* publicó una réplica de Couchot en la que este negaba toda relación con los GAL y responsabilizaba al director de la revista de lo que le pudiera suceder. La muerte de Couchot fue reivindicada por ETA militar.

Tres meses después, el 26 de febrero de 1985, a las 20h de la tarde, el marinero Ángel Facal Soto comía un bocadillo a la puerta de un bar de Pasajes de San Pedro, junto a unos amigos. Una Vespa llegó de repente; tanto el piloto como su acompañante, una mujer, cubrían sus cabezas con cascos y llevaban pasamontañas. La mujer bajó de la moto, descerrajó un solo tiro mortal en la sien de Ángel Facal Soto, subió rauda a la Vespa y se dio a la huida con su compañero. ETA emitió una declaración en la que asumía el atentado como parte de su campaña contra el tráfico de drogas. El muerto, al parecer, era adicto a la heroína y, según rumores, trapicheaba con drogas.

El conductor de la Vespa era José Ángel Aguirre Aguirre, militante de ETA; su acompañante y ejecutora del asesinato era su entonces novia y compañera de militancia, Idoia López Riaño. Ambos eran muy jóvenes y hacían sus primeros pinitos como terroristas. Por aquella época, alternaban los asesinatos con los atracos de bancos a mano armada. La prensa los llamaba Bonnie and Clyde.

La policía conjeturó que al niño lo mataron por accidente; acababa de regresar de clase de judo y debía de estar desvistiéndose en su habitación, de ahí que fuera descalzo y medio desnudo. Al oír los gritos de los que habló la vecina o el ruido seco de las detonaciones, atravesó corriendo el pasillo y luego el comedor, hacia la entrada del piso; una bala dirigida a su padre le dio de lleno en la frente cuando se asomó al recibidor. Supongo que fue así, quiero pensar que fue así, que lo mataron por azar, que no vio a un hombre, o a una mujer, apuntándole a la cabeza con deliberación. Prefiero creer que no se enteró, que el impacto de bala lo sorprendió en la carrera y no tuvo tiempo de ver a su padre desplomado en el suelo, ni a unos

encapuchados con revólveres en la mano, que no llegó a saber que le habían disparado y que iba a morir con solo diez años. Me he preguntado muchas veces por qué salió de su cuarto al oír el alboroto, qué le movió a acudir corriendo al zaguán. No era un niño arrojado, ni temerario, todo lo contrario, era retraído, tímido, medroso, ni siquiera le gustaba el judo, que practicaba por obligación. Tuvo que ser así: alguien llamó al timbre, el hombre abrió y se encontró con dos o tres encapuchados —una mujer y uno o dos hombres—, armados con sendos revólveres Browning, que le dispararon, y cuando sonaban los últimos tiros apareció el niño, alertado. Pero hay detalles que me desconciertan: las voces airadas que dijo escuchar la vecina, que el hombre abriera la puerta a desconocidos. ETA no solía dar explicaciones a sus víctimas, las mataba sin más. Y el hombre tenía motivo para ser cauto y solía tomar precauciones, no me cabe en la cabeza que abriera la puerta de su casa sin cerciorarse de quién se hallaba al otro lado.

Puede que la vecina se inventara el griterío que precedió al crimen, era una mujer fantasiosa, una lianta, una cotilla, y cabe suponer que los asesinos no se presentaron como tales, sino como operarios de la luz o del gas o como policías incluso, tenía que haber entrado en sus cálculos que la gente no suele abrir la puerta a desconocidos y aún menos en el País Vasco en aquella época.

José Ángel Aguirre Aguirre e Idoia López Riaño formaban parte del comando Oker, un comando «legal» de ETA, es decir, no fichado por la policía, que fue desarticulado en octubre de 1985, tras haber participado en, al menos, treinta y un atentados terroristas, entre ellos los asesinatos de Ángel Facal Soto, Joseph Couchot y el policía nacional Máximo Antonio García Kleiner. También se les atribuye el incendio de la empresa aceitera Koipe, que supuso pérdidas de mil millones de pesetas, y múltiples atracos a bancos y cajas de ahorros de la zona. Un robo a mano armada en una entidad bancaria de Rentería llevaría a su detención; los terroristas cometieron la torpeza de utilizar para el atraco un vehículo propiedad de José Ángel Aguirre Aguirre. El comando Oker contaba con una extensa red de colaboradores y cuatro integrantes: José Ángel Aguirre Aguirre, Ramon Zapirain Tellechea, que fueron detenidos por la policía, y Arturo Cubillas Fontán e Idoia López Riaño, quienes lograron huir. En la noticia publicada el 23 de octubre de 1985, en *El País*, se les atribuye el propósito de atentar contra el ministro del Interior, José Barrionuevo, con ocasión de alguna de sus regulares visitas al País Vasco para asistir a los funerales de las víctimas de ETA.

Había tres hombres y una mujer en el comando Oker y quien con el tiempo destacaría más, hasta alcanzar una fama siniestra, sería la mujer, Idoia López Riaño, conocida como la Tigresa. Y esto es lo que

me cuesta concebir, que una muchacha de apenas veinte años, de clase trabajadora, hija de inmigrantes, se adhiriera con tal entusiasmo a una causa que hubiera debido resultarle ajena, la del nacionalismo vasco. En cierto sentido, Idoia López Riaño me recuerda a Torquemada, el inquisidor descendiente de judíos conversos que no cejó hasta lograr la expulsión de los suyos.

«El nacionalismo es el opio del pueblo», les decía yo a mis alumnos —antes de ser inspectora de ascensores fui profesora de Historia—, «el nacionalismo es por definición excluyente, xenófobo, producto de un delirio colectivo, de un malsano orgullo geográfico y de un odio feroz al otro, el enemigo. ¿Qué mérito tiene haber nacido aquí o allá?», preguntaba, retóricamente, a mis pupilos. «Es puro accidente. ¿Cómo puede determinar la identidad de nadie? El Estado nación es un invento infame, fruto de las divagaciones de algunos filósofos alemanes, y el *Volksgeist*, el supuesto espíritu del pueblo, una sandez muy peligrosa en la que creían Hitler, Mussolini, Franco y todos los fascistas que en el mundo han sido. No hay patria buena, la patria mata, espero que nunca se os pase por la cabeza morir por la patria», les advertía, les suplicaba, y terminaba citando al escritor inglés E. M. Forster, quien escribió: *Si tengo que elegir entre traicionar a mi país y traicionar a mi amigo, espero tener las agallas de traicionar a mi país*.

Era como predicar en el desierto, mis alumnos eran adolescentes abúlicos que solo me prestaban interés y fijaban sus ojos en mí cuando sonaba el timbre que anunciaba el fin de la clase. Me corrijo, era mucho peor que predicar en el desierto, las dunas de arena no se escandalizan, ni incoan un expediente en contra, ni te expulsan por terrible que sea la monstruosidad que acabes de proferir, pero los padres de los alumnos abúlicos se soliviantaban por cualquier menudencia y el director del colegio no les iba a la zaga. Puede que fuera cierto, que mis arengas antipatrióticas fueran intempestivas y doctrinarias, pero también adoctrinan los libros de texto que evocan supuestos pasados gloriosos y victorias épicas. Me pone los pelos de punta el lema «Patria o muerte», quien está dispuesto a morir por la patria suele estarlo a matar por ella. Eso hizo Idoia. ¿Qué sé de ella?

Qué sabes tú de mí, María Ortega, no sabes nada; los tópicos que repiten los medios, que soy una psicópata, una mujer sanguinaria y calculadora, una vampiresa, seductora de policías, una traidora, una terrorista, aunque hasta ahora nadie me había comparado con Torquemada. Yo no maté a ese hombre ni a ese niño (yo nunca he matado a un niño), no tengo idea de quiénes eran. Estoy harta de que me imputen muertos espurios, cualquier día me acusarán de haber matado a Kennedy. No soy una terrorista, defender a tu pueblo no es terrorismo. Yo nunca he matado de forma indiscriminada. Joseph Couchot sí era terrorista, un terrorista de

Estado, un miembro de los GAL, un mercenario del Gobierno español que asesinaba a refugiados vascos en Iparralde, a abertzales *inocentes, y a otros que no eran* abertzales*, ni siquiera vascos… Nos declararon la guerra, una guerra muy sucia, y si ellos nos mataban a nosotros, no se nos puede reprochar que nos defendiéramos, matándolos a ellos. En cuanto a Ángel Facal, era un narcotraficante que secuestraba niños en el barrio de Txintxerpe y San Pedro, niños hijos de los marineros que iban a Terranova; les inyectaba heroína en las venas a la fuerza, ayudado de dos sicarios y a altas horas de la noche. Varias madres nos enviaron cartas pidiéndonos que hiciéramos algo y acabáramos con aquello. ETA tenía valores, al contrario que el Gobierno del Estado español, que buscaba drogar a los jóvenes vascos y regaba de heroína Euskal Herria para volver yonquis a los futuros* gudaris*. Yo lo maté para salvar la vida de la juventud de Euskal Herria. ¿Es eso ser terrorista?*

Yo hice lo que hice movida por mis ideales, yo fui una adolescente idealista. A los quince años ya estaba metida en el ambiente abertzale*, iba a las manifestaciones de las Gestoras Pro Amnistía con mi madre —que es muy de izquierdas, vengo de una familia roja, rojísima—, y tenía mucha conciencia política, yo veía cómo el Estado español, y su policía, nos reprimían, nos encarcelaban, nos torturaban, nos mataban… Yo quería ser bombera, salvar vidas, pero me plantearon este dilema: ¿por qué conformarte con salvar unas pocas vidas cuando puedes salvar a un pueblo entero? Y me metí en ETA. Si me hubiera dedicado a divertirme, como hacían otras chicas de mi edad, mi vida hubiera sido más fácil, pero yo no quería una vida fácil, yo quería hacer la revolución: yo soñaba con una Euskal Herria independiente, socialista, justa, feminista, libre de la opresión del Estado español, y las revoluciones, María Ortega, siempre se han hecho con sangre, no repartiendo propaganda ni pegando carteles, por eso yo les dije: «quiero ser una* gudari *y unirme a la lucha armada», pero no me hacían caso y me daban más carteles, más propaganda, porque era mujer y joven. La lengua vasca es una lengua feminista, en euskera no hay géneros, pero los militantes de ETA y sus dirigentes de feministas no tenían nada, tardé bastante en darme cuenta, demasiado. De jovencita me jugaba la vida en las manifestaciones, quemando autobuses en La Alameda, cajeros de bancos, cabinas telefónicas, levantando barricadas, tirando piedras, cócteles molotov, enfrentándome a la* txakurrada *que me daba de hostias, ¡menudos golpes de porra!, y me asfixiaba con sus botes de humo, pero allí estaba yo, en primera fila, la única mujer, o casi, dando la cara. Yo les quería demostrar a los de arriba, a los que mandan, que por ser mujer no era menos* gudari *y que ser de fuera no me hacía menos* euskaltzale*. Eso me daba un coraje tremendo, que me llamaran* «koreana», «mantxurriana», «belarrinotx» *(«orejas pequeñas», hasta a mis orejas les ponían pegas), porque mi padre era de Salamanca y mi madre extremeña. ¡Yo nací en Donostia! Fue el amor lo que me impulsó a*

la lucha armada, el amor a los bosques, a los ríos, a las piedras, al mar bravo de Euskal Herria y a sus gentes nobles. ¿Cómo no va a formar parte de mi identidad el paisaje en el que crecí y que me hizo como soy? Yo amo a mi pueblo y a mi tierra con locura, pero todo hay que decirlo: hay vascos muy racistas, hay vascos muy machistas, y al cabo del tiempo he comprendido que Euskal Herria no me merecía. Yo hubiera querido ser Tania, la compañera del Che Guevara, nunca la mujer de Sabino Arana, un burgués retrógrado y racista. Eso fue entonces, ahora me digo: ¿por qué la compañera?, ¿por qué Tania? Yo tenía que haber aspirado a ser el Che Guevara.

2

—¿Te duele?

Ella respondió que no, para nada, pero sí le dolía, quizá su vagina era demasiado estrecha; temió que él la acusara de eso, de tener una vagina defectuosa. A él le había costado bastante entrar, y cuando por fin lo consiguió, a ella se le escapó un grito y le clavó las uñas en la nuca. Él paró de golpe y levantó la cabeza, ella le pidió perdón, aflojó las manos y cerró los ojos. Al poco ya no le dolía, no sabía si le gustaba o no, era una sensación nueva que no había aprendido a interpretar. Se oyó gemir de una forma extraña, grititos agudos surgían de su garganta acompañando al jadeo del chico que precedía a cada embestida y al chirrido rítmico de los muelles de la cama; pensó esto va bien, es como tiene que ser —había visto películas—, y cuando él salió a toda prisa de su interior, restregó el pene contra su vientre y notó un hilillo viscoso y húmedo que se expandía y bajaba por su ingle, sintió alivio y una punzada de orgullo, supo que no había hecho el ridículo. Él resollaba, agotado, la cabeza derrumbada sobre su pecho. Con una mano le revolvió el pelo, con la otra le acarició lentamente la espalda, ya no estaba cohibida, se sintió experta.

Él le preguntó «¿qué tal?» aparentando indiferencia.

—Me ha encantado —dijo ella, ansiosa por complacerlo.

—¿Es la primera vez?

Se echó a reír.

—¡Qué va!

—No sé... me ha parecido... ¿Cuántas veces has follado?

Tardó en responder, como si estuviera haciendo cálculos.

—Con esta cuatro. ¿Y tú?

—No llevo la cuenta, bastantes —se jactó él, incorporándose para poder rascarse el hombro y, a continuación, los testículos.

Fue una decepción; esperaba, puede que no una declaración de amor, pero sí una caricia o un gesto cariñoso, que él le dijera «me gustas», algo tierno, alentador, no que se rascara los testículos para luego retreparse contra el cabezal, las manos cruzadas en la nuca y la mirada perdida en la pared de enfrente. Sintió la punzada de la duda, quizá no había estado a la altura. Cuando estaban follando —había sido todo tan rápido que no le había dado tiempo a pensar— tal vez tendría que haber sido más osada, mientras él le acariciaba el clítoris y la vulva, ella podría haber correspondido deslizando la mano hasta

su polla, para hacer con ella no sabía qué, algo adecuado. Él tenía una polla grande, a ella se lo parecía, y le había dado reparo acariciarla, ¡era tan tímida! Quiso romper el silencio con un comentario casual, despreocupado, que desmintiera su turbación, pero no se le ocurrió ninguno. Pensó en decir «qué cómoda es la cama de tus padres» cuando él se le adelantó:

—Normalmente duro más —le informó, mirando al aire—. En el primer polvo me corro enseguida pero en los siguientes aguanto bastante. Tienes las tetas pequeñas.

Hubiera querido excusarse, prometer «me van a crecer más». Él, magnánimo, la tranquilizó.

—Me gustan las tetas pequeñas. Me gustan las chicas andróginas, como tú, aunque las tetas grandes también tienen su rollo.

No supo qué decir.

—Después de follar siempre me entran ganas de fumarme un peta —dijo él, saltando de la cama. El cuerpo enjuto, casi esquelético, desapareció tras la puerta, que dejó entreabierta.

Oyó un borboteo de orina en el cuarto de baño contiguo y el ruido de una puerta al cerrarse y los pasos quedos de unos pies desnudos que se alejaban por el pasillo. No oyó, en cambio, el ruido de la cisterna del váter, era un guarro, como su hermano, todos los chicos son unos guarros. Detestaba ser tímida, le hubiera gustado ser desenvuelta y confiada, como su madre, que hablaba con todo el mundo como si no hubiera distancia entre ella y el resto de seres humanos, como si los conociera desde siempre aunque acabara de encontrárselos. La habitación de los padres del chico era muy distinta a la de los suyos; era más amplia —todo el piso era más grande, con los techos más altos, unos techos antiguos, estucados con volutas lascivas— y mucho más moderna, desenfadada, con los cojines indios tirados de cualquier manera sobre la cama, la colcha de retales coloridos, la ikurriña enorme colgando de la pared, sobre el cabecero, la cómoda rosa —de un rosa chillón— atestada de potingues y cremas y un cepillo para la ropa y otro para el cabello —sucio de pelos enredados en las púas, se había fijado—. (El cepillo de su madre, con mango de plata, regalo de bodas, siempre estaba impoluto, y los muebles de la habitación de sus padres eran más formales, de madera oscura, a juego el chifonier con el armario empotrado, el armazón de la cama y las mesillas de noche.) Un espejo con luces laterales se apoyaba sobre la cómoda rosa, y a la derecha, pegadas a la pared, fotos de la madre del chico ensayaban una especie de *collage*. Era una actriz famosa, eso decía él. Ella nunca había oído hablar de aquella mujer, aunque a él le había dicho que sí, claro que la conocía, era su actriz favorita. Hacía teatro y en las fotos del *collage* se la podía ver vestida de mil maneras: de romana o de griega, de antigua, como de la

Edad Media, de moderna, muy maquillada, con una peluca pelirroja. En una de las fotos tenía en la mano una calavera y la miraba como si fuera a comérsela. Según él, su madre era muy guapa, pero a ella no se lo parecía, tenía los ojos demasiado grandes, la boca demasiado ancha y los pómulos demasiado marcados, era una belleza exagerada.

Él regresó con un porro en la mano y media erección, lo cual le preocupó, con una vez le había bastado. Él volvió a recostarse en la pared, saboreando el porro, «es doble cero, culero culero». Ella expresó admiración. Él tardó un rato en pasárselo, ella inspiró con ahínco. «No lo chupes», la riñó, «los porros chupados me dan asco». Ella se disculpó mientras aspiraba el humo, por lo que tosió.

—¿Nunca has fumado un peta?

Ella respondió que sí, por supuesto, y no mintió, la semana anterior había dado dos caladas a un porro con unas chicas de su clase, al salir del instituto, y le había dado una risa loca, no había parado de reír en toda la tarde. Él le habló de sus planes de ir a Ketama con unos amigos y comprar varios kilos de costo. Se iba animando mientras le contaba lo que iba a hacer con su parte del botín, se iba a comprar una moto, una Lobito, quería hacer motocross y participar en carreras, ella le escuchaba sin ningún interés, por educación, aquel porro en lugar de alegrarla le inducía una lasitud invencible, prefería que él siguiera con su cháchara a que le propusiera follar, se sentía incapaz, del todo incapaz de hacer nada, y entonces se abrió la puerta de la habitación.

—¿Qué haces en la habitación de *ama*?

—¿Y tú, qué haces aquí? —replicó el chico a la joven que había entrado en el cuarto sin avisar. Se volvió hacia ella y le informó—: es mi hermana.

La hermana gritó algo en vasco. Había desprecio en sus ojos miopes tras las gafas redondas de montura dorada, y hasta los rizos oscuros, que le tapaban la cara y solo dejaban al descubierto la nariz respingona y las gafas de John Lennon, parecían temblar de ira.

Él, impasible, dio otra calada al porro y la mandó a la mierda.

—¿Es que no te has enterado, imbécil? ¡Ha habido un golpe de Estado!

¿Qué era un golpe de Estado? Algo que le sonaba de los libros de historia, militares, disparos, muertos, y eso les explicaba la hermana de forma atropellada, «la Guardia Civil ha tomado el Congreso, los militares han sacado los tanques a la calle en Madrid, en Valencia... ¡Vuelve la dictadura!». Más adelante vio las imágenes del guardia civil con bigote y un tricornio resplandeciente que irrumpió en el Congreso pistola en mano y disparó al aire como para decir «esto va en serio», pero para ella todo aquello —el asalto al Congreso, los tiros al aire, los diputados agazapados, las secretarias tendidas en el suelo, el

deambular sonámbulo, desconcertado, de los guardias civiles por el hemiciclo— sucedió después, antes fue la sensación incómoda de haber sido pillada en falta en la cama de unos señores desconocidos. ¿Cómo se comporta una ante un golpe de Estado? Lo primero que hizo fue taparse los pechos.

La hermana la miró con asombro, como si acabara de reparar en ella.

—¿Quién es esta?

Le hubiera gustado ducharse, pero decidió que sería una frivolidad en circunstancias tan graves. Se había limpiado el pringue del semen con la sábana y le preocupaba lo que pudieran pensar de la sábana sucia los padres del chico a su regreso de Francia. No encontraba un calcetín, rebuscó sin suerte entre las sábanas, debajo de la cama, detrás de las cortinas y bajo la cómoda rosa, cuando apareció la hermana y tiró el calcetín a la cama.

—Lo he encontrado en el baño.

Ella aprovechó para preguntarle qué hacer con las sábanas, de mujer a mujer, no quería que aquella chica la tomara por una guarra. Se ofreció a lavarlas. La hermana la miró de hito en hito, como si hubiera dicho un despropósito.

—¡Cómo habéis dejado esto! —se quejó—. Parece una leonera. Y apesta a porro. Kepa es la hostia. Ya me ocuparé yo de las sábanas. ¿Cómo te llamas?

Le dijo su nombre y la hermana tuvo a bien decirle el suyo, Ainhoa. Siguió a Ainhoa por el pasillo hasta la sala, donde dos hombres en cuclillas se afanaban ante una chimenea, en la que intentaban prender fuego a un par de leños con unos papeles de periódico; los leños no ardían, pero el papel sí, con un humo negro que le picó en los ojos. «El tiro de la chimenea está cerrado», dijo uno de los hombres, «¿sabes cómo se abre?» El otro no tenía idea y Ainhoa tampoco, el único que sabía manejar esa chimenea era su *aita*.

No vio a Kepa. Fue en su busca y lo halló en la cocina, envuelto en un batín de seda, untando pan con Nocilla. Si no hubiera sido por el golpe de Estado, le habría manifestado su enojo por decirle a su hermana que ella era «una del instituto», como si no tuviera nombre, y por abandonarla entre desconocidos y no ocuparse de ella en absoluto, como si él no la hubiera invitado a esa casa para follársela, con el subterfugio de hacer los deberes juntos. Se sentía indignada, pero no era el momento de decírselo, porque estaba sucediendo algo más importante que su decepción y su disgusto; no sabía a ciencia cierta por qué, pero presentía que el golpe de Estado, fuera lo que fuese, iba a cambiar sus vidas. Kepa, de repente amable, le ofreció una rebanada de pan con Nocilla y aunque no tenía hambre la aceptó por hacer

algo, por encontrar su sitio en aquella casa extraña, en esa cocina. Ainhoa la sorprendió con la boca llena. Les volvió a dedicar una mirada despectiva, reprendió a Kepa por haberse puesto el batín de su padre y le preguntó si era capaz de abrir el tiro de la chimenea. «Ni puta idea», respondió Kepa, pero aun así tuvo que acompañar a su hermana. No la invitaron a ir con ellos y se quedó sola en la cocina. Le intimidaba esa casa de ricos, la cocina era más grande que el salón comedor del apartamento de sus padres, con una nevera enorme —en el congelador anexo podía guardarse un cadáver—, una Thermomix que cocinaba sola, un plafón, clavado a la pared, con cuchillos de todos los tamaños, tan limpios que se veía reflejada en ellos, un horno lleno de luces y botones, como una nave espacial, una mesa rústica de madera a la que podían sentarse diez personas... Y eran rojos estos ricos, comunistas y separatistas, no había quien lo entendiera. ¿Se habían olvidado de ella?

Lo que más le impresionaba del salón de la casa eran las estanterías atestadas de libros que cubrían las paredes, para qué querrían tantos, no les daba la vida para leerlos. Era lo que caracterizaba a los ricos, el exceso. No la oyeron entrar, o si lo hicieron, no se volvieron para mirarla, absortos como estaban en su empeño de hacer fuego. Los dos hombres seguían agachados frente a la chimenea, el de la izquierda, de pelo oscuro, le daba la espalda, el de la derecha lucía una melena rubia, desarreglada, tenía una nariz poderosa y cuatro pelos en la barba. Reparó en ella y le sonrió, la primera muestra de simpatía que recibía en aquella casa. «¿Sabes hacer fuego en esta chimenea?», le preguntó, por darle conversación, sin duda; se quedó sorprendido cuando ella respondió que sí, sabía. En la casa de su abuelo había una chimenea nueva parecida a aquella, con un regulador del tiro justo dentro de la campana, a mano derecha. Los hombres le dejaron sitio y ella se arrodilló ante la chimenea, que apestaba a hollín, metió el brazo con cautela y tanteó con las yemas de los dedos la superficie metálica del interior de la campana, hasta dar con la pestaña que buscaba; la accionó y se oyó el ruido del tiro al abrirse.

—Ya está —dijo—, ya se puede hacer fuego.

Disfrutó dándoles instrucciones, «esas piñas nos irían bien», y los hombres, obedientes, cogieron las piñas que, sobre un lecho de pinaza, decoraban un cuenco de cerámica que descansaba en el manto de la chimenea, y se las dieron. Las depositó encima de los leños, les pidió más papel de periódico y observó satisfecha cómo las llamas se avivaban y el humo subía rápido por el tiro de la chimenea. Estaba tan inmersa en su tarea, complacida por la callada admiración de los muchachos, que no prestó atención a las idas y venidas de Ainhoa con papeles comprometedores, folletos de propaganda con la hoz y el martillo, ejemplares de *Egin*, documentos en vasco, que ella iba

arrojando diligente a las llamas, por completo dueña de la situación y de la chimenea y de ese fuego purificador que extinguía evidencias. Si su padre la viera ayudando a unos rojos a quemar propaganda roja y separatista, le daría una paliza que habría de recordar toda su vida. Ese pensamiento aún la estimuló más. Trabajaba mano a mano con el joven moreno, se entendían sin palabras; él era quien decidía qué papeles iban al fuego y cuáles no, el rubio se había alejado hacia alguna parte del salón donde permanecía atento a la radio, cambiando de frecuencia cada dos por tres, buscando alguna que no diera música clásica, ávido de información. Ainhoa no paraba de importunar: llegaba con noticias que nadie le había pedido sobre sus *aitas*, «están bien, preocupados por nosotros; no van a volver de Francia hasta que se aclare esto», puso el grito en el cielo por el sacrificio de las piñas, «eran de decoración, no para tirarlas al fuego», e intentó sustituirla frente a la chimenea, celosa sin duda de su protagonismo y de su complicidad con el joven moreno, que se llamaba Julen y era atractivo. Kepa había vuelto a desaparecer y el chico rubio —al que llamaban Jon y que resultó ser el novio de Ainhoa— les apremiaba a quemar los papeles más deprisa porque, según él, la policía iba a llegar de un momento a otro. Estaba histérico, eso le dijo Julen: «cálmate, no te pongas histérico». Ella tenía más motivos que nadie para temer a la policía, pero se lo calló. Ainhoa regresó de la cocina con dos botellines de cerveza, uno para cada chico, como si ella no existiera. Julen remedió la ofensa ofreciéndole el suyo. Lo bebieron a medias, ella se lo propuso y él aceptó. Los dos tenían las manos y los antebrazos tiznados de hollín y los rostros encendidos por el calor de la hoguera; se hubiera quedado allí toda la vida, de rodillas frente a la chimenea, escuchando el crepitar de las piñas, alimentando las llamas con propaganda marxista, hombro con hombro con aquel chico amable que irradiaba una seguridad tranquila que era contagiosa, junto a él no se sentía tímida, pero Kepa, que había vuelto al salón, la reclamó a su lado. «Ven conmigo un momento», le dijo, y ella tuvo que seguirlo pasillo adentro.

La llevó a su cuarto, un cubículo desordenado con las paredes cubiertas de pósteres de grupos de rock y de motoristas que se jugaban la vida por desfiladeros, y, tras cerrar la puerta, abrió un cajón, sacó un pedazo de costo envuelto en celofán y se lo confió. La pesada de su hermana le había exigido que se deshiciera del costo por si venían los *txakurras*, pero él no estaba dispuesto a tirarlo. Había decidido que ella era la persona adecuada para custodiarlo, no la iban a registrar los maderos. Protestó y quiso devolvérselo, pero no pudo porque Ainhoa irrumpió en el cuarto y se puso a gritar en euskera a su hermano. Estaba convencida de que hablaba en vasco para evitar que ella la entendiera. Se sentía incómoda, excluida, y resolvió regresar a la sala

y a la cálida compañía de Julen, pero Ainhoa la interpeló.

—¿No tienes que irte a casa? Ya son las nueve, tu *ama* estará preocupada.

Le aseguró que su *ama* no estaría preocupada, la dejaban salir hasta las diez, una mentira a medias, solo tenía permitido volver tan tarde el fin de semana. Se le hizo raro llamar a su madre *«ama»*. Kepa salió al pasillo, ella hizo ademán de seguirlo pero Ainhoa la retuvo con su cháchara. Le dijo que aquel no era un día normal, había un golpe de Estado, «es mejor que te vayas a casa, hazme caso». Ella no quería marcharse sino reunirse con Julen y continuar alimentando el fuego purificador.

En el salón Jon había ocupado su puesto ante la chimenea y ahora lanzaban libros enteros a las llamas. ¡Qué despilfarro! No quiso mirar a Julen por si él la estaba mirando, sintió que se estaba poniendo roja, ¡qué tonta era!, ¿por qué todo le daba vergüenza? Todavía llevaba en el puño de la mano derecha el pedazo de costo que le había dado Kepa, se lo quería devolver, pero no sabía cómo sin despertar las sospechas de Ainhoa.

—¿Y si comemos algo? —dijo Jon—. Me ha entrado hambre.

Ainhoa dijo que les iba a preparar unos huevos con chistorra y ella se ofreció a ayudarla, pero Ainhoa le dijo: «Tú te vas», muy seca. Jon se apiadó de ella.

—¿Por qué la echas? Déjala que se quede, nos está ayudando mucho.

Su novia era inflexible.

—Es una cría, tiene que irse a casa. ¡Hay un golpe de Estado, coño!

Kepa apoyó a su hermana, estaba ansioso por que ella se fuera y pusiera el costo a salvo. Julen le dijo que no podía dejar que anduviera sola por la calle en una noche como esa, su deber era acompañarla. Kepa se negó, «a esta no le pasará nada, su padre es un *txakurra*».

3

Cuando por fin me dieron una pipa, una Browning nueve milímetros Parabellum, yo tenía diecinueve años; en aquel momento supe cuál sería mi destino: cárcel, exilio o muerte, o puede que las tres cosas. ¿Es un monstruo quien sacrifica la vida por su patria? ¿Era un monstruo, o un héroe, el Che Guevara? Yo era la única mujer del talde*; siempre fue así, varios tíos y yo. José Ángel y yo éramos pareja. Trabajar con tu novio tiene ventajas e inconvenientes. Él quería protegerme, en los atracos a bancos insistía en que yo me quedara en la retaguardia. Entrábamos tres, con los pasamontañas y la pipa en la mano, y eran José Ángel y otro compañero del* talde *quienes llevaban la iniciativa: se plantaban en medio de la oficina y decían «esto es un atraco, que nadie se mueva, no queremos hacerles daño...», etcétera. Yo me apostaba cerca de la puerta y desde allí vigilaba los movimientos de los empleados y de los clientes del banco, y también, de refilón, la entrada de la sucursal, por si venían los* txakurras. *Si eso sucedía, la más expuesta era yo, les explicaba a mis compañeros para que me dejaran estar delante como ellos, dar órdenes, encañonar al cajero, ser protagonista y no comparsa, pero no había manera. Yo creo que se avergonzaban un poco de mí, de andar pegando palos con una mujer, parecía poco serio. Yo era tan alta como ellos y vestida con pantalones, botas y un anorak, con la cara y la cabeza tapadas, podía pasar por un tío, quizá por eso me decían que no hablara. A mí eso me cabreaba. Con la* ekintza *de Ángel Facal tuve mi oportunidad. Mi novio estaba más nervioso que yo. Tenía miedo de que yo fallara, que no me atreviera o que no acertara. Aquel día me gané su respeto y su confianza. Y de eso me quejo, de que las mujeres tuviéramos que demostrar más arrojo y sangre fría que los tíos para ser tratadas como sus iguales. Me reprochan que actuara a sangre fría pero eso nunca se lo recriminan a los hombres. ¿Cómo se supone que tenía que comportarme, como una histérica? Yo por dentro era un flan pero supe dominarme. Mi lucha era doble: por la liberación de Euskal Herria y por la liberación de la mujer vasca.*

El padre de la Tigresa se llama Melchor, trabajaba como carpintero y nació en Puerto Seguro, población ubicada en una zona agreste y montañosa de Salamanca, fronteriza con Portugal. Idoia López Riaño procede de una familia republicana, un abuelo suyo tuvo que esconderse cuando los nacionales ocuparon el pueblo. Su madre, Mari, es de un pueblo extremeño de la provincia de Badajoz. Melchor y Mari

se conocieron en el País Vasco, adonde ambos habían emigrado, y una vez casados se establecieron en Rentería. De niña, Idoia solía pasar el verano en el pueblo de sus abuelos. Los lugareños la recuerdan como una niña alegre, simpática, divertida, que a los dieciséis años se echó un novio vasco e interrumpió sus visitas. Su madre, que dejó el País Vasco y vive con su marido en Villar del Ciervo, un pueblo cercano a Puerto Seguro, le dijo a un periodista británico que su hija se juntó con malas compañías.

—No sé por qué. Sucedió.

Deja a mi madre en paz, María Ortega. A mí en ETA no me metió ningún novio, yo entré por convicción propia, por mis ideales. Nunca he sido la sombra de nadie.

No sé a qué colegio fue, qué estudios completó, ni cómo conoció a José Ángel Aguirre. Supongo que sería en el ambiente *abertzale* en el que se movía, puede que fueran de la misma cuadrilla. Sí sé que era —es— muy guapa. Mide más de un metro setenta, tiene unos ojos azules enormes que se le comen la cara, durante muchos años llevó el mismo peinado, una copiosa melena de rizos negros que trazaban caracolillos sobre su frente y descendían en cascada sobre sus hombros y su espalda. Era delgada, tenía muy buena figura, podría haber sido actriz o modelo. Su belleza tiene mucho que ver con su fama. La mujer fatal, la hermosa asesina, nos fascina porque parece encarnar una contradicción; de una terrorista esperamos un rostro agrio, duro, violento, casi podemos comprender que mate por rencor o desesperación. Una mujer fea tiene derecho a la amargura. Una mujer guapa debe estar agradecida a su buena fortuna y liarse a tiros con desconocidos es un acto de ingratitud suprema. Las que no somos guapas pensamos que si lo hubiéramos sido habríamos tenido una vida mejor, el valor social de una mujer viene determinado por su aspecto físico, todavía hoy, especialmente hoy. Decimos: «con lo guapa que es, ¿qué necesidad tenía de meterse a terrorista? ¡Podría haber sido lo que quisiera en la vida!». Como si la belleza fuera más útil para medrar que la inteligencia y el esfuerzo. Aunque, en verdad, cuando decimos esto lo que queremos decir es: «podría haber conseguido al hombre más rico, más poderoso, más apuesto, podría haberse casado bien y asegurar su futuro. A una guapa le basta con su hermosura y saberla aprovechar mientras perdure». En la España de los años ochenta todavía era así, ahora quizá no tanto; un rostro hermoso, un cuerpo perfecto pueden ser muy rentables por sí mismos en las redes sociales y el matrimonio ya no es garantía de un buen porvenir. En todo caso, la imagen de una mujer hermosa disparando a bocajarro en la sien de un hombre indefenso perturba más que si la pistolera fuera una mujer poco agraciada, incluso fea. Quizá, de forma inconsciente, arrastramos la impronta de la vieja asociación platónica de lo bueno,

lo bello y lo verdadero, o puede que sea pura envidia.

Envidia, envidia cochina es lo que me tienes, María Ortega. Toda mi vida he tenido que soportar los celos, la hostilidad, el resentimiento de otras mujeres, como si yo les hubiera robado algo a ellas, como si mi belleza fuera una injusticia. De esto no se habla: la belleza puede ser una carga. Los hombres cuando te ven solo piensan en una cosa y las mujeres te tratan con recelo; todos, hombres y mujeres, presumen que si eres joven y guapa por fuerza has de ser tonta.

Puede que sea una carga pero los hombres te la aligeran, se deshacen en atenciones contigo si eres joven y guapa, el cliché *como moscas a la miel* no es una exageración, la belleza tiene algo magnético, una fuerza de gravedad que los atrae sin remedio. En cuanto un hombre se topa con una mujer hermosa le cambia la expresión de la cara, donde había un ceño aparece una frente despejada y la boca se le abre en una sonrisa boba. Sé de lo que hablo: lo he visto, lo he experimentado de forma vicaria, la Tigresa era la miel y el hombre con el que yo estaba, la mosca.

Puedo imaginar que las cosas sucedieron así: una noche, en una discoteca de San Sebastián, Idoia se dio cuenta de que un hombre alto y bien plantado no le quitaba los ojos de encima. Estaba acostumbrada a eso, a que los hombres se fijaran en ella y la observaran con descaro, en ocasiones dos o tres a la vez, uno a la izquierda, otro a la derecha, y un tercer individuo, acodado en la barra, que a cada poco volvía la cara y la miraba sin disimulo. Al de la izquierda fingía no verlo, al de la derecha, un gordo borracho, le clavaba unos ojos llenos de desprecio, y al tipo alto y bien plantado que se estaba bebiendo un whisky en la barra le aguantaba la mirada. De pronto le sonreía, pero de inmediato giraba la cabeza y seguía hablando con la amiga que la acompañaba. Este era el juego, las miradas furtivas, las sonrisas, la espera, que no se demoró, porque en cuanto la amiga se alejó hacia el baño o hacia la pista, el hombre dejó la barra y se acercó a ella, en la mano el vaso de whisky, en el rostro la sonrisa boba.

Era un tipo de treinta y pico años, atildado, con el atuendo formal que estilan los hombres de oficina cuando resuelven vestirse de un modo desenfadado, camisa blanca, pantalones oscuros con cinturón a juego, mocasines negros, la americana al desgaire sobre un hombro. Intercambiaron algunas palabras, las banalidades propias de los primeros compases del ligoteo: «¿Eres de aquí? ¿Cómo te llamas? ¿Te puedo invitar a una copa?». El estruendo de la música y el murmullo *in crescendo* de otras conversaciones, que pugnan por hacerse oír sobre el barullo, obligan al desconocido a aproximar su boca a la oreja de Idoia. Tiene un marcado acento francés. Ella le dice que se llama Izaskun y es decoradora. Él se llama Jean-Louis y está en San Sebastián por negocios. Tontean un poco, pero en cuanto regresa la

amiga y le dice que las están esperando fuera, se despide del francés y abandona la discoteca.

Jean-Louis era policía, estaba destinado en la comisaría central de Pau. Lo habían suspendido de sus funciones por haberse excedido en el interrogatorio de unos presuntos miembros de Iparretarrak, el brazo francés de ETA, a los que tenía especial inquina porque habían matado a un colega suyo. En los cuarteles y comisarías del País Vasco español se torturaba a placer, pero en Francia ponían reparos. Jean-Louis había sido reclutado por Amedo como colaborador de los GAL. Se acababa de separar y necesitaba dinero. Dos semanas más tarde de aquel primer encuentro, Jean-Louis volvió a ver a Idoia en Francia, en el bar La Licorne de Bidart. Le sorprendió encontrarla allí y aún más en compañía de dos jóvenes con pinta de *abertzales*. Al principio, ella no reparó en él; lo reconoció cuando se acercó a la barra para charlar con el camarero. Se saludaron, se sonrieron. Ella le dijo que había ido de compras al sur de Francia. Él le propuso una cita aquella misma tarde.

No era amor, era deseo, un deseo teñido de curiosidad y miedo. Él sospechaba de ella y ella de él. La cita era en Biarritz. Cuando Idoia entró en el café de París, donde Jean-Louis ya la esperaba, se hizo el silencio, o eso le pareció a él: esbelta, vestida con un jersey ceñido y una falda corta sobre las botas, que le llegaban a la rodilla, con su larga melena rizada y sus ojos celestes, se llevó las miradas de todos los parroquianos mientras atravesaba el local para reunirse con él. Después de cenar fueron a Le Caveau, un local discreto y agradable donde tomar unas copas. Pasaron la noche en el hotel Place. Fue una noche de sexo salvaje. Ella era una tigresa en la cama, él tenía un miembro considerable. Se despidieron por la mañana. Ella se mostró esquiva, no quiso desayunar con él ni darle su teléfono, se negó a que la acompañara. Él no la dejó marchar hasta que ella le prometió un nuevo encuentro en Le Caveau al cabo de una semana. Aquella mujer misteriosa y sexi lo fascinaba.

Era misteriosa y sexi pero estaba muy ocupada; iba a clase en Bayona todas las mañanas, le enseñaban a manejar fusiles de asalto, preparar bombas, lanzar granadas, utilizar mandos para activar bombas a distancia, etcétera. Él tampoco holgaba. Localizó en Bayona a Txomin, el máximo dirigente de ETA. Se ofreció a ametrallarlo, así como a José Luis Ochoantesana, su guardaespaldas, o a organizar su secuestro, a elección del cliente. Amedo lo consultó con sus jefes, Sancristóbal y Barrionuevo, y tuvo que darle a Jean-Louis la mala noticia de que su propuesta no había sido aprobada. Los capos políticos de los GAL decidieron preservar a Txomin; creían que cuando la presión de los atentados de los GAL indujera a ETA a negociar, Txomin podría ser un interlocutor dispuesto al diálogo. La falta de

formalidad de sus clientes españoles soliviantó a Jean-Louis: había dedicado tiempo y recursos al seguimiento del objetivo y a la ideación del plan. Él colaboraba con los GAL por dinero, no para perder el tiempo. Amedo buscó apaciguarlo, se comprometió a compensarle por las gestiones realizadas y le prometió dinero, mucho dinero, en futuras operaciones.

Los amantes enemigos se volvieron a reunir en Le Caveau, como habían acordado. Desde su último encuentro, Idoia había ascendido; aprobó el cursillo con nota, ya era miembro en activo de un comando de ETA militar y llevaba pistola. Repitieron las citas, las noches tórridas de sexo y pasión, ora en Francia, ora en San Sebastián, de forma esporádica a lo largo de un año; ella alegó que viajaba mucho por trabajo, lo que dificultaba sus encuentros. En octubre de 1985 la policía desarticuló el comando Oker, el rostro de Idoia fue portada de muchos periódicos y Jean-Louis descubrió la verdadera identidad de su amante. Y comprendió que no le había mentido: viajaba mucho por trabajo y era muy trabajadora, en poco más de un año había participado en cinco o seis atracos en diferentes ciudades del País Vasco y en tres asesinatos (sospecho que también en los del hombre y el niño de Barakaldo, a los que tal vez solo yo recuerde). Idoia y Jean-Louis se encontraron por última vez en septiembre de 1984, poco después del asesinato de Joseph Couchot. Jean-Louis le contó a Amedo que al día siguiente de la última cita regresó al bar Le Caveau, donde le entregaron una nota de Izaskun/Idoia: «Supe a qué te dedicabas, poli, pero me lo pasé de puta madre contigo, pedazo de cabrón. Hasta siempre».

¡Qué cursi puedes llegar a ser, María Ortega! Qué prosa plagada de clichés y lugares comunes, me das vergüenza ajena. «Noches tórridas de pasión y sexo...» ¡Puaj! Has reproducido sin pudor todos los embustes que cuenta Amedo en su libro Cal viva*, yo también lo he leído.*

El txakurra *francés no se me ligó a mí, yo me lo ligué a él, porque en cuanto lo vi, supe lo que era. La belleza no es solo una carga, también puede ser un arma revolucionaria. Tania, la compañera del Che Guevara, era una mujer muy bella. Su verdadero nombre era Tamara Bunke. Nació en Argentina, hija de exiliados alemanes. Su padre era comunista, su madre, judía. (Mi padre también era comunista, yo nací en Euskadi de padres forasteros, y mi madre, aunque no era judía, era extremeña, lo cual tampoco estaba bien visto en la Euskadi de aquella época.) Tras la derrota de Hitler, la familia Bunke regresó a Alemania y se estableció en la República Democrática Alemana. A los catorce años, Tamara ya era miembro del partido comunista de la RDA. (Yo a los quince me hice de las Gestoras Pro Amnistía.)*

Tamara tenía veintidós años cuando le pidieron que ejerciera de intérprete del Che Guevara, quien había viajado a la RDA en su condición

de presidente del Banco Nacional de Cuba. (El Che Guevara fue banquero, cuesta creerlo.) El Che y Tamara congeniaron. Si fueron amantes o no, carece de relevancia (yo sospecho que sí, eran dos espíritus libres, ambos muy bellos), lo que importa es que ambos comprendieron que un mismo compromiso revolucionario los alentaba. La bailarina cubana Alicia Alonso invitó a Tamara a pasar una temporada en Cuba, donde trabajó durante un tiempo como traductora para el Gobierno y también cortando zafra, pero el Che tenía otros planes para ella: la reclutó como espía. El Che era menos machista que la cúpula etarra y supo apreciar el potencial de Tamara, una mujer audaz, resuelta, que hablaba cuatro idiomas, había recibido instrucción militar y además era guapa. (Yo también hablo varias lenguas, otra coincidencia.) Fue entonces cuando Tamara adoptó el alias de Tania (a mí, más adelante, me impusieron el de Margarita, ni eso me dejaron elegir, yo hubiera preferido llamarme Tania). En Cuba, Tania fue adiestrada en el arte del espía, aprendió a escribir y a descifrar mensajes en clave, a utilizar armas y fabricar explosivos, a instalar y desinstalar equipos de transmisión, también le enseñaron radiotelegrafía y hasta métodos de supervivencia en la selva. (Eso sí que era instrucción, y no el cursillo de una semana en Baiona.) Le otorgaron una nueva identidad, Laura Gutiérrez Bauer, hija de alemana y de argentino, de familia pudiente, conservadora, aficionada al folclore y a la etnografía. Le tiñeron de castaño la cabellera rubia y la enviaron a Bolivia, país al que el Che quería extender la Revolución cubana. En Bolivia, Tania se desenvolvió de maravilla, trabó relaciones de amistad con la oligarquía dirigente, consiguió información valiosísima. Y no era una puta, era una revolucionaria que esgrimía su belleza como un arma. Al espía que se acuesta con mujeres para sonsacarlas, a un James Bond cualquiera, se le admira y se le alaba, a la mujer que hace otro tanto se la desprecia. Cuando escogió a una mujer hermosa y no a una fea, el Che era consciente de que a una guapa se le abren más puertas, todo tipo de puertas. Es sabido cómo terminó Tania, abatida a tiros por las fuerzas reaccionarias del Gobierno boliviano mientras vadeaba un río con la guerrilla. Poco después, el Che también fue asesinado en Bolivia. Los dos fueron coherentes con sus postulados, llevaron hasta el final la divisa «patria o muerte»; si se me permite la expresión, fueron dos mártires laicos. Y yo, cuando quedaba con Jean-Louis, pensaba en Tania, me inspiraba en ella.

¿Cómo hacía Idoia para obtener información de Jean-Louis en la cama? ¿Cómo se pasa del revolcón al interrogatorio?: «¿dónde has estado esta semana, en qué consiste exactamente tu trabajo, qué opinas del Movimiento de Liberación Nacional Vasco?».

¡A ti te lo voy a contar, para que lo escribas! Yo, con los hombres, hago lo que quiero, salvo dos excepciones —mi pareja, mi padre—. En la nota que dejé al txakurra *francés en Le Caveau no le dije que me lo había pasado bien con él, como el fatuo de Jean-Louis le contó a Amedo —era*

un amante de lo más ordinario—, lo que le escribí fue: «Sabemos quién eres, dónde vives y a qué te dedicas, txakurra*».*

4

Julen le dijo que Miren era un nombre muy bonito y ella le aclaró que su padre no era un *txakurra*. «Me da igual lo que sea tu padre», dijo Julen. Casi lloró de puro alivio, no había querido que él la acompañara a casa por la vergüenza que le dio la revelación de Kepa. Era algo que no entendía, cómo podía saber Kepa que su padre era policía, ella no se lo había contado a nadie en el instituto. Cuando le preguntaban, decía que su padre trabajaba en seguridad, eso le había dicho su padre que dijera y eso le contó aquella noche a Julen, aunque tenía la impresión de que a Julen podía haberle dicho la verdad y no hubiera pasado nada. Él le preguntó si tenía miedo y ella dijo que no, aunque sí la asustaban un poco la oscuridad y las calles vacías y se alegraba de que él se hubiera empeñado en no dejarla sola. Le gustaba tanto Julen que le daba coraje tener que soltarle tantas mentiras, pero cuando él le preguntó de dónde era, no le pudo decir la verdad, que de ningún sitio y de todas partes. Había nacido en Canarias por accidente —su padre estuvo destinado allí un año— y desde entonces su vida había sido un traslado tras otro: Pontevedra, Lérida, Madrid, Alicante, y por fin esa ciudad espantosa del País Vasco donde siempre llovía, hacía un frío húmedo que calaba los huesos, un humo gris o rojo tapaba el sol, cuando lo había, y la gente detestaba a los que eran de fuera y, de forma especial, a los policías y a sus familias.

—Soy de Barakaldo. ¿Y tú?

Él era de Hernani, pero vivía en Bilbao, en casa de unos parientes, estudiaba Económicas en Deusto.

—Estás temblando. ¿Tienes frío? ¿Quieres mi bufanda?

Antes de que pudiera rehusar, Julen se había quitado la bufanda y le envolvía el cuello con ella. Olía a *after shave* y a tabaco y a humo de la chimenea, tenía un tacto suave, era una bufanda buena. Solo mucho después se dio cuenta de que no le había dado las gracias, tan pronto comprendió que Julen era el hombre de su vida y que estaba enamorada, le volvió la timidez y no atinó a decir palabra. Había tanto silencio que se oían sus pisadas. Las chirucas de Julen tenían suelas de goma, pero el repiqueteo de sus camperas sobre los adoquines la sobresaltaba. Su madre las odiaba, decía que eran botas de campesina y que para qué le había comprado unos mocasines, si no se los ponía. Tampoco le gustaban a su madre sus pantalones de pana beige, ni su jersey marengo de cuello alto, ni su trenca, su madre de

moda no sabía nada.

—¿Andas con Kepa? —le preguntó Julen, y ella se apresuró a asegurarle que Kepa y ella solo eran amigos, pero en aquel momento pasaron raudos dos camiones militares y el ruido de sus motores se comió sus palabras. Julen los miró alejarse y cruzar el puente.

—Kepa y yo solo somos amigos —repitió ella, para que Julen supiera que tenía el camino libre, pero Julen ya no la escuchaba. «Dónde irán esos», dijo, luego volvió la mirada hacia la entrada de la plaza, la cogió del brazo con brusquedad y la arrastró en dirección opuesta. La metió en el hueco de un portal y se apretó contra ella en la sombra negra. Lo raro es que no sintió miedo, aunque el corazón le brincaba en el pecho y no podía ver nada, quizá por eso resonaban más las voces que llegaban de la plaza y que cada vez se oían más claras. Julen la soltó y asomó un instante la cabeza por fuera del portal. «Están dando de hostias a unos que pegan carteles. Hijos de puta.» Eso mismo gritaban los hombres en la plaza, «¡hijos de puta! ¡Terroristas! ¡Cabrones, etarras, os vais a enterar!». La voz de su padre dominaba sobre las demás. Creyó que se iba a desvanecer y, como si lo intuyera, Julen se volvió hacia ella y la abrazó con fuerza. Tenía la cara hundida en el cuello de Julen, notaba su respiración en la mejilla, la piel de su zamarra le hacía cosquillas en la nariz y si hubiera sacado la lengua, le habría podido lamer la nuez de Adán, pero no lo hizo, se quedó muy quieta esperando un beso que no llegó.

—Si nos pillan los *txakurras*, somos novios —susurró Julen.

Entonces le entró el pánico, no le daba miedo el golpe de Estado pero sí su padre. Si la encontraba allí, con Julen, podía matarla. Sintió que le faltaba el aire, se ahogaba. Julen se alarmó, «tranquila», dijo, «tranquila», mientras le tapaba la boca con la mano, «no nos van a ver, pasarán de largo, pero no hagas ruido». Ella tosía, lloraba, no lo podía evitar, ni tampoco el temblor, los jadeos agónicos. La mano de Julen le impedía respirar, le dio golpes desesperados con el puño en el brazo. Él la soltó y le agarró la muñeca, «no te quiero hacer daño, solo que no te oigan esos. Respira hondo, cálmate, ya se van, ya se han ido». Le hablaba como se habla a los perros y a los niños, con una voz infantil, tierna, sugestiva. «Tranquila», le repetía, «tranquila, mírame a los ojos», pero cómo iba a hacerlo si estaba tan oscuro, «mírame, levanta la cabeza», insistía Julen.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa?

Le contó, entre hipidos, que Kepa le había dado un trozo de costo para que se lo guardara, porque no quería desprenderse de él como le había dicho su hermana, y ella tenía miedo de que los policías se lo encontraran, o sus padres cuando llegara a casa. Julen se enfadó con Kepa, no con ella. «¿Cómo se te ocurrió hacerle caso a ese cabrón? Dame la mierda, la llevaré yo. Se acabó el problema.» Él no decía

«costo», decía «mierda». Era mayor, tenía veintidós años. Salieron a la luz amarilla de la calle; a la derecha, la plaza estaba desierta. Sentía apuro por su ataque de histeria, ¿qué pensaría Julen de ella? Él le pasó el brazo por el hombro y despacio, como si fuera muy frágil y pudiera romperse, la guio hacia la plaza y la acomodó en un banco. Se sentó a su lado. Había llovido, como siempre, y la humedad del asiento le traspasó la pana de los pantalones. La brisa mecía los jirones de los pasquines que los comunistas habían pegado en las farolas y en los muros de las casas, y que su padre había arrancado. El pavimento estaba salpicado de charcos. Tenía el culo empapado. Julen despotricaba de Kepa, decía que era un descerebrado, «a quién se le ocurre darle mierda a una niña para que se la esconda. Si se dedica al trapicheo, que se busque la vida».

Le indignó que la llamara niña, ya se había acostado con un hombre. Julen se puso a fumar y ella le pidió un cigarrillo. A veces fumaba, le costaba tragarse el humo pero quería aprender, se esforzaba. Julen le dijo, «qué seria te pones cuando fumas». Y, «por fin te ríes, tenía muchas ganas de verte reír». Le apartó el pelo de la cara, mirándola a los ojos. «Así estás más guapa.» ¿Quería ligar con ella? ¿Le estaba vacilando? Era todo muy raro, había un golpe de Estado y allí estaban los dos, sentados en la plaza, fumando. Le preguntó si estaba más serena y asintió. Julen tiró la colilla a un charco y dijo, «vamos».

Caminaban cogidos de la mano, Julen le explicó que si parecían una parejita no llamarían la atención, pero sí lo hacían, se cruzaron con una mujer que caminaba apresurada, la cabeza hundida en el cuello del abrigo, y los miró con asombro, y también se volvieron a observarlos un hombre mayor y uno joven, muy alto, que se bajaron de un coche recién aparcado. No podía dejar de pensar en su padre, que podía sorprenderla a la vuelta de una esquina. Estaba inquieta y Julen debió de notarlo, porque procuró distraerla con preguntas amables, a qué colegio vas, ¿tienes hermanos?, ¿haces deporte? Resultó que una prima de Julen era condiscípula suya, Arantza Zabaleta, ¿la conoces? Le dijo que sí, que era muy simpática, aunque la verdad era que nunca había hablado con ella. Arantza Zabaleta era una de las reinas de la clase, guapa, mandona, muy creída. Con su cuadrilla de radicales siempre andaba organizando protestas por las torturas y los presos, convocando asambleas y queriendo hacer huelga. Iba de potes por las *herriko* tabernas, no se perdía una manifestación y tenía un novio de Jarrai. Arantza Zabaleta tenía una vida social de la que ella carecía; Tere y Asun eran sus únicas amigas. Tere era del Opus, y Asun, de pueblo; no hacían más que estudiar, se aburría con ellas, por eso no le había hecho ascos a Kepa cuando había empezado a irle detrás, a gastarle bromitas, a tontear con ella.

—¿En qué empresa de seguridad trabaja tu padre?

No supo qué contestar.
—Trabaja en un banco —improvisó—. En el banco de Bilbao.
—¿En una sucursal?
—Sí... ¡No! La verdad es que mi padre es policía, pero no puedo decirlo porque lo matarían. Júrame que no se lo dirás a nadie.
Julen se rio.
—¿A quién se lo iba a decir? ¿Y por qué lo van a matar? ¿Solo por ser policía? Hay miles de policías en Euskadi y están muy vivos, como aquellos cabrones de la plaza.
Le aseguró que ella no tenía ninguna culpa de que su padre fuera policía —ahora no decía *«txakurra»*, decía «policía»—. Los dedos de Julen oprimían los suyos, un calor húmedo los fusionaba, sintió que todo lo demás —la caminata en la noche fría, el golpe de Estado, que su padre fuera policía— no era real y carecía de importancia, un telón de fondo para lo único que en verdad estaba sucediendo, los dedos de Julen jugando con los suyos. En él podía confiar, con Julen se sentía segura, pero aun así creyó conveniente informarle de que su padre no era el típico *txakurra* español que odiaba a los vascos. A su padre no le gustaba la tortura, él nunca había torturado a nadie, le encantaba la comida vasca y era del Athletic a muerte. Le acometió una locuacidad desatada, no podía parar de hablar, incluso llegó a decirle a Julen en qué comisaría estaba destinado su padre y le iba a confesar que ella también quería ser policía, cuando la interrumpieron dos Land Rover de la Guardia Civil que bajaban la cuesta derrapando, con gran derroche de luces y las sirenas enloquecidas. Se desprendió de la mano de Julen. Habían llegado a su barrio, La Paz, un barrio de inmigrantes lleno de bloques. Ella vivía dos calles más allá. Le dijo a Julen que ya estaba muy cerca de su casa y podía seguir sola. No quería que lo viera su padre.
—¿Te vas así, sin más, Miren? ¿No me vas a dar un beso de despedida? —le dijo Julen con una sonrisa que le pareció triste y le hizo sentirse mal, desagradecida. Alzó la cara y cerró los ojos. Él la besó en la frente. Debió de notar su decepción, porque le prometió que un día la llevaría al monte. Ella lo vio alejarse cuesta abajo con su paso tranquilo, las manos en los bolsillos, y pensó en correr hacia él para darle su número de teléfono, cómo si no iba a localizarla para llevarla al monte, pero no se atrevió.

Su madre la riñó nada más abrir la puerta.
—¿Otra vez te has olvidado las llaves? ¿Cómo llegas tan tarde?
No la dejó responder, su madre estaba frenética y descargó su nerviosismo en ella. La acusó de hacerla sufrir, de tenerla toda la tarde en vilo, había llamado a casa de Tere y a casa de Asun y sus amigas no tenían noticias suyas. Ella le dijo que había estado haciendo los

deberes con una chica de la clase, Arantza Zabaleta. Su madre abrió mucho los ojos cuando oyó ese nombre vasco.

—¿Desde cuándo tienes esta amiga? Nunca me habías hablado de ella.

Le informó de que tenía muchas amigas y que no le contaba todo de su vida.

—A mí no me contestes. Lo mínimo que podías haber hecho es llamar por teléfono.

—He llamado muchas veces pero comunicabas.

Era un truco que le había copiado a su padre y que nunca fallaba, su madre se pasaba las tardes colgada del teléfono, hablando con sus amigas de Alicante, con sus padres, con su cuñada (aunque no la soportara), llenaba la soledad con voces lejanas, su vida en el País Vasco era muy distinta de la que había llevado en Alicante, donde tenía muchas amigas y quedaba todas las tardes con ellas en la cafetería. A ella le daba lástima verla siempre tan compuesta por la casa, vestida con un traje de chaqueta, enjoyada con sus pendientes de oro y brillantitos y su collar de perlas Majorica, taconeando ansiosa de la cocina al salón y del salón al pasillo, como si estuviera esperando de un momento a otro una visita. A su madre no le gustaba nada aquello, «esto es como vivir en el exilio», se quejaba. Admitió que aquella tarde había hablado por teléfono, «no sé si lo sabes, pero ETA ha secuestrado el Congreso. Los etarras se han disfrazado de guardias civiles y tienen cogidos a los diputados y al Gobierno entero, me lo ha dicho Marita, que lo ha escuchado en la radio. Estoy muy preocupada por tu padre, no sé nada de él y fíjate qué hora es. He llamado a la comisaría, pero comunican sin parar, igual los etarras les han cortado el teléfono», dijo su madre, y añadió en tono ominoso, «puede que esté muerto». Justo en aquel instante sonó el teléfono y su madre se llevó una alegría inmensa cuando oyó la voz del hombre que en su imaginación ya había matado. La dejó hablando con su padre y se fue a su cuarto. Tiró el macuto al suelo y se quitó la trenca y la bufanda. ¡Se había llevado la bufanda de Julen! Estaba pensando en cómo se la podría devolver cuando su madre apareció en su cuarto, feliz, exultante.

—¡No es ETA! ¡Son los nuestros!

Le dijo lo que ella ya sabía, que los guardias civiles eran auténticos y que los militares habían dado un golpe de Estado, se lo acababa de contar su marido. «Por fin, ya era hora, no podíamos seguir así. Va a haber orden otra vez, va a haber paz», dijo su madre. «Los nuestros acabarán con ETA y nos iremos a vivir a Madrid.» Era la gran ilusión de su madre, irse a Madrid. Aunque había nacido en Segovia, su madre había vivido dieciocho años en Madrid y siempre decía que era madrileña. No entendía por qué a Paco, su marido, lo cambiaban de

destino cada dos por tres, pero nunca lo mandaban a Madrid. Él decía que Madrid era muy caro y que el sueldo de un policía cundía más en una capital de provincia, pero lo decía por despecho, el País Vasco también era muy caro, aunque le daban un plus por destino peligroso. Su madre estaba tan contenta que por una vez no criticó el desorden de su habitación. Se sentó en su cama y empezó a hacer castillos en el aire. Ahora comprendía por qué esa tarde su padre no le había contestado el teléfono, debía de estar muy ocupado organizando el golpe de Estado. «Puede que lo hagan ministro», dijo. Su madre creía que su abuelo era un militar muy importante, cuando no había llegado más que a teniente coronel y solo por enchufe, por ser hijo de un general conocido de Franco, es lo que decía su padre, que le tenía tirria al abuelo. Por un momento se dejó llevar por las fantasías de su madre y se imaginó cómo iba a cambiar su vida cuando fuera nieta de un ministro. Iría en un coche oficial con chófer a devolverle a Julen su bufanda. Julen quedaría muy impresionado. Y sería estupendo que los militares acabaran con ETA, que metieran a todos los terroristas en la cárcel o que los mataran y ya está. No volver a pasar miedo cada vez que se metía en el coche de su padre, aunque este siempre revisaba los bajos antes de entrar, y ella no sabía dónde meterse cuando su padre hacía eso, la gente podía creer que si tomaba tantas precauciones, algo habría hecho. Cuanto más lo pensaba, más le gustaba el golpe de Estado, era como un regalo.

Su hermano pequeño entró en su habitación en pijama, con el pelo revuelto y su pato de peluche en brazos. Con su cháchara lo habían despertado. Su madre no le comentó lo del golpe de Estado, solo tenía seis años. Lo regañó un poco por salir de la cama, lo cogió en brazos —aunque ya tenía seis años— y le habló con esa vocecita que ponía con él, que a ella le daba grima, y lo llevó a su cuarto.

—¿Qué haces con el patito? Ya sabes que eres muy mayor para dormir con el pato —lo amonestó.

Cuando Javi cumplió seis años su padre le prohibió que siguiera durmiendo con el pato de peluche. «Los hombres no duermen con muñecos», dijo, como si Javi fuera un hombre y el pato, un muñeco. Su padre quería tirar el pato a la basura, pero Javi cogió tal disgusto que estuvo llorando una tarde entera, hasta que su madre convenció a su padre de que le dejara conservar el pato como decoración en el cuarto. Colocaron el pato en un estante que era muy alto para Javi, pero él arrimaba la silla a la pared y de puntillas alcanzaba el estante y todas las noches dormía con el pato, ella lo sabía y lo usaba como chantaje cuando su hermano se ponía pesado. Después de meter a Javi en la cama, su madre no sabía qué hacer con el pato. Estaba angustiada porque temía que de pronto llegara su marido y la sorprendiera con el bicho en la mano. Ella se ofreció a esconderlo en

su habitación y, por una vez, su madre le hizo caso. Ocultó el pato en su armario ropero, detrás de los zapatos; pensó que si no le hubiera dado el costo a Julen, podría haberlo ocultado dentro del pato, haciéndole un agujero en el culo.

Su madre, a quien el golpe de Estado había vuelto amabilísima, se ofreció a calentarle la tortilla de patatas que había cocinado para la cena, pero ella prefirió comérsela tal y como estaba. Tenía hambre. Cenaron las dos juntas, sentadas a la mesa abatible de la cocina, porque su padre no estaba; a él siempre le servían la cena en el comedor, se negaba a pisar la cocina. Se comió la tortilla de patatas —dejó la mitad para su padre, por indicación de su madre, «por si vuelve con hambre»—, y su madre apuró un cocido recalentado del día anterior. Le gustaba hacer eso, comerse las sobras y darse aires de víctima, aunque esa noche se las comió con alegría. Ella aventuró que con lo del golpe de Estado, al día siguiente no habría clase en el instituto. Cuando murió Franco, les dieron a todos los escolares una semana de vacaciones. Su madre dijo, «ya veremos, tú te despertarás a las siete y media como todos los días». Le preguntó cómo había regresado desde la casa de su amiga, «¿te ha acompañado en coche el padre de la niña?». Su madre llamaba niñas a sus compañeras de clase, cuando todas tenían ya quince o dieciséis años. El timbre del teléfono la salvó de otra mentira. Su madre descolgó con avidez el auricular del aparato que tenían en la cocina. Su tía Rosario, la mujer del hermano de su madre, tenía muchas noticias que compartir, porque su madre no abrió la boca durante un buen rato. Hablaban del golpe. Su tío Manolo era coronel de la Armada y estaba destinado en Mallorca, lo cual a su madre le producía envidia; después de Madrid, Palma de Mallorca era su ciudad favorita. Había ido allí con su marido para su luna de miel, y aunque se había pasado la semana entera en la habitación del hotel, vomitando, guardaba un gran recuerdo de las playas y de la catedral y de la ciudad que no pudo ver, pero ahora consolaba a su cuñada, porque el capitán general de Mallorca no se decidía a sacar los tanques a la calle, como sí había hecho en Valencia Jaime Milans del Bosch.

—A ver si Manolo lo convence —dijo su madre, y luego añadió algo que le sorprendió—: Mario Quintana está en Valencia, de teniente coronel.

Mario Quintana fue el primer novio de su madre, estuvieron prometidos tres años y ya tenían fecha para la boda cuando sucedió la desgracia. Mario Quintana era un joven teniente de muy buena familia, su padre era general y su abuela, condesa. El abuelo Manuel era su superior en Zaragoza y Mario Quintana solía ir a comer los domingos a su casa, así fue cómo conoció a su madre y se hicieron novios, para felicidad de la abuela Casilda, la madre de su madre, que

fue quien le habló de ese noviazgo que su madre nunca le había mencionado y le enseñó dos fotos de su madre con Mario Quintana, cuando estaban de novios. Su madre salía muy guapa, vestida de fiesta, con una estola de zorro que le había prestado la abuela y unas joyas muy aparatosas que también eran de la abuela; el sombrero, sin embargo, era un poco ridículo. El teniente llevaba puesto su uniforme de gala. Eran fotos de la boda del capitán del regimiento del teniente Quintana. Su madre había ido de pareja con él, y la novia, tras la ceremonia, le dio a su madre el ramo porque era la próxima en casarse. En una de las fotos, su madre y el teniente Quintana estaban sentados a una mesa del banquete, su madre muy sonriente, el teniente Quintana un poco más serio, como corresponde a un militar. Los dos eran muy jóvenes, su madre tenía dieciocho años y el teniente, veintitrés. Según su abuela, Mario Quintana era un buen mozo, a ella su rostro se le antojaba antiguo, sus facciones regulares, su bigotillo fino, sus ojos serenos mirando a la cámara parecían de otro siglo. En la segunda foto los dos estaban de pie, su madre del brazo del teniente Quintana, que no era más alto que su madre, lo que le llamó la atención. Mario Quintana había hecho una buena carrera y algún día sería general, eso decía su abuela, con un dejo de tristeza por la oportunidad perdida; podía haber tenido a un general por yerno y tuvo que contentarse con un simple cabo de la policía. La boda soñada de su hija con Mario Quintana se había ido al garete debido a la desgracia. Ella quiso saber qué había sucedido, cuál era la desgracia. ¿Había dejado a su madre el teniente Quintana? «Mario Quintana es un caballero y un hombre de honor», le respondió su abuela, una respuesta críptica que no la sacó de dudas. Cuando preguntó a su madre por el teniente Quintana, esta casi se enfadó. Le dijo que su abuela era una chismosa, que hablaba de lo que no debía, y que Mario Quintana fue un noviete que tuvo de jovencita. «Y a tu padre no le gusta que se hable de él, ya sabes que es muy celoso.» Su padre no era celoso, aunque su madre no se cansaba de decirlo (su madre sí que era celosa, mucho). Su madre no le había dicho la verdad, a su padre sí le gustaba hablar del teniente Quintana, lo sacaba a relucir en sus discusiones conyugales, que siempre tenían lugar a altas horas de la noche, cuando su padre volvía borracho a casa y su madre lo esperaba despierta, para increparlo. Era como un vicio que tenía. En lugar de irse a dormir, sabiendo lo que iba a pasar, que su marido regresaría a casa bebido y furioso y que sus reproches no harían sino acrecentar su cólera, se quedaba allí, en el salón, en bata y zapatillas, fingiendo leer una novela romántica (a su madre le encantaban las novelas de amor y a ella también, por contagio), y mirando a cada poco las agujas del reloj rococó, regalo de bodas, que descansaba sobre el bufé de madera del salón. Las peleas eran tremendas. Su madre gritaba y lloraba y se

lamentaba y acusaba a su padre de gastarse el sueldo con señoritas y su padre respondía, gritando todavía más, que él con su dinero hacía lo que quería y que su madre no era quién para pedirle cuentas. Era imposible no oírlos por más que se pusiera la almohada sobre la cara o se tapara los oídos con los dedos. Al principio, cuando su madre mencionaba a las señoritas, ella creía que su padre se gastaba el dinero invitando a merendar a las profesoras de su colegio, pero con el tiempo comprendió que su madre se refería a otro tipo de señoritas. Una noche, hacía unos años, cuando vivían en Alicante, su padre dijo algo que la obligó a salir de la cama y acercarse, furtiva y descalza, por el pasillo, para esconderse detrás de la puerta del salón.

—¿Cómo no voy a ir de putas, si me casé con una? —había gritado su padre.

Su madre le dio una bofetada, se oyó el ¡plaf! sonoro que hace la palma de la mano abierta contra la mejilla.

—No me pongas la mano encima —amenazó su padre—. ¡Puta!

Un estrépito de golpes, como de patadas feroces contra una puerta o un armario, de botellas hechas añicos de un manotazo y de objetos derribados, le impedía entender lo que se chillaban el uno al otro, la voz de su madre era cada vez más aguda, con una estridencia que le arañaba los oídos, la de su padre, un zumbido ronco, casi ininteligible, aunque de pronto enunció con claridad una frase.

—Quintana te dejó preñada y yo soy el tonto que se casó contigo.

Aquella noche descubrió que ella era la desgracia, aunque su madre lo negaba —que Mario Quintana fuera su padre, no que ella fuera la desgracia, en eso estaban los dos de acuerdo—. Su madre afirmaba que Mario Quintana era un caballero que la había respetado durante todo su noviazgo, al contrario que él, Paco, quien había abusado de su ingenuidad, de su pureza, aprovechando que en aquel baile de fiestas estaba un poco bebida y no sabía dónde tenía la cabeza, ella que nunca bebía. Su padre dijo que su madre de inocente no tenía nada, que la noche en que se acostaron por vez primera ya estaba usada, y repetía que ella no era su hija, sino la bastarda del teniente Quintana, «y yo soy el imbécil que la cría y le da su apellido». Su madre juraba por Dios, y por sus padres, y por sus hijos, lo que más quería en este mundo, que él la había desvirgado, que nunca había tenido relaciones con otro hombre y que ella era hija suya, «es tu vivo retrato, Paco». Era una discusión que no tenía fin y que sus padres reanudaban una y otra vez en las noches de bronca, cada cual agarrado a sus argumentos, sin ceder un ápice, aunque llevaba razón su padre cuando afirmaba que ella no se le parecía en nada. Su padre era moreno de piel y de pelo casi negro, con ojos de lobo, de un color turbio que oscilaba entre el dorado y el amarillo intenso cuando estaba enfadado. Ella tenía la tez pálida de su madre y su cabello castaño, pero no

había heredado sus grandes ojos oscuros; los suyos tenían un color triste, indefinido, un gris azulado, de un azul oscuro que recordaba a las aguas plomizas del mar Cantábrico.

Su madre colgó el teléfono con un suspiro. «Tus tíos están bien», le dijo, como si a ella le importara algo, y añadió: «Tu pobre padre, ¡trabaja tanto!», cuando las dos sabían que su padre era un vago que la mitad de las mañanas se quedaba dormido.

Su madre se quejó de que en la tele no daban nada. En la radio sí, en la Cadena SER, se lo había dicho su tía Rosario, pero tenían la radio estropeada desde hacía semanas, a la espera de que su padre trajera una radio alemana de contrabando que le había prometido a su madre y que nunca llegaba.

Ahora que ya sabía lo que era follar, entendía menos que antes que su madre hubiera corrido un riesgo tan grande aquella noche de fiestas; en su opinión, no merecía la pena. Aunque tal vez ella no había sido concebida esa noche, sino en otra ocasión, entre los brazos marciales del teniente Quintana.

—Mamá, ¿de qué color tiene los ojos el teniente coronel Quintana?

Su madre dio un respingo.

—¡Vaya pregunta! ¿Cómo me voy a acordar después de tanto tiempo? Recoge la mesa y lava los platos. Hoy te libras de bajar la basura por lo del golpe.

Quizá algún día, cuando fuera mayor y tuviera veinticinco o treinta años, se atrevería a preguntarle a su madre quién era su verdadero padre. Para entonces ya sería independiente, con casa propia, un marido e hijos, y le daría igual la respuesta, pero mientras siguiera viviendo allí, en aquel apartamento de mierda, mantenida por su padre, prefería no saberlo para no sentirse todavía más culpable.

La despertó su madre de muy mal humor. El golpe se había ido al garete. El rey había salido por la tele de madrugada para decir que si patatín que si patatán y que todo quedaba como estaba. «Y tu padre ha vuelto a las siete de la mañana. No he pegado ojo en toda la noche, esperándolo.» Era eso lo que tenía a su madre tan contrariada, no lo del golpe. Su padre estaba durmiendo en su cuarto, tenían que andar como de puntillas y hablar en susurros. Era un alivio no tener que verlo esa mañana. En el fondo no le importaba que todo siguiera igual, que su abuelo no fuera a ser ministro y que también aquel día tuviera que ir a clase. Había habido tantos traslados, tantos cambios en su vida, que no se sentía capaz de soportar otra mudanza. Mientras desayunaba con su hermano en la cocina, sonó el teléfono; su madre lo descolgó al vuelo, no fuera a ser que el timbre despertara a su marido. Dijo «diga» con un hilo de voz, como una conspiradora, la boca pegada al aparato.

—¿Miren? No, aquí no hay ninguna Miren, se equivoca.

Alcanzó a rescatar el auricular antes de que su madre colgara.

—Sí, soy yo —dijo, esperando oír la voz de Julen. Era Kepa y reclamaba su costo.

No le preguntó cómo estaba, ni si había llegado bien a casa, y eso que la tarde anterior había estado besándola (con lengua) y metiéndole mano por todas partes, hasta que ella accedió y permitió que se la follara en la cama de sus padres para que la dejara en paz y un poco también para saber qué era aquello que tenía tanta fama. Estaba muy arrepentida de haberse acostado con él. Por qué lo habría hecho. Quizá era un poco puta, como su madre. No podía hablar con ella al lado, escuchando cada palabra que decía.

—No lo tengo.

—¿Que no lo tienes? ¡Me cago en Dios! ¿Qué has hecho con mi costo? ¿Te lo has fumado?

—Lo tiene Julen.

—¿Julen? ¿Se lo diste a ese? ¿Tú estás zumbada o qué? Julen es de ETA.

5

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar,
yo siento
en el alma una alondra cantar;
tu acento:
Margarita, te voy a contar
un cuento:

Rubén Darío

Eran jóvenes, se querían; se conocieron de la manera más tonta, tuvieron un accidente. La culpa era de ella, pero le pidió perdón con tanto encanto y era tan bella que él casi le dio las gracias por haberle chafado el maletero de su Seat 124 nuevo, de segunda mano. Fue eso que los franceses llaman un *coup de foudre*: cuando intercambiaban datos del seguro para el parte, ya estaban quedando.

Él era andaluz, de Úbeda, a ella su acento le parecía muy gracioso, le dijo «¡qué gracia tenéis los andaluces!», y también que se daba un aire a Antonio Gades. Él preguntó, «¿quién es Antonio Gades?». A ella le conmovió su ignorancia. Él llevaba poco tiempo en San Sebastián, se estaba adaptando a las Vascongadas. No le quiso decir a qué se dedicaba, no tanto por precaución como por miedo al rechazo, pero ella lo sorprendió, preguntándole con naturalidad, «¿vives en Intxaurrondo?». Los vascos tenían como un sexto sentido, los olían, los detectaban, aunque fueran vestidos de paisano como él aquella mañana, era el corte de pelo, quizá, el acento foráneo. Por más que procurara pasar desapercibido y hablar lo menos posible, era como si llevara colgado del cuello un letrero que anunciara: «Soy guardia civil». Pero a ella eso no le molestó, le pareció fantástico, le dijo que le gustaban los hombres valientes. Él le explicó que se había hecho guardia civil porque no quería ser jornalero y un tío suyo, sargento de la Benemérita, tenía mano en la Academia de Úbeda. Ella también era de clase trabajadora, sus padres eran inmigrantes; había nacido en Donosti. En eso se notaba que era vasca, decía Donosti por San Sebastián y Euskal Herria en lugar de Vascongadas, aunque no era una auténtica vasca (eso explicaría él más tarde a sus compañeros de cuartel), porque su padre era salmantino y su madre extremeña, lo cual la convertía en una *maketa*, como él, y eso de algún modo los

unía.

Follaban donde podían, a menudo en el Seat 124 de él, una vez reparado; ella no tenía coche, el día del accidente conducía el de su padre. Aunque los dos eran altos y el automóvil pequeño, sus cuerpos jóvenes, elásticos, les permitían todo tipo de acrobacias. Él pensaba que era mucho mejor follar con ella en el coche que en una cama de pensión con una puta del bar de alterne de Trincherpe. Ella lo llevaba a sitios bonitos, se deleitaba en el mirador del monte Igueldo. Aparcaban en un lugar discreto y, después de follar, si no llovía mucho, salían a contemplar las estrellas y la ciudad allí abajo, con sus propias estrellas luminosas que parecían reflejar las del cielo (ella le dijo «eres un poeta», él no supo cómo tomárselo.) Mirando las estrellas se pelaban de frío, él prefería quedarse en el coche, abrazado a ella sobre el asiento trasero, haciéndose confidencias, sintiendo su aliento. Él le confesó que en Vascongadas pasaba miedo, se sentía como un conejo en el monte cuando se abre la veda; por más que llevara el cetme entre las rodillas cuando iba en el Land Rover de servicio, no podía dejar de pensar «¿seré yo el próximo?». ETA mataba a guardias civiles todas las semanas, se la tenía jurada al cuerpo y él vivía amedrentado. Antes de abrir la portezuela del coche, hacía como que se le caían las llaves y al agacharse para recogerlas, revisaba bien los bajos. A ella le pedía que lo esperara en la esquina, pero una vez ella se le adelantó, tiró un mechero a la acera, se acuclilló, iluminó los bajos con el mechero y los examinó a fondo con calma, sin ningún disimulo. «¡Puedes abrir, no hay ninguna bomba!», le dijo gritando. Él le pidió discreción, ella era un poco cabeza loca; cuando, en una cafetería, él, cauteloso, eligió una mesa al fondo y se acomodó al resguardo de la pared, de cara a la puerta, para poder escudriñar a todo el que entrara, ella, sentada frente a él, le dijo en voz alta, «¡avísame si vienen los etarras!», y luego se echó a reír, pero era tan hermosa y su risa tan franca que no había manera de enfadarse con ella. Él siempre llevaba la pistola encima, era norma del cuartel, aunque para follar se la quitaba. A ella le gustaba jugar con la pistola, preguntaba, «¿esto cómo funciona?». Él le decía, «cuidado, que está cargada», y se la removía con dulzura de las manos, «una mujer con una pistola es peligrosa, en un descuido se le escapa un tiro». Él no entendía por qué lo odiaban los vascos, solo estaba haciendo su trabajo, protegiéndolos de los terroristas poniendo en riesgo su propia vida. En el cuartel, los guardias civiles dormían hacinados en un dormitorio colectivo sin ventanas, había suciedad y ratas por todas partes y les daban de comer bazofia. También había un bar que los guardias solían evitar porque servían garrafón, los oficiales de intendencia tenían sus chanchullos, los oficiales, en general, eran unos cretinos y el comandante, Galindo, un cabronazo. Ella era su único

consuelo, si no fuera por ella, ya se hubiera ido de allí, habría dejado el cuerpo. Ella le revolvía los pelillos del pecho, le besaba en el cuello, le decía que los etarras eran unos hijos de puta, que no tenían perdón, y si se atrevían a hacerle algo a él, los mataría a todos. Quería saber: ¿qué les hacéis en Intxaurrondo para que canten? ¿Es verdad que les aplicáis descargas eléctricas en los cojones? Tenía curiosidad, se moría por ir a Intxaurrondo, conocer aquello, ver cómo vivía él; le pidió que la colara en el cuartel escondida en el maletero del coche, no sabía lo que era el miedo. Una noche, en una coctelería, el camarero le dijo que no era bien recibido, «aquí no aceptamos *txakurras*». Él no quería problemas, hubiera preferido irse, pero ella se encaró con el camarero.

—¿Cómo que no nos sirves? Ahora mismo nos pones un whisky con cocacola y un gin tonic, y al que no le guste que estemos aquí, que se vaya.

El camarero la obedeció, no podía hacer otra cosa; de ordinario ella era una mujer dulce, risueña, pero tenía carácter y no temía a nada ni a nadie. Él a su lado se sentía seguro, protegido, cuando hubiera debido ser al revés, el guardia civil era él. Ella quería ser bombera, estaba preparando los exámenes. A él le parecía que apagar fuegos no era profesión para una mujer, tenía peligro y requería fuerza física, ¿cómo iba a cargar ella con una vieja por una escalera de incendios? No se lo dijo por no parecer carca (eso le decía ella a veces, «eres un carca»). Había otra razón oculta por la que desaprobaba su vocación: un hombre, especialmente un guardia civil, que pasa todo el día fuera, necesita a una mujer que se ocupe de la casa, que limpie y cocine y cuide de los hijos y, cuando él regrese del trabajo, le tenga preparada la cena. Además, en Úbeda no había mujeres bomberas y él quería casarse con ella y llevarla a Úbeda en cuanto pudiera.

—Estoy loco por ti —le dijo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella se echó a llorar, no era lo que él esperaba. ¿Por qué lloró? ¿Acaso también estaba enamorada?

Estás haciendo de mi vida una novela rosa, María Ortega. Yo tenía un amor, José Ángel Aguirre, y los txakurras*, como este piko de tu fotonovela, lo torturaron y lo sometieron a vejaciones inimaginables por luchar por su pueblo, por ser* gudari*. ¿Tú de qué lado estás?*

De ningún lado, Idoia, yo estoy aparte. Dicen que te atraían las fuerzas y los cuerpos de seguridad del Estado, que celabas a guardias civiles y policías nacionales y te acostabas con ellos. Dicen que te hacías pasar por una agente de la Guardia Civil en servicio especial y te jactabas de que cuando estabas encima de uno de ellos, fantaseabas con meterle un tiro en la boca. También dicen que tuviste un romance, que duró varios meses, con un guardia civil del cuartel de Intxaurrondo, al que conociste en un accidente de coche. Yo busco

mostrar el rostro humano de la terrorista, puedo imaginar las dudas, el desgarro interior que debiste sentir al enamorarte de un guardia civil. *No sigas por ahí, me estás poniendo enferma. ¿Quién dice qué? Dame tus fuentes, dime los nombres. «Todos ven lo que aparento, pocos ven lo que soy», como dijo Maquiavelo (sí he leído a Maquiavelo, soy una mujer culta, y que sepas: Rubén Darío es vomitivo). Deja de llamarme terrorista y asesina, las palabras importan. Un asesino mata por su propio interés, por egoísmo, por odio, venganza, miedo, dinero, poder o celos, yo actué de forma desinteresada, por amor a la libertad, a la justicia, yo sacrifiqué mi vida por la independencia de Euskal Herria y si hubiéramos ganado la guerra (porque era una guerra, aunque ellos lo discutan), yo hubiera pasado a la historia como una heroína. En las guerras, en las revoluciones, pasan cosas, muere gente de uno y otro bando, y sufrir, pues sufren todos (yo sufrí como una perra), pero si gana la causa más justa, ha valido la pena. ¿Cuánta gente mató Simón Bolívar? ¿Cuánta, el Che Guevara, y cuánta murió en la Revolución francesa? Una barbaridad, pero los franceses cada 14 de julio celebran su día nacional, conmemorando el estallido de la Revolución, sin pararse a recordar quién mató a quién en aquella degollina, porque eso, a fin de cuentas, es irrelevante. Las* ekintzas*, las ejecuciones en que yo participé eran un medio para alcanzar un fin superior, todas las muertes son tristes, pero hay muertes necesarias. ¿Qué es una vida humana cuando la patria está en juego?*

No me interrumpas, por favor, un poco de respeto, esta historia la estoy contando yo, tú aquí eres una intrusa. No sé si has leído tu entrada en Wikipedia. En al apartado «Información profesional» figura:

«Ocupación: terrorista»

Si no te gusta, corrígelo.

Así como Tamara se convirtió en Tania, Idoia, de un día para otro, fue Margarita. Para cuando sus padres, amigos, conocidos y antiguos amantes descubrieron su doble vida y su militancia en ETA (tras la caída del comando Oker, Idoia salió en la tele, se habló de ella en la radio, una fotografía suya se publicó en la primera página de todos los periódicos y otra, de buen tamaño, destacaba en las paredes de todas las comisarías de España), ya se había despojado de su identidad anterior y había escapado a Francia. Fue un despojamiento doloroso, una ruptura feroz: no volvió a ver a su familia en mucho tiempo y se alejó de su adorada Euskal Herria (pero solo de Hegoalde, la parte sur, porque como todos los huidos y refugiados de ETA, se instaló en Iparralde, la Euskal Herria del norte). Dio comienzo a su vida clandestina, ya no era una militante legal, sino una forajida, una terrorista muy buscada. Antiguos etarras describen el exilio en el sur de Francia como una larga espera, aburrida y tensa. Alojados en casas de colaboradores o simpatizantes franceses, los huidos vivían

escondidos, sin noticias de fuera, en un angustioso encierro, a la espera de la llamada de la organización para incorporarse a un comando o, a lo peor, de la detención por la policía francesa o de una bala de los GAL. La espera podía durar años, hacerse eterna, hasta el punto de que algunos llegaban a preguntarse, «¿se acuerdan de mí?». Margarita nunca fue mujer proclive a la duda o a la melancolía y alivió la inevitable espera con ocasionales escapadas a su querida Donosti, donde recuperaba amistades, se divertía, bailaba, y hacía a conciencia todo lo que tenía prohibido —ella era una persona libre que detestaba las reglas—, pero no bailó mucho, en ETA, la audacia, los muertos, contaban, y Margarita era una joven promesa, un valor en alza, no tardó en recibir la llamada: iba a ser incorporada al comando Madrid, el más importante de la organización, el que más daño causaba, para la campaña del año 1986, en sustitución de Belén González Peñalba, quien había sido apartada del comando por «incompetencia manifiesta para la lucha armada».

Sus compañeros de *talde* iban a ser Iñaki de Juana Chaos, Antton Troitiño y Juanma Soares Gamboa. Cuando los vio por primera vez en Bayona, en una reunión con Santi Potros, el jefe de los comandos ilegales, Margarita pensó que eran feos. También: que no se iba a llevar bien con ellos.

Mujer rebelde, nunca acató a ciegas las normas. Se negó a ponerse lentillas marrones por no renunciar al poder hipnótico de sus ojos azules, que resaltaba con un lápiz de ojos y abundante rímel, era reacia a modificar su forma de vestir, con ropa ajustada, mallas, minifaldas y chupas de cuero, y no quiso oír hablar de cortarse el pelo. Iba por ahí provocando, pidiendo guerra, se quejaban sus nuevos compañeros, no había manera de que pasara desapercibida por las calles de Bayona, hombres, mujeres y niños, todo el mundo la miraba, cuando la primera regla del buen terrorista es no llamar la atención. A sus nuevos compañeros les llevó un mes persuadirla de que se pusiera las lentillas marrones. *Te tengo que interrumpir porque estoy indignada, cómo puedes dar crédito a las calumnias de Juanma Soares Gamboa. Dice de mí, entre otras lindezas, que soy una esclava de mi cuerpo y de mi cabello, nada más lejos de la realidad. Me resistí a las lentillas porque me picaban los ojos. Les ofrecí teñirme el pelo de rubio para no ser reconocida (Tania se tiñó de color castaño la cabellera rubia, yo transformaría en dorados mis rizos negros), y me dijeron que no, que de rubia aún destacaría más, pero no fue esta la verdadera razón por la que se opusieron: me querían fea, indeseable, para no morirse de ganas de echarme un polvo, para no hacerse pajas pensando en mí, vi cómo me miraban. Pretendían que me vistiera como una monja, yo, que era una revolucionaria. Al Che Guevara nadie le exigió que cambiara de indumentaria y se pusiera gafas de culo de vaso. El uniforme de guerrillero*

le sentaba de maravilla, su imagen con la chupa ceñida, la boina negra, la melena oscura, los grandes ojos castaños mirando al infinito, ha pasado a la historia, se ha convertido en un icono universal; calvo, vestido de traje y corbata, con barriga y papada, no habría vendido un póster ni una camiseta y tampoco habría inspirado la vocación revolucionaria en millones de jóvenes con inquietudes sociales. Tú has hablado antes de esto, María Ortega: lo bueno, lo bello y lo verdadero, el mito platónico. Asociamos de forma inconsciente belleza y bondad, verdad y belleza. Un hombre o una mujer hermosos inspiran confianza por el hecho de serlo, me consta por experiencia. La organización quería a una mujer en el comando Madrid, porque una pareja paseando por la calle despierta menos suspicacia que dos hombres jóvenes apostados frente a un portal, y porque las mujeres tenemos más maña para hacer averiguaciones. Yo podía sonsacar al portero de un ministerio sin levantar sospechas, lo único que iba a pensar es en la suerte de que le diera palique una chica tan guapa. Belén González Peñalva no valía ni para eso, era seca y apocada como la mayoría de las vascas, yo tengo charme *y* savoir faire*, sé hacerme la simpática, soy una seductora; si me empeño, caigo bien (y sí, hablo francés). Yo no anteponía mi vanidad a la lucha por la liberación de Euskal Herria; al contrario, puse mi belleza al servicio de la revolución. Pero De Juana Chaos, Troitiño y Soares Gamboa no podían saberlo, desconocían el poder de la belleza, los tres eran feos (en esto no te equivocas), y por eso vieron mi belleza como una tentación y una amenaza y no como lo que podía ser: un instrumento de liberación nacional.*

Era noche cerrada cuando hicimos el paso de la muga*, teníamos que cruzar a España por la frontera de Biriatou, guiados por un* mugalari*, Txo Goyenetxea, un tío muy majo, aunque a Juanma le cayera mal (a Juanma no le caía bien nadie). Íbamos cargados con unas mochilas que pesaban como cuarenta kilos, llevábamos material para hacer explosivos —es increíble la de cosas que hacen falta para montar una bomba—, ropa de vestir para la capital, la pipa Browning, cargadores, la metralleta Uzi con más cargadores, granadas, documentación, etcétera. Nada personal, ni una foto, ni una carta, ni un recuerdo de mi novio prisionero.* Soares Gamboa dice que tú no cargaste nada, que convenciste al *mugalari* para que llevara tu mochila. *¡Ahora eres tú la que me corta! Yo al Txo Goyenetxea no le pedí nada, yo entonces estaba en forma, las oposiciones a bombero son duras, muy físicas, yo andaba bien por el monte, mucho mejor que el pobre Juanma, que iba sin aliento y se quedaba rezagado y a cada poco teníamos que esperarlo. El Txo se empeñó en cargar mi mochila y le di el gusto por no discutir —la* muga*, de noche, no es el mejor lugar para ponerte a dar voces—, lo que pasa es que a Juanma le dio envidia.*

Cruzamos el Bidasoa en un bote neumático y luego corrimos agachados y en silencio hasta la carretera, vigilada por una patrulla de pikos que pasaban por allí cada medio minuto. Enfrente de la carretera se erguía la

alambrada de la frontera; teníamos que treparla y saltar al otro lado en treinta segundos justos, para no ser descubiertos por los txakurras. *Y mira lo que dice Juanma en su libro:*

«Si ellos eran precisos, nosotros también. Y uno tras otro, con una cadencia que rozaba la perfección, fuimos atravesando la carretera en las mismas narices de la Guardia Civil y subiendo por aquella ladera del monte Jaizkibel».

O sea que yo también rocé la perfección aquella noche en la muga*; yo, una mujer, estuve a la altura de aquellos hombres jóvenes, fuertes, avezados en el monte (Juanma no, Juanma era un patoso, le tuvimos que ayudar a escalar la alambrada).* Él no lo menciona, pero dice que también te las apañaste para que te aligerara de la mochila uno de los *mugalaris* que os recogieron al otro lado de la frontera. *¡Qué rencoroso es! ¡Qué celos tiene! Juanma hubiera querido que el* mugalari *lo llevara en brazos. Yo no puedo evitar que los hombres deseen hacer cosas por mí, al* mugalari *le hacía ilusión cargar con mi mochila. Era un chico encantador, ¿para qué disgustarlo?*

Soares Gamboa cuenta que en las proximidades de Irún aguardaba al comando un camión de transporte, en cuyo contenedor se había construido un zulo de un metro y medio de longitud, al que se accedía por una portezuela. En aquel habitáculo de dimensiones minúsculas los cuatro *gudaris* viajarían durante un día entero hasta Madrid, sometidos a altas temperaturas, medio asfixiados (en la carretera podían abrir la trampilla, ver el firme gris que se deslizaba bajo las ruedas del camión y respirar un aire que olía a humo y a gasolina), pendientes de los fatídicos tres frenazos consecutivos que alertarían de un control de la Guardia Civil. Si la Guardia Civil los descubría, los cuatro *gudaris* sabían lo que tenían que hacer: morir matando. Agotada tras el duro paso de la *muga*, cohibida por la compañía hostil de sus tres compañeros de *talde*, Margarita pensaba en su incierto futuro, pletórico de desafíos y riesgos, y se acordaba de su amante caído, José Ángel Aguirre, quien languidecía en prisión y al que tal vez nunca volvería a ver. Tampoco es que tuviera muchas ganas, José Ángel era un sinsustancia, a quién se le ocurre ir a atracar un banco con su propio coche, en lugar de robar uno como exige el protocolo. Si Margarita hubiera participado en aquella *ekintza*, habría evitado un error tan tonto, que llevó a prisión a José Ángel y a ella al exilio. José Ángel no tenía dos dedos de frente, sin ella estaba perdido. Y la había delatado a los *txakurras*, a ella, su compañera de militancia y vida, esto no se hace por más que te torturen, antes la muerte.

Ya estás otra vez con tus películas. ¿Tú qué sabes en qué pensaba yo en aquel viaje? Te lo voy a decir: en que tenía ganas de hacer pis y en aquel zulo traqueteante, con tres tíos mirándome, era muy complicado. Para ellos era más fácil, orinaban en una botella vacía, no tenían más que meter

el pito por la embocadura, pero yo tenía que utilizar un embudo, María Ortega, ¿te haces cargo? Yo estaba preparada para subir por el monte, trepar alambradas, saltar muros, poner bombas, disparar con una metralleta, pero no para hacer pis en un embudo que sujetaba a la botella vacía con una mano, mientras con la otra me apoyaba en la pared de un remolque que no paraba de moverse. Y la humillante postura, las piernas abiertas y en cuclillas, con las bragas y los pantalones bajados, enseñando el culo a aquellos tipos que no tenían nada mejor que hacer que no perderse detalle; empiezas a orinar y de pronto un frenazo... Qué humillación y qué vergüenza, María Ortega, menuda porquería. Lo menos que podía hacer la organización era proporcionar a las mujeres orinales plegables, pero cómo se les iba a ocurrir si en la cúpula de ETA no había más que tíos. Y también reflexioné que los cuatro integrantes del talde *éramos de fuera, fíjate en los apellidos: De Juana Chaos, Troitiño, Soares Gamboa (Gamboa es vasco, pero Soares es portugués), López Riaño. Nos llamaban* «mantxurianos», «maketos», «koreanos»*, nos miraban por encima del hombro porque no hablábamos euskera, pero ni Sabino Arana, con sus cien apellidos vascos, había hecho por Euskal Herria lo que estábamos haciendo, lo que íbamos a hacer en Madrid. Y yo, encima, era una mujer rodeada de machos que no pensaban más que en follárseme... Si quería hacerme respetar, tenía que ser la más bestia, una patriota salvaje.*

6

—Este puro no tira —dijo su padre, que lo despanzurró en el cenicero —. ¡Y en mi casa no se habla mal de Franco! El Generalísimo era un hombre muy hombre, con todo lo que hay que tener.

Néstor, que le había regalado el puro, acababa de contar un chisme sobre la hija de Franco, quien, según él, lo era de Ramón, el hermano aviador del Caudillo, y de una prostituta que murió en el parto. Franco quedó estéril de un balazo en el bajo vientre en la guerra de Marruecos, y cuando Ramón falleció en un accidente de avión, Franco y su mujer, doña Carmen —a quien nadie vio nunca embarazada—, adoptaron a la niña y la hicieron pasar por suya, eso había dicho Néstor, quien recibió la andanada de su padre con una mueca de desdén, muy erguido sobre el gastado puf de cuero, como si cabalgara un alazán. Era un madrileño presumido, amigo de Amadeo. Los rizos oscuros aplastados con gomina, vestía pantalones claros y una americana azul, de cuyo bolsillo superior asomaba un pañuelo de lunares blancos y rojos, a juego con sus mocasines rojos, que su padre observaba con recelo y que a su madre le habían parecido muy modernos. Lourdes, la mujer del italiano, comentó que había visto al rey en el *Hola* con unos zapatos iguales. Néstor dijo que se los había copiado a él, «hace cinco años que los tengo, los compré en Milán». Era un gran conversador, desde que llegó los tenía encandilados con sus cotilleos de la capital, hasta que su padre, que llevaba rato sumido en un silencio torvo, había saltado por lo de la hija de Franco.

—Lástima de habano —dijo Néstor—. Es un Cohíba de los que fuma Fidel. Me los traen en valija diplomática.

Dio una calada desafiante al Cohíba que estaba fumando y exhaló una nube de humo con satisfacción, sin dejar de mirar a su padre.

—¡Encima, chulo! ¡Fuera, fuera de mi casa, comunista!

Su padre, en pie, lívido de rabia, parecía a punto de echársele encima y Néstor, que sí que era chulo, se encaró con él. Le dijo que a él nadie lo llamaba comunista, ni le alzaba la voz, y le exigió que se disculpara. Su padre estaba borracho, si Néstor le daba un puñetazo lo tiraría al suelo, ojalá lo hiciera, pero ya Amadeo y su madre y el italiano gordo, que se llamaba Beppe, intercedían, buscando apaciguarlos; al cabo de un poco, como suele suceder en las peleas de borrachos, Néstor y su padre eran los mejores amigos y lo demostraron dándose un abrazo de hombres, con muchas palmaditas

en la espalda, luego se volvieron a acomodar el uno en su puf y el otro en su sillón orejero, como si no hubiera pasado nada. Ella tuvo que correr del salón a la cocina, y de la cocina al salón, para traer más hielo, otra botella de whisky, y una bayeta y un vaso limpio, porque el de su padre había caído al suelo en el fervor del abrazo — sin romperse, porque era Duralex, como recalcó su madre—. Amadeo, con su pico de oro, fue el artífice de la reconciliación; convenció a su padre de que en la anécdota de Néstor no había mala voluntad y dio fe de que patriotas como él escaseaban. Era un hombre modesto y no le gustaba alardear, pero a Amadeo le constaba que el Caudillo, que en paz descanse, lo tenía en gran estima. Néstor había intervenido en delicadísimas operaciones de Estado, al más alto nivel. Le habían dado la Cruz de Plata de la Orden del Mérito de la Guardia Civil, que no es moco de pavo: él solo había metido a más de treinta comunistas en la cárcel, «y a setenta también», dijo Néstor, y su padre lo miró con respeto.

Amadeo era un cerdo, la había estrujado con su abrazo de pulpo cuando le abrió la puerta, no pudo evitar que le enroscara la lengua en el oído y se lo dejara lleno de babas, ahora tenía que sortear sus manos ávidas cada vez que pasaba por su lado, o se inclinaba junto a él para recoger un cenicero sucio o una botella vacía. Era un sobón repugnante y parecía un sapo, con sus ojos saltones y su boca fofa, pero su madre lo adoraba porque le besaba la mano como a una condesa y no perdía ocasión de piropearla. Hacía solo dos meses que su padre había traído por primera vez a casa a su nuevo compañero de comisaría y ya era el favorito de su madre, que lo invitaba a comer todos los domingos y lo consideraba como de la familia. Amadeo se tomaba tantas confianzas que aquel domingo había llevado a sus amigos a tomar café, pero su madre estaba feliz, disfrutaba haciendo de anfitriona, como en los buenos tiempos de Alicante y Lérida. «¡Qué bien lo pasamos!» «¡Qué juerga!», decía.

Su padre se estaba poniendo sentimental. Quería impresionar a Néstor, aunque ponía buen cuidado en no dirigirse a él; los ojos entornados, el tono solemne, se escuchaba a sí mismo evocando las cacerías de rojos de sus años mozos con los Guerrilleros de Cristo Rey. Se le quebró la voz al recordar su despedida del Caudillo, en el Palacio Real. Su padre había hecho el saludo romano ante el catafalco, gritando: «¡A sus órdenes, Generalísimo!», y doña Carmen le había dedicado una mirada agradecida desde su butaca carmesí, aunque esto último su padre se lo había inventado, porque ella acompañó a sus padres aquella mañana de finales de noviembre y entró con ellos en la capilla ardiente, después de congelarse en la calle durante horas, haciendo cola, y allí no estaba doña Carmen ni había nadie de la familia de Franco, lo cual le había parecido de mala educación. Se

mareó por la larga espera, la muchedumbre, el aire viciado y la impresión del primer muerto, un viejo diminuto al que el ataúd le quedaba grande y cuya piel cenicienta contrastaba con el brillo intenso de las medallas, los galones y los entorchados del uniforme; se le hizo raro que Franco no llevara gafas de sol, en sus últimas fotos las lucía siempre. Le dio el vahído mientras su padre hacía el saludo fascista, su madre evitó que cayera al suelo y su padre la tuvo que llevar en brazos hasta la calle, pero de esto, que sí sucedió, su padre no dijo nada. Salió del salón con disimulo cuando su padre se puso a contar lo del asedio del Alcázar de Toledo, su abuelo —el padre de su padre, que murió en la guerra— y el coronel Moscardó, una historia que se sabía de memoria.

Había salpicaduras de pis alrededor del váter y sobre la tapa, puso cuidado en sortearlas, seguro que había sido Amadeo, cómo se iba a poner su madre cuando las viera. La sortija de pedida de su madre brillaba sobre el lavamanos, junto a la jabonera. Era de oro blanco con una esmeralda, la mejor joya que tenía (la alianza, según su madre, era «sencillita»). Se la intentó poner en el dedo anular pero le quedaba justa, su madre tenía las manos pequeñas y finas, las suyas eran grandes, con dedos largos, como las de su padre, si es que era su padre. No quiso insistir, por si luego no podía sacársela. La escondió dentro del sujetador, debía de valer por lo menos cinco mil pesetas.

Su hermano dormía sobre la alfombra de su cuarto, un Madelman en cada mano. La alfombra estaba decorada con personajes de Disney: Dumbo, el Pato Donald, Mickey Mouse... A Javi lo mimaban mucho, a ella, cuando tenía su edad, no le habían comprado ninguna alfombra. Intentó levantarlo para llevarlo a la cama pero no pudo, pesaba un montón. Se tendió a su lado, estaba cansada. Del salón llegaban los acordes de una guitarra, Amadeo la tocaba muy bien, había sido tuno. Cantaban *Clavelitos*, su madre desafinaba, por más que Amadeo le dijera que tenía una voz preciosa. ¡Qué falso era! Se acordó de otra tarde de domingo, hacía ya mucho tiempo, en Lérida. Ella tenía ocho años, su madre estaba embarazada de Javi y no se encontraba bien, se había retirado a su cuarto, y ella se había quedado con su padre en el comedor para ayudar con los invitados, unos gallegos que habían ido a visitarlos. La elogiaron, con su acento cantarín, por lo bien que servía y retiraba la mesa y por su maña con el sacacorchos: conseguía extraer los corchos intactos. Después de comer, había llevado hasta el comedor la bandeja con las tazas del café, sin que se cayeran ni se derramara el café, y preguntó a los invitados: «¿quieres una cucharilla de azúcar o dos?», como le había enseñado su madre. Uno de ellos, el más simpático, que se llamaba Alfredo y tenía barba, dijo que era la niña mejor educada que había conocido nunca. Mientras les servía orujo y coñac, José Luis, el hermano de Alfredo, se puso a cantar el

Cara al sol, los demás lo acompañaron, ella también. De pronto, los cuatro hombres se callaron y se quedó ella sola cantando *Volverán banderas victoriosas / Al paso alegre de la paz / Y traerán prendidas cinco rosas / Las flechas de mi haz*. Al terminar la canción la aplaudieron mucho, su padre dijo «se me ha puesto la piel de gallina» y, sentándola en sus rodillas, la rodeó con sus brazos. Luego se había atrevido con *El novio de la muerte*, pero no se sabía bien la letra y había hecho un poco el ridículo, pero su padre la consoló con un beso y dijo delante de todos, «¡Qué hija tengo!».

Su madre los despertó de mala manera y la regañó por quedarse dormida en el suelo; metió a su hermano en la cama y ella tuvo que acompañarla a la cocina. Debía de ser muy tarde y al día siguiente tenía que madrugar para ir al instituto, pero su madre le dijo que llevaba horas durmiendo y que se podría ir a la cama cuando hubieran acabado de recogerlo todo. El salón apestaba a puro y alcohol y a sudor y al perfume dulzón de la mujer del italiano, había vasos por todas partes y ceniza de puro sobre la alfombra y sobre el brazo derecho del sillón de su padre, que rara vez se molestaba en usar el cenicero. Se puso a recogerlo todo, su madre en vez de ayudarla buscaba su anillo. Sacaba los cojines del sofá, miraba debajo de la mesa, debajo del sofá, a cuatro patas inspeccionaba la alfombra, decía «no sé qué he hecho con él, dónde puede estar, no recuerdo habérmelo quitado, ¿tú me has visto quitármelo, Paco?».

—El qué —dijo su padre, hundido en su sillón, los ojos cerrados, un vaso de whisky en la mano.

—Mi anillo de pedida, el que tú me regalaste.

—Yo no te regalé ningún anillo, te lo regaló tu padre.

—¡Me lo regalaste tú! El anillo de pedida lo regala el novio. Mi padre lo pagó porque tú entonces no tenías dinero, pero me lo diste tú, me lo pusiste en el dedo. ¡Y ahora no lo encuentro!

Metió la mano dentro del sujetador y comprobó que el anillo seguía allí, en la cazoleta izquierda. La puerta de la cocina estaba entornada, sus padres no podían verla.

—¡Qué coño te iba a regalar yo a ti un anillo, si tu padre me puso una pistola en el pecho para que me casara contigo!

Su padre tenía mal vino. Su madre cerró de golpe la puerta de la cocina, como si una lámina de madera pudiera impedir que los oyera. La discusión no duró mucho porque su padre se fue a dormir. Su madre entró en la cocina muy alterada, con los ojos hinchados —había llorado otra vez, ¡qué llorona era!—, si Amadeo la viera ahora no le parecería tan guapa, con el rímel corrido y los ojos colorados. Su madre le dijo que se fuera a su cuarto, ella acabaría de lavar los cacharros. Le preguntó si había visto su anillo y ella le dijo que no, «¿lo has perdido?».

A la hora del recreo fue a buscar a Kepa. Lo encontró detrás de los baños, fumando petas con unos de su clase.

—¿Qué quieres? —le dijo Kepa—. ¿Me has traído eso?

Ella asintió, Kepa se puso contento y se metieron los dos en el retrete de chicas. A Kepa le habían salido muchos granos en la cara, tenía una espinilla en la frente, tan gorda y purulenta que daban ganas de reventársela. El retrete olía fatal y le incomodaba estar a solas con él.

—¿Tienes la guita? —le preguntó Kepa y ella le contestó que no, pero tenía un anillo de oro que valía más de cuatro mil pesetas. Le dio la espalda para sacárselo del sujetador, un pudor absurdo, porque Kepa la había visto desnuda. Le tendió la sortija y Kepa la examinó a la luz grisácea del ventanuco.

—No parece de oro, es blanca. ¿Esta piedra qué es?

—Una esmeralda. Y el anillo es de oro blanco, que vale más que el normal. Es el anillo de pedida de mi madre, la mejor joya que tiene —le dijo, y al instante se arrepintió de haberle dado tanta información.

—¿Qué hago yo con esto? —le dijo Kepa—. Yo quiero los cuatro talegos.

Le explicó que ella no tenía dinero, ya le había dado quinientas pesetas, todos sus ahorros, pero ese anillo Kepa lo podía vender y sacar por lo menos cinco mil pesetas, «te debo cuatro mil pesetas, lo que te den de más me lo devuelves. Y deja de decir por ahí que mi padre es *txakurra*, porque no es verdad. Es guardia de seguridad».

—Ya. En una comisaría, ¡no te jode! —dijo Kepa—. Voy a intentar pulirme esto y a ver qué me dan. Te lo acepto como un favor, porque yo lo que quiero es pasta.

Era el colmo que aún le tuviera que dar las gracias. Llevaba semanas acosándola, exigiéndole que le diera las cuatro mil quinientas pesetas que, según él, valía la piedra de costo que le confió la noche del golpe. La llamaba a su casa, su madre ya estaba escamada, «¿quién es este Kepa que te llama tanto?». Se debía de pensar que salían juntos o algo. Kepa iba diciendo por el instituto que se la había tirado y que su padre era un *txakurra* y ella una mangui. Le hacía la vida imposible, en su clase ya no le hablaba nadie, hasta Asun y Tere le habían retirado la palabra (no por hija de *txakurra* sino por puta, eran muy religiosas). Era injusto que Kepa le hiciera pagar el costo, ella se lo había dado a Julen, que era amigo de su hermana, pero Kepa se negaba a pedirle el costo a Julen porque decía que los etarras eran unos puretas en cuestión de drogas, peores que los curas, «se cargan a los camellos, ¿no te has enterado?».

Al salir se toparon con Asun, que estaba esperando para entrar y los miró con espanto. Hubiera querido decirle que no habían follado en el retrete ni nada parecido, pero Asun les cerró la puerta en las narices.

Por culpa de Kepa su reputación estaba por los suelos.

No podía creer que Julen fuera de ETA, había sido tan bueno con ella. La noche del golpe la había acompañado a casa, cuando era a Kepa a quien le tocaba, Julen no la conocía de nada y Kepa se la había tirado, por más que ahora le pesara. Y cuando le dijo que su padre era policía, a Julen no le había importado y había seguido siendo amable y simpático con ella, mientras que la gente de su clase la trataba como a una leprosa. Y cómo iba a ser un etarra si estudiaba en Deusto, que es de los jesuitas. Seguía enamorada de él, aunque no se lo había dicho a nadie; tampoco tenía con quien hablar. Era terrible pensar que quizá nunca volvería a verlo. Fantaseaba con topárselo cualquier día en una calle de Barakaldo, andaba siempre al acecho, buscándolo. El otro día había creído verlo en la plaza de Cruces, echó a correr tras él, gritó «¡Julen!», pero cuando lo alcanzó, jadeando, resultó que se había equivocado.

El lunes le dio el anillo a Kepa y el miércoles Kepa la acorraló a la salida de clase. El anillo era falso, eso le dijo, la esmeralda era sintética, de plástico, y el aro, de oro chapado. La acusó de haberlo engañado, de tomarlo por un gilipollas y le devolvió la sortija —la tiró al suelo, furioso, y ella tuvo que agacharse a recogerla—. Le dio un plazo de una semana para que le pagara la deuda, «si no, te corto las tetas». Kepa era muy vulgar, eso opinaría su madre si lo conociera. Vulgar o no, daba miedo. Ya le había hecho mucho daño, ¿qué más le podía hacer? Podía decírselo todo a sus padres, podía... Estaba decepcionada con su abuelo. Le había comprado a su madre un anillo falso, esto no lo hace un padre; su pobre madre creía que era muy valioso pero era una baratija que no había costado ni cien pesetas, eso había dicho Kepa. A ella le gustaba su abuelo, era el único miembro de su familia con quien se llevaba bien. Su abuela Casilda era estirada y antipática, la reprendía por su postura, por ir encorvada, porque no sabía francés, como si fuera culpa suya, y porque no era tan guapa como su madre, aunque ahora sabía cuál era la verdadera razón por la que su abuela le tenía manía: por haber nacido, por ser la desgracia. Lo que le daba mucho coraje porque tampoco era su culpa, sino de su madre, que no había conservado su virginidad para su marido, tenía gracia que su madre, que era tan de ir a misa y que le había advertido tantas veces que tuviera cuidado con los hombres, que guardara su pureza y no se acostara con nadie, se hubiera casado de penalti. Su abuelo Manuel se ponía contento cuando la veía, le daba unos abrazos tremendos, le hacía regalitos a escondidas de su abuela, le había enseñado a plantar tomateras y lechugas en el huerto y a disparar con su escopeta de aire comprimido, incluso le había prometido que un día la llevaría con él de caza, aunque luego todo quedó en nada.

—¡Eres borracho, putero y jugador, como todos los militares! —le

había gritado la abuela Casilda al abuelo una noche que llegó tarde a cenar y un poco achispado.

Se había entretenido en el bar del pueblo jugando a las cartas con los amigos y había olvidado los recados que le había encomendado su mujer, por lo que no tenían huevos, ni pan, ni jamón, ¿qué iban a cenar? Su abuela Casilda no era vulgar: era de buena familia, los aristócratas hablan así, con franqueza, sin pelos en la lengua. Tenía a su abuelo en un puño, lo manejaba como quería, ella controlaba el dinero y hasta le pedía las vueltas de las compras. Esto era lo que debía de haber pasado: la abuela le dio al abuelo el dinero para que comprara el anillo, él se lo gastó en el bar y con lo que le sobró solo le alcanzó para comprar un anillo falso. Su abuela tenía carácter y se daba muchos aires; un abuelo suyo había sido conde y una hermana de su madre se había casado con un marqués, por lo que era marquesa. «Un marqués muerto de hambre», decía su padre, que no soportaba a su abuela porque esta lo despreciaba y no ponía ningún esfuerzo en disimular que hubiera preferido a otro yerno. Un tatarabuelo suyo había sido conde, lo que significaba que ella, en cierta medida, también era noble, pero de qué le servía si adeudaba a Kepa cuatro mil pesetas.

Le dijo a su madre que había encontrado el anillo en el baño, detrás del váter. Su madre la miró con suspicacia, no sabía qué pensar, pero decidió alegrarse porque, al fin y al cabo, lo había recuperado. Ella aprovechó para pedirle la propina que le había prometido por servir a los invitados el domingo. Su madre rezongó, pero por suerte acabó dándosela, necesitaba dinero para los billetes de tren.

En Deusto lloviznaba, el chirimiri le iba a estropear el peinado. Aquella mañana se había levantado muy temprano, para admiración de su madre; por regla general, tenía que sacarla a rastras de la cama. Se había lavado el pelo y se lo había dejado suelto, le quedaba mejor que la coleta; se había puesto los pantalones negros con pinzas, que tanto le gustaban a su madre, y una rebeca azul claro que había heredado de ella. Calzaba los mocasines y llevaba por primera vez el viejo bolso marrón de su madre, que le había regalado cuando cumplió quince años con la condición de que dejara de usar el macuto, porque ya tenía edad de empezar a vestir un poco mejor, aunque no le había hecho ningún caso, no podía ir con ese bolso de señora al instituto, pero pensó que a Deusto debía ir un poco arreglada. Su madre no salía de su asombro, «¿a qué viene que te hayas puesto tan elegante?», ella le dijo que porque le apetecía y ya está. El bolso le pesaba en el hombro porque lo había cargado con los libros de texto, su madre creía que iba al instituto. También llevaba la bufanda de Julen. Seguía oliendo a él, le daba pena tener que devolvérsela, pero

consideró que era lo correcto y una buena manera de iniciar la conversación cuando se encontrara con él en la universidad. Al enfilar el puente que cruzaba la ría se puso a llover en serio, se le iba a empapar el pelo y Julen la vería con esa facha, había olvidado coger un paraguas.

El edificio la impresionó por su grandeza, parecía un palacio, no una universidad. Estaba al borde de la ría y se reflejaba en sus aguas con toda su majestad. Se sintió muy pequeña, cómo iba a encontrar a Julen en aquel edificio descomunal. Una chica le indicó cuál era la Facultad de Derecho. Ascendió las escalinatas de piedra y entró por una puerta giratoria de madera a un vestíbulo alto como una catedral. Vio a bedeles de uniforme que sin duda la podrían orientar, pero no quiso dirigirse a ellos por miedo a que le preguntaran qué hacía allí, los estudiantes que pululaban por el vestíbulo eran mayores, de veinte años o así, no había nadie de su edad. No sabía en qué curso estaba Julen, no se lo había dicho. Por su edad calculó que debía de estar en cuarto o en quinto, pero todos los cursos se dividían en varios grupos y había un montón de aulas, aquello era un laberinto. Subió y bajó una y otra vez las escaleras, recorrió los pasillos, esperó a que dieran las diez junto a la puerta de un aula de cuarto y desde allí escrutó a los estudiantes que salían a empujones, charlando y haciéndose bromas, ninguno era Julen, tampoco lo distinguió entre la marabunta que de golpe inundó los pasillos y se desparramó por los rellanos. Fue a la cafetería, inspeccionó los baños; ni rastro de Julen. Aprovechó para mirarse al espejo; el pelo no era una calamidad. De pronto se le ocurrió que Julen le podía haber mentido y que no estudiara Derecho. Tal vez Kepa estaba en lo cierto y Julen era de ETA y le había contado un embuste para despistarla. Hacía más de una hora que daba vueltas por la facultad, volvió a pasar por delante de un claustro y se asomó al exterior, ya no llovía, haces de luz lechosa se abrían paso entre los nubarrones.

—¡Miren de Barakaldo!

El corazón le dio un vuelco. Al otro extremo del claustro, Julen paseaba bajo los soportales en compañía de un sacerdote, pero eso no le había impedido hacer bocina con las manos y saludarla con un grito. Cruzó el claustro corriendo. Julen sonreía, el sacerdote, que no llevaba sotana, la miró con severidad. Al reunirse con ellos se quedó paralizada; no sabía si darle un beso a Julen o tenderle la mano. Julen la abrazó, contento, y luego olvidó quitar la mano de su hombro.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a verme?

Aunque Julen hablaba en broma, le dijo que sí. Tenía planeado fingir sorpresa cuando se lo encontrara y explicarle que había ido a Deusto a visitar a un primo suyo que estudiaba allí, incluso se había inventado un nombre para el primo, Iñaki Azpeitia, pero la

proximidad de Julen, su mano en el hombro, la dejaron sin recursos. El sacerdote se despidió de Julen y los dejó solos. Era un alivio, pero seguían sin salirle las palabras. Sacó la bufanda del bolso y se la dio. Julen le preguntó, riendo, si había ido hasta Deusto solo para devolvérsela. Se sonrojó, contestó que no solo para eso, quería hablar con él porque tenía un problema. Julen le cogió del brazo y la llevó hasta un banco de piedra en el centro del claustro, junto a una palmera, frente a la estatua de una Virgen.

—¿Qué problema tienes? —La voz de Julen, suave, aleccionadora, recordaba a la de un confesor, por un momento se sintió como si estuviera en el confesionario. No sabía cómo empezar, estaba muy nerviosa.

—Kepa…

—¿Qué pasa con Kepa? ¿Qué te ha hecho ese ahora?

Julen ya no bromeaba, se había puesto serio; no tragaba a Kepa. Eso la animó; le contó que Kepa la perseguía para que le pagara el costo que ella le había confiado a él la noche del golpe, y que además andaba propagando por el instituto que su padre era un *txakurra* y ella una mangui, que le había robado el costo. En su clase ya no le hablaba nadie y no tenía dinero para pagarle a Kepa, aunque ya le había dado todos sus ahorros, ¡quinientas pesetas!, de modo que si, por favor, Julen le devolvía el costo, ella se lo entregaría a Kepa y se acabarían sus problemas. No le dijo que Kepa también le había dado fama de puta, porque prefería que Julen no supiera que se la había tirado.

—¿Y por qué no me lo ha pedido a mí?

Julen estaba furioso. Respondió que no lo sabía, cómo iba a contarle que, según Kepa, él era de ETA. Julen opinó que Kepa se merecía cuatro hostias, su hermana Ainhoa era muy maja, pero él, Kepa, era un imbécil y por el camino que llevaba, acabaría mal. No se ofreció a devolverle el costo y ella no osó insistir, pero él le aseguró que hablaría con Kepa y lo pondría en su sitio, no la iba a molestar más. Quería creerlo, aunque le hubiera gustado saber qué había hecho Julen con el costo, si se lo había fumado, o lo había vendido, o lo había tirado a una alcantarilla porque los de ETA odiaban las drogas, pero no podía ser de ETA, vestido como iba, muy formal, con un jersey marrón de pico sobre una camisa a rayas. Se había cortado el pelo y las orejas le sobresalían, un corte poco favorecedor, como de monaguillo, aunque no por ello dejaba de quererlo. Estaban sentados muy juntos porque había una cagada de paloma sobre el banco, a su derecha, y tuvo que arrimarse a él para evitarla. Julen fumaba en silencio. De pronto, un rayo de sol la deslumbró y le hizo guiñar los ojos. Julen la miró de una forma extraña, le cogió la cara entre las manos y, sin dejar de mirarla, le dijo que tenía unos ojos preciosos. Entonces la besó. Fue un beso en dos tiempos, primero un roce tímido

y luego un beso de verdad, mezclando salivas, las lenguas enredadas, haciendo pausas para respirar, que duró un buen rato; cuando Julen por fin despegó su boca de la suya, estaba ida, como borracha. Era lo mejor que le había pasado en la vida. Julen la abrazaba y la miraba con dulzura, pero sonó un timbre y se sobresaltó, se levantó de golpe y le dijo que tenía que ir corriendo a clase de Derecho Civil. Le dio tanta rabia que la dejara plantada y que prefiriera el Derecho Civil a seguir besándola que tuvo valor para preguntarle cuándo lo volvería a ver y si iba a llevarla al monte como le había prometido. Él se desconcertó, pero enseguida cambió de expresión, la cogió de las manos y le dijo que claro que sí, que se verían muy pronto. Estaba de exámenes, tenía que empollar, pero el otro fin de semana iría a Hernani a ver a sus padres, podían quedar allí, en Hernani, él la llevaría al caserío de sus *aitas* y pasearían por Obera, su bosque preferido.

Si Julen no hubiera estado tan impaciente por ir a clase de Derecho Civil, ella le hubiera recordado que Hernani estaba lejos de Barakaldo y que sería mejor que él la recogiera en su coche, o quedar en Bilbao o en Barakaldo. Los novios hacen esas cosas, llevan y traen a sus novias, no son ellas quienes se tienen que desplazar en autobús para verlos, y hasta Hernani, ni más ni menos. Pero aún no eran novios, no salían juntos ni habían follado, y Julen no le había dicho que la quería, ni siquiera que ella le gustaba; solo se habían dado un beso, lo cual no compromete a nada. Aunque seguro que le gustaba, si no, ¿por qué le había dado un beso? Pero no el costo, lo cual era un problema, aunque estaba convencida de que Julen haría honor a su palabra y pondría en su sitio a Kepa. Puede que el sábado, en Hernani, cuando estuvieran paseando por el monte, Julen le pidiera para salir. También pudiera ser que follaran. Esto no le preocupaba porque ya tenía experiencia, pero le tendría que convencer de que hiciera marcha atrás, no quería quedarse embarazada. Kepa no puso objeción, pero no sabía si un chico mayor, como Julen, estaría dispuesto a eso. Y si follaba hasta el final una vez, tampoco pasaba nada. Aunque su madre se había quedado preñada así, una noche loca. De repente se descubrió acariciando la posibilidad de quedarse embarazada de Julen y casarse con él. Si es que Julen quería casarse con ella, también el teniente Quintana parecía un hombre muy formal, militar y todo, y abandonó a su madre con su bombo, si lo que decía su padre era verdad. Casarse con Julen sería maravilloso, no tendría que vivir con sus padres nunca más.

Anduvo hasta el centro de Bilbao para matar el tiempo, era apenas mediodía y no podía volver a su casa hasta las seis de la tarde como pronto, se suponía que estaba en el instituto. Un viento frío le azotaba el rostro. Estaba aterida, lamentaba haber sustituido la trenca por el abrigo de entretiempo que le compró su madre para la comunión de

su primo, que no abrigaba nada y le quedaba corto. ¡Qué feo era Bilbao! Más incluso que Barakaldo. Oscuro, gris, con esa ría mugrienta y apestosa... No le apetecía nada pasear por Bilbao, bajo el viento y la lluvia. Pasó por delante de un cine modesto que daba sesiones matutinas. Era un cine de reestreno, de sesión continua; programaban *El gran Gatsby*, una película que le habían dicho que era de amor, muy bonita. Tenía que elegir entre comerse un bocadillo en un bar o meterse en el cine, el dinero no le alcanzaba para las dos cosas. Aunque sentía las punzadas del hambre, decidió comprar una entrada en el cine, estaría bajo techo y sentada un par de horas. La taquillera le advirtió de que la película ya había comenzado, pero le daba igual porque cuando terminara se quedaría a ver el principio, tenía tiempo de sobra. La sala estaba casi vacía, apenas distinguió cuatro o cinco cabezas desperdigadas. La peli que daban no era *El gran Gatsby*, sino una de espías, y como ya había comenzado, no se enteró de nada. Se durmió enseguida, estaba exhausta.

—¿Dónde has estado hoy? —la interrogó su madre en cuanto llegó a casa. Le contestó que en el instituto y luego en casa de Asun, haciendo deberes. Su madre soltó una risita sarcástica.

—¡En el instituto! Pues me han llamado del instituto para decirme que no has ido, que has hecho novillos. ¿Dónde has estado? ¿Vas a decírmelo?

No se lo dijo y su madre le dijo que era muy rebelde y que a su padre sí tendría que decírselo. Se encerró en su cuarto rogando por que su padre no viniera a cenar aquella noche, pero solo por fastidiarla su padre decidió no irse de bares. Estaba tumbada en la cama cuando oyó su voz. Gritaba su nombre.

—¿Por qué no has ido a clase?

Se lo preguntó con una mirada terrible, de santa indignación, los brazos en jarra, de pie en medio del salón, junto al tendedero donde se secaba su uniforme de recambio (lo tendían dentro del piso porque los vecinos no tenían por qué enterarse de que era policía). Los brazos cruzados, apostada junto a la puerta de la cocina, su madre aguardaba venganza. Azuzaba a su padre, le decía cosas horribles sobre ella y luego se quedaba allí, vigilante, para comprobar que recibiera su justo merecido.

—¿No me lo vas a decir?

La bofetada fue tan grande que dio una vuelta completa sobre sí misma, como una bailarina, lo que la hizo reír y sulfuró aún más a su padre, que le volvió a pegar con tal saña que la tiró al suelo. Al caer, arrastró el tendedero, que se plegó con estrépito, para alarma de su madre, que se lanzó a rescatar el uniforme. Tumbada en el suelo por un instante lo vio todo negro, después, una constelación de chispas de

colores, como si tuviera un caleidoscopio en los ojos. Se había golpeado la cabeza y no sabía qué le dolía más, si la cabeza o la mejilla ardiente que había abofeteado su padre las dos veces. Él le exigió que no hiciera teatro y que se levantara, pero ella notó que estaba asustado, porque para justificar la paliza y cargarse de razones le reprochó que se hiciera llamar Miren, cuando no era su nombre, ellos le habían puesto un nombre español y cristiano y la próxima vez que alguien llamara preguntando por Miren, colgarían el teléfono, «¿te has enterado?».

Asintió con la cabeza, no podría soportar otra bofetada, y aunque tenía los ojos llenos de lágrimas, no estaba llorando. Su padre la mandó a su habitación, sin cenar, «para que reflexiones». Lo odiaba. A veces pensaba que sería una suerte que ETA lo matara. Si mataba a tantos policías y guardias civiles que no habían hecho nada malo, por qué no a su padre que era un demonio. Se irían los tres del País Vasco, su madre, su hermano y ella, a Madrid o adonde fuera, libres de aquel monstruo. Su madre era una cobarde, nunca la defendía. A ella, su padre ya no le pegaba desde que su tío Manolo amenazó con matarlo si volvía a tocar a su hermana. A Javi tampoco, porque una vez que le dio un bofetón, su madre se puso hecha un basilisco y le dijo que si volvía a pegar al niño, llamaría a Manolo. Javi era el preferido, su niño bonito, lo había tenido después de tres abortos. De modo que su padre solo podía desahogarse con ella, aunque el tío Manolo fuera su padrino. Hacía un par de años le había escrito una carta. «Querido tío Manolo, papá me pega. Mucho. Por favor, dile que no me pegue más. A ti te hará caso porque te tiene miedo. Yo me porto normal y saco buenas notas. Espero que estés bien y la tía Rosario y mis primos también. Rezo mucho por vosotros. Un cordial saludo.» No llegó a enviársela por temor a que su tío se lo dijera a su madre y esta se chivara a su padre. El tío Manolo era serio y envarado y la trataba con distancia, tenía siempre el aire de un hombre ocupado con asuntos importantes. Por más que fuera militar no parecía putero, borracho, ni jugador, era muy diferente de su abuelo.

Al cabo de un rato, su madre entró sigilosa en su habitación, le traía un plato de macarrones a escondidas de su padre. Ahora quería hacerse la buena después de haber metido cizaña. Si no fuera porque se moría de hambre, le habría tirado los macarrones a la cara. Después de lo que le había hecho, le tuvo que dar las gracias.

No podía ir al instituto con esa cara, tenía marcada la palma de la mano de su padre, una mancha cárdena impresa en la mejilla derecha, con los dedos y todo. Se miró con espanto en el espejo, qué bestia era su padre. Había dormido mal, le dolía todo, la cabeza, la cara y hasta los huesos. Pensó que, al verla, su madre comprendería que así no

podía salir a la calle y la dejaría quedarse en casa, pero su madre le dijo que era una exagerada, que apenas se le notaba y qué solo faltaría que hoy tampoco fuera a clase. Su hermano, en cambio, se quedó pasmado, «¿qué tienes en la cara?», su madre contestó por ella que se había dado un golpe en el baño.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó, compasiva, Arantza Zabaleta cuando entró en la clase. Nunca le había hablado antes, pero ahora la aturdía con su solicitud—, ¿quieres que te acompañe a enfermería para que te curen?, una compresa con hielo te bajaría la hinchazón, ya sé que eres amiga de mi primo Julen, yo lo adoro, es mi tesoro, ¿cómo te has hecho esto?

Le contestó que se había resbalado en el baño y se había dado un golpe y le aseguró, mintiendo, que no le dolía nada, pero aun así Arantza insistió en ir con ella al botiquín para que le dieran una aspirina. Durante el camino al instituto se había sentido tentada de volver a hacer novillos, imaginaba las burlas y la humillación a que se vería expuesta cuando sus condiscípulos la vieran entrar con la impronta de la bofetada en la cara, nunca hubiera imaginado esta recepción triunfal, con sus atenciones era como si Arantza la hubiera curado de la lepra, de repente las demás chicas de la clase se disputaron el honor de hablar con ella. Kepa se le acercó en el recreo y, sin mirarla a los ojos, le devolvió las quinientas pesetas y le dijo que se olvidara del asunto del costo. Era como un milagro y Julen era el santo. Era muy poderoso, casi daba miedo el poder que tenía, le costaba asimilar que la hubiera tomado bajo su protección y pronto sería su novio. Cuando fuera su novia, ella también sería poderosa. Era una agonía tener que esperar una semana para volver a verlo, aunque, por otro lado, para entonces ya no tendría la cara marcada.

A su madre le dijo que se iba al monte con unas amigas. El viaje se le hizo eterno, tuvo que cambiar de autobús en Éibar, se quedó amodorrada y casi se le pasó la parada de Hernani. Era un sábado de marzo muy vasco, húmedo y nuboso, podía llover en cualquier momento. Julen le había dicho que llevara botas de montaña, pero ella no tenía botas de montaña, se puso sus camperas. Lucía el mismo jersey que la noche del golpe, esperaba que a él le trajera recuerdos. Con el dinero que le devolvió Kepa, se había comprado unas bragas nuevas, negras, de encaje, las que le compraba su madre eran de vergüenza. El sujetador, en cambio, no era nada sexi, pero tenía planeado quitárselo tan rápido que Julen no tuviera tiempo de verlo. Eso si follaban, y tampoco hacía falta, follando no se habla y ella tenía muchas cosas que contarle a Julen: cómo había cambiado su vida gracias a él. Kepa ya no la importunaba y el sábado anterior, Arantza Zabaleta la invitó a salir con su cuadrilla, no pudo porque estaba

castigada. Le traía un regalo a Julen. Un bolígrafo —no se le ocurrió nada mejor—, un boli de punta fina con cartucho de recarga, parecía un Montblanc, no era un Bic cualquiera. Encontró enseguida la plaza del ayuntamiento. El edificio tenía la fachada llena de fotos de etarras, era un pueblo muy batasuno, nunca se le habría ocurrido ir a Hernani de no ser por Julen. Se habían citado allí, delante del ayuntamiento. Tenía ganas de hacer pis pero se aguantó, ya eran las once de la mañana, él debía de estar a punto de llegar. A las doce empezó a chispear y se guareció bajo las arcadas. Se sentó en el suelo, la espalda contra una pared. La gente que pasaba la miraba raro, es lo que sucede en los pueblos, todos se conocen y se quedan mirando a los forasteros. Tal vez había entendido mal a Julen y habían quedado a las doce en vez de a las once. A las doce y media se puso a pensar en todo lo que podía haber pasado: que Julen estuviera enfermo, que hubiera muerto alguien de su familia o que el muerto fuera el propio Julen, o que le hubiera surgido otro contratiempo y no hubiera podido avisarla porque no tenía su número de teléfono. Era imposible que la hubiera olvidado. Esperaría media hora más, por si acaso, y tras tomar esta decisión, no supo por qué se echó a llorar, ella que nunca lloraba.

7

Yo a Paco lo quería un huevo, él decía, tú y yo somos culo y mierda, Amadeo. Cuando llegué a Baracaldo, en otoño de 1980, no conocía a ni Dios y Paco me acogió como a un hermano, me llevó a comer a su casa y me presentó a su familia. Su mujer, Nieves, era guapa a rabiar, elegante, encantadora, fina, una verdadera señora, el hijo era un crío y la hija una borde, ni la mitad de guapa que la madre, yo intentaba ser amable con ella, por educación, por sus padres, pero la niña me sacaba las uñas, era muy arisca. En mi primera patrulla me pusieron con Paco, así fue como hicimos buenas migas, pero a los quince días, sin que él se enterara, le pedí al sargento que me diera otro compañero. Paco era amigo y se portó bien conmigo, pero no era un buen policía, no era un policía, punto. No llegaba puntual a la comisaría ni de casualidad y eso cuando llegaba, dos o tres veces por semana hacía llamar a la mujer para decir que estaba con gripe, o con anginas, o con dolor de barriga; sabía beber, pero le tumbaban las resacas. Cuando anduve patrullando con él, cada media hora se paraba en un bar y a media mañana ya estaba cocido. Yo ya golfeé lo que tenía que golfear cuando estuve de tuno y de estudiante, yo me hice policía para salvar a España, no para aguantarle las curdas a un borracho, aunque lo quisiera un huevo. Saqué el número cuatro de mi promoción, podría haber elegido el destino que me hubiera venido en gana, Madrid, Palma de Mallorca, Sevilla, Gran Canaria, pero escogí Vascongadas, donde nadie quería ir y adonde mandaban a los burros y a los castigados, porque yo dejé la carrera de Arquitectura para acabar con ETA, no para ir de copas.

Baracaldo es un pueblo grande, pegadito a Bilbao, ni bonito ni feo, del montón. Entonces había muchos inmigrantes venidos de Galicia, Andalucía, Extremadura, Castilla, de todas partes, que trabajaban en Altos Hornos, pero en cuanto llevaban allí unos años, ya se consideraban vascos de toda la vida, te miraban con asco y te llamaban *txakurra*. Eso fue lo primero que aprendí, a no alterarme cuando me llamaban perro, y lo segundo, a no fiarme de nadie, cualquier vasco podía ser un etarra, hasta el quiosquero. En aquella época, cuando salías de casa por las mañanas, no sabías si ibas a volver o en qué condiciones, en cualquier momento te podían meter un tiro o un petardo en el coche y adiós muy buenas, por eso me resultaba tan agradable ir a casa de Paco los domingos, era un

remanso de paz, por así decirlo. Nieves era una anfitriona exquisita, tenía conversación, cultura, buenos modales, se notaba que era de buena familia. Un día le llevé de regalo un libro de poemas de José María Pemán y ella me dijo que Pemán había sido amigo de su abuelo y que de niña se había sentado en sus rodillas. Me recitó versos suyos de memoria, aquel poema tan bonito que dice: *«Era cieguecita la niña morena / que vendía flores… / ¡Era cieguecita y no supo de amores!»*, aún me parece oír su voz, entre tierna y ronca, preciosa. Venía de una estirpe de terratenientes y militares, su abuelo, el general, había sido profesor de la Academia Militar de Zaragoza cuando el Caudillo la dirigía, fue su mentor, esto me dijo Nieves, el Generalísimo le pedía consejo para todo, y su madre era hija de un marqués o de un conde, no hace falta decir más. Con Nieves me sentía a gusto porque teníamos cosas en común, mi familia era una de las principales de Logroño, a un tío mío lo nombraron alcalde de Arnedo después de la guerra y siguió de alcalde hasta que murió, mi tío abuelo Amadeo —por él me pusieron el nombre— era el presbítero de la catedral de Calahorra y si no hubiera muerto de neumonía en la guerra, habría llegado a obispo, y a mi padre a punto estuvieron de hacerlo gobernador. Nieves estudió en un colegio religioso de Madrid, Nuestra Señora del Pilar, a mí mis padres me internaron en los jesuitas de Zaragoza y Paco no sé dónde estudió, ni si estudió, era un palurdo, un auténtico animal, yo le tenía que corregir los partes porque no sabía escribir, hacía unas faltas de tirarte de espaldas, no había leído un libro en su vida, ¡como para apreciar un poema de José María Pemán! Lo de Paco era contar chistes verdes pero delante de Nieves no podía, ella no le dejaba; no podían ser más distintos, nunca entenderé por qué se casó con él. Ella me dijo que se enamoró locamente y que por Paco dejó plantado a un teniente. Yo no sé qué veían las mujeres en él, decían que era guapo, yo de hombres no entiendo, pero no puedo negar que era resultón; ibas con él a un puticlub —un suponer— y era entrar Paco y todas las señoritas se le tiraban encima, no tenía ni que abrir la boca, le bastaba con estar. Yo he visto a señoritas pelearse, llorar por él; en un bar de alterne de Bilbao llegaron a prohibirle la entrada porque tenía a una putita tan enamorada que se negaba a encamarse con ningún otro cliente. Follar follaría muy bien, pero como policía no valía una mierda, en dieciocho años que llevaba en el cuerpo no había pasado de cabo primero. Pegó un braguetazo casándose con Nieves, a mí me daba coraje lo mal que la trataba, con qué desprecio, una mujer tan superior a él en todo, que en la mesa te ponía los platitos para el pan con sus tapetes de ganchillo y tenía a la hija enseñada a verter el vino en las copas con una mano en la espalda, como los camareros en el Palacio de El Pardo, lástima de los morros que ponía la niña. A Nieves la habían educado así, en los

pequeños detalles se ve la categoría de una persona y en Baracaldo las mujeres de los policías no tenían categoría ninguna, la mayoría eran andaluzas que no sabían ni hablar —del Ebro para abajo, todos moros, que decía mi padre—, y la pobre Nieves se sentía muy sola, por eso yo procuraba presentarle gente agradable con la que pudiera congeniar. Un domingo llevé a su casa a unos amigos, Beppe Portera, un italiano, y su mujer, Lourdes, una cántabra muy maja, que tenían una pizzería en Bilbao donde se reunía gente de todas partes, de Fuerza Nueva, de Falange, de la Triple A, franceses de la OAS, italianos de Ordine Nuovo —allí conocí yo a Stefano Delle Chiaie, los tenía bien puestos, todo un personaje—, y aquel día me acuerdo de que también nos acompañó un tío cojonudo, Néstor Velasco, agente del Cesid. A Paco le entró mal Néstor porque llevaba mocasines rojos, yo creo que pensó que debía de ser maricón, así de cateto era. A la hora del café, no recuerdo con qué excusa, Paco se revolvió, lo insultó y lo echó de su casa. Nieves lo pasó fatal, se puso lívida. Yo ya conocía a Paco, sabía cómo manejarlo, le dije esto es así y asá y se tranquilizó. Néstor no se fue por mí, me lo dijo después, se quedó con las ganas de partirle la cara a Paco, era cinturón negro de kárate, Paco no le habría aguantado ni media llave. Yo le había llevado a Paco unas botellas de tinto de la bodega de mi cuñado y se puso de vino hasta arriba. Era hombre de pocas palabras, pero cuando estaba bebido le daba por hablar y esa tarde nos contó que su padre, que murió en la guerra, era un guardia civil que estuvo en el Alcázar de Toledo durante el asedio de los rojos. Según Paco, su padre estaba junto al coronel Moscardó, que luego fue general, cuando le llamó su hijo para decirle que si no se rendía, los rojos que lo habían hecho prisionero lo iban a fusilar, y él escuchó a Moscardó contestarle a su hijo aquello de: «Pues encomienda tu alma a Dios, da un grito de ¡viva España! y muere como un patriota», y qué casualidad, el padre de Paco también estaba al lado de Moscardó cuando los nuestros fueron liberados por el general Varela y el coronel le dio el parte: «Mi general, sin novedad en el Alcázar, se lo entrego destruido pero con el honor intacto». Cuando terminó de contar la historia, Paco se hinchó como un pavo y nos dijo que si los rojos, o los etarras, secuestraban a un hijo suyo, él haría como Moscardó. ¡Qué mirada de odio le lanzó la hija! La chiquita cogió la puerta y se fue.

La cosa es que un mes o dos después de aquello, me llama Néstor desde Madrid y me dice, «tu amigo Paco, que sepas, todo lo que nos contó el otro día, mentira». ¡Qué tíos, los del Cesid! Lo saben todo, yo se lo decía de coña a Néstor, «tú sabes más de mí que mi santa madre». Se había puesto a investigar y averiguó que el padre de Paco no fue guardia civil, ni luchó con los nacionales en el Alcázar de Toledo; era un obrero comunista de Getafe, un miliciano que se alistó

con los rojos en julio del 36 y al que se le perdió la pista, puede que muriera en la guerra o que se diera el piro, nadie supo más de él. No se casó con la madre de Paco, estaban arrejuntados, esas inmoralidades que hacían los rojos. La mujer era gallega, costurera o lavandera, y en cuanto pudo se pasó a zona nacional y se fue a Orense con los dos hijos, Paco y una niña que murió de tifus. En Orense la madre de Paco tenía una hermana que era la querida del delegado militar y con sus influencias le arreglaron los papeles y esas cosas. Paco era un tocho, no se salía con los estudios, lo metieron en el seminario y al año lo expulsaron. ¡Paco de cura, a quién se le ocurre! Estuvo de aprendiz de no sé qué, aquello tampoco funcionó y andando el tiempo, no sé cómo, consiguieron enchufarlo en la policía. Estuvo destinado en un pueblo de Segovia y allí conoció a Nieves, se la cameló —ligarse a las mujeres, eso sí que lo hacía bien— y se casó con ella. Ese matrimonio fue su salvación porque su carrera en el cuerpo fue todo menos gloriosa, lo expedientaron no sé cuántas veces por todo tipo de infracciones, además de vago e indisciplinado se ve que también tenía la mano larga, pero el hermano de Nieves, un militar, estaba casado con la hija de un general del Ejército de Tierra que mandaba mucho, y cada vez que Paco se metía en problemas, el suegro del cuñado le sacaba las castañas del fuego y lograba que dieran carpetazo al expediente a cambio de un traslado, por eso la pobre Nieves dio más vueltas que una peonza, recorrió con Paco toda la geografía española. En Alicante, el último destino que había tenido Paco antes de Baracaldo, no se le ocurrió otra cosa al muy cabrón que liarse con la mujer de su sargento, así que lo enviaron a Vascongadas, a ver si con un poco de suerte lo pillaba un petardo, digo yo, y se lo sacaban de encima para siempre. Qué sabía Nieves de las trapacerías de su marido, lo desconozco, algo tenía que saber por fuerza, lo que es seguro es que no tenía idea de que el padre de su marido no fue un mártir de la cruzada sino todo lo contrario.

De lo que te contara Paco no te podías creer ni la mitad, era un fantasma. Me dijo que él había participado en el atentado del bar Aldana, en Alonsótegui, que fue él, Paco, quien puso la bomba en una caja de cartón junto a la puerta, que al explotar organizó un cristo de la hostia, el edificio se vino abajo y la cascaron cuatro *abertzales*. Una fantasmada, porque da la casualidad de que yo conocía a los que lo hicieron, gente de bien, unos patriotas con muchos huevos que se atrevían a hacer lo que no hacían ni la policía, ni los jueces, ni la Guardia Civil, pagarles a los etarras con su misma moneda. Usaban varias siglas y nombres distintos: Grupos Armados Españoles, Batallón Vasco Español, Alianza Apostólica Anticomunista, Acción Nacional Española, y puede que alguno más que ahora no me sale, pero eran los mismos. Eso lo organizó Carrero Blanco, ¡qué gran hombre!, ¡qué gran

pérdida para España! Si ETA no hubiera matado a Carrero, el destino de este país habría sido muy distinto. Con él al mando, nunca hubiéramos regalado el Sahara a los moros. Carrero no hubiera permitido el carajal de las autonomías, que están destruyendo España, ni el putiferio de la democracia, que solo sirve para que los políticos se llenen los bolsillos, ni el aborto, ni el feminismo, ni las bodas de maricones, y al rey Juan Carlos lo hubiera llevado tieso como una vela, menudo era Carrero. España nunca ha estado mejor gobernada que cuando mandaban los militares. ¿Que hay militares corruptos? Claro, los hay en todas partes, pero son corruptos que miran por la patria, no como los políticos, que solo miran por su partido y por su cuenta corriente. Bajo el Gobierno del almirante don Luis Carrero Blanco, España hubiera seguido siendo un país unido, cristiano y decente. Grande. Ya sabían lo que se hacían esos cabrones cuando le pusieron el pepino en el coche, pero lo vengamos, vaya si lo vengamos... El 21 de diciembre de 1978, cinco años y un día después del asesinato del almirante, Argala, el etarra hijo de puta que accionó el mando de la bomba que lo mató, voló él también por los aires. Fue un servicio a la patria desinteresado por parte de un grupo de militares bravos, marinos, guardias civiles, caquis, que lo organizaron todo sin ayuda de nadie, lo sé por boca de Pedro el Marino, que fue quien consiguió los explosivos, que ellos pagaron de su bolsillo, al igual que las armas y los materiales. Trabajaron con gente del Batallón Vasco Español, como Chérid, que había sido de la OAS, José María Boccardo, un argentino de la Triple A, y Mario Ricci, un italiano de Ordine Nuovo, quienes les hicieron de braseros, localizando el objetivo y vigilándolo. Un trabajo perfecto, impecable, de diez, nada que ver con las chapuzas de los GAL. Yo conocí bien a Jean-Pierre Chérid, el mejor de los hombres del Batallón aunque fuera francés, un profesional como la copa de un pino, una leyenda. Tuvo una muerte horrible, no se mereció lo que le hicieron. Una vez se lo presenté a Paco en la pizzería de Beppe y Paco me preguntó que quién coño era ese francés. También le presenté en otra ocasión a Mariano Sánchez Covisa, gran patriota, buen amigo, ni más ni menos que el jefe de los Guerrilleros de Cristo Rey, y Paco, que alardeaba de haber estado metido en Cristo Rey, le preguntó a qué se dedicaba. Este era el problema principal de Paco, a mi entender, su fantasía, y como decía mi padre, antes se coge a un mentiroso que a un cojo. Aunque era un pillo, fanfarroneaba de lo que no había hecho, pero tenía la malicia de callarse según qué cosas. Alguien me sopló que Paco estuvo en lo de Anglet, cuando mataron al etarra Lopategui. Nunca me dijo nada, y eso fue lo que lo perdió, las cosas que hacía por su cuenta, sin encomendarse a nadie.

8

«Yo he venido a Madrid para matar generales», dicen que dijo Idoia cuando le propusieron atentar contra guardias civiles. *Empieza mal este capítulo, María Ortega, yo nunca dije eso, jamás discutí una orden o un objetivo, pero en el caso hipotético de que lo hubiera dicho, no me habría faltado razón, porque la muerte de un general golpea más al Estado español que la de diez pikolos.* ¿Quieres hacer el favor de dejar que me explique? Yo iba a romper una lanza por ti, Idoia, quería defenderte de las críticas que atribuyen esa expresión a arrogancia o prepotencia. Considero que al negarte a matar meros guardias civiles estabas siendo coherente con tu ideario socialista, un agente de la Guardia Civil es un proletario, una víctima más del capitalismo, de ahí que te repugnara quitarle la vida y exigieras atentar contra los altos mandos. *Yo no necesito que tú me defiendas de nada, un agente de la Guardia Civil no es ninguna víctima, te pongas como te pongas, es un* txakurra *y un enemigo del pueblo vasco. Y como sé cuál es la fuente de tus infundios —el asqueroso libro de Soares Gamboa, que no supo escribir él y le escribió Matías Antolín, un periodista—, y puesto que ya empiezo a conocerte y te veo venir, porque llevamos varios capítulos juntas, quiero dejar claro, antes de que escribas más falsedades, que todo lo que dice Juanma sobre mi presunto embarazo es mentira. Yo a él no le hice confidencia alguna (¡con lo cotilla que es, como para contarle secretos!). Una noche, cuando nos sentamos a la mesa para cenar, comuniqué a mis compañeros de* talde*, en tono sereno y comedido, como corresponde a una* gudari*, que no me venía la regla. No me lo explicaba, esta es la verdad, porque yo cada día me tomaba mi pastilla anticonceptiva, pero no hay método anticonceptivo perfecto —tengo una amiga que se quedó embarazada con un preservativo y otra a la que le sucedió lo mismo, pese a llevar un dispositivo intrauterino—, y no voy a negar que estaba preocupada, pero no deprimida ni hundida en la miseria, como afirma Juanma, yo no he estado deprimida en mi vida, ni siquiera en el mako. Tú que también eres mujer, María, podrás identificarte con mi zozobra, ese no saber si estás preñada o no y, si lo estás, qué hacer. De estar embarazada, yo habría tenido que regresar a Hegoalde, pasar de nuevo la* muga *y abandonar, tal vez para siempre, mi vocación de* gudari *y la lucha por la liberación de Euskal Herria. Aquí entran en juego el machismo y la misoginia; a los hombres los embarazos indeseados les parecen asuntos engorrosos, problemas de mujeres que no les atañen, pero ¿quiénes son los culpables de que las*

mujeres se preñen? De Juana Chaos, Troitiño y Juanma me miraban mal, incluso me evitaban, como si yo fuera una apestada. Yo sabía lo que pensaban, «esto nos pasa por tener a una tía en el talde», cero empatía, María Ortega, solidaridad ninguna, pero también estaban incómodos y recelosos los unos de los otros, tuve que aclararles a los tres que ninguno de ellos podía ser el culpable y aun así no me creyeron; cuando Iñaki se ofreció a ir a la farmacia a por el botecito de la muestra de orina y a volverlo a llevar para su análisis, una vez lleno, Antton y Juanma pusieron una cara como diciendo: el cabrón de Iñaki se la ha follado, lo que nos imaginábamos. Y si yo no fui a la farmacia no fue por flojera, como dice Juanma, sino porque me lo prohibió Iñaki, que era el jefe del talde. Mi rostro era demasiado conocido, muy a mi pesar, nunca busqué ser famosa; un retrato mío colgaba de las paredes de todas las comisarías del Estado español. No era el único, por supuesto, era uno más entre una veintena de carteles de forajidos, pero de forma inevitable era en el que se fijaba todo el mundo. La belleza puede ser una carga, una losa, un baldón, un incordio, María Ortega, no tienes idea, no puedes tenerla, así que cuanto menos me dejara ver, mejor, eso dijo Iñaki, y yo lo obedecí porque contra lo que se dice por ahí, siempre fui disciplinada. Por fortuna, todo quedó en un susto, al cabo de unos días me volvió la menstruación y recuperé mi vivacidad y mi absoluto compromiso con el MLNV y la lucha armada. Advierto que por una vez no me interrumpes, me gusta cuando callas porque estás como ausente... (mucho mejor Neruda que Rubén Darío, toma nota, María Ortega). Me prevalgo de tu silencio para poner de relieve la tremenda discriminación que sufríamos las militantes de ETA, una organización machista donde las haya. Si un hombre tenía la gripe, o un simple dolor de garganta, posponíamos la ekintza que tuviéramos programada hasta su completa recuperación, pero cuando yo proponía modificar una fecha porque coincidía con mi regla, muy dolorosa y, sobre todo, abundante, hacían oídos sordos. ¿Cómo vas a cambiarte de tampón o de compresa cuando estás en la calle aguardando a que aparezca el objetivo y se sitúe junto al coche bomba? Y ¿qué sucede si has de huir a la carrera y vas dejando un reguero de sangre, porque no has podido cambiarte? Son cosas de las que nadie quiere hablar, pero son importantes. Me encontré con un muro de incomprensión en el talde. Luego estaba el asunto de los platos sucios y las basuras. Aquellos tres estaban acostumbrados a que Belén González, mi antecesora, hiciera de ama de casa y se ocupara de todo, deslizaban comentarios del tipo «¿os acordáis del bacalao al pilpil que nos cocinaba Belén? ¡Qué rico era!», o me preguntaban, como al descuido, «¿cuándo vas a poner una lavadora?». O, sin más, incumplían los turnos que habíamos acordado para limpiar la casa, y el polvo y la borra se acumulaban por todas partes, los platos sucios hacían equilibrios, unos sobre otros, en el fregadero, y la basura... siempre se olvidaban de bajarla. Aquella fue una gran decepción,

comprobar que los gudaris *que habían de liberar Euskal Herria y hacer la revolución eran unos jetas y unos machistas, que estaban esperando a que yo no aguantara más el cúmulo de mierda y me lanzara a limpiar como una posesa. Pero yo sé aguantar, ahora, eso sí, callarme no me callo, tengo un agudo sentido de la injusticia, lo llevo conmigo desde que nací, así que entraba en la habitación donde estaban los tres reunidos y sin temor preguntaba: «¿A quién le toca bajar la basura?». Sin levantar la vista, como si yo no fuera nadie —no ya una* gudari*, ni siquiera una persona—, uno de ellos respondía, «ahora no, Margarita, estamos planificando la próxima* ekintza*».*

El primer atentado que cometió en Madrid la mujer que dijo que no había ido allí a matar guardias civiles tuvo como objetivo cinco agentes de la Guardia Civil. Rasos. Al amanecer del día 25 de abril de 1986, Idoia e Iñaki de Juana dejaron aparcado un Seat 124 cargado de explosivos —tres ollas a presión con veinte kilos de amonal, más cincuenta kilos de tuercas y tornillos— junto a una farola situada en la confluencia de las calles Juan Bravo y Príncipe de Vergara. Una hora más tarde, a las siete de la mañana, Soares Gamboa y Troitiño se apostaron en la entrada de un parque contiguo —el emisor y el mando que había de hacer explotar la carga escondidos en una bolsa—, atentos al Land Rover de la Guardia Civil que todos los días pasaba por la calle Juan Bravo a la misma hora y que saltó por los aires al llegar a la altura del coche bomba. Fue Troitiño quien apretó el botón. Soares Gamboa asegura que nunca había visto una explosión igual, las llamas se alzaron hasta los pisos superiores de los edificios colindantes, calcinaron los coches que precedían o seguían al Land Rover y engulleron a todos los que estaban aparcados en aquel lado de la calle, en medio de un estruendo enloquecedor de cristales rotos, alarmas de vehículos y comercios disparados al unísono y de una avalancha de cascotes de la pared de una maternidad que se vino abajo. Entre las ruinas del Land Rover se esparcían los restos de cinco guardias civiles.

Al reunirse en el piso franco de la calle Río Ulloa, indemnes, agotados y exultantes, los miembros del *talde* olvidaron sus rencillas y rivalidades, fundiéndose en un sentido abrazo, no era para menos, qué gran atentado. *Tienes una forma muy sesgada de explicar las cosas, leyéndote cualquiera podría pensar que éramos una banda de descerebrados que mataban porque sí al primero que se les ponía por delante. Quiero recordarte que había un conflicto en Euskal Herria y que nosotros éramos* gudaris *de su movimiento de liberación nacional, enzarzados en una lucha desigual con un enemigo mucho más poderoso, el Estado español, éramos David contra Goliat, ¿cómo puedes simpatizar con Goliat? Nuestra manera de actuar era muy simple: nos marcábamos un objetivo y un plan de acción, y si la* ekintza *salía bien, cómo no íbamos a*

alegrarnos. Vivíamos en la clandestinidad, nos jugábamos la vida todas las horas, todos los días, especialmente el día de la ekintza*, a más de un* gudari *le ha explotado la carga explosiva al manipularla y se ha convertido en mártir de un momento a otro sin comerlo ni beberlo. No nos puedes comparar con vulgares asesinos, sino, en todo caso, con los guerrilleros de la Resistencia francesa durante la ocupación nazi, o con los héroes sandinistas, o con los rebeldes argelinos que lograron sacarse de encima la bota colonial o con Nelson Mandela, por poner otro ejemplo. No era culpa nuestra que el Estado español se negara a negociar y reprimiera con tanta crueldad y violencia nuestras legítimas ansias de libertad, si los españoles hubieran estado abiertos al diálogo, otro gallo habría cantado, María Ortega, y yo hubiera sido bombera. Por desgracia, el único lenguaje que aquella gentuza entendía era el de los muertos, y a eso fuimos a Madrid, a poner muertos encima de la mesa para forzar una negociación. Es triste eso, a nadie le gusta matar, a mí tampoco, pero a veces no queda otro remedio, y nosotros, tras aquella* ekintza *con la que estrenamos nuestra campaña en Madrid y que salió bordada —todas las televisiones interrumpieron sus programas para hacerse eco de ella y todos los* abertzales *de Hegoalde y de Iparralde supieron que ETA seguía allí, que no los habíamos abandonado, que con nuestra última gota de sangre continuaríamos porfiando por la independencia de Euskal Herria—... No sé qué estaba diciendo, me he perdido, me puede la indignación, a lo que me refiero es a que nosotros no matábamos personas, yo no había visto a aquellos hombres en mi vida, ni siquiera sé qué cara tenían; nosotros ejecutábamos uniformes, uniformes de las fuerzas de ocupación, y si cualquiera de aquellos* txakurras *que iban en el Land Rover me hubiera tenido a tiro, me habría matado sin pensárselo. Además, no fui yo quien activó la carga explosiva, fueron Soares Gamboa y Troitiño, yo me limité a acompañar a Iñaki hasta la calle Juan Bravo, si el coche llevaba explosivos puede que yo lo supiera o no, tú lo das todo por sentado. No sé por qué me estoy justificando ante ti, yo no tengo que justificarme por nada, es lamentable que reproduzcas como un loro las calumnias que vierte contra mí Soares Gamboa, sin concederme siquiera el beneficio de la duda.*

Supongo entonces que tampoco es cierto que tuvieras la costumbre de desaparecer del piso franco para ir a discotecas y a bares de copas, lo que obligaba a tus compañeros a esconderse en un parque o a refugiarse en el piso franco de reserva por si la causa de tu tardanza era una detención y no una juerga —es fama que la policía intentó cazarte, sin suerte, con el reclamo de un bello agente de paisano que movía el culo en las noches tórridas de la discoteca Cobre, a la que tú eras asidua—, y que también falta a la verdad tu antiguo compañero de *talde* al asegurar que en el curso de una labor de vigilancia, la única que no vio pasar el coche del general que estabais acechando fuiste tú, distraída en la contemplación de un escaparate de ropa

femenina.

¡Qué estupideces llegan a escribir los periodistas! De haber sido cierto —que no lo es— que yo frecuentara esa discoteca, lo que tenían que hacer los txakurras *era detenerme, no tirarme los tejos. Puede que llegara un poco tarde a casa una o dos veces, no más, mis compañeros eran unos exagerados, de todo hacían un drama, para que luego digan que las histéricas somos nosotras... En cuanto al coche del general, si no lo vi, fue por culpa de Juanma. Pensé —yo quien según él nunca pienso nada— que convenía disimular un poco nuestra vigilancia, tres hombres y una mujer parados en la acera observando con fijeza una curva podían dar que pensar, así que elegí ponerme de espaldas, frente a un escaparate —no recuerdo de qué, si de una tienda de ropa o de una carnicería— en el que el tráfico de la calle se reflejaba mejor que en un espejo, pero el imbécil de Juanma se movió en el peor momento, tapándome el ángulo de visión, y lo único que pude percibir fue su sombra gorda proyectada sobre la luna del comercio. ¿Cómo puedes creer que en medio de algo tan serio como una labor de vigilancia yo iba a estar pendiente de las rebajas de unos jerséis o de unas faldas? Esta imagen de mujer frívola y vanidosa que me ha atribuido Juanma es muy injusta, su libro está infectado de misoginia, para Juanma las mujeres éramos un estorbo en los* taldes *porque, según él, nos negábamos a conducir los coches en las* ekintzas*, rehusábamos tomar la iniciativa, eligiendo posiciones resguardadas, no sabíamos montar un subfusil ni preparar los explosivos, y encima nos hacíamos las chulas y las duras y empleábamos «un vocabulario de carretero», eso dice en su libro. Yo mi subfusil me lo montaba sola y la posición que ocupaba en una* ekintza *la decidía Iñaki, el jefe del* talde*, yo era una cría de veintiún años, cómo iba a llevar la iniciativa. Lo que no cuenta Juanma, porque no le conviene, es lo que pasó con la* ekintza *del fiscal Burón Barba. Lo estuvimos vigilando durante semanas, comprobamos una y otra vez sus itinerarios y por fin fijamos un día, el 8 de mayo. En la madrugada, Juanma y Troitiño dejaron un coche cargado con tubos lanzagranadas en el lugar que habíamos acordado. Iñaki de Juana y yo teníamos que desplazarnos hasta allí para activarlos cuando pasara el coche del fiscal, pero nos dormimos. Mejor dicho, Iñaki se durmió, él, como jefe del* talde*, tenía la responsabilidad de despertarme a mí, eso les dije a Juanma y a Troitiño cuando volvieron al piso franco de la calle Carranza, nos pillaron en la cama y se pusieron a increparme, «a mí no me gritéis», les dije, «gritadle a Iñaki si tenéis huevos, la culpa no es mía, que cada palo aguante su vela, él es el jefe del* talde*». Iñaki estaba deshecho, era una* ekintza *ordenada por Santi Potros, se tiraba de los pelos por su descuido, pero yo le dije, «tranquilo, Iñaki, no vale la pena hacerse mala sangre, todo tiene solución, si no podemos matar a Burón Barba, pensemos en otro objetivo». Fue a Iñaki a quien se le ocurrió ir a por Hernández Gil, que era el presidente del poder judicial, eso no voy a negarlo, pero fui yo quien*

planificó en un plis plas la ekintza*, él no estaba en condiciones de hacerse cargo de nada. Yo convencí a mis compañeros de que no todo estaba perdido, «no es momento de reproches», les dije, «pensad en positivo, manos a la obra», y aquella misma tarde logramos aparcar un coche con tres lanzagranadas en el maletero —era un Renault 11, creo— en el paseo de La Habana, justo por donde hacía su recorrido el automóvil de aquel magistrado. Fui yo quien activó el detonador y la* ekintza *—la primera y la última que dirigí en mi vida— se hizo bien, salió bien, las tres granadas penetraron el blindaje del coche oficial, pero no llegaron a explotar, y la culpa de ese fallo, ¿de quién fue?*

No lo digo por ponerme medallas, pero aquel día se puso en evidencia quién tenía redaños y reflejos en nuestro talde*, quién era capaz de sobrellevar las adversidades, mantener la cabeza clara, despejada, insuflar ánimo a los abatidos compañeros e improvisar en quince minutos una* ekintza *impecable, casi perfecta, que si se malogró no fue por mala planificación sino por una defectuosa instalación de los lanzagranadas, responsabilidad de los tres varones. ¿Comprendes que la omisión de esta* ekintza *en el libro de Juanma no es casual? Su misoginia patológica le impide dar cuenta de un episodio en el que los hombres salen malparados y es la mujer quien triunfa, así funciona el patriarcado, borrándonos. Y no sé quién es más machista, si Juanma o Matías Antolín, el periodista que le escribió el libro. Este individuo publicó otro libro al que puso por título* Mujeres de ETA. Piel de serpiente. *En la portada, un pintalabios y una bala. A mí me dedica su primer capítulo:* Idoia López Riaño, la Tigresa. La cama y la pistola. *Imagínate que las palabras con que me describe se las aplicara a un hombre, pongamos que a Juanma:*

«Este hombre de ETA (...) siempre me produjo miedo y fascinación. Es indomable como una orquídea de acero inoxidable. Derramó mucha sangre y provocó mucho derramamiento de tinta. Juanma Soares Gamboa se infiltraba como una carcoma entre los "maderos". Se movía entre los hombres como una pantera, se escurría sigiloso entre los policías como una serpiente venenosa, se enredaba como una araña de ojos azules. Hombre coqueto y sensual, es de los que diría que en un cabaret las piernas no se cruzan, se guiñan. Una de sus obsesiones era seducir a los txakurras*. Seducirlos y acostarse con ellos era su principal desafío. Se dice de Juanma que cuando los tenía debajo su mayor deseo era "pegar un tiro en la boca a esos cabrones"».*

¿Qué te parece?

Lamentable, no puedo decir otra cosa. Yo también he sido víctima de actitudes machistas en mi trabajo, sobre todo cuando era joven. A las inspecciones de ascensores iba acompañada de encargados de la empresa fabricante, que siempre eran hombres, quienes me recibían con incredulidad, con asombro teñido de escándalo y reproche, cómo puede ser que la ingeniería nos haya enviado a una mujer, parecían

preguntarse, «qué sabrá esta chica de ascensores». Se dirigían a mí con paternalismo y condescendencia, daban por hecho que yo no sabía lo que era un ascensor y que me lo tendrían que explicar todo. Me sentía humillada y menospreciada por ellos. Más de una vez tuve que ponerme firme para que me permitieran subir al techo de la cabina. «Cómo vas a subir tú, te puedes caer y estamos en el quinto piso», decían, a mí eso me daba una rabia tremenda, yo tenía la obligación de comprobar por mí misma el estado de las poleas, del contrapeso y las cuerdas, así que me encaramaba a la cabina quisieran o no quisieran. Una vez encima del ascensor adoptaba adrede posturas temerarias, asomaba medio cuerpo por el hueco del ascensor con la excusa de inspeccionar las cuerdas, me jugaba la vida para que me respetaran. Al principio, tragué mucha bilis; reaccioné mostrándome altiva y displicente, empleaba un léxico soez y soltaba tacos sin venir a cuento, «¡Joder! ¡Estos limitadores de velocidad son una puta mierda!», «¿quién es el gilipollas que ha diseñado con el culo la sujeción del contrapeso?» (mis acompañantes me miraban aterrados, temiendo mi próxima explosión de ira), no sonreía ni por casualidad, tardé años en permitirme una broma, un comentario intrascendente, en adquirir esa seguridad en mí misma que a los hombres les viene dada de nacimiento, por tener un pene y un par de huevos. Quiero decirte que me siento aludida, te comprendo, aunque no es lo mismo poner bombas que inspeccionar ascensores.

Este comentario te lo podrías haber ahorrado, la misoginia es abominable en cualquier circunstancia.

Qué susceptible eres, Idoia. Voy a ver cómo me las apaño para narrar lo que sigue sin que te ofendas, procuraré ser ecuánime. Para que me entiendas: yo parto de la base de que hay hechos reales y hechos alternativos, hechos alegados y hechos probados, hechos cuestionados y hechos indiscutibles, hechos venturosos y hechos jodidos. No siempre los hechos indiscutibles son jodidos, pero sin excepción los hechos jodidos son indiscutibles, ¿me sigues?, así que voy a exponer las dos versiones, la de Juanma y la tuya, una detrás de otra.

Versión A)

Juanma cuenta que Iñaki de Juana tenía controlado un Seat 124 azul metalizado, con matrícula del Ejército de Tierra, en el que viajaban un teniente coronel, un comandante y un chófer mayor, que todos los días hacía la misma ruta y se detenía a las dos y media de la tarde frente a un portal de unas viviendas militares, donde se bajaba el comandante, luego seguía camino. Cometer un atentado en una zona de viviendas militares, muy vigiladas, era arriesgado, casi impensable, pero quizá por eso y porque era junio y hacía mucho calor y porque teníais necesidad de actuar antes de las elecciones

generales, os decidisteis.

Iñaki de Juana cubriría el atentado, Troitiño conduciría el coche en la huida, Juanma, que se había formado en Argelia, sería el encargado de disparar y tú le harías de sombra mientras él efectuaba los disparos; después, si querías y te apetecía, también podrías disparar, no antes, así te lo recalcaron muchas veces, tanto que les increpaste, «¿Creéis que soy subnormal o qué?».

Llegó el día, el 17 de junio de 1986. A la una y media del mediodía, bajo un sol de espanto, Juanma y tú os apeasteis de un taxi en la plaza de Segovia y recorristeis a pie los dos kilómetros que distaban de las viviendas militares, mientras Troitiño y De Juana Chaos batían la zona en un Renault 9 robado para asegurarse de que ningún imprevisto pudiera estropear el atentado.

Tras la caminata, envueltos en sudor, Juanma y tú os apoyasteis en un coche aparcado cerca del portal donde se detendría el vehículo militar, él mirando a la calzada, tú de espaldas, como una pareja cualquiera que hace un alto en el camino o que espera a un taxi o que acaba de discutir o está a punto de reconciliarse. A una distancia prudencial, que le permitía observar a la vez a sus compañeros y a los clientes de dos bares próximos al objetivo, se situó Iñaki de Juana, disfrazado con una gorra blanca y gruesas gafas de lentes negras. Troitiño esperaba en un callejón adyacente al volante del Renault azul, que dejó en marcha. El coche militar llegó a las dos y media en punto. Mientras tomaba la curva que desembocaba en las viviendas militares, Juanma y tú sacasteis vuestros subfusiles de una bolsa. Con el Uzi en los brazos, Juanma aguardó a que el Seat 124 se parara ante el portal, momento en el que empezaría a disparar, pero a ti te pudieron los nervios y antes de que el coche se detuviera, te diste la vuelta y apretaste el gatillo. Bajo las ráfagas enloquecidas de tu subfusil MAT, el vehículo militar, ya sin dirección (el chófer, aquel día un chaval de diecinueve años, militar de reemplazo, fue el primero en caer), siguió circulando hasta empotrarse en un coche aparcado. Juanma se agachó y mientras las balas erráticas de tu subfusil pasaban sobre su cabeza, temió por su vida. No se atrevió a aproximarse al objetivo hasta que te quedaste sin munición: el 127 ya no tenía cristales y el chófer se había quedado sin cara. Los otros dos ocupantes yacían sobre los asientos, acribillados, chorreando sangre, no podían estar más muertos, pero por disciplina, por pundonor, por seguridad y por darte una lección, Juanma introdujo su Uzi por una de las ventanas rotas, disparó varias ráfagas y luego echó a correr. Tú te habías adelantado, saliste pitando sin mirar atrás. En la carrera te tropezaste y caíste al suelo, perdiste un zapato, sin molestarte en recogerlo te pusiste en pie y seguiste corriendo. (También perdiste un botón del vestido azul que llevabas puesto, lo encontró la policía.)

Juanma sí que se detuvo a recuperar el zapato porque «ese zapato podía ser la pista que siguiera la policía. A ella no le preocupaba absolutamente nada». En cuanto subiste al Renault 9, Troitiño arrancó, él también estaba muy nervioso. Iñaki le ordenó parar y esperar a Juanma. Mientras el coche huía a toda velocidad por las calles de Madrid, tú te pusiste a gritar, «¡Mi zapato! ¿Dónde está mi zapato?». «¡Cállate, imbécil! ¡Aquí tienes tu zapato!», te contestó Juanma «con una rabia apenas contenida», palabras textuales suyas. El relato de Juanma concluye con una vomitera desesperada en el Rastro, donde se apeó. En el taxi que lo condujo a la Gran Vía se enteró por la radio del taxista de que una de las víctimas era el comandante Sáenz de Ynestrillas, uno de los dirigentes del golpe militar de 1981. Fue puro azar, cuando planeasteis el atentado desconocíais la identidad de los militares que ibais a matar, era un poco como echar una red al agua y a ver qué sale, y salió un pez gordo.

Versión B, la tuya, plasmada en una entrevista que te hizo la periodista Isabel Pisano en la cárcel de Brieva:

Fue Soares Gamboa quien disparó a los militares mientras tú lo observabas espantada, tú no hiciste nada. Te cito: «Le disparó un cargador entero. Y después cambió el cargador y también se lo vació encima. Me horrorizó su ensañamiento con un cadáver».

Le revelaste a Isabel Pisano en aquella entrevista que Soares Gamboa te intentó violar. «Yo estaba planchando, él vino por detrás y me cogió por el pelo, dijo: "Dame un beso. Sabes que estoy por ti". Yo apoyé la plancha en la mesa, porque si le doy con ella lo mato, le di un puñetazo con toda mi fuerza y él retrocedió.»

¡Bien hecho! A lo del puñetazo, me refiero, porque en cuanto al punto controvertido: quién de los dos vació el cargador de su subfusil sobre los militares, tus antiguos compañeros de comando respaldan la versión de Juanma, así como varios testigos, entre ellos, un hijo de Sáenz de Ynestrillas, quien al oír las detonaciones se asomó al balcón de su casa y declaró ante el tribunal haber visto el coche en el que viajaba su padre y a ambos lados del vehículo dos personas armadas con metralletas que cruzaban sus disparos, a la izquierda, un individuo barbudo con una camisa blanca, a la derecha, una mujer vestida con un traje azul, tú, y eso mismo declaró ante el juez Troitiño, que disparasteis los dos. La sentencia del juicio que te condenó recogió estos hechos como probados, aunque los discutas. Los hechos jodidos, y por tanto indiscutibles, son tres cadáveres en el interior de un coche, uno de ellos el de un chaval de diecinueve años que estaba haciendo la mili.

¡Cómo te gusta el sensacionalismo! Ese chico tuvo mala suerte, le cambiaron el turno con el chófer mayor, son contratiempos que suceden,

en una ekintza *no puedes preverlo todo. Soares Gamboa me odia porque no se me pudo follar, su libro de mierda rezuma inquina y rencor hacia mí en todas sus páginas, no hay peor enemigo que un hombre despechado. El testimonio de mis otros compañeros no vale para nada, fue obtenido mediante tortura, las sentencias de los jueces españoles me dan risa, risa y pena a la vez, son todo menos justas, en cuanto al hijo del comandante Ynestrillas... Fascista el padre y fascista el hijo. No tengo más que decir.*

Pues yo sí tengo más cosas que contar, no me puedo dejar en el tintero tu atentado más sangriento, el de la plaza de la República Dominicana, una *ekintza* que pasó a la historia, con un balance de doce muertos y sesenta heridos. En la mañana del día 14 de julio de 1986, Juanma y tú fuisteis a la plaza de la República Dominicana en una furgoneta cargada de explosivos, que aparcasteis en el lugar donde el día anterior habíais estacionado otro coche, para guardar el sitio. Iñaki y Troitiño se desplazaron en un Renault 18 a una bocacalle próxima a la plaza. Iñaki, que conducía, se quedó en el coche, Troitiño salió y se dirigió a pie hasta una parada de autobús, desde donde aguardó a que pasara el convoy de los guardias civiles, integrado por un autobús, un microbús y un todoterreno. Fue él quien accionó el mando a distancia cuando el convoy se puso a la altura del coche bomba. El autobús saltó por los aires. Fue una verdadera carnicería, entre los heridos había diecisiete civiles que pasaban por la calle o esperaban el autobús. Todos los muertos eran guardias civiles, algunos de ellos verdaderos críos, doce chicos de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años, que habían salido aquella mañana de la Escuela de Tráfico y se dirigían a las afueras de Madrid para hacer prácticas de moto. Tú habías querido ser bombera, ellos querían ser guardias de tráfico y lo pagaron con sus vidas. Al regresar al piso franco, pudiste ver en la tele las imágenes de la masacre, la destrucción, la sangre, los cadáveres de los muchachos asomando entre los hierros retorcidos del autobús o cubiertos con mantas sobre el asfalto. ¿Qué sentiste? ¿Orgullo o pesadumbre al reflexionar que aquella desolación era obra tuya?

Estoy harta de ti y de tu tremendismo, María Ortega. ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué estás obsesionada conmigo? No eres quién para juzgarme, ya me juzgaron y condenaron como les dio la gana los jueces españoles y me tiré media vida en el mako. Me niego a seguir hablando contigo, me voy de estas páginas, desaparezco, pero que conste: las atrocidades que me atribuyes y las palabras que has puesto en mi boca son todas falsas, salvo alguna que otra.

9

No lo volvió a ver hasta tres años después en la Gran Vía de Bilbao, una tarde de enero, por una de esas casualidades. Irene y ella acababan de salir de El Corte Inglés, habían ido de rebajas. En El Corte Inglés pasó tanto calor que había sudado y al pisar la calle una bofetada de aire gélido la dejó sin aliento, no sentía las orejas y la cara le escocía como si el viento se entretuviera clavándole en la piel diminutas agujas de hielo. Irene no notaba el frío porque iba bien abrigada, envuelta en un abrigo que le había dejado su madre, largo hasta los pies, con cuello de piel, falsa pero eso qué más daba —Miren llevaba un collar de perro que no abrigaba nada—, en la cabeza una boina verde de lana que parecía una *txapela* y recogía por completo sus greñas decoloradas, las manos protegidas por unos guantes forrados, también de su madre; ella, en cambio, iba vestida de Irene, superpunk, con el pelo de punta, pringoso de jabón, una chupa de cuero adornada con chapas, púas e imperdibles con cosas colgando —un huevo frito de plástico, un esqueleto, una cucaracha muerta—, que llevaba pintada en el dorso una A roja dentro de un círculo (Irene era anarquista, ella apolítica, como su padre) y, sobre unas medias negras con agujeros, una minifalda de plástico negra, todo ropa de Irene, que era más pequeña que ella, por lo que le venía muy justa, no había podido subirse hasta arriba la cremallera de la falda, la llevaba medio abierta. La chupa, en cambio, le quedaba muy holgada, había sido del hermano de Irene, ráfagas de aire helado se le colaban por dentro y le subían hasta la nuca por la espalda. Nunca perdonaría a Irene que la hubiera hecho vestir así en pleno invierno, y todo para qué, para una mierda de leotardos de abuela; de eso discutían. Ella se había atenido al dedillo al plan de su amiga, no la había mirado en ningún momento mientras se dedicaba a revolver los jerséis del mostrador frente a la entrada de la planta, desbaratando a conciencia las pilas de prendas ordenadas por colores, procurando actuar de la forma más sospechosa para que los seguratas y las dependientas fijaran su atención en ella y no repararan en Irene, que pululaba con disimulo de una sección a otra por la periferia. Le había pedido a Irene, por este orden: un cinturón negro con tachuelas —o un cinturón negro sin más y ya le clavaría las tachuelas—, unas mallas con estampado de leopardo y, en último lugar, si no podía ser otra cosa, una camiseta negra. Para azuzar aún más las suspicacias de los empleados, se había metido en

un probador con una decena de jerséis y había pasado un buen rato probándoselos; estuvo tentada de llevarse puesto un jersey negro que le realzaba las tetas porque le venía apretado. Irene hacía eso a menudo, cortaba la etiqueta, se ponía la prenda, por encima el abrigo o la chaqueta, y salía tan campante del probador, que alguien se atreviera a decirle algo. Pero ella era una cobarde, no tenía huevos, la verdad era esa. Al cabo de un tiempo prudencial dejó los jerséis hechos un rebullo en el suelo del probador y salió a la planta con andares de chula, muy punkarra. Lo había hecho todo bien, no entendía por qué no la perseguían las dependientas, pese a sus esfuerzos ni la habían mirado, había tantas mujeres comprando y rebuscando entre la ropa de rebajas y acosándolas con preguntas que ni para sospechar tenían tiempo. Dio varias vueltas por la planta y no vio a Irene, al final se hartó de esperarla y salió de El Corte Inglés. Allí estaba Irene, frente a la entrada, fumándose un peta. Le explicó que la había puesto muy nerviosa un segurata que revoloteaba en torno a ella y por eso se había ido. La riñó por no haber hecho bien de cebo, «hay que ser más descarada», le dijo, «tú por más que te vistas de punk eres como una monja, tan remilgada». El comentario le hirió por lo que tenía de injusto, no era su culpa que el segurata no le hubiera quitado el ojo de encima a Irene desde que entró en la planta de moda femenina, en El Corte Inglés la tenían fichada. Pese a sentir en el cogote el aliento del segurata, Irene había obrado portentos con sus manos mágicas: una bata rosa de franela para su madre —qué alegría se iba a llevar su vieja, nunca le había regalado nada—, una falda negra de cuero de verdad —ponía *leather* en la etiqueta—, que su madre le transformaría en mini, más unos leotardos beige para ella, mallas de leopardo no había. Ahí fue cuando se armó la bronca, Irene era una egoísta, solo pensaba en sí misma, se quedaba con la falda de cuero, lo único que valía la pena, más la bata para su vieja, y a ella le endilgaba unos leotardos horribles que ni siquiera eran de su talla.

—No grites, nos va a oír todo el mundo —le reprochó Irene, que se alejó de ella con paso digno, el abrigo beige, bajo el que ocultaba el botín, marcándole barriga; se movía con la lentitud cautelosa de una embarazada.

La siguió; tras cruzar el semáforo reanudaron la discusión. Habían ido a mangar juntas, eran un equipo, iban a medias. Ella quería la falda, no los leotardos, pero Irene, que siempre tenía respuesta para todo, adujo que la falda no le entraría y en cuanto a los leotardos, no tenía más que ir otro día a El Corte Inglés a cambiarlos. Cómo iba a hacerlo si no tenía recibo ni etiqueta, hasta un argumento tan razonable Irene conseguía desmontarlo, ella había cambiado muchas veces cosas robadas en El Corte Inglés, solo había que echarle un poco de jeta. Era lo que más le exasperaba de su amiga, de su mejor y única

amiga, la habilidad que tenía para darle la vuelta a todo y poner de relieve sus limitaciones, las dos sabían que ella no era capaz de hacer eso, por más que lo intentaba, no conseguía echarle jeta a nada. Se sorprendió a sí misma pidiendo a Irene que le hiciera el favor de volver otro día a El Corte Inglés a cambiarle los leotardos por lo que fuere, rebajada a suplicante, perdida la batalla. Irene no le contestó, volvió la cabeza y dijo «mira quién viene».

—*Kaixo*, Arantza. ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces por aquí?

Arantza Zabaleta, que acababa de cruzar la calle en sentido contrario, las miró con fastidio. Iba del brazo de una señora mayor, que debía de ser su abuela. Las acompañaba un hombre de traje y corbata cuyo rostro la exigua luz del farol dejaba en sombra.

—*Arratsalde on* —dijo Arantza, mirando solo a Irene—, ¿y vosotras qué hacéis en Bilbao un jueves por la tarde? ¿No tenéis clase?

Irene respondió que como eran repetidoras, ya se lo sabían todo. Irene y Arantza no se caían bien. Irene menospreciaba a Arantza por batasuna y pesada, y Arantza aborrecía a Irene por punk. Y por drogadicta. Había pasado el tiempo en que ella saliera alguna vez con la cuadrilla de Arantza, ahora Arantza y ella apenas se saludaban, pero Irene disfrutaba haciendo eso, parando a Arantza en la Gran Vía para darle conversación como si fueran grandes amigas. Puso una voz engolada que no podía ser más falsa, se interesó por el paradero de Txapi, el novio de Arantza, que todo el mundo sabía que había huido a Francia, para incomodarla, se compadeció de ella, que a su lado tiritaba de frío, e insistió en que se pusiera sus guantes con solicitud inesperada, luego tendió a la vieja su mano desnuda con mucha ceremonia. La mujer, desconcertada, no tuvo más remedio que estrechársela. Irene le aseguró que era un placer conocerla y le preguntó si era la *amama* de Arantza, sin aguardar su respuesta le alabó el elegante abrigo de piel de conejo que llevaba, para indignación de la señora, su abrigo era de visón, a quién se le ocurre confundir la piel de visón con la de conejo, no se parecen en nada, pero a Irene ninguna vieja arrogante podía acallarla. Dijo muy sonriente que su madre tenía un abrigo de conejo igual que aquel, idéntico, y, para corroborarlo, se permitió palpar una bocamanga.

—El mismo corte, la misma caída, la misma piel. Este abrigo es de conejo, pero conejo del bueno.

Irene la desquiciaba con sus jueguecitos, ya no escuchó más porque cayó en la cuenta de que el hombre trajeado era Julen. Se había transformado, parecía un señor con aquel traje oscuro, la corbata granate apretándole la nuez y el pelo corto peinado con raya. Se hallaba unos pasos a la izquierda del grupo de mujeres, mirando su reloj de pulsera con disimulo, estando y no estando a la vez, con educado desinterés. Se lo quedó mirando y él le devolvió una mirada

blanda. «Julen», le dijo, «¿no te acuerdas de mí?». Por la cara que puso, no se acordaba.

—Soy Miren, de Barakaldo, nos conocimos la noche del golpe de Estado.

Entonces sí, la reconoció. ¡Miren!, ¡de Barakaldo!, la amiguita de Kepa Oyarzabal, cómo no se iba a acordar de aquella noche del 23 de febrero en casa de los Oyarzabal. «Cuánto has cambiado», le dijo, observándola con curiosidad. Le dio rabia ir vestida de punk justo ese día, no vio la forma de aclararle que ella normalmente no vestía así, ni llevaba la boca y los párpados pintados de negro y un collar de perro en el cuello. Miró al suelo para ocultar su embarazo, para cuando alzó los ojos, Julen había dejado de prestarle atención; rememoraba aquella noche histórica para su abuela y su prima. Les contó entre risas cómo habían quemado libros y papeles en la chimenea hasta que echó tanto humo que no se podía ni respirar, recordó lo asustado que estaba Jon Erauskin, tan convencido de que los militares iban a por él que intentó persuadirlo de que se fueran los dos a Francia aquella misma noche, y la preocupación de Ainhoa porque las chispas del fuego habían chamuscado los flecos de una alfombra, pero no habló de ella, como si no hubiera estado allí, como si no hubiera sido ella quien prendió el fuego en la chimenea y les ayudó a quemar propaganda subversiva hasta que Ainhoa la echó de su casa. Tampoco mencionó Julen la larga caminata nocturna hasta La Paz, ni, por supuesto, su encuentro en Deusto. Arantza y su abuela le rieron las gracias. Irene, seria, le hizo señas para que se fueran. Julen dijo que tenía que volver a su despacho, había dejado una denuncia a medio redactar. Dio sendos besos a sus parientas y se despidió, pero cuando ya se iba, retrocedió para contarle — a ella, a ella sola— que ahora acudía a Barakaldo todas las semanas para dar clases de euskera en una ikastola que quedaba por San Vicente, en la calle Francisco Gómez.

—También hay clases para adultos, son gratis, no cobramos nada. Déjate caer un día por la ikastola y pruebas.

Irene se burló de Julen, «vaya forma de ligar, invitarla a clase de euskera». Le preguntó de qué conocía a ese imbécil del PNV, «¿ahora vas al Batzoki?», ella respondió con evasivas, de pronto avergonzada de conocer a quien hasta hacía pocos minutos había sido el amor de su vida, el hombre que tanto la había hecho sufrir cuando la dejó colgada en Hernani. Durante meses esperó su llamada —Julen no tenía su número, pero podía pedírselo a Kepa—, una llamada en la que él le aclararía que no pudo ir a la cita porque había tenido un accidente, o se había muerto su abuela, y le diría que tenía muchas ganas de verla, «pienso mucho en ti», le diría. Una mañana se escapó a Deusto, deambuló sin suerte por la facultad, recorrió una y otra vez los

pasillos, el claustro, el bar, en la esperanza de encontrárselo, y aun después, cuando aceptó que él la había olvidado, sus ojos lo buscaban por la calle, en las tiendas, en los bares, en algún sitio tenía que estar, no se resignaba a no verlo más. Y ahora que lo había visto después de tanto tiempo, no sentía nada. Admitir esto la dejó perpleja, desazonada.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara? ¿Sigues enfadada por lo de la falda?

Dijo que no, pero Irene no la creyó. A la vuelta de una esquina la empujó debajo de un andamio, metió la mano en un bolsillo de su abrigo y sacó una cartera. Se la había quitado a la abuela de Arantza. Era una cartera cara, de piel; dentro había dos mil trescientas veintisiete pesetas —Irene contó el dinero con una parsimonia exasperante—, un botón suelto, una crucecita de latón y un recibo de la tintorería y, en los bolsillos laterales, fotos de familia (ninguna de Julen), un calendario del año anterior, una estampa religiosa y dos sellos. Ella se escandalizó, una cosa era mangar en El Corte Inglés y otra robarle la cartera a la abuela de una amiga. Irene recalcó que Arantza Zabaleta no era amiga suya y, además, quitarle el monedero a una rica de Neguri con semejante abrigo de visón era casi un deber para una anarquista, y luego añadió:

—Tú le robas a tu viejo, que es mucho peor.

La mandó a la mierda y echó a correr, pero Irene no tardó en alcanzarla y le pidió perdón, a su manera. Lo que más le mortificaba era que Arantza se enteraría y se lo contaría a Julen, no quería que Julen pensara de ella que era una ladrona, aunque él ya no le gustara ni le importara nada. Estaba furiosa, no les faltaba razón a su tutora y a su madre cuando le decían que la compañía de Irene la perjudicaba, su madre le había prohibido que volviera a llevarla a su casa desde el día en que Irene se fumó un porro en el baño y el olor a hachís se esparció por debajo de la puerta hasta el comedor, y su tutora opinaba que Irene Meleiro era una chica indisciplinada, sin valores ni moral, que acabaría en la cárcel o algo peor.

—¡Puta! ¡Guarra! ¿No te da vergüenza ir así vestida? —le gritó un hombre que iba por la calle.

—¿Y a ti qué te pasa, pocopene?

Irene había saltado a defenderla. Se encaró con el hombre.

—¿Quieres bronca, eh? ¿Te crees que por ser tías nos puedes insultar, hijo de puta, chulito de mierda?

Media poco más de metro cincuenta, pero se las apañaba para mirar al hombre de arriba abajo, los brazos en jarra, la falsa barriga enhiesta, y eso fue lo que las salvó, el tipo se fue con la cabeza gacha murmurando «si no estuvieras preñada te ibas a enterar, zorra». Irene quería ir tras él, pero ella la contuvo. Irene le afeó su pasividad.

—Tienes que aprender a defenderte, no voy a estar siempre a tu lado para dar la cara por ti. No puedes ir así por la vida, como una mosquita, como una flor. Cuando te topas con un hijoputa como este, patada en los huevos, ¿entiendes?

Pero ella no estaba acostumbrada a que la insultaran por la calle; a los piropos sí, como todas, cuando le llovían desde lo alto de un andamio, bajaba la cabeza y apretaba el paso, pero ante una agresión se paralizaba. Para Irene la vida era una lucha, vivía en guerra perpetua con todo y contra todos, la izquierda *abertzale* y también la policía, la gente normal, a la que tildaba de *puretas*, el capitalismo, el Estado español, el PNV, la Iglesia, el empresariado, los socialistas, Herri Batasuna, ETA, las aguas color mierda de la ría, el aire sucio, irrespirable, de Barakaldo... Hasta su forma de vestir era una declaración de guerra.

Cuando la conoció, Irene era, o parecía, muy distinta. Dos años atrás aterrizó en su clase a mitad de curso, expulsada de las salesianas.

Costaba creer que aquella chica tan modosa, que vestía faldas tableadas, pudiera haber transgredido norma alguna. Hablaba poco y se sonrojaba cuando alguien le dirigía la palabra. Con su melena ondulada de tono cobrizo, ojos claros y tez muy pálida, parecía salida de una ilustración de *Alicia en el País de las Maravillas*. Era diminuta, pero en su pequeñez había proporción, salvo por la cabeza, que hubiera debido corresponder a un cuerpo más grande, y quizá por eso, porque Irene era toda rostro, la mirada intensa, un punto salvaje, de sus ojos rasgados de color cambiante era lo que la definía; cuando el verde del iris se imponía al gris y sus ojos brillaban anunciando peligro, había que preocuparse. Pero eso tardó en descubrirlo. Se hicieron amigas por inercia. Por ser nueva, a Irene la habían sentado en primera fila, en un pupitre que compartía con Joaquín Larrumbe, un chaval asqueroso que no se lavaba nunca. Una mañana se la encontró sentada en el suyo. Irene le explicó que Joaquín Larrumbe tenía piojos y le pidió que le permitiera sentarse a su lado.

Así fue como empezó su amistad. Tenían cosas en común: ambas eran sietemesinas —Irene de verdad, ella en teoría—, las dos procedían de fuera —Irene había nacido en Lugo— y, un secreto que compartieron durante un recreo, sus padres eran policías. El padre de Irene era sargento de la Guardia Civil. Irene le informó de ello de la forma más casual, mientras fumaban un cigarrillo apoyadas en un muro, «mi padre es un piko». Ella correspondió a la confidencia admitiendo que el suyo era un madero. Irene le dijo que ya lo sabía, pero se negó a revelarle quién se lo había contado. Su timidez se esfumó a las dos semanas de su llegada, junto con sus faldas largas. Se hizo amiga de toda la clase, sobre todo de los chicos, que se desvivían por caerle bien, no porque fuera guapa —eso decían las chicas— sino

porque les vacilaba. Irene se dejaba querer aunque los desdeñaba, no le interesaban los críos, así fue como ella se enteró de que las monjas de las salesianas la echaron porque se había liado con el profesor de gimnasia. Irene parecía impaciente por recuperar el tiempo perdido en un colegio de monjas, pronto se aficionó a los porros y a la mistela con orujo y a la cerveza con ginebra. Se iban al parque de los Hermanos con tres o cuatro tíos y alguna tía más y muchas tardes volvían a casa ciegos perdidos, aunque eso fue un poco después, antes fue el verano que pasaron en una aldea de Lugo, en la casa de los abuelos de Irene, quien la invitó a Galicia el mes de agosto para no morirse de asco sola en la aldea. Sus padres consintieron en el viaje, para perderla de vista —su padre— y porque la familia de Irene era «gente bien», su madre. El padre era sargento de la Guardia Civil, alguien respetable, y en opinión de su madre, Josefina, la madre de Irene, aunque pueblerina, era una mujer simpática, a quien agradecía que la hubiera llevado a una iglesia en Cruces donde el cura no era nacionalista y las misas eran normales. Los domingos a las doce se juntaban en la puerta de la iglesia Irene, sus padres, su madre, Javi y ella. A veces se les unía Amadeo. Su padre, aunque muy católico, nunca iba a misa.

En aquella aldea de Lugo ellas eran las vascas, las bilbaínas, aunque vivieran en Barakaldo. Los gallegos les contaban chistes de Bilbao y se burlaban de su acento, imitándolo de forma exagerada. A ella le decían, «Miren, ¿y ese qué nombre es? Nunca lo había oído». Por primera vez en su vida se sintió vasca, le dio por decir siempre *«agur»* y *«egun on»* y *«eskerrik asko»*, como si se le hubiera olvidado decir «adiós», «buenos días» y «gracias». La casa de los abuelos de Irene era de piedra, con tejado de pizarra, y tenía huerto, corral con pollos, gallinas y conejos, una pocilga con una cerda y su cría, una leñera y un hórreo destartalado. Su madre, si hubiera estado allí, habría dicho, «¡qué pintoresco!». Era todo muy verde, los bosques, los campos, las suaves colinas ondulantes. Pero en Euskadi también había muchos árboles y bosques y prados verdes, ella hubiera preferido ir a la playa, a Alicante, un plan que había anunciado su madre antes del verano, pero que, como todos los proyectos apetecibles, malogró su padre, que no quería ir a ninguna parte. La casa de la aldea estaba atestada de gente, además de ellos había más familiares, una sobrina del padre de Irene con su marido y sus hijos pequeños. Ellas dormían en el desván, sobre dos colchones, todos los demás cuartos estaban ocupados. Sebastián, el padre de Irene, iba a pescar al río por las mañanas y pasaba las tardes en el bar con sus amigos. La madre, Josefina, estaba todo el día de cháchara con su suegra y sus parientes y con la gente del pueblo que a cada poco entraba y salía de la casa; proclamaba lo bien que se está de vacaciones sin hacer nada, mientras trajinaba en la

cocina, atendía a las visitas y limpiaba sin cesar. Ellas se aburrían. Eran demasiado mayores como para deleitarse en dar de comer a los conejos y perseguir a las gallinas, como hacían los sobrinos de Irene. Se escapaban al molino viejo a fumar porros hasta que se les acabó el costo. Una mañana fueron a pescar con el padre de Irene, pero no sabían qué hacer con sus cañas —Irene rompió la suya—, y no tenían paciencia ninguna, y sin paciencia no se puede pescar, como les advirtió el padre de Irene, pero ellas no querían pescar, solo matar el aburrimiento. Acabaron bañándose en el río en bragas y sostenes, para embarazo de Sebastián, que se puso muy rojo y procuró no mirarlas. Era tal su desesperación que un día incluso se ofrecieron a trabajar en el huerto, hasta que llegó Jacobo, el hermano de Irene, que se acababa de licenciar de la mili, y todo cambió. La madre de Irene no hacía más que llorar de la emoción, como si su hijo en lugar de la mili viniera de la guerra. Se organizó una comilona de bienvenida a la que invitaron a toda la aldea, que se alargó hasta la noche y en la que hubo cánticos y bailes y gritos y risas y un amago de pelea. Ellas se resignaron a emborracharse con sidra, no había otra cosa. Irene, muy excitada por la llegada de Jacobo, decía, «¿verdad que está bueno? Si no fuera mi hermano, me lo follaría». Ella, por no decepcionarla, le dijo que sí, que era muy guapo, pero no era cierto. Jacobo era un grandullón deslavazado, tenía los ojos claros de Irene pero sin un ápice de su malicia y el pelo cortado al rape le daba aire de palurdo. En la comida se habló de las fiestas de Villalba e Irene le pidió a su hermano que las llevara allí en coche. Jacobo se hacía el remolón, pero Irene podía ser muy insistente, al final dio su brazo a torcer, las acompañaría a cambio de algo.

Trabajaron en el desván con mucho secreto. Jacobo había robado del cuartel una bandera española —de allí sacarían el color rojo—, en la caseta de los aperos del huerto encontraron un retal de lona que podría servir para el verde, para el blanco se apropiaron de una sábana de un armario de la abuela. Con unas tijeras de cocina cortaron en rectángulos las franjas rojas de la bandera española y en tiras verdes la lona. Irene cosió los rectángulos rojos a la sábana y sobre los rectángulos cosió dos tiras verdes en forma de aspa. Dejó un espacio en el centro para la cruz blanca; el resultado fue una ikurriña casi perfecta. Irene dictaminó que Miren lo hacía todo mal, era incapaz de cortar una tela en línea recta y no tenía idea de coser, por lo que se vio relegada al papel de vigía. Pegada a la puerta, avisaba a los hermanos si alguien subía por la escalera. Los escalones de madera gruñían y se quejaban en cuanto alguien ponía un pie encima, por lo que les daba tiempo de guardarlo todo bajo un colchón y cuando quien fuere entraba —los niños pequeños o la madre de Irene, no subió nadie más— se los encontraba jugando a las cartas. Una noche

se acercaron al molino. Ataron la ikurriña a un palo, que Jacobo insertó entre dos radios de la enorme rueda. Justo debajo, sobre un murete de piedra, depositó una bolsa negra de basura. Ella, que era muy inocente —eso dijo Irene—, preguntó para qué.

Las despertó el helicóptero, hacía un ruido espantoso. Irene se asomó a la ventana, desnuda como estaba, y le comunicó, muy excitada, que había pikoletos por todas partes. Era verdad, la Guardia Civil había tomado la aldea, contó hasta cuatro Land Rover verdes con el escudo de la Guardia Civil, uno de ellos cortaba el paso del sendero que descendía hasta el molino. Desde la buhardilla vieron pulular, con el cetme calado, a decenas de agentes. Se vistieron deprisa y bajaron los escalones de dos en dos. Todos los habitantes de la casa, salvo Sebastián, estaban reunidos en la planta baja en medio de una gran conmoción. La madre de Irene les dijo que un comando etarra había puesto una bomba en el molino viejo. Sebastián, su marido, fue quien la descubrió; cuando salió a pescar de amanecida, vio una ikurriña enorme en la rueda del molino y una bolsa negra al pie, donde estaba la bomba. Él fue quien avisó a la Guardia Civil. Había venido un helicóptero para inspeccionar la zona, por si había más explosivos y por si los etarras seguían por allí. Un equipo de artificieros se había desplazado al molino para desactivar la bomba. Sebastián estaba con ellos, qué necesidad tenía, por qué no podía dejar que los guardias civiles de Lugo se las apañaran solos, su vida era un sinvivir hasta de vacaciones.

—Que nadie salga —ordenó—, todos aquí hasta que nos digan que no hay peligro, no os acerquéis a las puertas ni a las ventanas. —Pero su hijo no le hizo caso, salió a la calle con paso indolente, dejando la puerta abierta. Josefina fue tras él, se la oyó gritar, «¡Jacobo! ¡Vuelve! Lo ha mandado tu padre, que nadie salga», pero Jacobo no volvió.

El miedo es contagioso, se puso a calcular hasta dónde llegaría la onda expansiva de la bomba, el molino quedaba a más de doscientos metros de distancia. Repasó en su memoria las imágenes de tantos atentados, vistas en la televisión y en los periódicos y también en las calles de Bilbao y de Barakaldo, los coches destripados, los cuerpos cubiertos con mantas, los boquetes negros en el pavimento, la sangre, los desechos, la devastación, y pensó que en aquella casa recia de piedra estarían a salvo. Irene inspeccionaba el molino desde una ventana. Su madre y ella le exigieron a la vez que se apartara, pero Irene no pareció escucharlas.

—Desde aquí no se ve nada —dijo, retirándose al fin de la ventana. Se le acercó por detrás con sus andares de gata y la arrastró a la cocina, con la excusa de desayunar algo, y una vez allí la llevó de la mano hasta la puerta que daba al corral, pero ella se negó a acompañarla. Irene la miró atónita.

—¿Estás tonta? ¡Es una broma, no hay ninguna bomba! Vamos a ver a los pikos, están acojonados, será divertido.

Se escurrieron por entre los árboles hasta la ribera del río y una vez allí se acuclillaron detrás de una peña. El molino se alzaba un poco más arriba, a la derecha; asomando la cabeza por los costados de la roca podían verlo todo, pero el espectáculo ya había terminado, un artificiero se fumaba un cigarro y otro despejaba a patadas los desechos de papel de periódico que habían llenado la bolsa de basura. Un guardia civil, que tenía pinta de ser un mando, hablaba por un *walkie talkie*, gesticulando airado con la mano que le quedaba libre. El padre de Irene, el único que iba vestido de paisano, les daba la espalda, los brazos en jarra. Jacobo había desaparecido.

Los guardias civiles localizaron pintadas a favor de ETA en la pared trasera del molino y sobre algunas rocas de la orilla. GORA ETA MILITARRA, PRESOAK KALERA, AMNISTIA OSOA, y esas cosas. Jacobo debía haberlas hecho la noche anterior, cuando ellas ya se habían acostado. Se había llevado sin permiso el coche de su padre y no regresó hasta la mañana siguiente. Había ido a las fiestas de Villalba y no las había llevado con él, no tenía palabra, pero antes de que pudieran reprochárselo, Jacobo anunció que se iba a la cama. Su padre le dijo que de eso nada, «tú y yo tenemos que hablar». Los dos hombres se encerraron en la leñera, donde dormía Jacobo. Ella esperaba escuchar gritos, golpes, porrazos, manifestaciones de la rabia, pero apenas se oía nada, la voz del padre de Irene era un murmullo contenido, sobre la que apenas se elevaba la de Jacobo con un timbre agudo, irritado, plañidero, jurando que él no había sido, «cómo iba a hacer una cosa así», no consiguieron enterarse de más porque la madre de Irene las fue a buscar. Irene fingía estar tranquila, se puso a jugar con los niños como si no tuviera una preocupación en la vida, pero ella sospechaba que también tenía miedo, de pronto tomó conciencia de la enormidad de lo sucedido. El padre de Irene no le podía pegar, no era su hija, pero su propio padre se acabaría enterando, de esta no saldría viva. Jacobo no habló, o si lo hizo, a ellas nadie las acusó de nada. Cuando se despertaron al día siguiente ya se había ido. A mediodía se marcharon la sobrina de Sebastián y su familia, llevándose a la abuela, que no se había recuperado del susto y estaba muy agitada. Dos días después, también ellos se fueron. El tiempo en que estuvieron solos en la casa fue tenso, incómodo. El padre de Irene dejó de ir a pescar y a jugar al dominó, no salía de casa. Josefina, su mujer, no las perdía de vista y ellas entre sí también se vigilaban, mejor dicho, Irene la vigilaba a ella para que no se fuera de la lengua. Tenía la impresión de que los padres de Irene sabían pero no querían saber. Había caras largas, suspiros, silencios, miradas suspicaces, como si los cuatro —ellas dos y los padres de Irene— fueran cómplices y se hubieran

conjurado para guardar el secreto por miedo a las consecuencias, como si al callar compartieran la culpa y de tácito acuerdo se hubieran encerrado para no exponerse a la furia de los aldeanos, eso sentía ella, aunque Irene le dijo que estaba loca, cómo podía pensar eso, en el pueblo sus padres eran muy apreciados. Una noche los oyeron discutir. Sebastián decía: «¡Qué va a cambiar, en la mili no ha cambiado nada! Es un desgraciado, hacerme esto a mí, que soy guardia civil». La madre lloraba.

—En esa ikastola de tu amigo, en la calle Francisco Gómez, es donde trabaja la hijaputa —dijo Irene, sin venir a cuento.

Habían bajado caminando por Gran Vía hasta la calle Buenos Aires. Irene guiaba, ella, como siempre, la seguía sin fijarse adonde iban. La hijaputa era Izaskun, la novia de Jacobo. Según Irene, era Izaskun quien había metido a Jacobo en el ambiente de Jarrai y las Gestoras, antes su hermano era un tío de izquierdas, un comunista normal y corriente, pero desde que se echó aquella novia empezó a vestir de otra manera y a hablar del conflicto y de represión y de Euskal Herria libre y socialista, lo que propiciaba unos enfrentamientos terribles con su padre. Cuando se fue a la mili, la convivencia familiar mejoró. Tras el incidente de la aldea, Jacobo no regresó a casa de sus padres, se fue a vivir con su novia. Hacía como año y medio que estaba en el sur de Francia. Irene aseguraba que su hermano no era de ETA, se había tenido que fugar porque en una manifestación había pegado fuego a un autobús —o a un cajero, una cabina telefónica y un autobús, a veces Irene recargaba los detalles—, y alguien lo había delatado, pero no había matado a nadie. Irene aseguraba que Jacobo era un buenazo, incapaz de hacer daño a una mosca, la mala, la bruja, era la novia, y ella pensaba —pero no decía— y tú qué sabes. Antes de llegar al puente del ayuntamiento, Irene sacó el dinero de la cartera y lo volvió a contar. Le ofreció mil pesetas. No quiso aceptarlas, pero Irene le dijo que no fuera boba, «a ti te hacen más falta que a la abuela de Arantza». Se le ocurrió que Irene había robado aquella cartera solo para poder darle dinero a ella y así compensarla por el reparto mezquino del botín de El Corte Inglés. Irene tomaba la iniciativa, ella iba a remolque, y siempre acababan por hacerse cómplices. Cogió las mil pesetas y le pidió que también le diera los sellos, su madre escribía muchas cartas. Lanzó la cartera a las aguas del Nervión por sobre la barandilla del puente, cayó trazando remolinos y con ella se hundieron en el río la crucecita de latón, las fotos de familia, el calendario, el botón suelto y el recibo de la tintorería.

—Devuélveme los guantes —dijo Irene—. Tengo las manos congeladas.

A la sombra de las muchachas en flor era un libro muy bueno, se lo

había recomendado el dueño de una librería del casco viejo de Bilbao porque a ella le había gustado *Por el camino de Swann*, otra novela del mismo autor, un francés de ojos lánguidos llamado Marcel Proust, que lucía muy repeinado en el retrato de la solapa, un bucle perfecto dibujado en la frente y las guías del bigote retorcidas para arriba. La novela era tan buena que no entendía nada, pero aun así ponía todo su ahínco en seguir el hilo de aquellas frases intrincadas que se enredaban y complicaban y se perdían en arabescos verbales, como quien se adentra en un laberinto y al cabo de muchas vueltas y revueltas, cuando ya está con la lengua afuera, vislumbra una portezuela semioculta entre el follaje, un pasadizo hacia una salvación que no sabría precisar en qué consistía, pero en todo caso era una salida.

—¡Vaga! ¡Sinvergüenza! ¡Ya está bien de leer novelas! Si no quieres estudiar, ponte a trabajar.

Su padre irrumpió en su habitación como un basilisco, solo le faltaba echar fuego por la boca. Le arrancó el libro de las manos, abrió la ventana y lo lanzó a la calle. Sin dejar de insultarla y de amenazarla con echarla de casa, porque ya era mayor de edad y él no tenía ninguna obligación de mantenerla, de dos en dos agarraba los libros de las estanterías y los arrojaba por la ventana. Su madre entró al oír los gritos y le pidió que parara, pero su padre le dijo que él en su casa hacía lo que le daba la gana, se apoderó del diccionario de Francés/Español, un tocho, y también lo tiró. Luego se volvió hacia ella, rabioso, y le preguntó por qué no estaba en el instituto. Ella le dijo que lo habían cerrado por amenaza de bomba, era verdad, pero su padre no la creyó. «Ven aquí», le dijo, y empezó a sacarse el cinturón cuando sonó el timbre de la puerta, un timbrazo prolongado, impertinente, «y ahora qué coño pasa», dijo su padre, su madre fue a abrir la puerta y la casa se llenó de alaridos. Creyó entender que su padre había matado a un bebé, lo terrible es que casi se alegró, porque eso hubiera supuesto que su padre iría a la cárcel, sintió una punzada de desilusión cuando comprendió que al bebé no le había sucedido nada porque el libro había rebotado contra la capota del cochecito.

—¡Asesino! —gritaba la mujer que debía de ser la madre del bebé.

Su madre intentó calmarla, le dijo que se sentara, le ofreció un café, un vaso de agua, pero la mujer lo que quería era llamar a la policía. Decía que su padre era un loco peligroso y ella por unos instantes pudo verlo con los ojos de la extraña, un hombre flaco, desastrado, con barba crecida, la melena oscura enmarañada, los faldones de la camisa colgando por fuera de los vaqueros, desde que su padre era policía secreta parecía un mendigo. Ella se preguntó dónde se hallaba el niño, el bebé que su padre casi había matado, en el salón solo estaban la madre y un señor que la acompañaba y que observaba todo

en silencio con ojos asombrados, mientras su madre procuraba conciliar los ánimos con disculpas débiles y promesas de agua, café, «¿un coñac para el susto?», pero la madre del bebé estaba más allá de toda conciliación, insistía en que iba a llamar a la policía, lo que resultaba muy embarazoso, su padre era la policía. Entonces su padre la señaló y dijo que era ella quien había tirado cosas por la ventana.

Los libros yacían destripados sobre la acera, uno había caído en un alcorque y estaba empapado, otro se había partido en dos sobre el capó de un coche, varios, entre ellos el diccionario de francés, se habían desencuadernado, las hojas sueltas volaban por el asfalto. Algunos libros, de puro milagro, estaban intactos. Una niña de unos doce años, que custodiaba un cochecito de bebé, la miraba con reparo. Sobre el pavimento, junto al cochecito, los ojos pardos de Marcel Proust miraban sin ver el cielo sucio de Barakaldo. Con vergüenza, sin levantar la vista, recogió del suelo *A la sombra de las muchachas en flor*, pero antes de irse le dijo a la niña «no he sido yo, ha sido mi padre, él ha tirado los libros a la calle». Lo odiaba más que cuando le pegaba con el cinturón y le dejaba la espalda rayada, esos libros eran suyos aunque no los hubiera comprado con su dinero. Desde que era policía secreta su padre solía llevar encima fajos de billetes, más dinero junto del que ella había visto nunca, una barbaridad, a veces hasta veinte o treinta mil pesetas. Su padre estaba forrado, aunque a su madre siempre le decía que no tenía un duro cuando le recordaba que había que pagar la factura de la luz o del seguro del coche, su madre lo perseguía con las facturas y él la mandaba a la mierda pese a que tenía los bolsillos llenos de pasta, cómo podía ser que su madre no lo supiera. Ella lo había descubierto por casualidad; al registrar la cazadora de su padre en busca de cigarrillos, sus dedos habían detectado en el bolsillo derecho un gurruño de papeles arrugados que resultaron ser billetes de mil y dos mil y cinco mil y cien y quinientas pesetas, todos revueltos, qué manera de guardar el dinero. Nunca cogía más de mil pesetas, no creía que él se diera cuenta. El día que le distrajo una papela de coca —otro descubrimiento inesperado— sí que la echó en falta, pegó unos gritos espantosos, la acusó de ser ladrona, delincuente, perdida, no escatimó los epítetos, hasta hija de puta la llamó, lo que sublevó a su madre. La zarandeó, agarrándola por los hombros, y le exigió que le devolviera lo que le había quitado. Ella le dijo «yo no te he quitado nada, ¿qué te he quitado yo?». Él se tuvo que morder la lengua porque su madre y Javi estaban delante. Su madre los miraba a los dos con ojos inquisidores. Su padre no tuvo más remedio que decir algo, la acusó de haberle robado un paquete de Winston. Ella lo negó con energía, su madre la regañó por fumar y a su padre, por darle mal ejemplo. «Tenéis que dejar de fumar los dos», dijo, «es malo para la salud». Desde el día en que volvió a casa de

improviso y encontró a Amadeo desnudo en el pasillo, su madre se había convertido en su aliada y en su encubridora incluso.

—Ya arreglaremos cuentas tú y yo —le había dicho su padre. Y ahora en venganza le había tirado los libros. Dudaba de que fuera policía secreta, cómo iba a serlo con esa vida errática, podían transcurrir días sin que tuvieran noticias suyas y de pronto aparecía con la ropa mugrienta, espeluznado, ojeroso, y se pasaba un día entero durmiendo. Y todo ese dinero y la cocaína...

El bar Antxon se estaba llenando, era la hora en que la gente salía del trabajo (los que todavía tenían trabajo, la margen izquierda del Nervión bullía de obreros desocupados, que también iban al bar, claro). Unos hombres como de treinta años, que se tomaban unos cubatas apoyados en la barra, la miraban de reojo y cuchicheaban, no sabía si porque tenía una pinta rara o porque les parecía guapa, por si acaso, se arregló un poco el pelo con los dedos y puso un semblante serio. Le apetecía tomarse otra cerveza, no quería volver todavía a casa, pero eso la obligaría a acercarse a la barra y someterse a la inspección de aquellos tipos. Había formado dos pilas con los libros que había rescatado del auto de fe de su padre, formaban una especie de muralla sobre la mesa que, de alguna forma, la protegía de los ojos intrusos y del fragor del bar. Recordó que era punk y que no debía importarle lo que pensaran de ella. En la tele daban las noticias de la EITB, la cadena vasca, el volumen estaba tan bajo que no se oía nada, pero la imagen era nítida; de fondo, el edificio de la Audiencia de Bilbao, en primer plano un hombre mayor que debía de ser un *baserritarra*, con su *txapela* y su tabardo, junto a dos hombres de traje y corbata con expresión enfadada. El de en medio, uno que le sonaba porque lo había visto antes en la tele o puede que lo reconociera de los periódicos, un tipo achaparrado de unos cuarenta años que gesticulaba mucho, llevaba la voz cantante. Una leyenda sobreimpuesta a la imagen informaba de que el abogado tal y cual denunciaba que habían torturado en Intxaurrondo a su defendido, un presunto miembro de ETA (el casero era el padre del etarra), nada nuevo, pero lo que sí era novedoso era ver a Julen flanqueando al abogado, con gesto adusto y la misma corbata granate de cuando se lo encontró en la Gran Vía. Le dio un vuelco el corazón, era la primera vez que salía en la tele alguien que ella conocía, fue por eso, no porque le importara Julen, aunque verlo en la pantalla le infundió respeto. Ya era todo un abogado que iba a juicios y salía en la tele y nadie que lo viera tan grave y solemne podría imaginar que era el mismo hombre que un tiempo atrás engatusó a una niña de quince años y la dejó plantada en Hernani.

La ikastola se llamaba Alkartu, todos los letreros y las comunicaciones

estaban escritos en euskera, no había manera de enterarse de cuándo daba clase Julen, aunque sí pudo leer su nombre y supo cuál era su apellido, Iturbide. No había nadie en la mesa de recepción donde había esperado encontrar a Izaskun, la novia de Jacobo que, según le había contado Irene, era la secretaria y la mandamás, la mandatodo. Se oían voces infantiles detrás de la puerta cerrada de un aula. Pegó la oreja al panel, por si distinguía la voz de Julen. A su derecha una áspera voz de mujer la increpó en euskera. Izaskun era gorda, eso no se lo había dicho Irene, y también alta, imponía. Había salido de algún sitio como por ensalmo y la había pillado escuchando detrás de la puerta, que de pronto se abrió y arrojó al corredor un enjambre de niños y tras ellos a Julen, que iba vestido con un pantalón de pana y un jersey de cuello alto. Se le veía joven, le pareció tan distinto que por un segundo dudó de que fuera el mismo que en la pantalla miraba con fiereza a la cámara. Julen se asombró al verla, como si no hubiera sido él quien la había invitado a la ikastola, dijo «hola, Miren», sin mucho entusiasmo. Izaskun le preguntó si la conocía, una pregunta estúpida porque la acababa de saludar, y él dijo que sí, que Miren era una vieja amiga, y por fin le sonrió, y ella, como una idiota, pensó que todo estaba bien, que ir hasta allí no había sido un error. Julen le dijo que dar clase era muy cansado y que por la mañana había tenido un juicio que había durado cinco horas y estaba exhausto. Ella empezó a decir «volveré otro día» cuando él le propuso que lo acompañara a tomar algo. La llevó a una taberna que estaba unas calles más allá, que no era una *herriko* pero sí muy vasca, el interior, de mesas y sillas de madera, estaba decorado con lauburus e ikurriñas y una acuarela del árbol de Gernika y fotos de bosques, todo muy rústico. Había poca gente, cuatro o cinco hombres. A Julen lo conocían, lo oyó hablar en euskera con el tabernero, que les sirvió unos vinos. Ella hubiera preferido una cerveza, pero Julen ni le preguntó. Lo siguió a una mesa al fondo del local, donde estaban solos.

Julen estaba resfriado, tenía la voz tomada y los ojos rojos, dijo que el vino le curaba. Se lo bebió en dos sorbos y ella hizo lo mismo, era la única forma en que podía trasegarlo, así que Julen se levantó y se fue a la barra a por más. Ella pensó en decirle que quería una cerveza pero había algo en él que la intimidaba. Cuando volvió con los vinos, Julen le dijo «creo que tengo fiebre» y se tocó la frente con el dorso de la mano, luego le cogió una mano a ella y se la puso en la frente, estaba caliente. Se le había caído una pestaña en el párpado izquierdo, era una pestaña negra, larga, le hubiera gustado quitársela, no habría tenido más que alargar un dedo, pero le pareció un gesto demasiado íntimo que podría sobresaltar a Julen o hacerle pensar que era una zorra. Julen se interesó por su padre, «¿sigue en la comisaría de Larresalde?», el tono era cordial, pero le escamó que se acordara de

ese detalle y le dijo que sí, «ahí sigue». Julen se sonó la nariz y le preguntó, «¿cómo está tu amiga Irene?». Ella le dijo «bien, supongo», qué iba a decirle, le sorprendió que Julen supiera su nombre, entonces él le soltó que el día que se vieron en la Gran Vía le robaron la cartera a su *amama*. El vino le dio valor para hacerse la sorprendida, pero Julen no cejó, dijo que su *amama* se dio cuenta de que no tenía la cartera justo después del encuentro con ellas, su voz sonaba acusadora. Se levantó de un salto, ofendida.

—Yo no he sido —dijo—, yo no le robé la cartera a tu *amama*.

Hizo ademán de coger el abrigo y la bandolera que colgaban del respaldo de la silla, pero Julen la tomó del brazo y la obligó a sentarse. Le pidió disculpas, le dijo que no se le había pasado por la cabeza que ella hubiera podido hacer algo así, le dijo «¿me perdonas?», en un tono casi tierno, como de niño pillado en falta, y ella le sonrió, asintiendo, y sin darse cuenta de lo que hacía, le sacó la pestaña del párpado con el índice de la mano derecha. Para disimular, para hacerse disculpar su osadía, le dijo lo que no pensaba decirle por no darle coba:

—Te vi en la tele el otro día.

Nunca lo hubiera dicho, Julen se animó de repente y empezó a contarle el caso con pelos y señales, como si ella entendiera de recursos y juicios, o como si le pudieran interesar algo. Irene le había dicho una vez que para ligarte a un hombre lo único que has de hacer es escucharle con mucha atención, dejar que hable y hable, y ella hizo justo eso, aunque ya no quisiera ligarse a Julen, pero no se le ocurría nada que decir y en el fondo le halagaba que él le hiciera tantas confidencias y se desahogara con esa intensidad, como si ella fuera su igual o alguien cuya opinión fuera estimable. Le incomodó que le describiera con tanto detalle las torturas que los *txakurras* infligían a los detenidos, porque los etarras tampoco eran unos santos, mataban a policías y a militares y a jueces y a ingenieros y a taxistas y a gente inocente, hasta a niños mataban. Día sí, día también, cuando llegaba a casa su madre le daba el parte, habían puesto una bomba aquí o allá, habían disparado a este militar amigo de su abuelo o de su tío, o a aquel policía compañero de su padre, era una escabechina. Y su padre era madero, hablarle a ella de torturas policiales era una falta de tacto, aunque tampoco le gustaba la policía, con lo del plan ZEN tenía tomada Euskadi, las carreteras y las calles estaban a reventar de policías y tanquetas y controles, los guardias civiles, los nacionales, el GAR, los *estupas*, la Ertzaintza, cada uno con su uniforme o de paisano, como su padre, todos con pistolas y porras y también cetmes, era como vivir en un país en guerra. Te podían parar por cualquier tontería, porque no les gustaban tus pintas —a los punks sobre todo, con los punks se cebaban, si llevabas una cresta, recibías—, o porque

te oían cantar *Conejo Blanco voló voló* o *Mucha policía, poca diversión*, canciones del todo inocuas que a sus ojos te convertían en terrorista, era inevitable cogerles manía. Y era cierto que daban, y fuerte. A ella Irene la arrastró a una manifestación obrera contra el cierre de Altos Hornos y no le dio una pelota de goma en la cara de casualidad, le pasó rozando, pero de los golpes de porra no pudo zafarse. Estaba harta de unos y de otros, ella era antitodo, como Eskorbuto, y solo soñaba con irse de allí, a Londres o a Madrid o adonde fuera, pero eso no se lo podía confiar a Julen, que era tan batasuno y que le estaba diciendo que él era *euskaltzale* por encima de todo y que cuando tomó conciencia de que su pueblo estaba oprimido, decidió dedicar su vida a su liberación, no como *gudari* sino como abogado, se podía luchar de muchas maneras contra la opresión y ella le dijo que sí, que desde luego, no sabía qué hacer para cambiar de tema y reconducir la conversación hacia aquella mañana de domingo en Hernani, lo que a ella le había parecido una ofensa imperdonable era una nadería comparada con la liberación del pueblo vasco. A Julen le preocupaba el futuro de la juventud vasca. El Estado español estaba inundando Euskal Herria de todo tipo de drogas, quería a los jóvenes zombis para aborregarlos, para impedir que se hicieran *gudaris*. A él le constaba que la droga se introducía desde el cuartel de Intxaurrondo, era un problema muy grave. Le habló de Kepa Oyarzabal. Se había enganchado a la heroína, su familia había conseguido ingresarlo en Proyecto Hombre y ahora criaba conejos en un pueblo del Pirineo. A ella le dio risa pensar en Kepa dando de comer a los conejos y limpiando los cagarros de las jaulas, se lo tenía merecido por gilipollas. Kepa le había dicho que Julen era de ETA y empezaba a sospechar que puede que lo fuera, si no del todo, casi, de HB seguro. Ella había aprendido a contemporizar, a hablar con unos y con otros sin comprometerse ni tomar partido, escuchaba a Julen decir que los policías españoles eran fuerzas de ocupación y que había que echarlos de Euskal Herria por cualquier medio con la misma atención cortés que prestaba a los amigos de su padre cuando proclamaban que había que cerrar *Egin* y meter en la cárcel a todos los *abertzales*.

El tabernero les acercó a la mesa más vino y unos pintxos, y mientras comía un pintxo de tortilla, Julen le dijo que hoy sí que estaba guapa, iba vestida como una persona, no como el otro día. Se alegraba de que hubiera ido a la ikastola y de que quisiera aprender euskera, podía empezar las clases el otro martes, de seis a siete de la tarde se impartía un curso para principiantes. El ambiente era muy majo, ya lo vería, algunos fines de semana él y Arantza, que también enseñaba en la ikastola, se juntaban con los alumnos mayores y con gente de las juventudes de HB y se iban de acampada al monte, se llevaban las guitarras, cantaban y charlaban hasta el amanecer, lo

pasaban muy bien y era todo muy sano, «para divertirse no hay que drogarse», le dijo muy serio, mirándola a los ojos. Y luego:

—Me han dicho que tu amiga Irene anda con uno que es camello.

Ella lo negó, le aseguró que Irene no andaba con nadie, tenía muchos ligues pero ninguno fijo. Julen dijo que su amiga Irene haría bien en tener cuidado y que sabía por Arantza, que la apreciaba mucho, que ella había sido muy buena estudiante y que por culpa de Irene había repetido curso. Qué iba a hacer ella con su vida, no podía dejar los estudios, tenía que ir a la universidad, ella era el futuro de la juventud vasca, algo así le dijo, pero ella ni siquiera era vasca, había nacido en Canarias y había vivido en muchos sitios, no era de ninguna parte, aunque eso él no podía saberlo. Le empezaba a resultar cargante, le hablaba como si fuera su madre, «¿qué vas a hacer con tu vida?», «¿y a ti qué te importa?», le hubiera gustado decirle, pero lo que le dijo fue «no podré ir a clase de euskera porque los martes por la tarde voy a clase de mecanografía». Le informó de que no iba a ir a la universidad porque quería ser secretaria de dirección. Buscaba irritarlo y lo consiguió, si le hubiera dicho que quería ser guardia civil no lo hubiera escandalizado más. Julen se inclinó hacia ella y le agarró el antebrazo que tenía apoyado en la mesa, se puso tan nervioso que le hizo daño. Le dijo que ella no podía conformarse con ser una secretaria, «eso es para las que no valen para otra cosa».

—Tú eres inteligente, Arantza dice que eras la más lista de la clase, que sacabas sobresalientes en todo. Euskal Herria necesita mujeres preparadas, puedes ser abogada o médica o arquitecta, si te lo propones puedes ser lo que quieras. Si tu amiga Irene no aspira más que a ser secretaria o tendera, no tienes por qué imitarla —le dijo, dándole coba.

Y aunque la conmovía que se tomara tan a pecho su porvenir y que viera en ella la esperanza de Euskal Herria, ella que nunca había sido la esperanza de nadie, hallaba un placer perverso en contrariarlo y le explicó que ya tenía decidido estudiar para secretaria de dirección y no había vuelta atrás, aunque no fuera cierto, aquel era un proyecto de su madre, no suyo. Una amiga de su madre, Carmina Gutiérrez, una señora empingorotada que hablaba por los codos y fumaba con boquilla, era secretaria de un director general del Banco Hispano Americano, la mano derecha como aquel que dice, sin ella el director general estaba perdido —le estaba tan agradecido que le había regalado un abrigo de zorro—, y ganaba bien y viajaba mucho. Su padre se opuso con virulencia porque decía que su hija no iba a ser la querida de ningún señorito madrileño, pero su madre le replicó que Carmina no era la querida de nadie, secretaria de dirección era una profesión muy buena y muy digna y qué otra cosa podía hacer la niña si había repetido curso y tampoco podían pagarle la universidad. Ella

había dicho que se lo pensaría para que la dejaran en paz, porque tenía otros planes secretos con Irene, hablaban de irse a Londres a vivir en un *squat*, aunque había accedido a apuntarse a un curso de mecanografía en Bilbao porque, como decía su madre, saber escribir a máquina nunca está de más y después de las clases se juntaba con Irene y más peña y se iban de bares por Barrenkale, había unos bares increíbles en Bilbao, el Bolos, el Gaueko —decorado con lavabos y váteres y bidés, supermoderno—, el Dolls, el Garaje —muy tirado, muy punk—, y daban buenos conciertos, también de grupos extranjeros, los mismos que tocaban en Londres tocaban en Bilbao, había mucho mejor ambiente en el Botxo que en los antros de Baraka, dónde vas a parar, pero se guardó mucho de mencionárselo a Julen porque sospechaba que le parecería frívola, y además estaba disgustado con ella porque no quería ser abogada o arquitecta. Le dijo que lo decepcionaba y que iba a cometer una equivocación con una expresión tan dolida que le dio un coraje tremendo, así que le soltó lo que había venido a decirle:

—Me dejaste plantada en Hernani.

—Es que eras una cría —le había dicho Julen bajando los ojos y poniéndose colorado, si Arantza Zabaleta no hubiera entrado en la taberna puede que aún siguiera con él, justo cuando la conversación se ponía interesante tuvo que interrumpirlos aquella imbécil que propagaba infundios sobre Irene, qué cotillas eran los batasunos, siempre metiéndose en lo que hacían los demás, espiando a todo el mundo.

No había tenido tiempo de cambiarse, había ido hasta Lutxana vestida de secretaria, como decía Irene, pero le daba igual porque estaba pedo, era lo bueno de colocarse, que todo le daba lo mismo, se volvía invulnerable. Hoy no le importaba lo sucio que era aquel local, una barraca inmunda, ni le dio miedo la rata que de repente cruzó corriendo, se enredó en un cable y se escurrió de un salto entre las piernas de Peio, que tocaba la guitarra como poseído, hasta su cresta de colores parecía electrizada, y que la vio y dijo «puta rata» e intentó darle una patada. «Vaya chabolo de mierda», se quejó, pero la culpa de que ya no pudieran ensayar en el Búnker y tuvieran que hacerlo en aquel chabolo, con un micrófono robado de una iglesia y una batería de botes de jabón, era suya, de Peio, que se había peleado con los de HB, que mangoneaban el Búnker.

Irene cantaba, en realidad chillaba, pero así es como se cantan las canciones punk.

Me gusta ser una zorra
Prefiero masturbarme, yo sola en mi cama

Antes que acostarme con quien
me hable del mañana
Prefiero joder con ejecutivos
Que te dan la pasta y luego vas al olvido

Daba brincos sobre el precario suelo de tablas con sus botines negros de punta, el pelo rojo crepado fulgía como una llama, era como si tuviera el pelo incendiado. Irene saltaba, se contorsionaba, hacía como que follaba con el micrófono, se lo metía entre las piernas, lo movía para un lado y para el otro hasta que Peio le dijo que tuviera cuidado, no fuera a romperlo. Irene era muy fan de las Vulpes, decía que eran mejores que Eskorbuto y The Clash y los Sex Pistols. Irene había visto a las Vulpes en su concierto de Barakaldo e imitaba a Mamen, la cantante de las Vulpes, de forma descarada, eso decía Iñigo, que opinaba que Irene cantaba fatal, daba grima oírla. A él también daba grima oírlo, pero ella no se lo dijo. Peio era el líder y cada vez daba más cancha a Irene porque era su novia, lo que ponía enfermo a Iñigo, que hasta que llegó Irene era el cantante oficial del grupo. Se llamaban MPV (Mierda de País Vasco), por la canción de Eskorbuto —era el último nombre que habían adoptado, aún no tenían ninguna canción propia y ya habían cambiado tres veces de nombre—, los integrantes eran Peio a la guitarra, Iñigo, cantante y bajista, y Fermín a los botes de jabón de Ariel y Colón (cuando les salía un bolo en un *gaztetxe* le dejaban una batería auténtica). Peio era un guitarra muy bueno, eso decía Irene. Había tocado con MCD y con Cicatriz en la Matriz (eso decía él), era mecánico en Altos Hornos hasta que lo echaron, ahora como todos estaba en el paro, y como era medio yonqui o yonqui del todo, no tenía más remedio que trapichear, lo que estaba bien y estaba mal; por una parte, la buena, a veces —raras— la invitaba a coca, o más a menudo a *speed*, o le regalaba tripis o le pasaba algo de costo por ser la amiga de Irene, por la otra, estaba aficionando a Irene al caballo, lo que a ella le daba miedo y también rabia, cuando Irene se metía un pico —se lo metía Peio, ella aún no había aprendido— se convertía en otra, se sumía en una lasitud mórbida, apenas hablaba y, si abría los ojos, sus pupilas eran dos cabezas de alfiler incapaces de fijarse en nada, su rostro expresaba una satisfacción vacua y se rascaba sin parar el brazo y la cara y a veces babeaba y a veces vomitaba, con todo y con eso Irene decía que nunca había experimentado tanto placer en su vida. Tocaron *A la mierda el País Vasco*, cantó Iñigo, y todos, ella incluida, hicieron voces, «¡A la mierda, a la mierda, a la mierda el País Vasco!» y también «¡A la mierda, a la mierda el Estado español!». Peio se marcó un *riff* muy largo (le gustaba lucirse) y dio por terminado el ensayo, entonces sucedió lo que ella se temía, que Irene y Peio se metieron un pico y dijeron que no querían ir al concierto del *gaztetxe*, cuando se ponían

ciegos se rajaban de todo. Por suerte, Fermín la invitó a una raya de *speed* (le robaba Minilips a su hermana, que los tomaba para adelgazar) y se fue con él y con Iñigo al concierto del Matadero. A partir de ahí, la noche se aceleró, como le sucedía siempre que se metía *speed*. El *gaztetxe* estaba abarrotado pero Iñigo y Fermín, a base de codazos y empujones, consiguieron abrirse paso hasta el escenario, a ella no le gustaba estar en primera fila en los conciertos porque la gente escupía y tiraba latas y botellas al escenario, donde unos chavalitos muy tiernos, no debían de tener más de dieciséis años, cantaban *¡Abuela, abuela, abuela, te voy a matar!*, una canción muy graciosa. El cantante, sin dejar de cantar («una noche de estas mataré a mi abuela / con un tenedor clavado en la cabeza»), se agachó, recogió la lata de cerveza que le acababan de tirar y la lanzó al público con todas sus fuerzas, acertó a alguien y entonces se lio. Ella se soltó de Fermín, que la tenía cogida por la cintura. Se la quería ligar desde hacía tiempo, ella se dejaba invitar a *speed* y a kalimotxos pero luego se escurría como aquella noche, no le gustaba Fermín y le horrorizaban las peleas. Irene le decía, «si quieres ser punk no puedes ser tan delicada», pero ella no era delicada, solo cobarde, se escabulló hasta una ventana que estaba abierta y desde allí saltó a la calle. Una vez en la calle pensó qué hago aquí sola, así que decidió entrar de nuevo en el *gaztetxe* pero en la puerta se encontró con Aitor, un compañero de clase, y su cuadrilla, fumando canutos en corro. Se juntó con ellos y el resto de la noche se le fue fumando petas y compartiendo litronas de cerveza. En algún momento Aitor y los demás se metieron para adentro y ella se quedó hablando con un guipuzcoano, un chaval de Oiartzun. Se llamaba Ibon, solo tenía diecisiete años, ella no solía perder el tiempo con niñatos pero Ibon tenía un encanto especial, hablaba con una voz muy suave, su sonrisa era tímida y sus ojos castaños muy grandes. Además, tenía una bola de costo y no paraba de liar porros. Era colega de los de Komando Batikano, el grupo que estaba actuando; él también era músico, tocaba en un grupo de ska de Oiartzun. Le contó que en su pueblo los de ETA tenían la costumbre de avisar de sus acciones colgando un gato negro muerto en la puerta de la casa de su próximo objetivo. Su hermana pequeña era sorda y tenía una gata negra con las patitas blancas con la que estaba muy encariñada, era su mejor amiga, la gata, dormía en su cama, y era tan lista que le entendía las señas. Un día la gata desapareció, no la encontraban por ningún lado, su hermana no hacía más que llorar y él y su *aita* y su hermano recorrieron todo el pueblo buscándola, hasta que alguien les dijo que había aparecido colgada frente a la puerta de uno de Euskadiko Ezkerra. A Ibon se le quebró la voz, «no hay derecho a que hagan esto con una gata con dueño, que cojan un gato callejero», ella estuvo de acuerdo. Se puso a pensar en

su hermano, que no era sordo pero era raro, él sí que era delicado. Javi era introvertido, no le gustaban el fútbol ni los juegos bruscos que suelen gustar a los niños, casi nunca tenía amigos y había aprendido a entretenerse solo, era un genio de los puzles, cada vez más grandes y más complicados, había logrado armar un puzle para expertos —eso ponía en la caja— de más de mil piezas, sobre la alfombra de su cuarto, porque no cabía en su mesa de estudio. A su padre se le ensombrecía el rostro cuando lo veía atareado con el puzle, decía que hacer puzles era cosa de mujeres y maricones. Por ser Javi como era, un poco rarito, los niños de su clase se burlaban de él, le hacían la vida imposible. Javi lloraba por las mañanas, no quería ir al colegio, le prometía a su madre que estudiaría en casa, pero eso no podía ser, ella también se lo decía, «tienes que ir al cole, si un niño te pega, dale más fuerte». Javi era incapaz de defenderse, se echaba a llorar y ya está. Un día Javi les dijo a los niños que lo atormentaban que su padre era policía nacional y los metería a todos en el calabozo. Desde entonces llegaba a casa hecho unos zorros, lleno de moratones, le pegaban más que nunca por ser hijo de *txakurra*. Y su padre se enteró, no pudieron evitarlo. Lo primero que hizo fue reñir a Javi por no defenderse como un hombre, «solo las niñas lloran cuando las pegan», dijo. Intentó enseñarle algunos golpes, se ponía en posición de combate, los puños ante el rostro y le decía «¡pega, pega!», pero Javi era un desastre, a su padre le desesperaba tener un hijo tan blandengue. Le dijo a su madre que lo apuntara a judo para que aprendiera autodefensa, desde hacía unos meses Javi iba a clase de judo dos tardes por semana, vestido de judoka, con una túnica blanca cruzada sobre unos pantalones blancos anchos, estaba muy guapo. Lo segundo que hizo su padre fue ir al colegio de Javi y armar un escándalo, como resultado tuvieron que cambiar a Javi de colegio, ahora iba a uno por Retuerto que quedaba muy lejos, su hermano tenía que levantarse media hora antes por las mañanas para llegar a tiempo. Amadeo se enfadó con su padre, le dijo que un miembro de la secreta no podía ir por ahí proclamando que era policía, ni amenazar al director con cerrar el colegio. Su madre suspiró y dijo «Paco, Paco, Paco…», pero eso fue todo porque Javi ya no era su niño bonito, o no como antes, por causa de Amadeo. Recordaba su piel lechosa, casi lampiña, su barriga temblona, la polla encogida y los cojones colgando allá abajo, Amadeo en mitad del pasillo, mirándola asombrado con sus ojos de sapo, cómo podía follar con aquel cerdo su madre, solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Javi era un niño asustadizo que tenía miedo de todo, muchas noches se le metía en la cama porque pasaba miedo solo en su cuarto. Ella casi siempre le dejaba quedarse, aunque la cama era pequeña y Javi se movía en el sueño, sufría pesadillas y le daba patadas. Su hermano tenía una hucha en forma de

buzón que le había regalado la abuela, le confió en secreto que ahorraba para irse de Euskadi. Era una hucha muy fácil de abrir, no había que romperla ni nada, solo hacer palanca en la base con un cuchillo o un destornillador. Se sentía muy mal cuando sacaba dinero de la hucha, pero a veces no tenía más remedio. Para quitarse la culpa se prometía a sí misma que cuando fuera secretaria de dirección de un jefazo de un banco, como Carmina Gutiérrez, se llevaría a Javi a Madrid a vivir con ella, aunque en el fondo sabía que eso no iba a suceder, le atraía más el plan de un *squat* en Londres con Irene.

—¿Te vienes?

—¿Qué?

—¿No me has oído? Que si te vienes al *gaztetxe* conmigo, te voy a enseñar un fanzine donde sale mi foto.

Ibon no era tan tímido después de todo, ya sabía ella lo que le iba a enseñar. Se levantó, llevaba horas sentada en la acera, tenía el culo dormido. La cabeza empezó a darle vueltas y no le dio tiempo de avisar, arrojó todo lo que había comido aquella semana, tanto vomitó. Dejó perdidos los pantalones a cuadros escoceses de Ibon y sus botas militares, ella, por suerte, no se manchó. Ibon se indignó con ella, le dijo «me cago en Dios, podías haber tenido más cuidado, son unos pantalones nuevos», y se fue para el *gaztetxe* sin despedirse. El concierto hacía rato que había terminado.

Tardó casi una hora en llegar hasta su casa, tuvo que cruzar a pie todo Barakaldo. Ya no estaba colocada, el acceso de vómito la había serenado. Empezaba a clarear y se oían algunos pájaros, las chimeneas de Altos Hornos desprendían un humo gris que entelaba el amanecer, mierda de ciudad, mierda de País Vasco, mierda de noche malgastada. Se tenía que ir de allí, quizá hacerse secretaria de dirección no fuera mala idea después de todo. Confiaba en que su madre estuviese dormida y no la oyese entrar o, si la oía —su madre tenía un oído sobrenatural—, que no saliera a recibirla con una reprimenda, qué horas son estas y tal y cual. Si su padre estaba en casa no se despertaría, tenía un sueño profundo que nada podía turbar. Al salir del bar Antxon había dejado los libros en el hueco de la escalera, junto a la puerta de los contadores, donde otras veces se cambiaba de ropa antes de entrar en casa, según como fuera vestida. Los libros seguían allí, al día siguiente bajaría a buscarlos. Desanduvo el camino hasta la entrada y en ese instante se abrió la puerta y entró su padre. Iba muy cocido, no había más que ver cómo se apoyaba en la pared para no caerse y el estupor beodo de su mirada. La observó con los ojos muy abiertos como si hiciera esfuerzos por identificarla y luego le dijo con una voz muy ronca «mañana arreglaré cuentas contigo», ya ni se acordaba de que por la tarde había arreglado las cuentas tirándole los libros por la ventana. Ella no dijo nada, le dio la espalda y se dirigió a

la escalera, no quería subir en el ascensor con él. Eran cinco pisos, cuatro más el entresuelo, llegó al rellano casi sin aliento. La puerta de su casa estaba abierta y las luces del zaguán y del comedor, encendidas. Encontró a su padre en el comedor, leyendo un papel que tenía en la mano, era una nota que había dejado su madre, sin destinatario. JAVI SE HA PUESTO MALO. ME VOY CON ÉL AL HOSPITAL DE CRUCES, no decía nada más, pero ya eran las seis y media de la mañana y su madre y Javi no habían regresado.

Fueron al hospital en el coche de su padre, ni se acordaron de inspeccionar los bajos, cuando su padre encendió la llave de contacto sintió un escalofrío, pensó ahora es cuando explotamos. Su padre conducía por el centro de la calzada, como solía hacer cuando iba borracho, quizá para tener más visibilidad o porque le atraía el peligro o porque no sabía lo que hacía; cerca del hospital estuvieron a punto de chocar con una ambulancia, luego su padre aparcó de cualquier manera en un sitio prohibido. En la recepción del hospital no se aclaraban, les decían que Javi no estaba allí o que ya se había ido. Su padre y ella se pusieron muy nerviosos pero al final resultó que habían apuntado mal el apellido, Javi estaba ingresado en la habitación 405. Entraron sin llamar, su madre se hallaba junto a la cama, inclinada sobre Javi, que se veía muy pálido y tenía los ojos cerrados. Amadeo dormitaba en un sillón con la boca abierta. «Ya era hora de que vinierais», dijo su madre, que estaba de mal humor. Sobre las nueve de la noche Javi se había puesto enfermo, tenía fiebre, dolor de barriga y náuseas y su madre sola en casa con el niño, como siempre, así que había llamado a Amadeo, menos mal de Amadeo, los había llevado al hospital y le había hecho compañía toda la noche. Habían operado a Javi de urgencia, tenía apendicitis, casi peritonitis, «si tardamos media hora más en traerlo al hospital se hubiera muerto», dijo su madre para darse importancia y hacerlos sentir más culpables a ella y a su padre. La operación había ido bien, hacía un rato que habían subido a Javi a la habitación. Ella no pudo dejar de pensar en las horas que habían pasado juntos su madre y Amadeo en aquel cuarto, que su padre le fuera infiel a su madre estaba mal, pero las madres no deben tener amantes. Amadeo, confuso y adormilado, se había puesto en pie. «Hola, Paco», dijo, «qué susto hemos pasado». A ella no la saludó. Su padre le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza y se acercó a la cama donde yacía Javi, por hacer algo arregló las sábanas, tuvo un acceso de ternura y besó al niño en la frente. Su madre le dijo en voz baja, pero no tanto como para que los demás no pudieran oírla, «estás borracho». Su padre dio un respingo y se alejó muy tieso de la cama. No sabía qué hacer ni cómo comportarse en esa situación, por lo que encendió un pitillo. Su madre le mandó apagarlo, «no se fuma en los hospitales», dijo. Su padre le respondió «que yo

sepa no está prohibido», y ella, en un raro gesto de solidaridad, le pidió a su padre un cigarrillo, la mano de su padre temblaba al darle lumbre. Amadeo les dijo que estaba molido porque no había pegado ojo en toda la noche —mentira— y que si le disculpaban se iría a su casa. Al despedirlo su madre se deshizo en agradecimientos mientras su padre y ella fumaban en silencio. La respiración de Javi era tan tenue que temió que, mientras ellos hablaban, hubiera muerto. Se aproximó a la cabecera, le acarició la mejilla y le pasó la mano por el pelo —algo que nunca había hecho—, de repente su hermano sonrió y abrió los ojos. Fue tal el alivio y el contento que los tres se apretujaron junto a la cabecera de la cama y sin ser muy consciente de lo que hacía —eso pensó ella— su padre le rodeó el hombro con un brazo y atrajo a su madre con el otro.

10

Mi padre me decía: Amadeo, las cosas se pueden hacer bien, regular, mal o de puta pena, y lo de los GAL se hizo de puta pena, lo cojonudo es que se consiguió lo que se quería, como dijo el filósofo, paradojas que tiene la vida. Que no se me malinterprete: la idea era buena, atacar a los etarras en su paraíso del sur de Francia, donde vivían como reyes y entraban y salían como Pedro por su casa, el Gobierno francés los consideraba refugiados políticos y los tenía protegidos, no concedía una extradición ni por casualidad, mientras ETA tuviera ese santuario no había manera de acabar con ella, en cuanto un comando tenía problemas, saltaba a Francia y a vivir la vida y a recuperar fuerzas. ¡Como que las familias de los etarras se iban de pícnic los domingos a San Juan de Luz y a Biarritz y a Hendaya, con los abuelos y los críos, y se pegaban unas comilonas tremendas con los hijos de puta de los terroristas! Aquello era un sindiós. El objetivo de los GAL era acojonar a los etarras, hacerles la vida imposible en Iparralde, como ellos llamaban al sur de Francia, darles a probar de su propia medicina, a ver si les gustaba, y preocupar al Gobierno francés, hacerle comprender que no podía seguir haciendo la vista gorda porque íbamos a llevar a su país la lacra del terrorismo que padecíamos en España, cuando empezaran a haber muertos y explosiones en Hendaya y en Bayona, puede que cambiaran de opinión y no vieran con tan buenos ojos a los refugiados etarras, pero sobre todo lo que se buscaba era tranquilizar a los militares, que estaban muy cabreados, con más razón que un santo.

Los socialistas arrasaron en las elecciones de 1982 y formaron un Gobierno de pipiolos, gente que no tenía ni puta idea de lo que era gobernar. Felipe González se creyó que era Dios y que con su mayoría absoluta podía hacer lo que le viniera en gana, como dijo Guerra «a España no la va a reconocer ni la madre que la parió». ¡Ja! Llegaron con la intención de cambiarlo todo, querían democratizar a la policía, volvernos progres a los maderos y a los picos, porque pensaban que con un Gobierno de izquierdas ETA no iba a atentar más. ¡Ja, ja, ja! La primera en la frente, si las elecciones fueron el 28 de octubre, tres días después ETA mataba a uno de los nuestros, un policía nacional, y a partir de ahí fue un no parar.

Asesinaron a un general, a un capitán, a un teniente, los militares estaban que trinaban, por no hablar de la Policía Nacional y la

Guardia Civil, los que más recibíamos. Entre 1982 y 1983, ETA mató a ochenta y siete personas e hirió a muchas más. El Gobierno socialista estaba cagado, tenía miedo de que los militares montaran otro golpe como el de 1981, pero bien montado, no como la chapuza de Tejero (yo también tenía esa esperanza, circulaban rumores de que se preparaba algo, pero todo quedó en nada), así que Felipe González se la tuvo que envainar, a tomar por culo la democratización de la policía, si quería enfrentarse a ETA con un mínimo de seriedad no podía prescindir de los veteranos que teníamos el culo pelado en la lucha antiterrorista, viniéramos de donde viniéramos, hubiéramos sido franquistas o falangistas o de Cristo Rey, policías socialistas y comunistas, si los había, yo no los conocí.

Un mes antes de las elecciones, un comando etarra atentó contra un grupo de policías nacionales de Rentería que volvían de almorzar, les tendieron una emboscada en la carretera y los acribillaron con fuego cruzado. Un agente malherido logró escapar, un particular que pasaba por ahí lo recogió en su coche para llevarlo al hospital y unos etarras del comando los siguieron, pararon el coche y remataron a tiros al policía herido que iba dentro. Yo, si me encuentro a esos grandísimos hijos de puta, me los cargo sin preguntar, qué coño de juicios ni de derechos humanos, el que hace una cosa así no tiene derecho a nada. Al día siguiente del funeral, el sargento de los policías asesinados se saltó la tapa de los sesos. Y no fue el único agente que se suicidó, éramos como ovejas que iban al matadero, yo aquellos años me harté de ir a funerales de compañeros, algunos en el Gobierno Civil, con Felipe González y el ministro y el gobernador civil y toda la plana mayor, que venían para hacerse la foto y se iban corriendo, otros funerales se hacían de tapadillo, que nadie se enterara, porque a las familias de las víctimas los vascos les hacían el vacío y hasta las insultaban, a los hijos les decían que sus padres habían sido enemigos de Euskadi y que estaban bien matados, así no se podía vivir por más plus de peligrosidad que te dieran, estábamos hasta los cojones todos, los maderos, los picos, los militares...

Lo llaman «guerra sucia» y «terrorismo de Estado», cuando es legítima defensa, como dijo Fraga; terroristas son ellos, los etarras. Ojo por ojo y diente por diente, pues claro. Lo han hecho todos los Gobiernos, el alemán con la banda Baader-Meinhof, el italiano con las Brigadas Rojas y el británico con el IRA, por no hablar de los americanos, que hacen lo que les pasa por los huevos. Tres terroristas del IRA entraron en España y salieron por Gibraltar, la policía española los tenía controlados pero los ingleses les dijeron «no hagáis nada», cuando los tres irlandeses llegaron a Gibraltar los estaba esperando una unidad de los SAS. Allí mismo los mataron y la Thatcher, que aunque fuera mujer tenía cojones de hierro, no tuvo

empacho en reconocerlo, «he sido yo», dijo, «yo he ordenado que los mataran», y aquí paz y después gloria. Como dijo aquel —un ministro francés, creo—, «la democracia termina donde empieza la razón de Estado». ¿Estamos?

La gente decía que el Gobierno socialista no podía con ETA y si Felipe González creía que el presidente francés, Mitterrand, socialista como él, le iba a poner las cosas fáciles estaba muy equivocado, así que entendió que tenía que hacer algo. Recuerdo que González dijo que «el Estado de derecho se defiende en las tribunas y también en los desagües», y en eso le doy la razón, lo que pasa es que en las cloacas hay muchas ratas. Si a mí me hubieran preguntado «oye, Amadeo, ¿cómo hay que organizar esto?», yo habría respondido «en primer lugar, un mando único», y lo lógico es que corresponda al Ministerio del Interior, que es el que da las órdenes y de donde salen los fondos reservados, lo que no puede ser es que haya tres GAL, el azul de la Policía Nacional, el verde de la Guardia Civil y el marrón de los espías del Cesid (que ahora se llama CNI), que se hacen la puñeta entre ellos por ver quién hace más méritos y quién se apunta más muertos, porque, claro, si a ti te prometen, como le prometieron a Amedo, que al primer etarra muerto te van a ascender a comisario y te van a dar la Cruz de Plata y encima un pastón, pues estás muy motivado, y si al comandante de la Guardia Civil Rodríguez Galindo le dicen que lo van a untar a base de bien y lo ascenderán a coronel, pues al hombre le entra una prisa de la hostia y en vez de colaborar, los maderos y los picos se hacen putadas. Un ejemplo, lo de Lasa y Zabala.

Pepe Amedo dice en su libro *Cal viva* que los GAL se organizaron en mayo de 1983, en una reunión en el Gobierno Civil de Bilbao a la que asistieron Julián Sancristóbal, el gobernador civil, un pieza, Francisco Álvarez, el jefe superior de Policía de Bilbao, otro que tal, Miguel Planchuelo, el jefe de la Brigada de Información —a quien todos llamábamos Plancha— y Ricardo García Damborenea, el secretario general del Partido Socialista en el País Vasco, más conocido como Dambo, ¡qué bruto era! De aquella reunión salió el nombre de Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), pero el sello, un hacha que decapita a la serpiente de ETA, lo parió el Cesid en julio de ese año, y también eran de los espías los famosos papeles con los que Mario Conde quiso chantajear a Felipe González, y en los que se decía que se iban a realizar «acciones violentas en el sur de Francia en fechas inmediatas por miembros de la Guardia Civil respaldados por la comandancia de San Sebastián», son de septiembre de 1983, o sea que ya desde el principio cada uno iba por su lado, pero todo se hizo bajo las órdenes de Vera, entonces secretario general del Ministerio del Interior, y del ministro Barrionuevo, como no podía ser de otra manera, si ellos no abrían el grifo, no había fondos reservados, y por

supuesto con la bendición del presidente del Gobierno, bien claro lo han dicho Amedo y Damborenea, por más que Felipe González lo niegue y les cargue los muertos a sus subordinados. ¡Qué poca categoría! ¡Qué diferencia con la Dama de Hierro!

Por debajo de Plancha estaban el subcomisario Pepe Amedo —que se había pateado bien el sur de Francia y tenía una red de colaboradores y de gendarmes franceses a sueldo— y el inspector Michel Domínguez, El Francesito, que hablaba francés de puta madre. Su madre era francesa, por eso lo ficharon, porque como policía era justito, a mí no me gusta la falsa modestia, yo lo hubiera hecho mejor que él, aunque no hable francés. Amedo era un chulo y un prepotente, uno de esos fatuos que se escuchan al hablar, un bilbaíno de chiste, vaya, aunque hubiera nacido en Lugo, pero también un valiente, todo hay que decirlo, ETA lo intentó matar no sé cuántas veces. Michel Domínguez, aunque de pocas luces, era buen tío, me da lástima que terminara como terminó, en el talego por tráfico de drogas, era un pichabrava, le volvían loco las mujeres, en una noche era capaz de cepillarse un puticlub completo. Y como se suele decir, con estos mimbres se hizo la cesta, que salió regular, con más agujeros de la cuenta.

A principios de octubre de 1983, ETA secuestró a Martín Barrios, un capitán de Farmacia (dicen que lo confundieron con otro, un comandante del Cesid, no me extrañaría porque para qué coño quería ETA a un farmacéutico) y esta fue la señal para que los GAL se pusieran en marcha. Los terroristas exigían que el Gobierno liberara a nueve etarras encarcelados y que además se transmitiera un comunicado de ETA por la tele, y como eso no podía ser de ninguna manera, había que buscar otra solución, así que los míos, los del GAL azul, decidieron secuestrar a un tal Larretxea, un etarra principal, para intercambiarlo con Martín Barrios, pero la operación se fue al carajo. ¿Por qué? Porque se hizo mal, yo tengo muy claro lo que hubiera hecho, pero a mí nadie me consultó. Paco Álvarez decidió traer a gente suya, de la policía de Barcelona, que no conocía Vascongadas, ni el sur de Francia, empezando por ahí. ¿Qué pasó? Antes de que pudieran hacer nada, la policía francesa los detuvo, el Gobierno francés protestó y la Guardia Civil se cabreó. ¡Bingo! Y entonces Paco Álvarez se volvió a equivocar, en lugar de recurrir a agentes locales, llamó a los geos. Llegan los geos y unos días después vuelven a intentar el secuestro, en Bayona, creo. Cogen a Larretxea y cuando están a punto de meterlo en el maletero del coche, que no cabía porque era un tío muy grande..., aparece un gendarme. Coño, si es que daba la impresión de que la policía francesa trabajaba para ETA. Arrestan a los geos, se arma otro cristo internacional, y al día siguiente Martín Barrios aparece tirado en un monte, con las manos

atadas y un disparo en la nuca. Se lo cargó la Tigresa, la auténtica, una etarra llamada Elena Bárcenas, no aquella a la que la prensa le dio ese mote, Idoia López Riaño, una bestia, una alimaña que se cargó a más de veinte y que encima estaba muy buena, más puta que las gallinas era, se ve que le iban los uniformes, se ligaba a policías, por la noche se los follaba y de día los mataba, ¡qué tía! A esa le ponías delante a un tercio de la Legión y se tiraba a todos los legionarios sin perdonar ni uno, yo les decía a los compañeros, medio en coña pero no del todo, «si cazo a la Tigresa, primero le echo un polvo y luego os la traigo a comisaría», ¡cómo se reían! En fin, que tanto trabajo para nada; como diría mi padre, las cosas se podrían haber hecho peor pero no se me ocurre cómo.

Entre tanto ha sucedido algo, sin avisar a nadie, los picos se nos han adelantado y han secuestrado en Bayona a dos etarras de medio pelo, ni siquiera eso, dos principiantes, dos chavalines que acababan de empezar y no tenían ningún muerto, José Antonio Lasa y José Ignacio Zabala, con la idea de sacarles el paradero de Martín Barrios. Esto lo organizaron el gobernador civil de Guipúzcoa, Julen Elgorriaga, y Rodríguez Galindo, comandante de la Guardia Civil de San Sebastián. Los picos cruzaron la frontera, agarraron a los dos etarras y los llevaron de vuelta al cuartel de Intxaurrondo y de allí al palacio de La Cumbre, que estaba vacío, los metieron en el sótano y los interrogaron a fondo, como se interrogaba entonces en Vascongadas, les arrancaron los dientes, las uñas, les hicieron quemaduras, les aplastaron las manos, vamos, puede decirse que los torturaron, tortura es una palabra que escandaliza mucho, menudos follones montaban los etarras y sus abogados con el cuento de las torturas, la mitad inventadas, ¡ay, que le han pegado al angelito solo porque ha matado a dos policías! ¡No te jode! Y ETA también torturaba, en 1973 unos etarras secuestraron a tres gallegos que fueron a Biarritz a ver *El último tango en París*, porque los confundieron con policías, los torturaron a base de bien, como que les sacaron los ojos con un destornillador, y luego los mataron, pues si tú torturas, no te quejes cuando te lo hagan a ti, un poco de coherencia. Y hay que ponerse en situación: un capitán ha sido secuestrado y tú sabes, o crees que sabes, que estos tíos te pueden decir dónde está y quién lo tiene, y por las buenas no cantan. Hay prisa, en cualquier momento ETA se puede cargar al capitán, así que los estimulas, los animas para que hablen, de ti depende la salvación del militar. Te vas calentando, ahora les haces esto, ahora lo otro, la bolsa, una manta de hostias, los electrodos, los etarras se cagan encima y empiezan a cantar, pero no lo que tú quieres, así que aprietas más hasta que sin darte cuenta se te va la mano y el tío la palma, como les pasó con Mikel Zabalza, que era un pobre desgraciado que conducía un autocar y no tenía nada que ver

con ETA y se les ahogó en la bañera, con la capucha puesta. Al río lo tiraron. Y da la casualidad —pero en esta vida no existen las casualidades— de que uno de los guardias civiles que se trabajó a Mikel Zabalza fue Enrique Dorado, el mismo que interrogó a Lasa y Zabala.

Yo a la Benemérita le tengo el mayor respeto, igual que me hice policía nacional me podía haber hecho picoleto, lo decidí una noche borracho tirando una moneda al aire. Yo no soy de esos policías nacionales que se la tienen jurada a la Guardia Civil, más que enemistad yo diría que hay una rivalidad sana entre los dos cuerpos, pero no se puede negar que los picos son muy cafres y a las pruebas me remito. A lo largo de mi carrera he participado en dos o tres interrogatorios duros, no más, porque a mí no me gusta la violencia, y cuando lo he hecho ha sido siempre de poli bueno, como se suele decir, y por más hijo de mala madre que fuera el cabrón que yo tuviera delante, procuraba por todos los medios que confesara lo que tuviera que confesar apretándole lo menos posible. A mí me decían los compañeros «qué labia tienes, Amadeo», porque les hacía cantar. A un tío que está muerto de miedo y que ya ha recibido unas cuantas hostias y que oye cómo le preparan la bañera, si tienes mano izquierda y sabes persuadirlo, le haces hablar, ¡ojo!, siempre que tenga algo que decir, porque si no tiene ni puta idea, por más que le metas la cabeza con la capucha en el agua y lo tengas un minuto sin respirar, no te va a contar nada o se va a inventar lo que sea para que le dejes en paz y ahí es donde entran en juego la experiencia, la intuición, el sexto sentido o como lo quieras llamar, los años en el tajo, vaya. A mí nunca se me ha quedado nadie en un interrogatorio, es que ni una parada cardiorrespiratoria ha tenido un interrogado mío, y no es por ponerme medallas, yo sé cuándo hay que parar, pero los picos aquellos eran muy zafios. Tres días estuvieron los hombres de Galindo interrogando a Lasa y Zabala en el palacio de la Cumbre, setenta y dos horas sin parar ni a mear, una noche se presentaron allí el propio comandante Galindo con el gobernador civil Julen Elgorriaga (un gobernador civil interrogando a unos secuestrados, cómo son estos políticos, no se quieren perder nada), pero por más que se aplicaron Felipe Bayo, Enrique Dorado y los dos jefazos, no consiguieron que los etarras les dijeran dónde tenía ETA al capitán Martín Barrios porque no lo sabían, qué iban a saber si eran dos novatos. Algo averiguaron, dónde vivía Txapela, un etarra que tenía dos decenas de muertos, no hay mal que por bien no venga, cuando surgió la oportunidad, los GAL le ajustaron las cuentas, pero del farmacéutico secuestrado, nada de nada.

Para mí que desde el momento en que la Guardia Civil se llevó a los dos etarras de Francia estaba cantado que tenían que desaparecer, por

más que los tuvieran encapuchados, pero en cualquier caso, en el estado en que quedaron después de los interrogatorios, más muertos que vivos, no había más remedio que matarlos. Todo esto se sabe, ha sido juzgado y ha salido en la prensa y en la tele y en todas partes; Bayo y Dorado los metieron en el maletero de un coche, atados y amordazados, y los bajaron hasta Alicante. En un descampado cercano a Busot los sacaron del coche, los hicieron cavar sus propias tumbas, les dispararon en la cabeza y los enterraron bajo una capa de cal viva, creyendo que nunca nadie los iba a descubrir, pero hasta eso lo hicieron mal, porque un tiempo después un cazador se topó con restos humanos en aquel lugar y los desenterraron; como no los pudieron identificar, los dejaron en la morgue de Alicante y allí se tiraron diez años.

Los GAL no reivindicaron la acción hasta enero de 1984. Qué cosas tienen los picos, se les ocurrió decir en el comunicado que Lasa y Zabala habían muerto pidiendo un sacerdote pero que no se lo merecían, eso no hacía falta, coño. Yo soy creyente, si alguien quiere confesarse antes de morir, aunque sea el mayor cabrón de la historia, aunque sea el hijo de puta que haya matado a mi padre, hay que llevarle a un cura, es una cuestión de decencia, de caridad cristiana. Durante la guerra civil y aun después, en todas las ejecuciones de los nacionales estuvo presente un sacerdote, lo sé porque me lo dijo mi padre, en las de los rojos jamás, entre otras razones porque mataban a los curas y a las monjas y a todo el que llevara un hábito o una sotana, para que luego digan lo que dicen de Franco, el Generalísimo era duro, no lo niego, porque le tocaba serlo, pero tenía buenos sentimientos. Total, que nos cubrimos de gloria la Policía Nacional y la Guardia Civil con aquellas operaciones, si ETA tenía alguna duda sobre qué hacer con Martín Barrios, se la quitamos, y es que como dijo san Anselmo, ¿o fue san Antonio?, no sé, un santo, «el infierno está empedrado de buenas intenciones», queriendo salvar al capitán Martín Barrios le cavamos la tumba, menudo comienzo para los Grupos Antiterroristas de Liberación, y lo siguiente fue lo de Segundo Marey, una chapuza como no se ha visto otra.

Dos meses después de la muerte de Martín Barrios, los jefazos decidieron secuestrar a Mikel Lujua, el tesorero de ETA. Le encargaron el trabajo a un exlegionario francés, Pedro Sánchez, porque ya no se atrevían a enviar más policías y guardias civiles a Francia. Mandaron a Pepe Amedo a Irún, donde se encontró con el mercenario, el tío de entrada le pidió el doble de lo que habían acordado, veinte millones de pesetas en lugar de diez, manda huevos. Esto uno de los nuestros no lo hubiera hecho, nosotros éramos patriotas, gente de bien, a mí cuando me han dicho esto es lo que hay nunca he pedido más, me parezca bien o mal, pero un mercenario solo piensa en el dinero, la

patria de un mercenario es la pasta y eso no lo puedes olvidar nunca cuando tratas con ellos. Amedo habló por teléfono con Sancristóbal, Damborenea y Paco Álvarez, la Santísima Trinidad, que estaba reunida en la jefatura de Bilbao (aquel domingo yo estaba allí de guardia y me preguntaba qué cojones hacen aquí estos tres) y que si doce, si diecinueve, regatearon un rato y la cosa quedó en diecisiete kilos, bueno.

Amedo tenía instrucciones de esperar a Pedro Sánchez en una frontera y pasan las horas y que no llega nadie y entonces le llamaron de Jefatura para que se cogiera el coche y se fuera al paso de Dantxarinea, allí un policía del puesto le dijo que había un tío esperándolo y que de jefatura de Bilbao le habían dicho que se lo tenía que llevar, y van y le traen a un moro, que le dice que a Pedro Sánchez lo han trincado los gendarmes, empezamos bien. Se fue en coche con el marroquí, que se llamaba Talbi, quien lo guio a lo alto de un monte, donde les aguardaba otro mercenario francés con un viejo en pijama pelado de frío... Resulta que en vez de a Mikel Lujua, los mercenarios habían secuestrado a un empresario francés que se llamaba Segundo Marey y que no era de ETA ni por casualidad, como diría mi padre, para cagarte y no limpiarte.

Pepe Amedo cuenta las cosas como las cuenta, dándose mucho bombo y poniendo a los demás a la altura del betún, omitiendo lo que le conviene y metiendo cizaña cuando le apetece, pero hasta donde yo sé en este caso fueron como dice él. Dos de los nuestros pasaron a Marey a España y lo tuvieron nueve días secuestrado en una cabaña en un monte de Santander, sin agua, ni calefacción, ni luz, en pijama, no me explico cómo aguantó aquello el viejo sin palmarla. Los cerebros del asunto, Sancristóbal, Plancha, Dambo, Vera y el mismísimo ministro Barrionuevo, decidieron poner buena cara al mal tiempo y utilizar a Marey para presionar a Francia y obtener la liberación de los geos detenidos; primero emitieron un comunicado diciendo que Marey había sido secuestrado porque colaboraba con ETA militar, y al cabo de unos días, otro en el que advertían de que si el Gobierno francés no ponía en libertad a los policías españoles, asesinarían al viejo, los franceses tragaron y soltaron a los geos, esto fue lo primero que les salió bien a los GAL, pero quedaba un problemilla por resolver, qué coño hacer con Marey. Damborenea propuso enterrarlo en cal viva, cómo son los políticos, no tienen idea buena. Dice Amedo que él se negó, yo qué sé, no se hizo. El 14 de diciembre liberaron a Marey de madrugada, en Francia. Le pusieron un papel en el bolsillo del pijama, un comunicado que por primera vez llevaba la firma de los GAL, con el sello y todo, donde venía escrito que los Grupos Antiterroristas de Liberación actuarían cada vez que ETA matara, se daba aviso al Gobierno francés de lo que se le venía

encima si no cambiaba de actitud con los etarras y se decía que, aunque Marey fuera un colaborador de ETA, se le soltaba en prueba de buena voluntad. El papelito terminaba así: TENDRÁN MÁS NOTICIAS DE LOS GAL. Vaya si las tuvieron.

En mi tierra dicen que a cada cerdo le llega su San Martín, y yo tengo comprobado que es bien verdad, no sé si es cosa del destino o de la divina providencia o de que, como se dice, todo está conectado por hilos invisibles, ese ejemplo que dan de la mariposa que aletea en Paraguay y provoca una inundación en Almería, que ya es provocar. Cuando en los años noventa salió a la luz lo de Segundo Marey, un policía judicial de Alicante leyó en la prensa, o escuchó en la radio, que a Marey habían pensado enterrarlo en cal viva y lo relacionó con los dos esqueletos cubiertos de cal que habían exhumado diez años atrás en Busot y que seguían en la morgue muertos de risa. Se puso a trabajar y acabó por identificar a Lasa y a Zabala y tirando del hilo los trincaron a todos, a Rodríguez Galindo, a Elgorriaga, a Bayo y a Dorado, todo por culpa de Dambo y su pico de oro. Al mercenario francés Pedro Sánchez le dieron matarile en la cárcel de Burdeos, un testigo menos. Según Pepe Amedo, desde Intxaurrondo apretaron a Joseph Couchot, un contrabandista francés que colaboraba con los GAL, para que les cantara las cuarenta a los mercenarios franceses por haber dado el cambiazo de Segundo Marey. Los pistoleros se pusieron gallitos y amenazaron con filtrar a los gendarmes datos sobre Couchot. Los picos se acojonaron porque el francés lo sabía todo, así que se adelantaron y colaron información sobre él a la prensa y a la izquierda *abertzale*, Couchot salió retratado como un colaborador de los GAL en varias revistas. Mensaje recibido, de un día para otro, el comando de la Tigresa se lo carga, da que pensar el aleteo de la mariposa.

Los compañeros me llamaban el niño prodigio por mi carrera meteórica, si en 1980 yo era un cabo raso, en marzo de 1983 me ascendieron a sargento, será que no lo hice del todo mal. A mí no me gusta alardear, soy humilde, no lo puedo evitar, los compañeros me decían, «coño, Amadeo, no seas tan humilde», pero es que a mí me educaron así. Provengo de una de las mejores familias de Logroño y lo primero que me enseñó mi padre fue a no darme pisto, a tratar a todo el mundo como si fuera mi igual, porque si vas por ahí meneando la cola de pavo real algún envidioso te la va a pisar. Ahora bien, que sea humilde no significa que no me haga respetar; los compañeros a veces me hacían coña y me decían, «Amadeo, pareces una rana pero tienes más cojones que el toro de Osborne», y yo me reía porque sabía que lo de rana lo decían con afecto, sin maldad, pero un buen día a un novato, uno de Tenerife recién llegado, que se creía muy gracioso, le dio por hacer «croac, croac» cada vez que yo pasaba por su lado; en la primera ocasión no dije nada, en la segunda tampoco, en la tercera se

me hincharon los cojones, lo agarré por el cuello del uniforme, lo levanté de la silla y le aplasté la cara contra la mesa, se dejó tres dientes y se partió el labio; no volvió a croar, con esto quiero decir que conmigo pocas bromas, no tolero que mi hombría se cuestione.

Me destinaron a Bilbao, a Jefatura. Oficialmente yo no estaba en la Brigada de Información con Amedo y compañía, pero como si lo estuviera, les eché una mano más de una vez y más de dos, sobre todo al pobre Michel Domínguez, a quien todo aquello le venía grande y que era la sombra de Amedo, que Pepe se iba a mear, Michel detrás, así le fue. En la comisaría de Baracaldo yo a Paco lo tenía controlado. A Paco le jodió que a mí me ascendieran, de ser mi superior pasó a ser mi subordinado y no lo llevaba bien, se encabronaba conmigo, pero yo le puse las cosas claras: «Paco, esto es así». En el fondo era un infeliz, un pobre hombre, había que saber manejarlo y atarlo muy corto, pero cuando me fui a Bilbao y lo dejé solo, se descontroló, se salió de madre, armaba unos cristos tremendos por cualquier cosa. Una noche me llamó Nieves de madrugada para decirme que Paco estaba detenido, me levanté, me vestí, me fui a la comisaría donde lo tenían y me lo encontré dándose cabezazos contra la pared del calabozo. Se ve que lo habían echado de un antro a altas horas de la noche y al hombre no se le ocurre más que sacar la pistola, disparar al techo y amenazar a los camareros, «coño, Paco, joder, que no eres un niño», porque lo veías allí, en un banco del calabozo, todo encogido, cabreado como una mona, y de verdad que parecía un crío. Lo que yo he hecho por Paco no lo he hecho por nadie, ni por mi santa madre, pero hay veces que dices, hasta aquí hemos llegado. Las hizo tan gordas y tantas que lo suspendieron de empleo y sueldo y le iniciaron un procedimiento de expulsión. La pobre Nieves estaba desesperada, el suegro de su hermano, el general, ya se había retirado y no pintaba nada. Paco se había quedado sin padrino, pero siempre hay un tonto que tiene buen corazón y se apiada de los casos perdidos y ese tonto fui yo. Me hice con su expediente —yo aún tenía mano en la comisaría de Baracaldo— y lo rompí en pedacitos, muerto el perro, muerta la rabia, en aquella época no había internet ni redes ni leches. Luego me llevé a Paco a Jefatura conmigo, más que por él, lo hice por Nieves, para que no se quedara tirada en la calle con los dos críos, me daba lástima de aquella mujer maravillosa que no se merecía la mala vida que le daba el cabrito de su marido.

Lo mejor de aquellos años de plomo en Vascongadas fue la amistad de Nieves, ella era para mí como una balsa de aceite, los ratos que pasé en su compañía me hacían olvidar lo jodida que era la vida de un policía en aquella región, donde si podían, te mataban. A mí y a un compañero de Baracaldo nos pusieron una bomba lapa en el coche patrulla, nos dimos cuenta de casualidad, los cabrones la habían

escondido bien escondida, estoy vivo de milagro, pero con Nieves como que nos elevábamos, volábamos por encima de toda aquella chusma y nos refugiábamos en nuestro rinconcito de cielo, hablábamos de poesía, de cosas bonitas. Nieves tenía un alma exquisita, era una mujer de gran sensibilidad, nos entendíamos solo mirándonos, casi sin hablar. Ella me pedía que tocara la guitarra, me hacía cantarle una y otra vez *Y sin embargo te quiero*, aquella copla que cantaba la Piquer, yo le decía «Nieves, como sigamos así te voy a cobrar por las serenatas», qué gusto daba verla reír. Era una romántica como todas las mujeres, leía muchas novelas de amor y se le llenaba de fantasías la cabeza, yo le hice leer literatura de la buena, le regalé *Los cipreses creen en Dios* y me dijo que ningún libro la había hecho llorar así. Recuerdo una tarde de abril, no sé qué hora sería, las siete o las ocho, se estaba poniendo el sol, estábamos los dos solos en el salón de su casa, yo con mi copa de pacharán, ella con su copita de Chinchón que ni lo probaba, se lo servía por no dejarme solo. Yo le leía versos de Manuel Machado, aquellos que dicen *En tu boca roja y fresca / beso y mi sed no se apaga / que en cada beso quisiera / beber entera tu alma / Me he enamorado de ti / y es enfermedad tan mala / que ni la muerte la cura / ¡bien lo saben los que aman!* y, según me escuchaba, Nieves dejó caer las agujas de punto en su regazo y se le fueron llenando los ojos de lágrimas, unos lagrimones cristalinos, preciosos, yo hice como que no había reparado en ellos, no levanté la vista del poema, seguí leyendo: *Yo quisiera ser el aire / que toda entera te abraza / yo quisiera ser la sangre / que corre por tus entrañas...* y entonces sí, la miré y... no puedo expresar con palabras lo que sentí, una emoción excelsa, como de otro planeta, se le reflejaban en la cara los últimos rayos de sol, estaba tan bella, como iluminada, como si tuviera un farol dentro de la cabeza, y justo entonces se oye el crujido de una llave en la cerradura y entra el crío, el hijo de Nieves, no me acuerdo de cómo se llamaba, era muy poca cosa aquel crío, venía llorando, lleno de mocos, que le habían pegado unos niños o no sé qué, se le tiró encima a la madre para que lo consolara. A mí me miraba mal, yo creo que me tenía celos, estaba muy enmadrado, para mí que iba para maricón, nunca se lo dije a Nieves por no darle un disgusto, en fin, que aquel momento sagrado, sublime, se rompió.

La llevé al Aquelarre, yo la invitaba a comer en buenos restaurantes, Paco jamás la sacó a ninguna parte. También la acompañaba a misa los domingos, a ella y al crío, porque Paco no pisaba una iglesia ni que le pagaran y la hija, que estaba con el pavo subido, le dijo a su madre que no volvía a misa porque no creía en Dios, tócate los cojones. Nieves entendía de toros por su padre, que era buen aficionado y amigo de toreros y ganaderos, a mí me regalaban entradas de barrera para la plaza de Vista Alegre y cuando había un buen cartel me la

llevaba a los toros, a menudo estaba allí Amedo, en el palco presidencial, como que era el presidente, con su puro y sus gafas de sol, más chulo que un ocho. Nieves tenía un ojo clínico, conforme veía un toro salir de toriles decía, «aquel zaino cojea del corvejón trasero», y para mí que ese toro corría como el que más, le decía, «Nieves, te equivocas», llega el tercio de varas y al segundo puyazo el toro zaino empieza a cojear... Un día nos acompañó a la plaza Paco, no sé para qué, para incordiar, Paco ni sabía de toros ni le interesaban. Al tercer toro ya se había aburrido y tenía ganas de que terminase la corrida para irse al bar. El diestro era Paco Ojeda, había hecho una faena muy fina pero no acertaba a matar, venga a darle estocadas al toro y ninguna le entraba, una pena porque se iba a quedar sin oreja, estaba la plaza en silencio, se oía la voz de Ojeda hablándole al toro como si lo tuviéramos al lado, con la piel de gallina estábamos todos, y en esto que Paco se pone en pie y empieza a gritar, «¡Mátalo ya, desgraciado! ¡Maricón, que te cagas de miedo!», qué vergüenza nos hizo pasar. A Paco, que era un moro, le mosqueaba aquella amistad tan pura que teníamos Nieves y yo, un día me dijo, «Amadeo, como me entere yo de que te acuestas con mi mujer, te mato», y yo le dije... no me acuerdo de lo que le dije. Yo a Nieves habría podido hacerla feliz si ella hubiera tenido la desgracia de enviudar.

A Paco no lo quería conmigo ni en pintura porque era un informal, conseguí meterlo en la Brigada de Información, un favor que me hizo Michel Domínguez, que era amiguete. Los de información van sin uniforme, a Paco se le subió a la cabeza lo de que era de la policía secreta y le dio por imitar a Pastrana, aquel guardia civil que se infiltró en ETA y que llegó a ser chófer de Txomin Iturbe, el jefe máximo de ETA, y luego también enredó en los GAL. Paco se dejó crecer el pelo y la barba y empezó a vestir como un pordiosero, iba hecho un guarro, sin lavar, sin peinar, qué asco daba, a Nieves le avergonzaba ir por la calle con su marido, ella que era una señora, vestida siempre de punta en blanco. Fue la época de oro de los GAL, el dinero de los fondos reservados entraba a paletadas, en el Ministerio del Interior gastaban como si no hubiera un mañana y nadie llevaba las cuentas, había que ser muy tonto para no pillar algo. Yo pensé que a Paco le vendría bien un dinerillo extra porque Nieves me había confesado que estaban a dos velas, yo le dejé dinero para que pagara las clases de judo del niño, para las deudas del colmado o para que no le cortaran el agua o la luz, tan apurada iba, porque el cabrón de Paco conforme cobraba la nómina se la gastaba en bares y en señoritas.

Con el asunto de los GAL se han hecho famosos tres o cuatro, Amedo, Domínguez, Galindo, Vera, Barrionuevo... Ricos y famosos, porque todos, menos Barrionuevo que yo sepa, metieron mano, pero éramos muchos los que picábamos piedra en la sombra con menos

relumbre, en la Brigada de Información había una red de informadores y allí enchufamos a Paco. Era el último mono como no podía ser de otra manera, el chico de los recados como aquel que dice. Paco hacía cosillas, no sé, ponerle un petardo a una sede de HB o quemar un coche de uno de la izquierda *abertzale*... Michel Domínguez le encargó también algunas localizaciones en Francia de objetivos de los GAL. Nieves no le veía el pelo y vivía más tranquila, o sea que todos contentos.

España entera estaba con los GAL, digan lo que digan ahora. ¡A Vera lo aplaudían en los restaurantes! Los españoles se alegraban de que mordieran el polvo aquellos hijos de puta que mataban sin ton ni son y nos hacían la vida imposible, ya nadie se acuerda de eso, pero durante muchos años conteníamos la respiración al pasar junto a una papelera o un cuartel o una comisaría, incluso a tomar el sol íbamos con canguelo, ¡hasta en la playa ponían bombas los terroristas! A eso ETA lo llamaba «socialización del sufrimiento», encima cachondeo. Me acuerdo del día que tuve que declarar en un juzgado, qué mal lo pasé, y eso que yo las he pasado de todos los colores. La chiquita aquella, la fiscala, una niñata que no tenía ni puta idea de lo que fueron los años de plomo, pidiéndome cuentas a mí, que podría ser su padre, de lo que había hecho o dejado de hacer. «Qué mala memoria tiene», me dijo, «no se acuerda usted de nada», y «cómo es que conduce usted un BMW, modelo tal y que cuesta X pesetas, cómo lo ha podido pagar con el sueldo de un sargento de la Policía Nacional», qué mala leche tenía la tía, y yo le dije: «mire, señorita», y el juez que salta como un tigre, «¡trate usted con respeto al Ministerio Fiscal o lo procesaré por desacato!», cómo se puso el hombre, se la debía de beneficiar, no estaba nada mal aquella tonta, ¿desde cuándo «señorita» es un insulto? A mí me hubiera gustado decirle «mira, chatita, cuando tú aún estabas mamando la teta, servidores de España, patriotas como yo, arriesgaban la piel todos los días para acabar con la plaga del terrorismo y que los españoles pudieran vivir en paz. Si tú ahora no vas con escolta es gracias a nosotros. ETA mató a diez o doce jueces y a una fiscal como tú, Carmen Tagle, ¿y ahora me pides cuentas, desgraciada?». Pero no se lo dije, claro. Me querían meter en el trullo pero no encontraron nada, qué me iban a encontrar; como decía mi padre, más sabe el diablo por viejo que por diablo, ¿o es al revés?

No todo fueron patinazos, los GAL hicieron bien muchas cosas. Barrionuevo quitó a Vera de secretario del Interior y le dio el puesto a Sancristóbal, que dejó la Delegación de Gobierno y se fue a Madrid. Amedo echó mano de sus contactos con la policía francesa: Jacques Castets, jefe de la Policía Judicial de Bayona, un tal Jean-Louis —un policía de Pau que dice que se tiró a la Tigresa, hay mucho fantasma por ahí—, Guy Metge, de la policía de fronteras francesa, y otros más

que no vienen a cuento. En su primera época reclutaron a mercenarios como Dios manda, gente seria, como Patrick de Carvalho, Jean-Pierre Chérid o Christian Hitier, que venían de la Legión francesa y de la OAS, luego la cosa degeneró. En poco más de dos años, los GAL mataron a veintisiete personas e hirieron a unas cincuenta, el balance no está mal, aunque hubo alguna metedura de pata, nueve de los muertos eran civiles sin ninguna relación con ETA, que estaban donde no tenían que estar, pero en el fondo daba lo mismo, porque lo que se buscaba era crear el caos en el sur de Francia, que no solo los etarras, sino todo dios anduviera acojonado, para que el Gobierno francés comprendiera que los españoles íbamos muy en serio y estábamos muy locos, y se consiguió. Lo que sucedía es que a los mercenarios les pagaban a tanto por etarra muerto, a tanto —mucho menos— por etarra herido, y a tanto —una mierda— por muerto equivocado, y la pregunta del millón es: ¿de quién es la culpa si la información es chunga, o si a pesar de haberle metido seis balas en el cuerpo a un etarra, el tío no la palma? Hubo gente cabreada.

En 1985 parecía que el Gobierno francés empezaba a entrar en razón, así que los jefes de los GAL decidieron apretar para que se le fueran todas las dudas. Amedo tuvo la ocurrencia de captar a mujeres, decía que los etarras se iban a sentir humillados si era una tía quien se los cargaba. Contrató a dos pistoleras que se turnaban, la *dama negra* y la *dama rubia*, o eso dice él, yo creo que para despistar y que solo había una, la *dama negra*, la famosa *Dominá*, que luego resultó que era una novia suya que vivía en Andorra, de nombre Dominique Thomas, una asiática, cinturón negro de kárate y no sé qué más, pequeñita, como son las chinas. Amedo debía de estar muy encoñado con ella porque en su libro la pone por las nubes, que si la *dama negra* tenía una puntería de la hostia, un cráneo privilegiado y más sangre fría que una víbora... La *dama* le echaba mucho teatro, eso sí, entraba en un bar de Bayona toda vestida de negro, con gabardina negra, peluca negra, falda negra de cuero y zapatillas negras de bailarina, se liaba a tiros con una Winchester y desaparecía por otra puerta, dejaba en el umbral toda la parafernalia, la escopeta, la peluca, la gabardina y las zapatillas, y se escabullía como una gata. Lo que yo he oído: que la tal *dama negra* disparaba a tontas y a locas porque no tenía ni zorra idea de lo que era un arma, si había recibido clases de tiro, como dice Amedo, no le habían aprovechado. Las cifras cantan, en tres o cuatro atentados no dejó ningún muerto, solo heridos, y en el que sí mató, en el del Trinket, en Ciboure, se cargó a dos gitanos franceses que jugaban al mus tranquilamente. De esa cagada me enteré yo antes que nadie por puta casualidad. Estaba yo en Jefatura y me dieron aviso de que Paco me llamaba por teléfono, pensé, qué querrá este ahora, cojo el teléfono y Paco me suelta un chorreo, que si no es culpa suya que la

dama se haya equivocado y haya matado a unos gitanos, que él había señalado bien señalados a los dos etarras que estaban sentados a la mesa antes de que llegaran los gitanos, que no estaba dispuesto a que le pagaran menos de lo que le habían prometido por un error de aquella tía, y yo le dije, «Paco, ¿de qué me hablas?», y él dale que dale, hasta que al final le tuve que pegar un berrido que se me oyó en toda Jefatura: «¡Paco, que soy yo, Amadeo!», y él dice, «¡coño!, yo he preguntado por Amedo». Con eso de que el apellido del subcomisario y mi nombre son casi iguales, más de una vez nos confundieron, yo pensaba a ver si me alcanza a mí la bala que tiene que matar a Pepe Amedo.

En mi opinión, desde la muerte de Chérid en los GAL todo fue decadencia. Jean-Pierre Chérid era un profesional como la copa de un pino, un hombre que se había bregado en la guerra de la independencia de Argelia, muy querido en el ambiente de Fuerza Nueva y de Falange, amigo de González Pacheco, aquel que llamaban Billy el Niño, y de muchos otros, un verdadero patriota español aunque fuera gabacho, que hizo por España mucho más que estos políticos que se llenan la boca con la palabra patria. En los GAL tenía de jefe a Manuel Pastrana, un tío peligroso y un fanfarrón, un polla verde como diría Amedo, yo nunca lo pude tragar y no porque fuera pico, que conste. Chérid tiene un historial inigualable: mató a Argala, el asesino de Carrero Blanco, a Txapela, y a seis o siete etarras más, nueve etarras muertos, que se dice pronto. Murió de la manera más tonta, en Biarritz, al abrir la puerta de un coche que explotó. Primero dijeron que había sido ETA, que sabía que el coche era de Chérid y le había puesto una bomba, pero ETA nunca lo reivindicó. Luego cambiaron la historia: era el propio Chérid quien estaba cargando con Goma-2 el coche para atentar contra ETA, con la mala sombra de que la carga hizo explosión y lo rompió en pedacitos, gajes del oficio, pero más tarde su mujer empezó a decir que de eso nada, que a Jean-Pierre lo mataron los suyos, los de los GAL; porque no estaba conforme con la nueva manera de operar de la organización y quería dejarla para irse de sicario a Sudáfrica. Todo puede ser, los mercenarios ganan una buena pasta pero asumen un riesgo, si las cosas se ponen calientes son los primeros que caen o se dejan caer, para eso los han contratado, a veces hay que hacer sacrificios por razón de Estado, lo que no se puede hacer nunca es lo que hicieron los jefes de los GAL, quedarse con la pasta de los mercenarios, porque entonces todo se va al carajo.

Pepe Amedo se creía el rey del mambo, hacía y deshacía a su antojo, se corría unas juergas de película y se fundía los fondos reservados jugando al black jack en el casino del hotel de Londres, donde recibía a los mercenarios, les pagaba y les hacía los encargos. Vestía como un pincel, con sus trajes cruzados (de jovencito lo llamaban Mariflor),

pasaba las noches golfeando, bebiendo gin-tonics en Tiffany's, en Buchanan's, en la discoteca del hotel Ercilla. Por las mañanas llegaba a Jefatura tarde y con resaca, pero lo que le dio la puntilla fue el juego, llegó a perder verdaderas fortunas en el casino y luego no le quedaba dinero para pagar a los pistoleros, por eso lo pillaron a él y acabaron por trincarlos a todos.

Amedo se estaba quedando sin gente, a unos mercenarios los habían detenido los gendarmes y otros habían tenido que salir por piernas, así que decidió volar a Portugal, donde tenía contactos con los servicios secretos, para contratar otra remesa, y se trajo tres saldos, Antonio Ferreira Cisneros, Rogelio Carvalho da Silva y Paulo Figueiredo Fontes; como decía mi madre, comprar barato acaba saliendo caro. En su primera misión mandaron a los portugueses a Bayona, donde los recibió aquel Jean-Louis que se folló a la Tigresa y quien les dio instrucciones de atentar contra el bar Batzoki, donde se reunían etarras. Un portugués se apostó en la puerta, los otros dos dispararon a través de los cristales, dejaron malherida a una niña pequeña e hirieron a varios refugiados, pero no mataron a nadie, un desastre. Amedo se subía por las paredes. Eso fue a principios de febrero de 1986, unos días después los enviaron a San Juan de Luz, a despachar a un etarra que ya una vez se les había escapado a los GAL, pues en esta ocasión, aunque le metieron tres balazos, tampoco consiguieron liquidarlo. Después del atentado los portugueses tenían órdenes de tirar las armas al río Nive y coger un taxi hasta la frontera, pero uno de ellos, el tal Figueiredo Fontes, se quedó con la pistola, que era una buena herramienta, porque Amedo no le había pagado, y se fue andando a la estación de tren para ahorrarse el taxi. Allí mismo lo cogieron los gendarmes y en su declaración delató a Pepe Amedo y a los compañeros, la mariposa se puso a aletear a lo bestia y acabaron todos en el talego, hasta el ministro Barrionuevo, que era hijo de vizconde, aunque él solo se chupó tres meses de cárcel, lo indultó Aznar cuando ganó las elecciones.

Lo que yo no le perdono a Pepe Amedo es el mal ejemplo que dio, y estoy pensando en Paco, cuánto llegué a arrepentirme de habérmelo llevado a Bilbao. Él quería ser como Amedo y Domínguez, que los jefes iban al Kursaal a jugarse hasta la camisa, él también, putas, cocaína, él también, ¿orgías?, que no falten: una orgía en un puticlub, a tanto por señorita, te cuesta un riñón. Me contaban que se iba a La Palanca, se metía en un club, sacaba un fajo de billetes del calcetín, como hacía el chulo de Amedo, y se ponía a invitar a todo quisqui, era un peligro, estaba desmandado. Le tuve que llamar la atención y lo amenacé con enviarlo a Melilla, se reportó un poco pero enseguida volvió a las andadas y fue mucho peor: se enamoró de una señorita que trabajaba en el Belle Époque. Hay que tener poca cabeza para

enamorarse de una puta, ni siquiera joven, Ágatha (era su nombre de guerra) ya había cumplido los treinta y cinco años y los treinta y seis también. En la calle de las Cortes podías encontrar señoritas de dieciocho y veinte años y hasta de quince y dieciséis si sabías preguntar, unas chicas despampanantes, rusas, eslavas, brasileñas, rubias, negras, chinas, mulatas, lluvia dorada, beso negro, números lésbicos, lo que quieras (si te gustan ese tipo de cosas, yo prefiero la poesía), y Paco se tiene que encoñar de una puta vieja de Guadalajara, de nombre Purificación Martínez Pérez, lo sé porque lo tuve que averiguar. En Jefatura estaban muy descontentos con él, del trabajo ya ni se acordaba, se pasaba las horas y los días encerrado con Ágatha en un pisito cerca de las Cortes, no soportaba la idea de que otro la tocara, se le metió en la cabeza retirarla y ponerle una tienda de objetos de decoración en Miranda de Ebro, antes las putas se daban con un canto en los dientes si les ponían una mercería, pero esta Ágatha era de morro fino y quería ser decoradora de interiores, ¡no te jode!, y de dónde iba a sacar el dinero Paco si ya tenía un pie más fuera que dentro de Jefatura. Me llegaron unos rumores que me pusieron los pelos de punta, si hay algo que no tolero es la deslealtad, un hombre de bien no traiciona a su patria por un plato de lentejas, pero Paco no tenía moral ninguna y era un ingrato, el perro que muerde la mano que le da de comer.

11

El comando Madrid despidió la campaña del año 1986 el día 21 de julio, atentando con dieciséis granadas contra el Ministerio de Defensa, podría haber sido una *ekintza* espectacular pero resultó un chasco, las nuevas granadas antitanque, también llamadas *roquetas*, decepcionaron; reventaron algunos cristales, asustaron al ministro Narcís Serra, pero no mataron a nadie. Los cuatro miembros del comando regresaron a Iparralde; al llegar, los tres varones comunicaron a la dirección que Idoia era para ellos *persona non grata*, «si quiere volver a Madrid, que vuelva, pero sola», algo así dijeron. Idoia López Riaño fue expulsada del comando Madrid por su «falta de concienciación, seriedad, vida desordenada y promiscua», pero, además, las fuerzas de seguridad españolas la habían «mordido» o identificado, al igual que a su némesis, Juanma Soares Gamboa, y como las desgracias nunca vienen solas, durante un periodo los dos enemigos se vieron obligados a convivir en el sur de Francia.

Santi Potros, entonces el número uno de ETA, los mandó a Argelia, país al que los militantes de ETA se referían como «Morolandia» y que los acogió a regañadientes. Allí los recibió Iturbe Abasolo, Txomin, uno de los principales dirigentes de ETA, quien años atrás captó a Idoia para la organización; Txomin debía de ser un hombre muy simpático porque hasta el misántropo Soares Gamboa habla bien de él. Partidario de la salida negociada de ETA, Txomin había entablado negociaciones en Argel con dos emisarios del Gobierno español, Jorge Argote, abogado de los GAL, y el comisario Martínez Torres, implicado en los GAL (Dios los cría y ellos se juntan). Aunque los GAL ya habían cesado en sus actividades, presumo que cada bando ponía sobre la mesa todos los muertos que había acumulado para mejor negociar:

—¡Aquí traigo mis muertos!

—Pues estos son los míos.

—¿Hablamos?

Txomin murió en Argelia en 1987, en un accidente, y las negociaciones, aunque se prolongaron con otros interlocutores (entre ellos, Rafael Vera, capo de los GAL), no prosperaron.

Al escribir sobre Argelia, Soares Gamboa detalla las penurias que padecieron en Medea, un pueblo triste de montaña que en invierno se cubría de nieve y donde los alojaron en un apartamento sin calefacción y escaso de agua. Los habitantes de Medea practicaban el

islam más riguroso y el alcohol estaba prohibido, era un pueblo aburrido, aunque Idoia se las apañó para hacer amigos y divertirse pese a las normas draconianas que los refugiados se habían impuesto: no podían andar solos por la calle, ni alternar con los lugareños y a las ocho de la noche, como más tarde, tenían que recogerse en casa. Una noche Idoia no volvió y, escribe el cronista Soares Gamboa, «algunos imaginaron lo peor», tanto que avisaron al teniente que velaba por ellos. Idoia no vestía como una monja y los argelinos bebían los vientos por la beldad extranjera, sus compañeros de exilio ya la daban por violada y muerta cuando reapareció, a altas horas de la madrugada, del bracete de un joven argelino, muy contenta. Unas semanas después, una muchacha argelina acudió al apartamento donde vivía el cronista para entregarle un bolso que la encantadora Tania se había dejado en un bar. «¿Tania? Aquí no vive ninguna Tania», aseguró Soares Gamboa. En Medea, Idoia cumplió su viejo sueño de llamarse Tania, como la legendaria compinche del Che Guevara.

Sus compañeros le recriminaron sus andanzas, una militante de ETA refugiada en Argelia no podía ir de bares, ni follar con argelinos, ni permitir que la identificaran o que supieran dónde vivía, una refugiada de ETA tenía que vivir en la clandestinidad y en la abstinencia, pero Idoia no había hecho voto de clausura y reaccionaba a los reproches con un mutismo airado que podía prolongarse durante días y exasperaba a su cronista y némesis, Juanma Soares Gamboa, que pronto saldría de ETA y de su vida para irse a la República Dominicana, dejándome sin cronista (más o menos fiable), al albur de libros, artículos y notas de prensa para recomponer la vida de Idoia, y qué me importa a mí, la inspectora de ascensores, que una terrorista de ETA fuera indisciplinada, si cuando hacía daño era al observar la disciplina, apretando el gatillo, colocando en el lugar indicado el vehículo repleto de amonal o activando el temporizador del explosivo, no debería importarme pero me importa. Hannah Arendt acuñó la expresión *la banalidad del mal*, pero esto es incluso peor, el capricho, la frivolidad del mal. Quiero pensar que la persona que una tarde de septiembre de 1985 disparó el tiro que alcanzó en la frente a un niño en el zaguán de un piso de Barakaldo era un ser fanático poseído por el dogma (y por el odio, que es el reverso del dogma), no una locuela sin cabeza a quien daba igual una cosa que otra, porque si ella es frívola, ¿dónde quedo yo?

Del recuerdo de Idoia, plasmado en una carta que décadas más tarde envió a una víctima de ETA, se habían borrado los amores del bello argelino y las tardes en el bar de Medea. En sus propias palabras, vivió «siete años» en Argelia «en condiciones de incomunicación y de precariedad extrema, sobre todo tras la muerte de Txomin». En otra

realidad, a los cinco años, en 1991, regresó al sur de Francia, dispuesta a hacerse perdonar su indisciplina con una renovada aplicación a la causa. Francisco Mujika Garmendia, *Pakito*, número uno de ETA tras la detención de Santi Potros, adivinó en Idoia aquella cualidad que compartía con Tania y de la cual ella se sabía poseedora: la puso a trabajar de espía, pero no de las fuerzas de ocupación españolas, sino del jefe del *talde* al que fue destinada, Joseba Urrusolo Sistiaga.

Urrusolo Sistiaga, dicen, era conocido por la policía como el hombre de las mil caras, por su capacidad para disfrazarse y escapar de las situaciones más peliagudas. Había formado parte del comando Madrid, aunque allí no coincidió con Idoia, y en 1991 estaba al mando del comando Ekaitz, un comando itinerante que no solo sustituía al comando Barcelona (el que puso la bomba en Hipercor), sino que además actuó en Andalucía, Aragón, Levante, Murcia y Baleares. ETA estaba en horas bajas, los pocos comandos operativos que le quedaban se tenían que multiplicar, el comando Ekaitz viajaba sin pausa pero mimó a Barcelona de forma especial por la proximidad de las Olimpiadas en 1992. Yo estaba en Barcelona, estudiando Historia y trabajando de portera en una discoteca, cuando en junio de 1987 ETA puso una bomba en el aparcamiento de los almacenes Hipercor de la avenida Meridiana, que mató a veintiuna personas, la mayoría mujeres y niños, e hirió a cuarenta y cinco. Yo vivía por Arco de Triunfo, lejos de la Meridiana, pero aun así tuve la impresión de que me había salvado por los pelos, de que podría haber sido yo una de las víctimas retratadas al día siguiente en la primera página de los periódicos, y quizá, pensaba entonces, hubiera estado bien, habría sido justo. Recuerdo más atentados en aquella época, los barceloneses —entonces yo lo era— teníamos conciencia de ser objeto de las atenciones de ETA, empeñada en aguarnos la fiesta de las Olimpiadas, y cada vez que oíamos en la radio o en la televisión las palabras «9 milímetros Parabellum», nos poníamos en alerta. También recuerdo en mí la inquietud, el miedo teñido de esperanza de encontrarme al azar, caminando por las calles de Barcelona, con Idoia López Riaño, la famosa *Tigresa*, con quien yo tenía una cuenta pendiente aunque ella no lo supiera, lo cual bien podría haber sucedido porque ella perteneció al comando que nos amargaba la existencia. Entretanto, desde un piso franco de Zaragoza, Idoia escribía con prolijidad al colectivo Artapalo (la dirección de ETA), poniéndole al corriente de las infidencias del conspirador Joseba.

«Kaixo *Itaxto* —escribió Idoia a Pakito en una carta—, *de nuevo contigo para contarte las últimas novedades. Lo he pensado mucho antes de escribir estas líneas pero creo que es conveniente hacerlo cuanto antes. El rebote de Joseba contra Pakito (sic) es de gran agresividad y según el*

momento se hace extensivo a toda la dirección. Dice que Pakito es mentiroso y como toda esa cuadrilla se rodea de funcionarios y pelotas que les bailan al son que ellos tocan. Te expongo algunas de las frases que nos repite en ocasiones:

»"Pakito hace más caso y se preocupa más de los de HB que de los problemas de los taldes. *Es un inútil, no tiene ni puta idea, ahí no puede estar, ocupando un puesto que debería ocupar alguien que haya estado en el otro lado".*

»Está desequilibrado, trastornado, este no está bien. Para hacer lo que hace y decir lo que dice hace falta estar tocado. Este está actuando como Ternera, un dictador que se rodeó de pelotas y que a nivel político no tiene ni puta idea, es cero. [...] "Yo a este tío le partiría la cara. Pakito es un hijoputa, un gilipollas. Cuando le pida cuentas va a ser con el cacharro encima de la mesa y lo que voy a hacer es darle cuatro hostias, pero preocupándome primero de que tenga la pipa bien lejos".»

La carta se alarga varias cuartillas, en las que Idoia reproduce con primor las invectivas de Urrusolo Sistiaga. Puede que fuera informal, poco disciplinada y que su prosa esté jalonada de incorrecciones sintácticas, pero Idoia no tenía precio como espía, hace gala de una memoria asombrosa (¿tomaría notas en el baño tras cada diatriba de Joseba?) y es una maestra de la insidia, pone en boca de Urrusolo críticas devastadoras.

«Las gentes que andan por arriba —escribe Idoia que dice Urrusolo— *son una cuadrilla de funcionarios burocráticos que no tienen ni puta idea de los que es estar en el interior. [...] Esos ya se han hecho como todos los que están arriba, a tener hecha su vidita. Lo más lejos que han visto a un pikoleto es en la tele. Si no fuera porque somos lo único que tienen y que tenemos que funcionar, ya nos habrían mandado a tomar por el culo. Nos están llevando a la ruina.»*

«Ha habido momentos en los que esgrimen como una amenaza el escribir a toda la militancia. Incluso han llegado a pensar en la prensa», advierte Idoia a Pakito. A continuación, se explaya sobre los defectos de Joseba, su jefe de *talde*: *«No es una persona segura de los pasos que da, la mayor parte del tiempo no tiene nada claro y a todo responde lo contrario de lo que dices. Es un tío que se escaquea del trabajo difícil o que cuesta esfuerzo físico o del trabajo aburrido y constante, que no tiene aliciente y dura horas* —las mismas carencias que Soares Gamboa le recriminaba a ella—. *Nos mangaron un coche y es cierto que no puse el antirrobo, la calle en la que lo dejé era la normalmente utilizada por nosotros para aparcarlo, ya sabíamos que era zona de gitanos, quinquis, emigrantes* —¡qué manera de hablar para una revolucionaria!—*; intentó culpabilizarme, cuando sabe perfectamente que a ellos se lo llevó la grúa en Barcelona... ¡Joder si lo hubiera hecho yo! [...] A mí me han tratado de oficialista poniéndome como una tía engañada que nunca ha criticado ni*

cuestionado a la Dirección. Que él era como yo, confiado, y ponía antes a la Organización en un pedestal.»

Idoia, otrora militante díscola, se había convertido en la niña bonita de la dirección. Joseba Urrusolo amagaba un golpe contra la cúpula, Idoia lo evitó, ETA contrajo una deuda impagable con ella. Además, Idoia es una *fiambrosa* (en la jerga de ETA, alguien que cuenta en su haber con más de veinte muertos), Joseba Urrusolo, sin ir más lejos, solo tiene dieciséis, y sin embargo Idoia López Riaño ha pasado a la historia de la organización terrorista como una militante alocada e irresponsable. De haber sido un hombre, con semejantes méritos habría ascendido a la dirección de ETA o cuando menos la habrían nombrado jefa del *talde*, esa amargura, ese rencor, trasparece en las líneas de su carta, es como si Idoia mandara un mensaje subliminal a la cúpula: ¡yo lo haría mejor! No le dieron la oportunidad, Urrusolo Sistiaga se la sacó de encima alegando motivos de seguridad antes de que pudiera participar en ningún atentado. Un coche bomba, averiado y abandonado en Zaragoza, llevaba las huellas de Idoia, quien se vio obligada a regresar a Iparralde y dejó la lucha armada.

En 1994 fue detenida en un centro comercial de Aix-en-Provence por la policía francesa, junto a su pareja, el francés Olivier Lamotte; iba vestida con elegancia, lucía un traje de chaqueta azul claro y una blusa de seda (estos detalles los he recogido de la entrevista que le hizo en la cárcel la periodista Isabel Pisano, por qué quiso saber cómo iba vestida Idoia en el momento de su captura es algo que se me escapa, una detención no es una fiesta). Dentro de su bolso la policía francesa encontró una pistola Browning, precaución habitual de los refugiados etarras, quienes al ser arrestados en posesión de un arma de fuego se aseguraban una condena en Francia, y evitaban la extradición a España. Dice la leyenda que, en el acto del juicio, la fiscal francesa solicitó que el *amour fou* que Oliver Lamotte sentía por Idoia fuera considerado un atenuante, desconozco si el juez se contagió del espíritu romántico de la fiscal y fue clemente con el enamorado. Idoia declaró a la periodista Isabel Pisano que, tras su arresto, fue esposada a un radiador en una comisaría de Burdeos y sometida a un interrogatorio que duró cuatro días, y también le confió que, cuando la dejaron sola, consiguió librarse de las esposas —tenía las muñecas delgadas— y en ese momento pensó en huir, pero no lo hizo, por si le habían tendido una trampa o tal vez porque ya estaba harta de escapar y de vivir bajo identidades falsas. La justicia francesa la condenó a cinco años de prisión por pertenencia a banda armada. Fue recluida en la cárcel de Fleury-Mérogis, donde compartía presidio con otras presas de ETA, Iratxe Sorzabal, Monika Martínez y Laurence Schelech. Firmó con ellas una carta, publicada en 1999 en el diario *Gara*, en protesta por la inminente extradición a España de otras dos

reclusas. La carta va dirigida a Euskal Herria, a quien las presas recuerdan que *«hace mucho tiempo, demasiado, que tus calles no sienten nuestros pasos recorriéndolas tranquilamente, que tus bosques y montañas no nos refrescan la piel y el alma al pasear por ellos. Mucho tiempo, demasiado, que tuvimos que escapar, huyendo del horror, pero sin abandonarte nunca, a pesar del desgarro de tener que dejarlo todo y de morir un poco, con el tiempo agarrotado en una fecha fatídica. Hemos seguido luchando por ti y así seguiremos»*, toda la carta es de este tenor, lo que demuestra que la lucha armada y la sensiblería no están reñidas. La amada Euskal Herria no pudo evitar que Idoia fuera extraditada a España en mayo de 2001. Tenía catorce causas pendientes, acusada de veintitrés asesinatos.

Idoia López Riaño (más conocida en los medios por el sobrenombre de «la Tigresa», a menudo acompañado de la coletilla «la etarra más sanguinaria») ya era una estrella, un mito, no fui yo la única pendiente de sus juicios, profusamente cubiertos por la prensa. Al primero, por el asesinato de Joseph Couchot, acudió vestida con sobriedad, de riguroso negro atenuado por la nota discreta de un pañuelo morado. Como era habitual en los presos de ETA, se negó a declarar y consideró ilegítimo el tribunal, aunque no renunció a su turno de palabra, en el que montó una escandalera y se metió con la Guardia Civil, el Gobierno, los jueces y los periodistas, a los que tildó de «mercenarios de la información». Denunció que los testimonios de sus compañeros del comando Oker, que la inculpaban, habían sido arrancados mediante torturas. Acusó al tribunal de «encubrir torturas» y «acallar los silencios» (¿cómo se hace eso?), comparó las cárceles españolas con Guantánamo y no se dejó amedrentar por el presidente del tribunal, a quien informó de que «mientras ustedes se empeñen en que nos van a asimilar con este engendro de Estado, nosotros seguiremos enfrente hasta que dejéis Euskal Herria en paz», y concluyó gritando *«Gora Euskal Herria Askatuta»* y *«jo ta ke irabazi arte»* (dale duro hasta ganar). Idoia no hablaba vasco pero se sabía de memoria estas viejas consignas de la izquierda *abertzale*. Fue condenada a veintinueve años de cárcel.

En el juicio por el asesinato de Ángel Facal, aprovechó su turno de palabra para revindicar que «ETA tiene valores», afeando al tribunal que no tuviera en consideración a las verdaderas víctimas, los colegiales a los que Ángel Facal inyectaba heroína a la puerta del colegio «con el beneplácito de las fuerzas del orden». Pasó un año muy atareada saltando de un juicio a otro, estuvo muchas horas sentada en el banquillo de los acusados, esperando su turno de palabra, en el que invariablemente denunciaba torturas y jaleaba a ETA, como la militante disciplinada que por fin era, pero sin duda el juicio más especial fue el del atentado de la calle República Dominicana, con

doce muertos y setenta y ocho heridos, así lo consideró la prensa, que le concedió amplia cobertura y reprodujo su imagen hasta la saciedad. Las fotos que le sacaron en el juicio la acompañarán hasta que muera, lo cual no puede disgustarle, se la ve radiante.

Al entrar en la sala le quitaron las esposas. Se sentó en el banquillo junto a su antiguo jefe, Santi Potros, con quien entabló una animada cháchara. Llevaba puesta una blusa blanca de estilo jipi, con bordados de color gris, lucía su habitual melena oscura, larga y rizada, con unos coquetos caracolillos adornándole la frente y sus enormes ojos azules realzados con una raya negra (me la imagino pintándose los ojos en su celda ante un espejito, probándose la camisa negra y luego la blanca y decidiéndose por esta, consciente de que la iban a mirar, de que iba a ser fotografiada). La piel del rostro tersa, sin una arruga, pronto cumpliría cuarenta años aunque aparentaba muchos menos. A su lado, a Santi Potros sí se le notaba la edad, ataviado con un chándal azul y blanco, la tez rugosa, flácida, el escaso pelo cano; no hizo ningún esfuerzo por salir guapo en las fotos. En todas las que le tomaron aquel día, a Idoia le brillan los ojos y despliega una amplia sonrisa de dientes blancos, perfectos, de anuncio de crema blanqueadora, que derrama, generosa, sobre los presentes, también sobre los familiares de las víctimas que asisten al juicio y que sienten su alegría como una bofetada. Sentada en el banquillo, parece una actriz representando a una presa, las reclusas de verdad no son tan hermosas, y si la cámara redujera su encuadre a su rostro feliz, Idoia daría la impresión de una novia ilusionada el día de su boda, lo último que alguien podría imaginar, al ver las fotos, es que esta mujer risueña está siendo juzgada por doce asesinatos y que el fiscal pide para ella una condena de mil quinientos setenta y tres años de cárcel. En aquella ocasión, Idoia renunció a su turno de palabra y pidió al presidente del tribunal que le permitiera ausentarse, a lo que el magistrado accedió para cuando Idoia abandonó la sala, su rostro ya había sido inmortalizado y su sonrisa extática sería merecedora de un primer plano en las portadas de la prensa y de los telediarios, así fue como la vi yo, un martes de junio, en la pantalla de la tele de un bar en el que estaba comiendo un bocadillo, al salir de una inspección.

Al cabo de los juicios y de las sentencias, Idoia fue condenada a dos mil ciento once años de cárcel; para cumplirlos habría necesitado casi treinta vidas, pero solo disponía de una y bajo la ley entonces vigente, a los treinta años de prisión, como máximo, quedaría libre. Treinta años, comparados con más de dos mil cien, parecen una ganga, pero treinta años de encierro se hacen muy largos, eternos.

El dirigente de ETA José Manuel Pagoaga, *Peixoto*, dejó dicho que «para hacer un pueblo se necesita sangre y tiempo». Primero viene la sangre, un periodo frenético, de acción, adrenalina, furia y miedo, y

luego llega el tiempo, las horas, los días, los meses, el tedio infinito, los años iguales; para un pueblo, treinta años no son nada, toda una vida para una presidiaria. Iñaki Rekarte, exmilitante de ETA «arrepentido», en su libro autobiográfico *Lo difícil es perdonarse a uno mismo*, escribe que las torturas que le infligió la policía tras su detención y el maltrato que sufrió en la cárcel lo hicieron *abertzale*, antes no lo era, pese a su militancia y a los crímenes que lo llevaron a prisión. Según Rekarte, los miembros de los comandos operativos, al menos en su época, carecían de ideología, no hablaban de política ni leían sobre ella, eran gente de acción, salvo un compañero de comando, un tal Goñi, que había leído incluso *El capital* y que era hijo del gobernador civil de Guipúzcoa. También dice Rekarte que los primeros seis o siete años de cárcel se sobrellevan, son soportables, pero a partir del séptimo el ánimo decae, uno empieza a sentir que la autodeterminación de Euskal Herria le importa menos, casi le trae sin cuidado, y ya tampoco le vivifica recordar que su retrato pende del balcón del ayuntamiento de su pueblo y que su efigie forma parte de la decoración de las *herriko* tabernas, ni le sirve de consuelo pensar que para los suyos es un héroe y que, cuando salga de la cárcel, en su pueblo le harán el *ongi etorri*: le recibirán con flores, banderolas, *bertsolaris*, *txalapartas*, formarán un pasillo en su honor, él dirá unas palabritas y coreará unas cuantas consignas, «¡la lucha armada es el único camino!», *«Gora gu ta gutarrak!»* (¡viva nosotros y los nuestros!), *«Gora ETA militarra!»*, los congregados lo escucharán embelesados y aplaudirán a rabiar, un danzarín bailará el *aurresku*, una voz pura de mujer entonará el *Eusko gudariak* en su homenaje y con mucha ceremonia se retirará su foto de la pared en la que ha estado colgada tantos años. A partir del sexto o séptimo año de cárcel, el preso de ETA (algunos, no todos) empieza a hartarse de las férreas reglas de comportamiento impuestas por el colectivo de presos de ETA o «frente de Makos», que los obligan a hacer *chapeos* (encierros voluntarios en la celda en protesta por algo) y huelgas de hambre cada dos por tres y les impiden asistir a talleres o cursos o realizar trabajo alguno que les permita redimir condena, tampoco pueden relacionarse con los presos comunes, ellos son presos políticos, pertenecen a una categoría superior. Un militante de ETA lo sigue siendo en prisión y le conviene sufrir, el sufrimiento ennoblece —en esto el nacionalismo y la religión católica se dan la mano, les gustan los mártires—, un *gudari* de ETA debe padecer en la cárcel por la libertad de Euskal Herria, pero el abogado de la organización, que le acaba de visitar y le ha transmitido la consigna de la enésima huelga de hambre, a la salida de la prisión se va a comer a un buen restaurante. Y el preso de ETA (algunos, no todos) tiene la impresión de ser un tonto útil, utilizado por la cúpula, por los políticos de la izquierda *abertzale*, por sus correligionarios e

incluso por los familiares que le apremian a no desfallecer, a continuar pudriéndose por la patria, mientras ellos se atiborran en las sociedades, van a la discoteca y a la playa y viajan y se ennovian y se casan y se compran una casa y viven como les da la gana, sin que nadie les diga lo que tienen que hacer.

Idoia, a los siete años de cárcel no desfalleció y a los nueve tampoco. En Francia estuvo recluida en cinco prisiones diferentes, Fleury-Mérogis, Fresnes, Osny, Bapaume y Douai, pero allí estuvo acompañada por otras presas de ETA y durante su estancia en Bapaume pudo dar rienda suelta a sus inclinaciones literarias; escribió un guion para un mediometraje, titulado *Ces maisons hantées*, que fue premiado «por crítica y público en el Festival de film social de Lille y por ello robado», como ella afirmaría, misteriosamente, años después. El guion, en primera persona, trata de su experiencia carcelaria, descrita en un estilo que cabría calificar de cursipoético —muy distinto al que empleaba en la correspondencia de su época de espía— con frases como: *«Ellos no encerrarán jamás mi capacidad de amar y de luchar, y sola, acompañada, olvidada, o siempre presente, ellos no me tendrán nunca. Mis flores caerán una a una, tal vez ellos me las arrancarán pero yo tengo en mí miles de semillas […]. Además, rayos luminosos llegan en sobres llenos de amor, amistad, solidaridad. Mis flores caerán, pero yo, el árbol, yo, viviré siempre»*, aunque quién soy yo para juzgar sus efusiones líricas, si aliviaban su encierro a nadie perjudican.

El presidio español fue un hueso más duro de roer cuando Idoia fue extraditada, tras el fracaso de las conversaciones de Argel, la política gubernamental de dispersión de presos etarras estaba en su apogeo, primero la internaron en Soto del Real, una cárcel moderna, recién inaugurada, dotada con todo tipo de instalaciones, como piscina, pistas de squash, de balonmano, de baloncesto, campo de fútbol y gimnasios, y también con módulos de aislamiento para reclusos peligrosos, donde fue a parar ella, presa de primer grado, el más severo. Al cabo de un tiempo, la trasladaron a la prisión de Ávila, allí la entrevistó Isabel Pisano, la única entrevista que ha concedido nunca. Isabel Pisano no era una periodista cualquiera; nacida en Uruguay, fue actriz y participó en muchas películas del cine español e italiano, entre otras, *Bilbao*, de Bigas Luna, y el *Casanova* de Federico Fellini. También fue reportera de guerra en Palestina, Líbano, Chad, Irak, Bosnia y Somalia (trabajó para la RAI italiana y para el diario español *El Mundo*), y aún le quedó tiempo para escribir varios libros, de uno de ellos, *Yo puta. Hablan las prostitutas*, superventas, se hizo una película, y *last but not least*, Isabel Pisano fue pareja de Yasir Arafat, el célebre dirigente palestino de la OLP, lo que sin duda contribuyó a que Idoia accediera a dejarse entrevistar por ella.

Tras el éxito de *Yo puta. Hablan las prostitutas*, Isabel Pisano decidió dar continuación a la serie con el libro *Yo terrorista. Hablan los protagonistas*, para el que entrevistó a la flor y nata del terrorismo internacional: Stefano della Chiae, neofascista italiano; Roisin McAliskey, del IRA, Ulrike Meinhof, de la Baader-Meinhof; Ali Agca, el asesino frustrado del Papa; Carlos, el Chacal, y a otra media decena más de grandes figuras del *Who is Who* del terrorismo internacional. A Idoia López Riaño le consagró el primer capítulo, no se puede pedir más, pero Idoia es muy exigente, pese al acendrado currículo profesional (y sentimental) de Isabel Pisano, la sometió a un periodo de prueba de dos años, durante el que intercambiaron cartas. En su primera misiva, Idoia afecta una rara modestia, escribe, lisonjera, a la periodista: *«No creo que encuentres en mí lo que has venido a buscar [...]. Tú sí que tienes una vida interesante, apasionada y apasionante»*, pero al punto se despoja del velo de la humildad y afirma que lo más extraordinario de su vida, *«de lo cual me enorgullezco»*, es que, con solo trece años, tuvo la capacidad para *«tomar una decisión definitiva sobre mi camino. ¿Madurez prematura? ¿Clarividencia? Coherencia, diría yo. Así pienso, luego así actúo. Nada más... y nada menos»*. Aclara que no es *«ni tan tigresa ni tan fiera. No tengo absolutamente nada que ver con ese engendro mediático salido de los fantasmas y frustraciones de tantos hombres para los que resulté, por una razón u otra, inalcanzable...»*. (Pese a la amarga experiencia del encierro, su autoestima sigue incólume.) Luego informa a Isabel Pisano de que da ese *«primer paso»* porque cree que tienen *«más en común de lo que pudiera parecer»*, aparte de ser ambas morenas con ojos azules. En una carta posterior, Idoia se confiesa: no es ninguna terrorista, ni individual ni tribal, simplemente ama a su pueblo. *«Lo amo profundamente. Lo amo vivo»*, y se queja de que en castellano a su pueblo tiene que ponerle género masculino, *«qué feo»*, *«pueblo es masculino, como invasor, ataque, sufrimiento, silencio, estado de excepción, ejército, avasallamiento, cuartel, electrodos, quirófano, cementerio»*, pero se corrige y matiza que, aunque dé la impresión de equiparar *pueblo* a cosas negativas, *«es algo hermoso, y sí, tal vez debería ser femenino»*. ¿Qué palabras le gustan a ella? *«Tierra, madre, naturaleza, belleza, lucha, libertad, brisa, llama, piedra, hoja, raíz, casa, personas, generosidad, entrega, amistad..., paz»* (no bombas ni granadas ni pistolas ni masacre ni ETA, la nueva Idoia es pastoral, *new age*), y concluye informándole de que en euskera no hay géneros, haciendo suya una lengua que aún tiene que aprender. *«Euskal/Herria es mi/nuestra razón de luchar. Su libertad, mi/nuestro objetivo. Debes empezar por entender eso. Aceptarlo. Para poder ir más allá.»* Isabel Pisano aceptó el reto, porque fueron más allá.

Idoia sedujo a Isabel Pisano a través de una foto suya que esta vio en el aeropuerto de Barajas, en un cartel de busca y captura, y quedó

impresionada por su «extraordinaria belleza». Así comienza su artículo: «Idoia López Riaño es una bellísima mujer que se sintió atropellada por la injusticia que —según ella— se cometía con su pueblo y se enroló en ETA». El texto no es una hagiografía, pero se le acerca. Tras informar al lector de que Idoia fue extraditada a España desde Francia, acusada de haber matado a veintitrés personas, la periodista deja constancia de que «Idoia niega indignada estos hechos y reconoce, de la marea de acusaciones, solo dos delitos», y añade: «Mi impresión personal es que parece sincera». Es a Isabel Pisano a quien Idoia confía que Soares Gamboa intentó violarla y que fue él, y solo él, quien disparó dos cargadores enteros sobre el comandante Ricardo Saénz de Ynestrillas (ella se limitó a presenciar espantada la matanza). A juicio de la periodista, «Idoia parece una persona normal con ideales arraigados» que «transmite sensibilidad en sus cartas, emanada —sin duda— del sufrimiento y del propio trabajo sobre sí misma» y «es alguien con un sentido artístico fuera de lo común».

Isabel Pisano acudió al presidio de Álava calzada con unos zapatos de «tacones vertiginosos», para no parecer una enana (son sus palabras), consciente de que Idoia era alta. Transitó, no sin dificultad, por los largos corredores desiertos y los inacabables patios de la prisión, con inquietantes puertas de acero que se abrían a distancia y tras su paso se cerraban solas. El deseado encuentro tuvo lugar en una salita para vis a vis, en la que una ventana de doble reja se asomaba a un patio desolado donde malvivían tres pinos «raquíticos», que sin embargo se las apañaban para dar cobijo a multitud de pájaros, «pájaros optimistas que cantan», escribe Isabel Pisano. El contraste entre la sordidez de la prisión y el despreocupado trino de las aves le «arranca unas lágrimas». «Escucho el ruido de una puerta que se abre, me seco las lágrimas y es ella: Idoia.» Podemos imaginar cómo palpita el corazón de la periodista.

No nos sorprende descubrir que nueve años de prisión y múltiples penalidades «no han logrado ni por asomo opacar la belleza escandalosa de esta mujer. Los ojos son el color exacto de mi collar de turquesa, el pelo negro le cae hasta la cintura en ondas, la boca carnosa, sin silicona, la cintura fina, y el seno alto desparramados en un metro setenta de perfección», frases descriptivas que no estarían fuera de lugar en una novela erótica. Lo bueno, lo bello y lo verdadero, el viejo trío ganador: que Idoia sea tan hermosa hace que a Isabel Pisano le parezca «absurdo que la persona que tengo delante, que podría haber hecho cualquier cosa en la vida —cualquier cosa—, esté obligada a envejecer entre cuatro paredes para pagar su enorme deuda con la sociedad». (¿Qué hace una mujer tan guapa en la cárcel? Si fuera fea, se entendería.) Idoia llegó cargada de dones: un termo con té, dos cervezas sin alcohol, una bolsa de patatas fritas, un trozo

de tarta de manzana, dos vasitos de plástico (mi madre hubiera aprobado su hospitalidad, me habría dicho «¿ves lo poco que cuesta ser amable con las visitas?»).

Fue una amiga periodista quien empujó a Isabel Pisano a entrevistar a Idoia. «Si Idoia me abría su corazón, es decir, a la causa de lo que en verdad le había inducido o convencido a empuñar un arma, entonces se podría finalmente entender por qué mueren los inocentes cuando menos lo esperan.» Tras leer su artículo, seguimos sin saber por qué mueren los inocentes cuando menos lo esperan, son pocas las revelaciones que Isabel Pisano consigue arrancar a Idoia, quien se manifiesta orgullosa de haber entrado en ETA a los quince años, no por ser *«la mujer de... ni la amante de... entré por auténtico amor a mi pueblo». «Le quiero tanto»,* dice Idoia, *«estaba tan envuelta en el amor hacia él que estaba dispuesta a sacrificar mi propia vida y creía, como creo aún firmemente, que si todos damos un poco, unos pocos no se verían obligados a darlo todo»* (se sobrentiende que ella es uno de esos pocos seres altruistas que lo han dado todo). Se hace el silencio, sorben el té, pían los gorriones, y por fin Isabel Pisano se atreve a preguntar lo que de verdad le interesa:

—¿Cómo se vive aquí sin amor?

Amor del bueno, no amor al pueblo, pero Idoia ama a su pueblo y le dice que se equivoca, «Amor es lo que tenemos», no obstante, condesciende a saciar la curiosidad de la periodista y le informa de las dificultades que abruman a las parejas que desean tener relaciones sexuales en la cárcel. Ella está a punto de casarse y el día de su boda podrá disfrutar de un vis a vis de dos horas con su marido. Aparte de a su pueblo y a su novio (un preso de ETA), Idoia «ama profundamente a sus padres, que le corresponden» (su padre guarda en su casa la abundante producción pictórica y escultórica de su hija, un talento multidisciplinar, renacentista). También ama Idoia las noches de luna llena, repletas de estrellas, y a las golondrinas. Cuando no pinta o esculpe, escribe poesía, en un poema contra la guerra de Irak menciona la llegada de las golondrinas, algunas no han vuelto y su alegría se empaña, también se empaña al pensar en los nidos que no resistirán la primera tormenta y se empaña aún más porque deberá enfrentarse a las presas «que quieran romperlos para capturar a las crías». No habla por hablar, elevará una queja a la dirección de la cárcel contra los servicios de limpieza que destruyen los nidos de las golondrinas.

Me enfurecí al leer lo de las golondrinas. Tardé semanas en comprar el libro cuando fue publicado, cada noche me prometía a mí misma que a la mañana siguiente iría a por un ejemplar, pero al despertar me acobardaba, tenía miedo de lo que pudiera decir Idoia en la entrevista, cuando por fin la leí, sentí rabia, mucha rabia, pero sobre todo alivio.

Tras Ávila, Idoia vivió en Valencia (Picassent), Cádiz (Puerto II), Badajoz, Granada (Albolote), Pontevedra (A Lama) y Álava (Nanclares de Oca), era trasladada en un furgón de prisiones de una cárcel a otra. Durante su condena se casó dos veces, la primera con su compañero de militancia Juan Manuel Rojo, y la segunda, en Nanclares de Oca, con Joseba Arizmendi, también preso de ETA, a quien conoció en Badajoz. Recibió muchas cartas; un periodista, obsesionado con ella, le escribió: «Recibe esta primera carta mía como mi penetración intelectual», no fue la única carta obscena. Otra periodista, que deseaba entrevistarla para escribir un libro sobre ella, llegó a enviarle un traje de novia para su segunda boda, o eso contó, precisando que a Idoia no le gustó el traje y le exigió uno de Armani, cualquiera sabe qué hay de cierto en ello, la Tigresa es un personaje de leyenda y las leyendas se componen de verdades, medias verdades, exageraciones y fantasías. Ya en Picassent, en el décimo año de su condena, en 2006, Idoia, que hasta entonces se había comportado como una etarra modelo —lo que le valió encabezar muchos partes disciplinarios y soportar las correspondientes sanciones—, disgustada por el atentado del aeropuerto de Barajas que rompió la última tregua de ETA, empezó a desobedecer las normas del EPPK, el colectivo de presos, negándose a acatar los *chapeos* y las huelgas y se apuntó a clases de taichí y valenciano, solo era cuestión de tiempo que imitara a sus antiguos jefes y mentores, Pakito, Txelis, Urrusolo Sistiaga y Santi Potros, y renunciara a ETA, para acogerse al programa de reinserción de la cárcel de Nanclares de Oca; yo temía que diera ese paso.

Idoia y su pareja, Joseba Arizmendi —que había sido uno de los líderes del frente de Makos—, actuaron de consuno: repudiaron la violencia por escrito, pidieron perdón a las víctimas, prescindieron de los servicios de los abogados del colectivo de presos y se comprometieron a reparar los daños causados y a colaborar con la justicia en la lucha contra el terrorismo, cumpliendo así los puntos principales del programa de reinserción. Ambos fueron trasladados a la prisión de Nanclares, ubicada en Álava, en su querida Euskal Herria, pero regresaron a su patria como traidores, ellos que en la distancia habían sido héroes. ETA tardó año y medio en expulsar a Idoia, reacia a reconocer la apostasía de la más señalada de sus militantes, lo hizo en noviembre de 2011, un mes después del anuncio del cese definitivo de la lucha armada (abandonada la lucha armada, lo único que le quedaba a ETA eran sus presos, más valiosos que nunca). La expulsión de ETA tenía consecuencias, su familia ya no recibiría ayudas económicas, ni podría ir a visitarla desplazándose gratis en los autocares que fletaba el entorno de la organización, Idoia tendría que pagar de su bolsillo a sus abogados y sería condenada al ostracismo por el resto de los presos todavía fieles a la disciplina de la

banda. Sus fotos desaparecerían de las *herriko* tabernas y de los muros de Rentería, sus familiares serían objeto de hostilidad por quienes hasta entonces los habían arropado, puede que aparecieran pintadas en su casa, puede que la amenazaran de muerte. Tras varias décadas siendo una *gudari* para la izquierda *abertzale*, aquellos que la incitaban al grito de «¡ETA, mátalos!», ahora se estrenaba como su enemiga. Pero lo llevó bien; aun cuando en una primera etapa las autoridades penitenciarias le mantuvieron el primer grado, por lo que no podía disfrutar de permisos, tuvo un comportamiento irreprochable y se dedicó en cuerpo y alma a todo tipo de actividades. Trabajó como ordenanza en el economato de la enfermería de la cárcel, sirviendo café a los funcionarios y a los presos enfermos, cursó un programa de terapia con animales y se convirtió en la cuidadora de dos perros terapéuticos, Senda y Kuy; se matriculó en Periodismo, siguió cursos de euskera, de francés y de cerámica, expuso sus pinturas, continuó escribiendo —ganó el segundo premio en un concurso de cuentos—, y mandó muchas cartas, desesperada porque no le daban permisos, mientras otros presos en su misma situación mejoraban de grado y se les concedían salidas.

«Yo soy de Rentería y mi barrio, en los años ochenta, era ejemplo de convivencia: vascos, castellanos, andaluces, marroquíes... Por el contrario, había alrededor quienes nos llamaban "los de fuera", "manchurianos" o "caliqueños", aunque hubiéramos nacido aquí, queríamos a Euskal Herria e incluso había vascos entre nosotros. Esos precipicios creados existen aún [...]. A unos los ha llevado a asesinar a personas de otros partidos o de diferentes modos de pensar», escribió al Gobierno vasco (aserto que parece implicar que fueron la marginación y el rechazo que sufrió como forastera en una comunidad cerrada y, hasta hacía poco, homogénea lo que la llevó a empuñar la pistola. El inmigrante anhela, ante todo y sobre todo, pertenecer, dejar de serlo, por ello sus padres le pusieron a ella un nombre vasco, pero eso no bastaba, y ¿qué mejor prueba de pertenencia que poner bombas en nombre de la patria?).

En mi experiencia, la culpa se empoza en la sombra, vayas donde vayas, vas con tu sombra, y esa mancha negra pegada a ti, que emana de ti, cambia de forma según el capricho de la luz solar y se alarga, mengua o desaparece en la hora clemente de la puesta de sol, es como un castigo, una maldición, un recordatorio perpetuo de aquello que hiciste en un mal momento. Me imagino a Idoia en su celda, pintando o modelando barro, escuchando el trino de esas golondrinas a las que ama tanto, sintiendo a su espalda la sombra densa, abigarrada, de veintitrés hombres, Joseph Couchot, Ángel Manuel Facal Soto, Máximo Antonio García Kleiner, Alberto Amancio Alonso Gómez, Juan José Catón Vázquez, Vicente Javier Domínguez González, Juan Carlos González Rentero, Juan Mateos Pulido, Francisco Casillas

Martín, Ricardo Sáenz de Ynestrillas, Carlos Vesteiro Pérez, Carmelo Bella Álamo, Juan Ignacio Calvo Guerrero, José Calvo Gutiérrez, Miguel Ángel Cornejo Ros, Ángel Manuel de la Higuera López, Javier Esteban Plaza, Andrés José Fernández Pertierra, Jesús María Freixes Montes, José Joaquín García Ruiz, Santiago Iglesias Godino, Jesús Jiménez Jimeno, Antonio Lancharro Reyes. Son demasiados, no caben en la sombra, ¡no caben en la celda!, no se puede pintar o escribir un poema con tanto peso en la espalda, veintitrés hombres, la mayoría jóvenes, de entre diecinueve y veinticinco años, muchos de ellos de origen humilde, como Idoia —por eso querían ser agentes de la Guardia Civil o militares, para escapar de la pobreza, de haber nacido en una familia de clase media o acomodada, habrían sido arquitectos o médicos o empleados de banco o dueños de comercios—, y si les quitas el uniforme y los dejas en paños menores, es mucho peor, ¡se los ve tan vulnerables!... No hay quien lo aguante, sobre todo si has llegado a la conclusión de que no está bien asesinar «a personas de otros partidos o de diferentes modos de pensar», y ya no crees que para salvar el alma vasca «la violencia como última razón y en el momento oportuno ha de ser admitida por todos los patriotas». No es concebible el futuro con una sombra tan negra y tan larga, lo único que se puede hacer es acortarla, aligerarla, borrar de un plumazo veintiuno de los veintitrés nombres, con los cuerpos que les acompañan, y quedarte solo con dos, aquellos que recuerdas y cuyo rostro has visto: Joseph Couchot, colaborador de los GAL (por tanto, un asesino, o cómplice de asesinos), y Ángel Facal Soto, el marinero que inyectaba heroína a los colegiales para engancharlos (eso te han dicho), de algún modo, son dos muertes razonables, disculpables, se puede vivir con ellas y pintar cuadros y escribir poemas y mirarte al espejo y ver un rostro que apruebas.

Alguien tan bello no puede tener un pasado repulsivo, si la cara es el espejo del alma, un rostro hermoso por fuerza ha de reflejar un alma buena, lo bueno, lo bello..., por eso Idoia se aplicó a retocar la estética de su pasado, le quitó las verrugas y las cicatrices, borró sus crímenes como el dermatólogo borra con láser las manchas de la piel, fue una cirujana drástica, ¡fuera lo que sobra! Y era mucho lo que sobraba, todo lo que hizo desde que pasó a la clandestinidad en el año 1985 hasta su captura en 1994, casi diez años de vida eliminados. Tras la operación de embellecimiento, su pasado había mejorado mucho, daba gusto verlo, e Idoia, cual madre orgullosa, no se recataba en exhibirlo y jactarse de él en sus múltiples cartas.

«Me metí en ETA muy joven, llena de ideas románticas e idealistas y los que me captaron supieron enseguida cómo hacerme elegir: "¿Prefieres salvar a unas pocas personas como bombero o a todo un pueblo? Con nosotros puedes salvar a un pueblo". Así de estúpidamente me dejé llevar y

así de dolorosamente sigo sintiéndolo en cada poro de mi piel y en cada latido de mi corazón. El inmenso, terrible y doloroso error que cometí por falta de madurez, por creer de verdad que se me necesitaba más como miembro de ETA. Eso es algo que no me dejará nunca, esa inmensa decepción conmigo misma, ese irreparable error lo siento cada vez que respiro», escribió al juez Marlaska de la Audiencia Nacional, responsable último de los permisos penitenciarios. «Ellos», los malos, la embaucaron, ella era joven, ingenua e idealista, y cometió el error de creerlos, pero pronto se resistió *«a participar en aquel horror»* y se enfrentó a la injusticia dentro de ETA, lo que le costó muy caro. *«Una cosa es hacerlo desde enfrente. Otra muy distinta hacerlo desde dentro, siendo además mujer, joven e hija de inmigrantes»* (ella tiene más mérito que nadie). «*Quiero añadir que llevo desde el año 86 enfrentándome a lo que ETA era en realidad, algo que hice rebelándome contra ello desde mis veinte años, que poco eran frente a miembros del comando Madrid y que casi me cuesta acabar en un agujero»*, afirma, dramática, dando a entender que ETA estuvo a punto de matarla por su rechazo a la violencia. *«Lo que yo no supe hasta volver* —de Argelia— *era que se me acusaba de ser la más sanguinaria de las terroristas habidas y por haber de las muertes que intenté evitar.»*

En su nuevo pasado sin arrugas ni mellas, Idoia no solo no participó en los atentados del comando Madrid, sino que intentó evitarlos por todos los medios y casi le costó la vida el vano empeño. No la expulsaron de ETA por indisciplinada, sino por buena. No regresó a Francia en 1991, a petición propia, para incorporarse al comando Ekaitz, no fue ella quien ejerció de inquisidora y espía de su jefe de *talde*, Joseba Urrusolo, y tampoco escribió aquellas cartas delatoras que Pakito cometió la imprudencia de guardar y le fueron incautadas por la policía (en una de las cuales, fiel comisaria política, denuncia que Urrusolo critica la orden de atentar contra el catedrático de Derecho Manuel Broseta). Vivió en Argelia siete años, no cinco, tras los cuales volvió a Iparralde, hasta su *«voluntaria detención»* en 1994, y quien diga lo contrario miente. Mienten los jueces, las sentencias, las cartas, las huellas dactilares, las pruebas, los testigos, sus compañeros Troitiño y Soares Gamboa, y la psicóloga de prisiones que se muestra contraria a que le concedan permisos por no asumir su pasado, argumentando que no reconoce a veintiuna de las víctimas que se le atribuyen y justifica las dos que sí admite, porque una colaboraba con los GAL y la otra vendía heroína a los niños.

«Afirmar falazmente que yo no asumo mi conducta es contradecir los motivos que me trajeron a Nanclares», escribe, indignada, a la Audiencia Nacional. *«Reitero, pues al parecer no queda lo suficientemente claro o no quieren entenderlo, que siento profundamente el dolor causado por las acciones en las que participé directamente; que siento profundamente el*

dolor causado por aquellas en las que no participé (aunque se me acuse de ello) pero que otros llevaron a cabo; el dolor causado por los atentados que no pude evitar, aunque lo intentara, por ser abominables [...]. Me duelen los muertos, me duelen los padecimientos de sus familias y de sus seres queridos y de todo lo que se les privó.» Justifica su incondicional apoyo a ETA en los juicios alegando que se vio obligada a seguir la disciplina que la cúpula imponía a los miembros *«menos importantes [...]. No se hace defensa, te callas y/o rompes el juicio, no reconoces al tribunal y no declaras nada»*. Conmueve su modestia, que se quite importancia, Idoia no era una etarra menor sino una estrella que allá donde fuere congregaba a la prensa. *«Maquiavelo declaraba con razón que todos ven lo que aparento, pocos ven lo que soy»*, con esta cita, con la que parece alentar al juez a ser uno de los pocos elegidos capaces de ver más allá de su apariencia, concluye la carta. Idoia es bella, Idoia es buena, ergo, lo que dice por fuerza ha de ser cierto, la realidad debe adaptarse a la divina tríada de Platón, pero la realidad no entiende de filosofía y ya no digamos los funcionarios de prisiones.

Pasaron los años en un tira y afloja, Idoia reclamaba una y otra vez a las autoridades de la cárcel y al juez de vigilancia penitenciaria que le rebajaran el grado o cuando menos le concedieran permisos de salida, como a otros etarras de Nanclares. Reivindicaba su comportamiento ejemplar, sus buenas obras, su sincera repulsa de la violencia armada. *«Soy una persona culta y con bagaje intelectual suficiente para buscar una nueva vida»*, escribió. Tenía planes de futuro: entrenar perros de terapia para niños con problemas *«y para el rescate de supervivientes de catástrofes naturales»*, había sido invitada por una fundación para *«asistir a un curso en Barcelona con niños autistas y con niños de oncológicos infantiles»*, no descartaba trabajar en residencias de ancianos. Estaba empeñada en hacer el bien y no le dejaban. Había pedido perdón, ¿qué más querían?

Pedía perdón por lo que hicieron los demás, pero no admitía lo que ella hizo. Se le exigía que reconociera haber perpetrado veintitrés asesinatos, no solo dos, y ella se negó, aunque su obcecación le costara no disfrutar de permisos y más años de cárcel. Puedo imaginar a su marido, a su abogado, intentando persuadirla, «¿qué más te da admitir estos delitos si llevas veinte años purgándolos?». Pero Idoia, tozuda, oponía su idealismo platónico al pedestre realismo aristotélico de las autoridades: ella no había participado en aquellos crímenes *«aunque se me acuse de ello»* y prefería languidecer en prisión a admitir su culpa.

Tampoco cumplió con otros requisitos del programa de reinserción, nunca envió textos de condena del terrorismo a la prensa, ni colaboró con la justicia en el esclarecimiento de asesinatos sin resolver, aunque sí tuvo contactos con víctimas de ETA, ninguna de sus atentados.

A diferencia de sus antiguos compañeros de fatigas, Soares Gamboa

y Troitiño, Idoia no delató a nadie y, aunque *«le dolieran en el alma todos los muertos»*, tampoco se arrepentía de lo que había hecho. *«Nosotros dos nunca nos hemos arrepentido de nada que tuviera que ver con nuestro compromiso»*, afirmaron en un comunicado ella y su marido, *«otra cosa es reconocer el daño causado e intentar aportar a la convivencia. Sin más muertes, sin más sangre, sin terror. Por parte de nadie»*. No se arrepentía del compromiso, pero sí de sus consecuencias, una distinción sutil que encierra una contradicción, que tire la primera piedra quien nunca se contradiga. El arrepentimiento está mal visto en la izquierda *abertzale*, es sinónimo de traición, e Idoia anhelaba regresar a Rentería. Escribió al Gobierno vasco que *«Los presos, una vez en libertad, hemos de vivir en sociedad [...]. La etiqueta de arrepentido no hace ningún favor a nadie: ni al preso ni a la gente de la calle. [...] Los presos [...] tenemos nuestras razones a la hora de dar nuestra vida por unos ideales [...]. La entrega de nuestras vidas no ha sido gratuita. Nos equivocamos y se equivocan, pero ¿dónde queda lo que sentíamos y sentimos? ¿Dónde queda el PORQUÉ de todo esto?»*.

El Gobierno vasco no estaba capacitado para resolver tamaña duda existencial, «el porqué de todo esto», de las vidas tomadas y los años de cárcel... Si Idoia ingresó en ETA a los quince años, y la lucha armada a la que dedicó toda su vida no tenía justificación ni razón de ser, entonces su entrega no solo habría sido gratuita, sino maligna, criminal, sin más, y ella, una vulgar asesina. El arrepentimiento es un término de origen religioso, «Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad», dice el Evangelio de san Juan, y está escrito en el de san Mateo: «Desde entonces comenzó Jesús a predicar: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca"». ¿Qué sucede si no crees en Dios ni en su reino de los cielos? ¿Para qué sirve arrepentirse entonces? El arrepentimiento moral no tiene premio, se reconoce el mal causado pero la confesión no limpia la maldad, se limita a constatarla. (Y hay distintas formas de arrepentimiento, una —hablo por mí— puede arrepentirse solo en parte, puede lamentar las consecuencias pero no el acto, si las consecuencias exceden de la intención del acto, y pasar las horas y las noches enzarzada en interminables disquisiciones escolásticas consigo misma, buscando una explicación que le permita perdonarse un poco si no confía en el perdón de un Dios.) De otro lado, a los presos de los GAL nadie les exigió que pidieran perdón a sus víctimas, ni que se arrepintieran, como condición para reducirles condena o indultarlos, un detalle que sin duda debió de pasar por la cabeza de Idoia en la intimidad de su celda mientras redactaba quejas, denuncias, escritos, cartas suplicantes a la Audiencia Nacional, a la dirección de la cárcel, al juez de vigilancia penitenciaria...

Obtuvo pequeños triunfos, en el año 2015 le permitieron salir de la

cárcel para sacarse el carné de conducir. La prensa, al acecho, la fotografió. *El Correo Español - El Pueblo Vasco* grabó un vídeo de Idoia al volante de un coche blanco, circulando por la carretera, acompañada de un instructor, seguida por un despliegue de cámaras (*El Correo* no escatimó en medios). En los planos cortos se la ve con nitidez, lleva los ojos pintados, las cejas depiladas, el rostro enmarcado por su sempiterna melena rizada, Idoia no ha cambiado nada, se diría que la prisión no solo congela la vida, sino que también suspende los estragos del tiempo en la piel, preservándola. (Se sacó el carné a la primera, yo tuve que examinarme tres veces, pero diré en mi descargo que ella ya había conducido antes, sin carné o con un carné falso.)

Una nueva causa ocupó en su afán el lugar de la lucha por la liberación de Euskal Herria: la violencia de género. Escribió un prólogo a un libro integrado por testimonios de mujeres maltratadas, presas comunes que conoció en prisión, titulado *El umbral del dolor*. Colgó un vídeo en YouTube con idéntico título, que se abre con un texto fechado en Granada (la prisión), en el que menciona su trayectoria presidiaria y su amistad con mujeres *«de todo tipo y condición»* que conoció en la cárcel, y que se abrieron a ella *«de par en par»* y le *«ofrecieron sus historias, las que nadie cree ni escucha. [...] Son historias que hablan de debilidades humanas, de sentimientos, de lo que puede llegar a soportar una mujer por vivir encasillada injustamente»*, concluye el texto con una dedicatoria: *«A Ellas, las de aquí dentro. A vosotras, las de ahí fuera. A todas nosotras»*.

Es un documental hecho con pocos recursos, como no podía ser de otra manera, en las prisiones no hay estudios de cine. Una voz en off, sospecho que la de Idoia, narra en primera persona la triste y calamitosa historia de Amparo, la protagonista. Es un *Monólogo en pareja*, con tres actos y un epílogo. Empieza así:

«Fue mi audacia lo que le conquistó. Yo sé que le alboroté el pulso, porque vi el incendio de sus ojos. Por aquel entonces, nada era siniestro, era como un aguacero cálido...» (se reconoce su peculiar estilo). «A la mañana siguiente él me juró que se acababan todas las mujeres y que quería pasar el resto de su vida conmigo. El caballero andante elegía al fin y me elegía a mí. Yo le creí.»

La historia de Amparo se desarrolla de forma predecible, a la euforia y el éxtasis del inicio de su relación le siguen los primeros desengaños (está en la cárcel, ya sabemos que no habrá final feliz). El marido resulta ser una bestia y no un caballero andante, es infiel a Amparo y la maltrata, ella soporta con estoicismo sus vejaciones hasta que un día lo mata a tiros con una escopeta de caza. Hay algo inquietante en este vídeo, en el que subyace una apología de la violencia como forma lícita de «autodefensa», quizá por ello esta vez a Idoia no le dieron

ningún premio. A modo de créditos, el documental concluye con una nota autobiográfica de Idoia, escrita en tercera persona:

«Idoia López Riaño (1964). Creció en Errenteria-Orereta. Precoz y con carácter, desde muy pequeña le indignó la injusticia y siempre reaccionó ante ella. Autodidacta e inconformista, buscando siempre entender el porqué de todo, fue consciente desde muy joven de la realidad de su tiempo y de lo que sucedía en Euskal Herria. Entró en ETA a los quince años. Pasó a la clandestinidad con veintiuno. Siguieron varios años de exilio terrible, siendo detenida en 1994, sufriendo continuos traslados por un total de catorce cárceles, algunas a más de mil kilómetros (pasando por módulos de aislamiento y celdas de castigo en muchas de ellas)». Sus cualificaciones y talentos son múltiples: diplomada en Estudios Superiores de Literatura Francesa y en Técnicas de Radio y Comunicación, premiada por crítica y público por su mediometraje *Ces maisons hantées*, casi periodista (el Estado español impidió que concluyera sus estudios universitarios, acusa), versada en euskera, traductora del francés al castellano, pintora, escultora, con exposiciones en la cárcel y en el exterior, se declara *«indignada desde el comienzo de la deriva de la lucha armada hacia una violencia con la que dejó de identificarse [...]. Viene siendo metódica y sistemáticamente linchada por el amarillismo mediático sin haberla conocido ni entrevistado jamás. Firme y con rigor inflexible ante la mezquindad, las mentiras, la imposición, la injusticia, Idoia reivindica la empatía y la sensibilidad como cualidades esenciales y necesarias del ser humano»*. Cabe preguntarse qué hace en la cárcel este dechado de virtudes, no hay mención alguna a sus crímenes en esta autobiografía, no puede reconocer su pasado de victimaria quien se ha reinventado como víctima, el problema está en que, aunque Idoia ha roto con la violencia, su pasado violento no ha roto con ella, la sombra aviesa que la acompaña quiera o no quiera.

La belleza puede ser una losa, una carga (es el consuelo que tenemos las que nunca fuimos bellas), Idoia tiene motivo para quejarse del acoso y la persecución a que la somete la prensa, de no haber sido hermosa, nadie se habría molestado en instalar cámaras a lo largo de la carretera para captar primeros planos de sus pinitos como conductora, ni los periodistas habrían atosigado con preguntas a los funcionarios sobre su vida en prisión, para luego publicarlos a toda plana como si fueran ecos de sociedad: *«LA TIGRESA SE SACA EL CARNÉ DE CONDUCIR». «LA ETARRA MÁS SANGUINARIA ES AHORA CAMARERA EN PRISIÓN.» «A LA TIGRESA NO LE GUSTA QUE LA LLAMEN ARREPENTIDA. Su confesión en la cárcel: "Yo solo he matado a dos personas". Fue una conversación escueta mantenida dentro de los muros de la cárcel de Álava entre reclusa y funcionario. Esto le dijo él: "Yo no te dejaría salir de aquí, tendrías que pedir perdón a las familias de las veintitrés personas a las que mataste". La interna rompió a llorar presa de*

un ataque de rabia y, a renglón seguido: "Yo solo he matado a dos personas. Al primero pedí matarlo yo y lo hice porque quería, porque era uno de los que mató a Lasa y Zabala. También maté a un empresario que vendía heroína en un colegio". [...] "Según personal del penal, la reclusa no ha tenido ningún contacto con etarras integrados en la vía Nanclares. Con Carmen Gisasola el trato era especialmente espinoso: 'No se podían ni ver; si se cruzaban ni se miraban'".» (No es de extrañar, Carmen Gisasola —quien condenó la violencia y se apartó de ETA en 1997, tras el asesinato del joven concejal Miguel Ángel Blanco— era la pareja de Joseba Urrusolo, a quien Idoia había delatado.) *«Quienes convivieron con López Riaño en Álava dan fe de su carácter bipolar y llegan a llamarla psicópata. Hablan de la eterna mujer fatal. Nunca abandonaba su celda sin antes perfilarse los ojos y sentía extrema predilección por su melena negra. Pagaba de su bolsillo los cafés de los funcionarios que olvidaban su tarjeta y pintaba óleos de paisajes que regalaba a sus padres y a su hermana. El respeto era una de sus máximas y, por brutal que pueda parecer, "no consentía el abuso hacia los débiles". Uno de los trabajadores de la cárcel se excusa: "No tengo síndrome de Estocolmo y sé quién es, pero es la verdad; es capaz de ayudar a gente débil". Con todo, los episodios de sensibilidad y humanidad, cuentan, son solo eso, episodios: "Es la presa más dura que he conocido. Los hombres le tienen mucho respeto y odia a las mujeres. Nunca la he visto con mujeres".»* (*El Mundo*, 20/6/2017.)

Los tópicos la persiguen hasta en la cárcel: mujer fatal, vanidosa, fría, sanguinaria, bipolar, psicópata... La imagen que los demás tienen de Idoia no puede ser más opuesta a la que ella quiere dar de sí misma, y este mundo exterior hostil es el que le espera cuando salga de la cárcel. Tras años de porfía, por fin le concedieron permisos que no quiso disfrutar porque tenía «pánico al exterior y miedo escénico», publicó un periódico. Miedo a la prensa, sin duda, y miedo a los suyos, a la izquierda *abertzale*. Mientras pinta óleos de paisajes, se debe de acordar de *Yoyes*, María Dolores González Catarain, traidora y mártir, y así como el fantasma de Banquo atormentó a Macbeth, Idoia tiene que percibir el fantasma de Yoyes revoloteando entre los cuatro muros de su celda, interponiéndose entre ella y el lienzo, en el que está reproduciendo de memoria un monte de hayas y abedules, un caserío a lo lejos, un riachuelo de aguas azules o grises (o puede que violetas, si busca un toque impresionista); el fantasma de Yoyes como un reproche y una advertencia.

María Dolores González Catarain, *Yoyes*, doce años mayor que Idoia, nacida en Ordizia, fue la única mujer que alcanzó la cúpula de ETA. Como Idoia, se metió en ETA muy joven, con diecisiete años y, al igual que ella, influida por un novio militante (que murió al explotarle la bomba que manipulaba). Yoyes formó parte de un comando integrado

solo por mujeres, una primicia en ETA, un logro feminista. En 1973 pasó a la clandestinidad porque la sorprendieron robando una fotocopiadora. En el sur de Francia se integró en la estructura de ETA y llegó a ser jefa política de la banda, pero progresivamente se distanció de sus métodos y cuestionó la lucha armada, por lo que se enfrentó a la cúpula de la que formaba parte. Decidió abandonar ETA y el Movimiento de Liberación Nacional Vasco y, amenazada por los suyos, huyó a México, donde estudió Sociología y Filosofía, estudios que continuó en París, donde vivió una temporada como refugiada política. En el verano de 1985 (año en el que Idoia se inició en la lucha armada), negoció con el Gobierno español, y también con ETA, su vuelta al País Vasco, tras la amnistía de 1977 no tenía ninguna causa pendiente con la justicia española. La condición que le impuso Txomin Iturbe, en nombre de ETA, para permitirle el regreso a Ordizia fue que una vez allí llevara una vida discreta, pero la prensa madrileña se encargó de divulgar a bombo y platillo su vuelta, lo que alarmó a la cúpula etarra, que decidió dar a Yoyes un escarmiento ejemplar para que ningún otro militante se sintiera tentado a imitarla; en ETA se entra pero no se sale, este era el mensaje que querían transmitir y lo hicieron con mucha eficacia. La conveniencia de matar a Yoyes fue sometida a la votación de los militantes —entre ellos, Idoia—, la resolución fue unánime. Los muros de Ordizia, el pueblo de Yoyes, se llenaron de pintadas, YOYES CHIVATA, YOYES TRAIDORA. El atentado lo ideó Pakito, natural de Ordizia, como ella, que fue novio suyo en la adolescencia.

El 10 de septiembre de 1986, Yoyes caminaba con su hijo de tres años por la plaza de su pueblo en fiestas. Un hombre se le acercó y le dijo: «¡Yoyes! Soy de ETA y vengo a matarte». El niño, Akaitz, lo vio todo, cómo el hombre disparó a su madre y esta cayó al suelo desplomada, fue el único testigo, por lo que los primeros rumores que circularon entre la gente, que pronto se arremolinó en la plaza, apuntaban a un suicidio. La abuela del niño, y madre de Yoyes, acudió al reclamo de la muchedumbre. Reconoció los calcetines que sobresalían de la manta que cubría el cuerpo tendido sobre el pavimento, gritó, «¡Es mi hija! ¡Es mi hija!». Su nieto corrió hacia ella, llorando, y le dijo, en vasco, «Abuela, dos hombres la han matado». ETA reivindicó el crimen, tildó a Yoyes de traidora y la acusó de colaborar con las fuerzas de represión españolas.

Yoyes dejó un diario, en el que anticipaba su muerte: «Me voy a morir y es mejor una muerte rápida, aunque sea violenta, pero no puedo morirme ahora» (tenía un hijo pequeño). Tras su asesinato se encontró, entre sus papeles, una carta en la que declara haber sido amenazada por ETA y afirma que, si la matan, la responsabilidad será de ETA, a la que acusa de utilizar «técnicas fascistas o estalinistas» con

quienes se apartan de ella. Los diarios de Yoyes dan cuenta de sus intereses culturales y sus muchas lecturas, así como de sus primeras dudas: *«No quiero convertirme en la mujer que, porque los hombres consideran de alguna forma macho, es aceptada. Cómo lograr que mi presencia signifique de hecho que otras también puedan estar [...]. Cómo lograr que estos hombres comprendan que la liberación de la mujer es un objetivo revolucionario para que la asuman plenamente».* Años después escribe: *«La esperanza de que me impondría como mujer en un mundo de hombres me empujaba [...]. Y cuando me impuse como mujer, o al menos así lo sentí, ya era demasiado tarde, me había agotado en la lucha o el triunfo no me había dado nada». «¿Cómo me voy a identificar con dirigentes que lo único que saben hacer es aplaudir los atentados de ETA y pedir más muertos?» «Muchos son culpables de esta injusticia, ¡demasiados! Hay otros que no, pero son impotentes ante ella. Hay también mucho silencio cómplice. Mucho miedo en la gente ante todo, ante su propia libertad... ¡cuánta mierda!» «El mito de ETA, la hidra sangrienta que nos atenaza: en este mito, la persona de carne y hueso que es un sustrato no existe más que como tal sustrato, no es humana.»*

Dos de los dirigentes de ETA que decidieron su muerte, Pakito y José Luis Álvarez Santacristina, *Txelis*, andando el tiempo también repudiaron la lucha armada, así como uno de los miembros del comando que la mató, José Miguel Latasa Guetaria; tras su salida de ETA, un hijo suyo tuvo que abandonar su pueblo bajo amenazas. La historia se repite y ahora es Idoia quien regresará al País Vasco señalada como traidora. Yoyes e Idoia, la madre y la puta, la buena y la mala, la intelectual y la frívola, la santa y la pecadora... Yoyes no es guapa, los rasgos de su rostro son agradables pero, como los de las santas en los cuadros religiosos, no incitan a la lujuria sino a la contemplación serena; los rostros de las putas sí que son, o debieran de ser, voluptuosos, sensuales, a las putas más les vale, de ello depende su subsistencia, así las quiere el imaginario masculino. Idoia se revuelve contra su reputación de puta —no lo es, de haber sido un hombre, sus conquistas amorosas habrían sido celebradas— y de mujer frívola y sanguinaria, pero no sabe qué hacer para librarse de ella. Siempre le queda la posibilidad de convertirse en María Magdalena, pero para ello se tiene que arrepentir, a lo que no está dispuesta, o morir asesinada por los suyos, como Yoyes, ascendiendo a mártir, pero este no es el final que desea y menos ahora que está a punto de recobrar la libertad... Lo que hace es tomar prestado el pasado de Yoyes, reescribir el suyo a imagen y semejanza de la exmilitante a quien mataron entre todos, inventándose un pasado de mujer rebelde, opuesta a la violencia de ETA y por ello amenazada de muerte, Idoia quiere ser Yoyes (pero viva), está harta de ser la Tigresa.

Y llegó el gran día, Idoia salió de la cárcel. Gracias a sus trabajos y actividades en prisión, había conseguido redimir siete años de condena, por lo que quedó libre tras veintitrés años de reclusión. Uno por cada muerto, se quejaron sus víctimas, pero la pena máxima según la ley aplicable era de treinta años e Idoia la cumplió. Los medios aguardaban, expectantes, en los aledaños del centro penitenciario. En las fotos que le hicieron se la ve tan hermosa como siempre. Se cubre los ojos con gafas de sol oscuras y se intenta tapar el rostro con un paraguas, lleva puesta una cazadora roja, un color con el que no puede pasar desapercibida, y unos pantalones negros muy ceñidos; arrastra un carro enorme con sus pertenencias, del que sobresalen bolsas de plástico a cuadros azules y rojos de las que venden en los bazares chinos.

En el aparcamiento de la cárcel la esperaban su marido y su familia, las cámaras captaron abrazos, grandes sonrisas y también movimientos nerviosos provocados por la atención de la prensa. Idoia, el pelo cubierto con una gorra, se metió en una furgoneta, en la que abandonó Nanclares de Oca; a la vuelta de una curva, con el fin de despistar a los reporteros, salió de la furgoneta y se subió a una poderosa moto pilotada por su marido. A diferencia de otros antiguos presos de Nanclares, como Carmen Gisasola, Joseba Urrusolo, Ibon Etxezarreta, Kepa Pikabea, Andoni Alza o Rafael Caride, quienes tras su excarcelación continuaron sus encuentros con las víctimas, dieron charlas en colegios y publicaron textos en los que condenaban a ETA y exigían responsabilidades a la izquierda *abertzale*, Idoia no volvió a comparecer en público ni a hablar de ETA. Se esfumó, deseosa de caer en el olvido, de que la dejaran en paz, pero justo esto era lo que yo no podía hacer, dejarla en paz, me había prometido a mí misma que cuando quedara libre, iría en su busca.

12

La papelera en llamas irradiaba amor, le hubiera gustado hacérselo sentir a Irene, ser capaz de transmitirle la sensación de euforia y plenitud que la poseía y le impedía hablar, no tenía palabras para expresarla, no tenía palabras para nada, solo bienestar. La muchedumbre de gente alegre y variopinta que abarrotaba el Boulevard de San Sebastián le inspiraba un afecto espontáneo, hubiera querido abrazar uno a uno a todos los transeúntes, tenía la impresión de que ellos también la querían y le deseaban lo mejor, hasta en el aire se respiraba amor, pese al olor acre de la basura quemada. La fascinaban los integrantes de las comparsas, vestidos de piratas, toneleras, indios, vaqueros, romanos, pingüinos y muchas cosas más, quienes tras el desfile de carnaval se entreveraban y fundían con la multitud bullanguera en un desorden multicolor; los colores de sus atuendos le explotaban en las pupilas: bermellones, amarillos, naranjas, verdes y azules parecían desprenderse de los disfraces y flotar en el aire con una intensidad que la abrumaba, bajó la vista y fue entonces cuando reparó en la papelera a la que alguien había prendido fuego —por un descuido o, lo más probable, con toda intención—, las llamas flameaban y envolvían la estructura de hierro como arropándola, se acercó un poco más, intrigada por el sugestivo baile de las lenguas de fuego, intuyó que encerraban un misterio, era como si le hablaran.

—¿Qué miras con esta cara de boba? —le dijo Irene—. Aparta de ahí, que te vas a quemar. ¿Qué cojones te pasa? Tú vas de algo, a mí no me engañas. ¿Qué te has metido? ¿Quién te lo ha dado?

Le sonrió, no podía hacer otra cosa, tenía una sonrisa pintada en la cara, «una sonrisa de gilipollas», le dijo Irene, que no se creyó que no se hubiera tomado nada. «¡Cómo apesta la papelera, me cago en los putos *jarraitxus*!», rezongó, echándoles la culpa. Era una pena que a Fermín no le quedaran más mescalinas, «solo tengo dos, una para ti y otra para mí», le había dicho, ella hubiera querido darle una a Irene para que se le pasara el mal humor y se contagiara de aquella felicidad súbita y total, prefería la mesca a los tripis, que le provocaban ansiedad, la mesca le infundía calma y claridad mental, aquella noche le estaban siendo reveladas verdades trascendentales que temía olvidar al día siguiente con la resaca. Un amigo de Fermín que vivía en Londres le había traído las mescalinas y él le dijo que las

había guardado para compartir con ella la experiencia, lo que quería era echarle un polvo, esta era la experiencia que quería tener con ella. Fermín no se cansaba de intentarlo y su tenacidad, que en otras ocasiones le daba risa o la irritaba, hoy la conmovía, se sintió magnánima, puede que aquella noche acabara follando con él, bajo los efectos de la mesca lo veía hasta guapo, sus ojillos marrones resplandecían y el roce de sus dedos le erizaba la piel de un modo insospechado, sus manazas de carnicero, de dedos cortos y gruesos, cubiertas de vello, que siempre le habían inspirado repulsión, hoy la atraían y no podía dejar de tocarlas, su tacto era increíble, como de seda o terciopelo o como... aquello tan suave, ¿qué era? «¡Mira a estos dos, haciendo manitas!», dijo Irene, sarcástica. «¿Os habéis hecho novios o qué?» Dio una patada impaciente en el suelo y gritó, «¡Me cago en Dios, Peio, vámonos!». Desde que se había propuesto dejar el jaco, Irene estaba inaguantable, casi sería mejor que volviera a meterse. No había querido venir a Donosti, decía que los carnavales eran una gilipollez y que la peña disfrazada le daba ganas de vomitar, pero ellos no habían venido por el carnaval sino por un concierto en el que tocaban La Polla Records y Kortatu, el problema era que nadie se acordaba de dónde lo celebraban, lo sabía Manu, que era quien les había hablado del concierto, pero Manu vete a saber dónde andaría, «aquí todo dios va a su bola», se quejó Irene, «nadie piensa en los demás. ¡Peio, coño, que vengas!». Peio había hecho detener la furgo en mitad del Boulevard para ir a preguntar a unos colegas, pero hacía ya un buen rato que estaba de palique con ellos e Irene se había cansado de esperar. Cuando por fin volvió, Peio ni mencionó el concierto, propuso ir a El Huerto, en Reyes Católicos.

—¿A pillar jaco? Yo no voy —dijo Iñigo.

—Yo tampoco —dijo Fermín.

Ella no dijo nada pero le oprimió la mano en señal de aprobación. Iñigo, Fermín y ella se subieron de nuevo a la furgoneta de Cárnicas González, propiedad del padre de Fermín, y fueron a aparcar. Irene y Peio se quedaron ahí, discutiendo como siempre, fue un alivio dejarlos atrás, qué pesados podían ser los yonquis. Iñigo dijo que Manu estaría en el Hollywood y fueron caminando hasta el bar. Antes de entrar se pararon a fumar unos petas en la entrada del hotel Orly, apoyados en el repecho de las cristaleras. Fermín le había advertido que no debían mezclar la mescalina con nada porque la estropearían, pero hubiera sido feo dejar solo a Iñigo, aunque ella dio una calada y ya está, no le apetecía fumar y tampoco entrar en el Hollywood, le angustiaba la idea de meterse en un sitio cerrado, la mescalina la volvía campestre. Fermín le dijo, «espéranos aquí, no te muevas», y se fue al Hollywood con Iñigo. Se quedó embobada mirando las luces del restaurante del Orly y las del alumbrado público. «¿Qué haces tan sola?», le preguntó

un chico que llevaba un antifaz e iba disfrazado de algo que no le salía, lo tenía en la punta de la lengua. Le ofreció el peta que estaba fumando y ella lo rechazó con un movimiento de cabeza, de pronto dos manos le taparon los ojos y una voz femenina, que no consiguió identificar, le preguntó «¿quién soy?». Era Marta Lequerica, una de Santurce, la conocía de las clases de mecanografía, y el chico que le había entrado y que le aclaró que iba disfrazado de El Zorro era su hermano. Habían venido a los carnavales con su cuadrilla de Santurce, gente muy maja, estupenda, se sentía a gusto con ellos aunque no participara en la conversación, era como si la mesca le hubiera pegado la lengua al paladar. Lo que le sucedía era que tenía sed, lo averiguó cuando le dieron a beber de una cerveza Keler y luego, no supo cómo, se halló en el asiento de atrás de un Seat 124, apretujada entre Marta, su hermano y otro de su cuadrilla. Subían a Igueldo por una carretera de curvas muy cerradas, que el conductor tomó como si estuviera en un *rally*, se caían unos encima de los otros y gritaban, «¡uuu! ¡aaay!», como en la montaña rusa, el hermano de Marta aprovechó para magrearla un poco y le dio igual. Iban al KU. Ella nunca había estado en el KU. Marta no podía creérselo, «es genial», le dijo, «está decorado como las casas de Ibiza, todo blanco, con cuevas y estalactitas, y el techo es un paisaje lunar». Antes del desvío a la derecha que bajaba hacia el mar entre muros blancos, habían erigido una especie de tótem, algo así como un diablo con cabeza de dragón y una polla enorme, no lo mencionó para que Marta y su hermano no creyeran que estaba impresionada. No había sitio en ninguno de los aparcamientos, tuvieron que dejar el coche en una campa. Había tal aglomeración en la entrada que pensó que el portero no los dejaría pasar, pero el hermano dijo que en carnavales dejaban pasar a todo el mundo y fue verdad.

Nada más entrar en la discoteca se dio cuenta de que se había equivocado, el techo bajo le daba claustrofobia y las luces estroboscópicas giraban enloquecidas, tuvo que llevarse la mano a los ojos porque la mareaban, la música, a un volumen salvaje, le dolía en los oídos, una masa humana, sudorosa y maloliente, la comprimía por todas partes, le costaba respirar, para colmo una máquina echaba humo por encima de la garita del *disc-jockey* y le picaban los ojos. El hermano de Marta tiraba de ella hacia la pista, pero se zafó y huyó en busca de la salida de aquel infierno, apartando cuerpos que no la obedecían, moviéndose a ciegas, tropezando con los cantos de las mesas, cada vez más adentro y más perdida, alguien le vertió un líquido frío por la nuca y se rio con ganas, alguien dijo, «no te rías, ¿no ves que esa chica está fatal?», tanteando en la semioscuridad llegó a una terraza que daba al exterior y por fin respiró. Allá abajo, por detrás de las copas de los árboles, las olas del mar Cantábrico, blancas,

breves, hipnóticas, respiraban con ella, sintió el impulso de echar a andar monte abajo hasta llegar al mar, si alguien le hubiera preguntado por qué, habría respondido que las olas la llamaban, pero nadie le preguntó, quién le iba a preguntar, se había quedado sola. Saltó el murete blanco que cerraba la terraza por la parte más baja, cayó de bruces y se rasguñó las palmas de las manos, se levantó desorientada y empezó a caminar por el bosque, la oscuridad se adensó al alejarse de las luces del KU, corría el riesgo de meter un pie en un agujero, chocar con un árbol o dar un traspié, tuvo que desistir de su propósito. Se acordó de Fermín, la única persona con quien podría sentirse a gusto, pero ella se había metido en el coche con Marta Lequerica y su cuadrilla y se había venido al KU sin avisar. Tenía que volver a Donosti a encontrarse con él, haría dedo en la entrada del KU, alguien la llevaría. En la terraza del KU se veía a gente bailando aquella canción de Madonna que Irene aborrecía, *I'm a material girl, material girl! We are living in a material world and I am a material girl!*, los ojos se le prendieron de unos círculos de oro que centelleaban en lo negro, cuando estuvo más cerca, los misteriosos discos de luz resultaron ser los pectorales de plástico dorado de unos tíos disfrazados de soldados romanos que bailaban muy borrachos. Uno de ellos era Julen. En vez del casco de centurión que llevaban sus amigos, él se había encasquetado en la cabeza un gorro de tonelera del que se le escapaba un flequillo mojado de sudor o cerveza. Nunca se hubiera imaginado a Julen borracho, agarraba un botellín de cerveza con una mano y una espada de mentira con la otra, bailaba con tanta torpeza que resultaba gracioso. El hermano de Marta asomó la cabeza por sobre el pretil de la terraza y la llamó a voces, entonces Julen también la vio y agitó la espada en el aire como un gladiador, mientras gritaba «¡Miiireeen!». El hermano de Marta le tendió la mano para ayudarla a sortear el murete pero Julen se le acercó por detrás y le dio con la espada en la cabeza. «Miren es mía», dijo, lo apartó y ocupó su sitio. La alzó a pulso a la terraza y cuando la dejó en el suelo le dio un abrazo de oso, «tú ser mía», repetía, hablaba como los indios de las películas, hacía gansadas, la montó a caballito sobre sus hombros justo en el momento en que la mesca le pegó un subidón, se sintió en la gloria dominando la pista desde la altura. Julen se movía sin parar y amenazaba con su espada a todo el mundo, temió caer y le pidió que la bajara. Arrancó a bailar como una posesa, lo bailó todo: *Wake me up before you go-go*, *Voulez-vous coucher avec moi, ce soir?*, *Terror en el hipermercado, horror en el ultramarinos, mi chica ha desaparecido*, incluso *Thriller* de Michael Jackson bailó. Hubiera seguido bailando hasta el agotamiento pero Julen no se lo permitió, la arrancó de la pista, se la llevó, y de repente se halló suspendida en el aire, la espalda contra la pared, las piernas enroscadas en el torso de

Julen, que le chupaba el cuello y se lo mordía y también la besaba en la boca, mientras sus manos le agarraban el culo por debajo de la falda y una de ellas reptaba sobre su vientre y se colaba bajo el sujetador, notó la hinchazón rígida de su polla frotándose contra su pelvis... «¡Joder, estos están follando!», se escandalizó una voz de mujer a su izquierda, a ella no le hubiera importado ponerse a follar allí mismo pero Julen se cortó, la bajó de golpe y le dijo «vamos al coche». Ya no llevaba el pectoral dorado y había perdido el gorro de tonelera, a ella le escocía la piel del cuello y el contorno de la boca.

Julen no llevaba las llaves del coche, la túnica de su disfraz de romano no tenía bolsillos, no recordaba a quién le había dado las llaves, dijo «me parece que las tiene Iñaki. ¡Míralo, ahí está!». La agarró de la mano y la arrastró hacia la barra de la terraza, de repente se puso a gritar «¡Idoooiaaa!», con el mismo entusiasmo con que poco antes había gritado su nombre, le soltó la mano y, los brazos en alto, como los futbolistas cuando celebran un gol, se precipitó hacia una chica que estaba acodada en la barra rodeada de tres tíos, uno de ellos iba de romano, como Julen, los otros dos debían de ser *jarraitxus*, a juzgar por sus cortes de pelo y el pañuelo palestino que uno de ellos se había anudado al cuello. La chica que se llamaba Idoia se volvió hacia Julen y le dedicó una sonrisa luminosa, era la mujer más guapa que ella había visto nunca, tenía unos ojos azules inmensos y una melena negra y rizada que le llegaba hasta el culo. Al erguirse, resultó ser alta como Julen, iba vestida con una chupa de cuero y unos pantalones tan ceñidos que parecían mallas, quizá fuera una modelo. Julen e Idoia se fundieron en un abrazo fuera de lugar, exagerado, como unos novios que se reencontraran después de una guerra o un terremoto. Y Julen se olvidó de ella. Se sintió humillada, desplazada a un segundo plano detrás del grupo de amigos que se saludaban, palmeaban y hablaban de sus cosas frente a la barra, no lograba entender lo que se decían por culpa de la música. Julen le hizo señas a la camarera y les preguntó a los otros qué querían tomar, a ella no le dijo nada. Ya se iba a ir, cabreada, cuando él, como si lo intuyera, se volvió y la invitó a arrimarse a la barra, tendría que haberlo mandado a la mierda, es lo que tendría que haber hecho, pero fue donde él como una corderita y se quedó callada como una gilipollas. «Esta es Miren», dijo Julen, presentándola. «¿Es tu novia?», inquirió Idoia. «No, es una amiga, una amigacha», contestó Julen, dándole una palmada amistosa en el hombro para dejar bien claro que no eran novios. «¿De dónde eres?», le preguntó Idoia. «Es de Barakaldo», respondió Julen por ella. «Yo soy de Errenteria pero nací en Donosti», le informó Idoia. La cohibió la intensidad de sus ojos azules, tal vez fuera un efecto de la mesca pero tuvo la impresión de que, con solo mirarla, Idoia podía leerle el pensamiento y sabía que su belleza la intimidaba, por suerte no le

volvió a hablar, solo le interesaba Julen. La camarera sirvió bebidas a todos menos a ella y unos bocatas de hamburguesa a los dos *jarraitxus*, el olor a cebolla le provocaba náuseas. Julen pagó con el dinero que le dio Iñaki, quien le custodiaba la cartera. Iñaki, a diferencia de Julen, llevaba pantalones vaqueros con bolsillos debajo de la túnica de romano, era bajito y moreno, con un perfil muy vasco, le cayó bien porque se apiadó de ella. «¿No bebes nada?», le preguntó (lo que le tendría que haber preguntado Julen) y le ofreció la copa que tenía en la mano. Ella dio un sorbo, sabía a colonia. «Es un gin tonic», le dijo Iñaki, «¿no te gusta?». Le parecía asqueroso pero no quiso decepcionarlo. Iñaki estaba muy cocido, hacía esfuerzos para no tambalearse y al hablar se tropezaba con las palabras. Le preguntó si iba disfrazada de punki, ella le contestó que no, que esa era su ropa (había venido a Donostia a un concierto punk, cómo se iba a vestir si no). Iñaki le informó de que era un centurión romano, había desfilado en una comparsa de soldados romanos con Julen y los de su cuadrilla de Hernani, él era el jefe de la centuria, por eso llevaba un casco más elegante. Se llevó la mano a la cabeza, «joder», dijo, «no sé qué he hecho con el casco, voy a buscarlo», y la dejó allí, con el gin tonic. Para disimular su soledad se lo bebió en dos tragos, quiso pagar con alguien el regusto amargo de la ginebra y sin ningún miramiento interrumpió el *tête-à-tête* de Julen con Idoia y dijo que se iba. Julen protestó, ¡cómo iba a dejarlo solo!, aunque estuviera rodeado de gente y a ella no le hubiera hecho ni puto caso. «Espera a que me termine esta copa y nos vamos juntos», dijo, ella se animó pensando que por fin se irían a follar al coche, pero no, salieron de la discoteca acompañados.

El coche de Julen era un cuatro latas amarillo muy sucio, con un faro trasero roto. En el aparcamiento se pusieron a debatir quién conduciría. Iñaki le dijo a Julen que estaba demasiado pedo para conducir y Julen replicó, «¡anda que tú!». Idoia dijo que iban pedo los dos y que ella no sabía conducir. Uno de los de Jarrai dijo que él sí, pero no llevaba el carné. Julen se puso al volante, el coche era suyo después de todo. Idoia se sentó en el asiento del copiloto, donde suelen ponerse las novias o los ligues, el sitio que aquella noche le correspondía a ella, pero no quiso discutir, cómo se habría puesto Irene si otra tía se hubiera sentado junto a Peio en la furgo. Le tocó ir detrás, emparedada entre Iñaki y los dos *abertzales*. Iñaki le sugirió que se sentara sobre sus rodillas pero Idoia dijo «no, habrá controles en la carretera». Cómo mandaba, ni que fuera la novia de Julen. Él estaba muy concentrado intentando poner el coche en marcha; cuando lo consiguió, el cuatro latas dio una sacudida y casi tiró una moto. Al principio circularon en silencio para no distraer a Julen, pero al cabo de dos curvas alguien pidió un cigarrillo y luego fuego (fue ella, para

recordarle a Julen su existencia), entonces Idoia se lanzó a hablar mientras uno de los *jarraitxus* liaba un canuto, ella confió en que Julen no se percatara.

Idoia dijo que al día siguiente había un concierto de *Martxa eta borroka* en Donosti, tocarían Kortatu, Hertzainak, Zarama, Barricada, Potato y La Polla Records. Ella preguntó «¿no era hoy?». «No, es mañana», aseguró el que liaba el canuto. Manu era una calamidad, no se enteraba de nada. Julen dijo que el punk no era música sino ruido, un producto más del puto imperialismo yanqui que no tenía cabida en Euskal Herria. Iñaki preguntó si los Ramones eran imperialistas y Julen respondió, «cantan en inglés y son americanos». Iñaki observó que Zarama y Kortatu cantaban en euskera, Idoia dijo que Hertzainak también, había grupos punk de la izquierda *abertzale* que concienciaban a la juventud vasca sobre la represión y el MLNV, hacían una labor valiosa. Últimamente los batasunos se habían apropiado del punk que al principio tanto detestaban y ahora los de HB montaban conciertos de Rock Radikal Vasco con grupos de su cuerda; como pagaban los bolos, todo dios se apuntaba, eran unos vendidos, según Peio, que no había conseguido ningún contrato. Julen, aunque *abertzale* como el que más, era un antiguo, las casetes que había en su coche eran de cantautores tipo Benito Lertxundi, Xabier Lete y Mikel Laboa, pero también tenía casetes de Bob Dylan y Joan Baez, para que luego se quejara del imperialismo. Hablaron de músicos del Rock Radikal Vasco. Ella dijo que las Vulpes eran las mejores aunque ya no existieran. Idoia estuvo de acuerdo, a ella también le gustaban mucho los Basura porque eran de Errenteria y los conocía. Los de Jarrai dijeron que las Vulpes no sabían tocar, que sus canciones eran putos plagios y se habían hecho famosas solo por ser tías. Se formaron dos bandos, Idoia y ella contra los hombres, a los que Idoia tildó de carcas y machistas, la discusión subió de tono hasta que el coche dio un bandazo y todos enmudecieron. El del pañuelo palestino hizo algo imperdonable, se fumó el porro él solo, era de maría, Julen tuvo que olerlo por fuerza pero no hizo ningún comentario.

No fue consciente del peligro que habían pasado hasta que Julen, al intentar aparcar en una bocacalle del Boulevard, chocó primero contra el bordillo y luego contra una farola. Dejó el coche como a dos metros de la acera. Ella esperaba que Julen y ella se despedirían de Idoia y los demás para irse a echar un polvo, pero se adentraron todos juntos en la parte vieja. Julen, que se había puesto un chaquetón sobre la túnica, iba en cabeza junto a Idoia, los *jarraitxus* en medio, Iñaki y ella cerrando la comitiva. Se metieron en la calle Juan de Bilbao, territorio comanche, llena de pintadas contra los *txakurras* y los *cipayos* y a favor de ETA, un nido de etarras, como diría su padre, donde estaba la

herriko y donde solo entraba la izquierda *abertzale*. En Juan de Bilbao no cabía un alfiler, allí seguía la fiesta, avanzaban a paso de caracol, a cada poco, Julen, Idoia o los demás se paraban para saludar a alguien. Le pareció oír su nombre y aunque Miren hay muchas, miró hacia atrás, por si acaso, y vio a Peio fumando en el umbral de una taberna, pero no era él quien la había llamado sino Fermín, que estaba recostado contra uno de los toneles decorativos de la entrada. Retrocedió de mala gana, le debía una explicación. Fermín quiso saber dónde se había metido, llevaba toda la noche buscándola. Ella le dijo que había estado por ahí, con una gente de Santurce. Le preguntó por los demás para hablar de otra cosa.

—Iñigo se ha quedado en el Hollywood, Irene está en el baño, Peio está aquí. Te dije que me esperaras, ¿por qué no me has esperado?

Peio iba ciego de caballo pero Irene, que salió de la taberna con un vaso en la mano, más que ciega parecía bebida, tenía la mirada extraviada de los borrachos. La mesca había empezado a bajar, ya no sentía aquella conexión especial con Fermín, al contrario, deseaba perderlo de vista para ir a reunirse con Julen. Iñaki le había dicho el nombre de la *herriko* a la que se dirigían pero lo había olvidado, entraría en todos los bares de la calle, en alguno estarían. Fermín se empeñó en acompañarla, no pudo deshacerse de él, ni de Peio e Irene, que los siguieron. Irene caminaba haciendo eses y protestando, «¿adónde me lleváis? ¡No quiero ir a una *herriko*! Yo quiero ir a bailar». Ella le dijo que en la *herriko* podría bailar. La encontraron enseguida, se llamaba Herria, por entre la masa de gente que la abarrotaba divisó a Julen sentado a una mesa, frente a un hombre barbudo disfrazado de pirata. Se alegró de que Julen no estuviera con Idoia, pensó que tal vez se había librado de los otros y la aguardaba a ella, pero descubrió que Idoia y sus amigos también estaban allí, jugando al futbolín. A Iñaki no lo vio. Fermín se puso a mirar las fotos de presos y huidos etarras que recubrían la parte superior de la pared frontal, formando un friso por encima de las baldas llenas de botellas. «Conozco a ese», le dijo bajando la voz, «al de la esquina. Es Gorka Aguirre, su familia tiene una carnicería. ¡Quién lo iba a decir!». Ella observó las filas de rostros jóvenes y sonrientes, no reconoció a nadie. Por dignidad, había resuelto no mirar hacia la mesa de Julen, pero no pudo vencer la tentación de echar un vistazo. Julen la sorprendió mirándolo, le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y continuó hablando con el pirata. A excepción de su padre, ningún hombre la había tratado tan mal en la vida.

Fermín regresó de la barra con dos vasos de cerveza, le ofreció uno a ella y, con la mano que le quedó libre, la tomó de la cintura y sin pedir permiso le dio un beso húmedo detrás de la oreja, allí donde la había besado Julen. Le propuso que se fueran los dos a La Concha, a

mirar las estrellas, ella le respondió «¿estás loco, con este frío?». «Pues vámonos a la furgo», dijo Fermín, que parecía creer que haberle regalado una mesca le daba derecho a tirársela. Fingió un interés desmesurado en el mapa de Euskal Herria que decoraba una pared, por encima de una pintada donde alguien había escrito PRESOAK ETXERA!, con la tipografía euskaldún de letras que parecen cortadas a golpe de hacha, mientras Fermín le susurraba tonterías, «ya sabes que me gustas», decía, «estoy loco por ti. ¿Por qué me haces sufrir?». No sabía cómo sacárselo de encima, miró de reojo hacia donde Julen con la esperanza de que, al verla con otro, sintiera celos y acudiera a rescatarla, como en la terraza del KU, pero Julen estaba tan absorto en su conversación que ni sintió su mirada.

Le dijo a Fermín que tenía que ir al baño y se escurrió hacia el servicio dando un rodeo para pasar rozando la mesa de Julen, que sin duda la vio pero no le dijo nada, ella a él tampoco, pasó por su lado con la cabeza muy alta. Julen y el pirata hablaban en euskera. El baño estaba detrás del futbolín, donde encontró a Peio charlando con Idoia y sus amigos como si los conociera (debía de conocerlos). Irene se distraía tirando pelotas a la mesa del futbolín, intentando meterlas por el hueco de la portería, no acertó ni una. Alguien le dio un golpecito en la espalda, era Fermín, que le dijo, «¿pero tú no querías ir al baño?», no había manera de que la dejara en paz. Le contestó «ahora voy», pero lo que hizo fue ponerse a jugar al futbolín con el del pañuelo palestino y con Irene, quien mostró una afición inusitada. ¿Desde cuándo sabía jugar al futbolín? Las dos formaban equipo contra el *jarraitxu*, que jugaba solo. Irene se empeñó en hacer de portera y era tan mala que, por más que ella se esforzara con la defensa, el chaval les metía todos los goles del mundo. Irene protestaba y se quejaba de que el otro hacía trampa pero en realidad el juego no le importaba, solo buscaba llamar la atención de Peio, que intimaba con aquella Idoia en un rincón de la barra. El *jarraitxu* se cabreó con Irene y le dijo que si no sabía jugar, le dejara el sitio a Joxean, su amigo. Irene lo miró con tal odio que ella temió que lo pegara, pero abandonó el futbolín sin decir palabra y con pasos erráticos, exagerando su borrachera, se dirigió a la barra, se plantó delante de su novio y en tono inocente le preguntó a Idoia:

—¿Tú me puedes decir cómo se hace una mamada? Yo es que me ahogo con una polla en la boca.

Idoia miró a Irene de arriba abajo y le respondió, marcando cada sílaba:

—Has de abrir bien la boca, así —y abrió mucho una boca de dientes blanquísimos, sin dejar de mirarla con un desdén olímpico. Peio, furioso, agarró a Irene del brazo y le preguntó a qué venía eso. Irene se revolvió para soltarse y, muy digna, consciente de la atención

que concitaba —media *herriko* la miraba—, señaló con un dedo las fotos de los etarras. Su hermano llevaba en Iparralde más de un año. ¿Por qué no estaba su foto ahí colgada? Una gilipollez, Jacobo era de Barakaldo y en la *herriko* solo había fotos de etarras del barrio. Como si lo que acababa de decir no bastara, Irene proclamó a gritos que su hermano era de ETA, a lo que añadió que su padre era un *txakurra* y ella no era nada. Luego se apoderó de la hucha para los presos que había en la barra y preguntó por qué el dinero era solo para los *presoak* y no para sus familias, que sufrían igual o más que ellos. El tabernero saltó por encima de la barra, le quitó la hucha, que dejó en su sitio, y sacó a Irene a la calle en volandas.

—Porque eres mujer no te doy un par de hostias —le dijo—, pero aquí no vuelvas.

Luego hizo algo inquietante: la señaló con el dedo. Agarró a Peio por la camiseta y le dijo «fuera, tú también», se giró buscando más culpables, posó su mirada en Fermín y en ella y les dijo «¡largo, *agur*, a la puta calle!». Ella salió de la *herriko* muerta de vergüenza. La calle estaba casi despejada, quedaban algunos grupos de rezagados que no querían aceptar que había terminado la fiesta, no vio a Peio, ni a Irene. La aurora reverberaba en la luz pálida de los faroles de la calle, era algo mágico, pero Fermín opinó que era un efecto de la mesca. «Vamos», dijo, estaba muy nervioso, ya se iban cuando le llegó la voz de Julen, llamándola.

Se había plantado a la salida de la *herriko*, los brazos cruzados sobre el chaquetón (también ella tenía frío), la miraba con tal hostilidad que sintió miedo. Tras él percibió la silueta de Idoia, que los observaba desde el umbral de la taberna. ¿Qué había hecho ella? No había hecho nada, pero según Julen era la culpable de todo. Le recriminó que hubiera metido en la *herriko* a aquella hijaputa que le robó a su *amama*. «¿Cómo puedes andar con esa gentuza?» Le dijo que las bromas de Irene eran muy peligrosas, no podía ir diciendo en público que su hermano era de ETA, era un chiste que no tenía ninguna gracia y menos en un lugar donde había personas con familiares presos o refugiados.

—No es ningún chiste —protestó ella—, el hermano de Irene es de ETA. Está en Iparralde, se llama... Julen le tapó la boca, como en la noche del golpe.

—Tú eres igual de idiota que tu amiga, no se dicen nombres. Y si el hermano está al otro lado, peor me lo pones. ¿Qué quiere esa estúpida, que los GAL lo maten?

La hizo llorar, lo que agravó su bochorno y a él no lo conmovió. Cuando la dejó sola se arrimó a Fermín, que la aguardaba medio escondido en un portal, pero él tampoco estaba para abrazos. Despotricó de Irene, dijo que estaba loca, cómo decía esas cosas en

una *herriko* donde se juntaban los de ETA, «estos no se andan con chorradas, ya has visto cómo la han señalado con el dedo, primer aviso». Afirmó que el tío que iba de pirata era uno de la Mesa Nacional de HB y el otro, el que había salido a hablar con ella, también. Ella le aclaró que Julen solo era un abogado.

—Esos son los peores. ¿Y tú por qué lloras?

Volvió a hacer un movimiento prohibido. Sebastián le dijo, «no puedes mover las fichas en línea recta, solo en diagonal», y se puso a explicarle por quinta vez las reglas del juego de damas, tenía mucha paciencia. No lograba concentrarse, estaba pendiente del ruido de la puerta. Había quedado con Irene en su casa a las seis de la tarde y ya eran las ocho y no había aparecido. Josefina le había preguntado si se quedaría a cenar y ella le había dicho que dependía de Irene, aunque sabía que acabaría cenando allí, cuanto más tarde volviera a su casa, mejor. La noche previa había habido una bronca descomunal y no la consolaba no haber tenido parte en ella, casi peor ser espectadora, no poder provocar a su padre, mirarlo con desprecio y decirle, «no me duele, pégame más fuerte, que me da igual, tú ya no puedes hacerme nada». No se permitía llorar ni gritar aunque él la moliera a golpes de cinto, el placer de hacerle frente, desquiciándolo con su desafío, compensaba el dolor, por lo menos hacía algo, pero la noche anterior tuvo que limitarse a escuchar cómo reñían sus padres. Su madre recriminó a su padre que despilfarrara su sueldo con una puta barata. «¿Y quién te ha dicho que es barata?», saltó su padre, «¿y quién te ha dicho a ti que yo tengo una querida? ¿Ha sido tu novio, Amadeo, que miente más que habla? ¿Te crees que no tengo ojos en la cara? ¡Lo sé todo! ¡Todo!». Hubo un silencio y luego de nuevo la voz de su madre. «¡Eres un infame! ¿Cómo puedes siquiera pensar que te engaño?» (su madre había leído tantas novelas de amor que hablaba como sus personajes). Dijo que Amadeo era un buen hombre, un amigo leal que la consolaba en su desgracia, pero nada más, ella era una mujer honrada y católica, cómo podía su padre poner en duda su honestidad, calumniando de paso a aquel hombre bueno que le había prestado dinero para las facturas de la luz y del gas y para el colegio de Javi, porque hacía meses que él, Paco, no le daba un duro, «y no pretenderás que vivamos del aire. Deberías estarle agradecido», dijo.

—¿Agradecido? ¿Agradecido yo? ¿Al hombre que me ha puesto cuernos? ¡Una cornamenta como la de un ciervo! Y encima te paga, te acuestas con él por dinero... ¡Puta! ¡Tú sí que eres una puta!

—¡Cómo te atreves...! ¡No me levantes la mano, Paco! No me la levantes, te lo advierto.

Pero se la levantó, porque su padre ya no temía a su tío Manolo, que había pasado a la reserva después de sufrir un infarto, y su madre

chilló de dolor y ella tuvo que apretar muy fuerte a Javi para retenerlo, el corazón del niño daba saltos contra la palma de su mano. Javi gritó «¡no le pegues!» (ella le tapó la boca), y se debatió entre sus brazos, tratando de liberarse, si se lo hubiera permitido, su hermano habría entrado en el cuarto de sus padres. Era un drama, su hermano lloraba, su madre lloraba, su padre aullaba y daba golpes y rompía cosas y ella estaba harta de todo, de todos. Aquella mañana se había despertado empapada, Javi se había orinado de miedo en su cama. En el fondo, la culpa era de su madre, que se tendría que haber separado ahora que ya se podía, la vida familiar habría sido más llevadera sin aquel energúmeno. A punto estuvieron una vez de separarse o, al menos, su madre lo intentó. Un poco. Fue cuando las inundaciones, su padre desapareció y no dio señales de vida en días y días. Su madre estaba histérica, sin comer, sin dormir, convencida de que su marido se había ahogado o le había caído una casa encima y yacía muerto bajo los escombros, su padre solía frecuentar los antros de mala muerte de la parte vieja de Bilbao donde el agua había arrasado con todo. Su madre llamaba sin parar a la comisaría, a los hospitales, a su hermano, a sus padres, puso en danza a Amadeo, los volvió locos a todos. A la semana o así, su padre apareció. Llevaba la misma ropa con la que había salido de casa, excepto la camisa, que era nueva y de color rosa, un color que él nunca se ponía porque decía que era de mariquita. No llegó borracho, ni zarrapastroso (eso fue antes de que lo hicieran policía secreta), ni siquiera cansado, estaba pimpante. Cuando su madre le preguntó que dónde había estado, su padre respondió que en Bilbao, rescatando a gente de las inundaciones, ayudando con el desescombro, cumpliendo con su deber, «¿dónde iba a estar?». Una mentira tan flagrante que su madre explotó:

—¡Ya no puedo más, Paco! Me quiero separar. Me iré con los niños a casa de mis padres, tú te puedes quedar con el piso.

Ella estaba en la cocina, fregando los platos, y al oír las palabras de su madre se le resbaló de las manos un vaso enjabonado, que se hizo añicos contra el suelo. Con el susto y el apuro por recoger los pedazos se distrajo y solo alcanzó a escuchar la voz estrangulada de su padre, que decía:

—¡De mí no te separarás nunca! ¿Me has oído?

Cuando vio las marcas rojas en el cuello de su madre, comprendió que era el esfuerzo lo que había obligado a hablar entre dientes a su padre. Dos años después las cosas habían cambiado, su madre era la amante de un sargento de la Policía Nacional, el superior de su marido, podía separarse sin temor a represalias, aunque Amadeo era un sapo repulsivo y un sobón, ella no podría vivir en la misma casa que él, tenía que irse cuanto antes, no veía otra solución, y de eso iba a hablar con Irene cuando se dignara a volver.

Tuvo una inspiración y en un movimiento rápido se comió dos damas negras de Sebastián, que la felicitó complacido, «¿ves cómo es más fácil de lo que parece?». Le entró la sospecha de que el padre de Irene se estaba dejando ganar a propósito para que ella se animara y pusiera interés en el juego. Le daba pena aquel hombre que llevaba tres meses escondido en su casa. Sebastián estaba de baja desde el día en que, al ir a remover una barricada, le tiraron un cóctel molotov que le quemó la pierna y el costado derechos. Aunque todavía llevaba la pierna vendada con mucho aparato, según Irene ya estaba curado pero se hacía el remolón porque no quería volver al cuartel. Era un hombre asustado, con la excusa de las heridas no pisaba la calle ni para bajar al quiosco a comprar el *Marca*, se lo compraba Josefina, que le incitaba a salir, «necesitas que te dé el sol, estás pálido como un muerto», le decía, pero Sebastián no se movía de casa, pasaba las horas dormitando en su sillón orejero, frente a la tele, que tenía siempre puesta, por si acaso desde el telediario le daban noticias de su hijo. Era una espera amarga porque las noticias que le pudieran llegar por esa vía no serían buenas: la detención de Jacobo, o su huida tras un atentado en el que tal vez matara a guardias civiles, compañeros de su padre, o quizá su muerte a manos de los GAL. Ella en su lugar no habría encendido nunca la tele. Tampoco se imaginaba a Jacobo matando a nadie. En su familia no hablaban de él para no disgustar a su padre. Sebastián un día le comentó que su hijo estaba en Francia, estudiando para ingeniero agrónomo, «las universidades francesas son mucho mejores, dónde vas a parar». Delante de ella no lo mencionó más. Cuando se quedaba a pasar la noche en casa de Irene, cada vez con más frecuencia, dormía en el cuarto de Jacobo, en una cama de matrimonio que tenía para él solo, cómo lo habían mimado sus padres, así había acabado. En las paredes se veían las huellas de los pósteres y carteles con que Jacobo la había decorado y que su padre mandó arrancar, solo se salvó de la destrucción un póster del Che Guevara, con su pelo alborotado bajo la boina de guerrillero. Estaba bueno el Che, había en él algo que le recordaba a Julen, quizá la forma de la boca o la mirada resuelta, perdida en lontananza, aunque la última vez que vio a Julen no tenía la mirada perdida sino clavada en ella. Se la llevaban los demonios cada vez que pensaba en Julen, cómo había conseguido darle la vuelta a la situación y hacerle sentir mal a ella, cuando era él quien se había portado como un cabrón, los abogados se las sabían todas. Había repasado su último encuentro una y otra vez, pensando en lo que le tendría que haber dicho, cómo debería haber contraatacado en lugar de quedarse con la cabeza gacha, aguantando el chaparrón. No era culpa suya que Irene hubiera tenido un ataque de celos y hubiera montado aquel escándalo, la culpa, en todo caso, la tenían Peio y aquella Idoia que le bailaba el

agua. Era injusto que Julen la hubiera tomado con ella y que dijera que Irene quería que los GAL mataran a su hermano, a Irene los GAL la tenían muy preocupada, cada vez que los GAL asesinaban a un refugiado en el sur de Francia se ponía frenética, «estos hijos de puta», decía, «me cago en Felipe González», incluso se alegraba cuando los batasunos destrozaban una casa del pueblo y casi, cuando había un atentado de ETA, por causa de los GAL y de su hermano, Irene estaba cambiando de bando. A ella los GAL no le parecían mal, como le dijo a Irene, «así los etarras se enteran del daño que hacen porque lo sufren en su propia piel». Irene le contestó «¿y a ti qué daño te ha hecho Jacobo?». No se podía hablar con ella.

—Fíjate bien —le dijo Sebastián, cogiendo una ficha blanca en la que ella no había reparado y desplazándola en tres ágiles movimientos hasta llegar a la última fila de su parte del tablero—. ¡Ya tienes una reina! Vas a ganar la partida. —Y puso otra dama blanca encima. Cansado de jugar contra una rival indolente, ahora jugaba contra sí mismo. Ella se echó a reír. Sebastián la secundó. Se llevaba bien con él, aunque, como decía Irene, su padre era un piko y los pikoletos eran los más cabrones. Una noche en que se presentó en casa de Irene, tras un altercado con su padre, Sebastián entró en el cuarto de su hija cuando ella le estaba mostrando las marcas de su espalda. Sebastián se excusó por su indiscreción, siempre tan pudoroso, y, mirando hacia la pared, le preguntó, «¿quién te ha hecho esto?, tienes que denunciarlo». Ella le contestó que había sido su padre. Sebastián empalideció y salió del cuarto. Él nunca le ponía a Irene la mano encima. Irene no se merecía a los padres que tenía, la trataban como a una reina, le daban toda la libertad del mundo (demasiada, en su opinión), nunca le preguntaban dónde vas, ni con quién, aunque ella les hacía sufrir con su vida caótica. A Peio no lo podían ni ver, pero ella, Miren, les gustaba mucho, les parecía una persona responsable y seria, «cuánto me alegra que seas amiga de Irene», le había dicho Josefina. También: «ya sabes que puedes venir cuando quieras, aunque no esté Irene, eres como de la familia». A veces pensaba que ella era la hija que los padres de Irene hubieran querido tener.

La iban a echar en falta cuando se fuera a Inglaterra. La excusa era aprender inglés. Carmina Gutiérrez le había dicho a su madre que para ser secretaria de dirección había que tener idiomas, sobre todo inglés (aunque Carmina solo hablaba francés), pero cuando ella le expuso el proyecto a su madre, esta le replicó que primero tenía que acabar el BUP, luego ya verían, y en cuanto a su padre, le había informado de que ella no se iba a ningún lado, ya era mayor de edad y tenía que empezar a trabajar y traer dinero a casa, a ver si se pensaba que vivía en un hotel. Le había buscado un trabajo de cajera para julio y agosto en el supermercado de un conocido suyo (le costaba creer

que su padre tuviera un amigo dueño de un supermercado, sería el encargado como mucho). Su madre apoyaba el plan; puesto que el sueldo de su marido se le escapaba, echaría mano del suyo. A ella le indignaba que sus padres no pensaran en su porvenir, solo en explotarla, pero su madre le dijo, «no se te van a caer los anillos por trabajar un par de meses», cuando ella, su madre, no había trabajado en su vida. Se suponía que cuando hubiera aprobado el BUP, se iría a Madrid a estudiar secretariado de dirección. Carmina Gutiérrez se había portado muy bien, opinaba su madre; aunque no pudiera acogerla en su casa porque tenía muchos compromisos, le había encontrado alojamiento gratis en una residencia de monjas de Madrid, donde ella podría dormir a cambio de pequeños servicios. «¿Qué pequeños servicios?», preguntó. «No sé, Carmina no me lo ha dicho, colaborar, echar una mano, supongo», contestó su madre, y repitió «no se te van a caer los anillos». Irene le había aconsejado que no fuera ni loca, «se aprovecharán de ti, te harán su esclava, las monjas son unas arpías», ellas las conocía bien, había ido a un colegio religioso, fue entonces cuando le propuso el viaje a Inglaterra. Lo irónico era que viajarían a través de una organización de monjas, que colocaba chicas *au pair* en familias inglesas. Irene no tenía la menor intención de cuidar niños ni de irse a vegetar a una ciudad perdida en la campiña inglesa, en cuanto llegaran al aeropuerto de Londres (la organización les pagaría el viaje), ellas se darían el piro para irse a un *squat* donde vivía una punki de Bilbao que Irene conocía y que le había dicho que podrían quedarse allí una temporada. Irene había estado una vez en Londres, no había podido visitar ningún *squat* porque había ido a abortar, pero le habían hablado maravillas de esos lugares donde se podía vivir de gorra y todo el mundo era punk y anarco y había fiesta continua. A ella la idea le inspiraba recelo, pero estaba dispuesta a hacer la prueba, nada podía ser peor que su familia. ¿Qué estaría haciendo Irene? ¿Metiéndose un pico con Peio? Irene los dejaba (a Peio y el caballo) pero no del todo, cuando llevaba dos días sin meterse, decía que no podía aguantar el mono y decidía ir a ver a Peio para intentar convencerlo de que lo dejaran juntos, o por lo menos le consiguiera metadona, y vuelta a empezar. Por fin oyó el chasquido de la puerta de la calle y la voz de Josefina que decía, con un tono de reproche leve, levísimo: «¡Ya era hora, hija!».

Los martes y los jueves por la tarde, su madre iba al supermercado y volvía al cabo de tres horas con una botella de leche y otra de lejía o con un bote de colacao y un paquete de macarrones, a quién creía engañar. Las compras serias las hacía el viernes por la mañana con el carrito, no iba a llevárselo para sus citas con Amadeo, a quien ya no recibía en casa por no irritar a su padre, quien había adoptado la

costumbre de llamarla varias veces al día con el pretexto más tonto, para controlarla. Esos dos días de la semana Javi iba a judo por la tarde y ella a clase de mecanografía, pero aquel martes se la había saltado porque tenía un examen de Historia al día siguiente y le tocaba empollar, es lo que le diría a su madre cuando se la encontrara en casa al volver del súper y no faltaría a la verdad, o solo en parte, tenía intención de estudiar, desde que Irene había sido abducida por Peio y la heroína, apenas salían juntas, así que tenía mucho tiempo libre y lo dedicaba al estudio, quería aprobar el BUP después de todo, todavía resonaba en sus oídos aquella pregunta acusatoria de Julen, «¿qué vas a hacer con tu vida?», aunque tenía la sensación de que no conducía su vida, era la vida quien la arrastraba a ella.

El gabinete de su padre era el cuarto de los trastos, pero él lo llamaba así, «mi gabinete», para darse aires. Era un cuchitril atestado de objetos inservibles, sillas sin asiento o sin respaldo, un triciclo viejo de Javi, un colchón destripado, una bicicleta sin rueda, una aspiradora que ya no aspiraba, una lámpara con la pantalla rota, trastos de los que su padre se resistía a desprenderse, un día llevaría a reparar las sillas, la pantalla, la bicicleta y la aspiradora, el triciclo estaba como nuevo, se lo regalarían a alguien que tuviera críos pequeños, el colchón se podía rellenar, etcétera. También guardaban allí, en un armario empotrado, la ropa de cama y las toallas. Su padre había arrumbado los trastos unos encima de otros para hacer un hueco donde poner su escritorio. Cuando trabajaba (eso decía él) se sentaba al escritorio en la silla sin respaldo, el trastero tenía un pestillo y su padre lo corría. «Que no me moleste nadie», decía, haciéndose el importante. ¿Quién lo iba a molestar? Era él quien los molestaba a todos. Sospechaba que su padre había escondido su pasaporte en el escritorio para que no pudiera irse a Inglaterra. Se lo había sacado con motivo de una excursión a Burdeos que iba a hacer con el instituto, al final no fue porque la castigaron, ella misma provocó el castigo para evitar la vergüenza de que su madre fuera a suplicarle al director del instituto que la dejaran ir de todos modos, aunque no tuviera el dinero del viaje, ya lo pagarían a plazos más adelante. Cuando unos días atrás le pidió el pasaporte, su madre le preguntó que para qué lo quería y le recordó que a Inglaterra no le dejaban ir. Ella le dijo que ya lo sabía, necesitaba el pasaporte para viajar a San Juan de Luz con sus amigas el fin de semana, era la única de su clase que nunca había estado en Francia ni en ningún otro sitio, nunca la llevaban a ninguna parte. Su madre le respondió que todos los años iban de vacaciones a casa de sus abuelos y que los pasaportes los tenía su padre, hablaría con él, pero desde la última pelea sus padres no se dirigían la palabra.

Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave. Puede que su padre la llevara consigo, pero lo más probable era que la dejara en

casa. Por encima del escritorio no estaba, miró en el cubilete donde había un par de bolígrafos, una pluma sin tinta, un lápiz romo, un sacapuntas y varios clips, lo sacó todo. Allí tampoco. Fue al cuarto de sus padres y registró los cajones de su padre. Ella escondía entre las bragas y los sostenes el costo (cuando tenía), y, a veces, condones, pensó que su padre tal vez ocultaba la llave entre sus calzoncillos, pero no. Abrió el cajón de la mesilla de noche de su padre, encontró mecheros (se quedó con uno tras comprobar que funcionaba), cajas de cerillas, un paquete de Marlboro (su padre no fumaba Marlboro, para qué lo tendría), algunas monedas, unas gafas de sol antiguas y un manojo de llaves, dos de ellas pequeñitas, del tamaño de las cerraduras de los cajones del escritorio. Probó con las dos, la primera no abrió —era la del buzón, no la había reconocido—, la segunda sí. El cajón superior estaba lleno de papeles, cartas, recibos, facturas, nada de interés. Halló su pasaporte, junto con los de sus padres, en el segundo cajón, donde su padre también guardaba un dietario del año anterior, 1984, que estaba en blanco, lo hojeó por curiosidad y también por curiosidad abrió el tercer cajón, el inferior, aunque ya tuviera su pasaporte. Lo primero que vio fue la pistola. Dio un paso atrás como si fuera a dispararse sola. No la tocó por si estaba cargada, era distinta de la Astra que usaba su padre cuando iba de uniforme. Encontró un pasaporte a nombre de Pedro Jiménez Cabezas con una foto antigua de su padre, y un DNI con idéntico nombre y otra foto de su padre, la misma que llevaba su pasaporte legítimo, de cuando iba afeitado y tenía el pelo corto. Había una cartera negra de cuero ajado con billetes de cinco mil pesetas en su interior, ninguno más pequeño. Resistió la tentación. Entre las hojas de un cuaderno de tapas azules descubrió un mapa de Biarritz y otro de Bayona, en los que su padre había trazado señales y círculos con tinta roja y verde, así como fotos, y fotocopias de fotos (un poco borrosas), de individuos cuyos nombres figuraban al dorso, junto a sus direcciones en Biarritz o en Hendaya o en San Juan de Luz, así como las marcas y matrículas de sus coches. Solo reconoció una cara y un nombre: Domingo Iturbe Abasolo, *Txomin*, un jefe de ETA muy famoso, había visto imágenes suyas en la tele y en periódicos. Sintió un súbito respeto por su padre. Al ponerse a mirar las fotos y los papeles no había tomado la precaución de recordar en qué orden estaba cada uno, se puso muy nerviosa intentando dejarlo todo como antes. Luego cerró los cajones con la llave, que devolvió a la mesita de noche, y cuando lo hubo hecho reflexionó que su padre iba a advertir de todas formas que ella había estado revolviendo sus cosas y echaría en falta el pasaporte. Recuperó la llave, volvió a abrir el tercer cajón y sacó un billete de cinco mil pesetas de la cartera negra; ya que su padre se iba a cabrear con ella, que fuera con motivo.

Sebastián aparcaba su coche, un Ford Escort gris, en un garaje cercano a su casa; allí tuvieron el primer rifirrafe. Irene metió la llave en la portezuela como si tal cosa, sin cerciorarse antes de que el coche no llevara adosada ninguna bomba, y eso que su padre era guardia civil. La llamó cagada porque ella se fue a la otra punta del garaje y no se subió al coche hasta que Irene hubo superado la rampa de salida. Irene se había recogido el pelo y se había puesto un vestido muy cursi, con hombreras, volantes y fruncidos, que se había comprado para la boda de un primo. A ella le afeó que llevara vaqueros, le dijo que el plan ZEN ordenaba a la policía que diera el alto a todos los jóvenes con vaqueros. Ella le dijo que si eso fuera verdad la tendrían que haber detenido cientos de veces. Por encima de los vaqueros lucía una blusa estampada de manga corta que había tomado prestada, sin permiso, de su madre. Que Irene se pusiera tan tiquismiquis incrementaba su nerviosismo, comprendió que su amiga tenía miedo y le había pedido que la acompañara para repartirlo con ella. Irene le dijo, «no estés tensa, si nos paran en un control o en la frontera, que no te vean nerviosa». Ella respondió «lo que me pone nerviosa es lo mal que conduces». Irene se molestó y no abrió la boca hasta pasado Éibar, cuando le recriminó que se quedara dormida en vez de darle conversación. En el peaje de Zarauz encontraron un control, varios jeeps de la Guardia Civil cruzados en la autopista, los guardias delante, las piernas abiertas y metralletas en las manos, detrás, las barreras de pinchos. Había una cola de coches esperando que los dejaran pasar; cuando les tocó el turno, Irene desplegó todos sus encantos, le dijo al agente que su padre era compañero suyo, sargento del cuerpo en Barakaldo, y que le había dejado su coche para que llevara a su amiga a conocer Francia. El guardia civil sonrió complacido y le dijo a ella, «como España no hay nada». Al despedirla se llevó la mano al tricornio, como si Irene fuera su padre.

Pasaron la frontera sin problemas. Se sintió decepcionada, la carretera era mejor (eso dijo Irene) y los letreros estaban todos en francés, pero por lo demás, el sur de Francia era igual que el País Vasco, los mismos bosques, montes bajos y campos verdes llenos de flores, caseríos dispersos, vacas paciendo (las mismas vacas), aunque tal vez los pueblecitos fueran más pulcros y las casas estuvieran más nuevas, como recién pintadas. San Juan de Luz le gustó mucho, las casas blancas con entramado de vigas rojas o verdes en las fachadas, el puerto inundado de luz aquella tarde de junio, las calles del centro atestadas de tiendas, cafés con mesas que se derramaban por la calzada... Los franceses iban bien vestidos y los coches que pasaban por la carretera eran casi todos nuevos, allí había dinero, mucho dinero, esa era la gran diferencia entre España y Francia. Se sentaron a una mesa de un café que hacía esquina y bebieron unas cervezas

mirando al puerto, mientras comían los bocadillos que les había preparado la madre de Irene, quien también les había dado bolsas con ropa y comida para Jacobo. Irene nunca le hablaba de él, pero aquel día le confió que su hermano estaba harto de esperar no sabía qué en el sur de Francia, cada poco tiempo la organización lo cambiaba de alojamiento, se sentía solo, estaba aburrido, echaba de menos a su novia (que no había ido a verlo ni un solo día, con la excusa de que temía que la siguieran los *txakurras*) y ya casi ni se atrevía a salir a la calle por miedo a los GAL, aunque hacía unos meses que las cosas estaban más tranquilas. Irene y su madre querían convencerlo de que dejara aquello (Iparralde, ETA, la lucha por la liberación de Euskal Herria, la novia, Izaskun, sobre todo a ella) y se fuera a Argentina, donde la madre de Irene tenía parientes que podrían acogerlo. Le pareció un buen plan, casi le dio envidia, a ella también le hubiera gustado tener parientes bien dispuestos en Argentina. Al salir del café dieron vueltas y más vueltas por San Juan de Luz, porque la cita con Jacobo era a las nueve y media de la noche. Ella se quejó de que regresarían a Barakaldo muy tarde. Irene le dijo, «si quieres vete», sabía muy bien que andando no se podía ir.

Ciboure estaba enfrente de San Juan de Luz, al otro lado de la bahía. Dejaron el coche en San Juan de Luz y fueron a pie para hacer tiempo, las bolsas eran muy pesadas, la madre de Irene había vaciado dentro media nevera. El bar se llamaba Trinket Ttiki y estaba a la entrada de Ciboure, junto a la carretera nacional. Llegaron a las nueve y media en punto. Era una taberna vasca igual que las del otro lado, con un frontón pequeño al final; habría unas veinte personas, casi todas hombres, repartidas en mesas. La mayoría jugaba a las cartas, un letrero en francés sobre la barra anunciaba que aquel viernes se celebraba un torneo de mus. Oyó hablar en castellano y en euskera, algunos parroquianos llevaban *txapela*. Todas las mesas estaban ocupadas, pero tuvieron la suerte de que al poco de llegar una pareja de franceses dejara una mesa libre. Irene se sentó de cara a la puerta, para ver a Jacobo cuando entrara, ella ocupó la silla opuesta, orientada hacia las mesas del fondo, en una de las cuales cuatro hombres bebían café y hablaban con sigilo, por las pintas debían de ser refugiados vascos, como Jacobo. Irene le dijo que en cuanto llegara su hermano tenía que marcharse y dejarlos solos. Ella dijo «bueno» pero se mosqueó, Irene la usaba como si fuera su esclava, «acompáñame a Francia», «lárgate en cuanto aparezca Jacobo», le estaba cobrando en especie el favor que le hacía permitiéndole ir a Londres con ella. Por lo menos Irene pagaba todas las consumiciones con el dinero que le había dado su madre (su padre, Sebastián, no sabía nada del viaje). Pidió dos *bières* en la barra, el tabernero la miró con suspicacia y le preguntó en perfecto español «¿cuántos años

tienes?». Ella dijo que dieciocho y le mostró el pasaporte para probarlo, era irritante parecer tan joven.

A las diez de la noche, Jacobo aún no había llegado. Irene estaba agitada, venga a mirar el reloj. Ella le dijo, «puede que se haya olvidado». Irene dijo «no seas gilipollas, claro que vendrá». Ella le propuso que preguntaran a los refugiados de la mesa del fondo, seguro que lo conocían. Irene le dijo, «cállate de una vez, me estás poniendo nerviosa», y justo en ese momento entró su hermano. Se había dejado barba y el pelo largo, estaba más delgado. Abrazó y besó a Irene, emocionado, y a ella le dijo «*Kaixo*, Miren», como si apenas la conociera, como si no hubieran colocado juntos la falsa bomba en la aldea. Se dio cuenta de que lo incomodaba su presencia, no hacía ninguna falta que Irene la mirara como la miró, se levantó y dijo que se iba a fumar fuera, como si dentro no estuviera fumando todo dios. Salió del bar por la puerta lateral que daba a una calle estrecha, más allá estaban las fábricas conserveras, hasta allí llegaba el olor a salitre y pescado. Hacía fresco, se arrepintió de no haberse traído una chupa. Ya era de noche, los faroles de la calle estaban encendidos. Sacó un cigarrillo y el mechero del bolso, iba a fumar aunque no tuviera ganas, solo porque lo había dicho. Lo vio en el instante de acercar la llama al cigarro, con su aspecto siniestro de yonqui o mendigo, las manos en los bolsillos de los pantalones vaqueros, apoyado en la pared de una casa de la acera de enfrente, a diez metros escasos de ella. Estaba envuelto en sombra, pero aun así lo reconoció enseguida y él también a ella, se despegó de la pared y empezó a cruzar la calle, antes de que su padre pudiera alcanzarla se metió de nuevo en el bar y se refugió en el otro extremo de la barra, el que daba a la entrada principal, donde se agrupaban algunos clientes que departían con el tabernero, cuando su padre viniera a por ella no se atrevería a montar un escándalo en un sitio tan concurrido. La había estado siguiendo, su padre, el policía secreta, en vez de perseguir etarras, la espiaba a ella, se habría dado cuenta de que le había mangado cinco mil pesetas. Debía de tener una expresión muy rara porque un señor le preguntó en francés qué le pasaba, ella le contestó *«rien de rien»*, pero el señor había vuelto la cara sin esperar su respuesta, la mirada fija en la puerta lateral por la que acababa de entrar un tipo con bigote, vestido de chándal, que cargaba una metralleta y quien, tras echar un vistazo a los presentes, se puso a disparar. Ella se tiró al suelo en un gesto instintivo, como los demás. Visto de espaldas, y desde abajo, el hombrecillo (era bajito) parecía una mujer, tenía hombros estrechos y culo de mujer, que temblaba al compás del tableteo de la ametralladora con la que apuntaba hacia las mesas del fondo, el ruido era infernal, hasta el suelo vibraba. Estaba segura de que en un instante se daría la vuelta y se pondría a disparar hacia donde estaba

ella, pero de repente se hizo el silencio, el hombre (o la mujer o lo que fuere), agarrando la metralleta con una sola mano, arrojó algo al suelo con la otra y se fue a toda prisa por la misma puerta por la que había entrado. Ella vio la granada, todos vieron la granada en el centro del bar, y se quedaron en vilo, congelados, sin respirar, esperando la explosión. Pasaron uno, dos, tres, cuatro, cinco largos minutos y la granada seguía en el suelo sin hacer nada. Alguien dijo, «no va a explotar», entonces se produjo la estampida, puede que fuera ella la primera en salir a la calle aunque volvió a entrar porque se había dejado el bolso en la barra, entonces vio los cuerpos derrumbados sobre la mesa de los refugiados, sangre por todas partes, rostros atónitos, anonadados, un grupo de personas que se inclinaba sobre un hombre herido, Jacobo que llevaba a Irene en brazos, temió que la hubieran matado pero ni siquiera estaba herida, se había desmayado. Enseguida llegaron las ambulancias y las camionetas de los gendarmes y Jacobo se esfumó porque no tenía el estatuto de refugiado. Ella acompañó a Irene a la ambulancia, se la veía tan pálida que parecía moribunda, pero los enfermeros la reanimaron en un plis plas y se la sacaron de encima, *«Ça va! Vous pouvez marcher»*, había heridos serios a los que atender. Fuera, luces rojas y azules alarmaban la noche y una multitud se arremolinaba frente al bar Trinket, de cuyo interior llegaban gritos, sollozos, lamentos, amenazas, los gitanos de Ciboure se habían congregado en el bar para llorar a sus muertos. Supo por Irene que, mientras ella salía a fumar, los refugiados vascos de la mesa del fondo se habían levantado para dejar sitio a unos gitanos franceses que participaban en el campeonato de mus, y eso les salvó la vida, el hijoputa de los GAL confundió a los gitanos con ellos. Ella estuvo a punto de decir, «¿cómo sabes que han sido los GAL?» pero no lo hizo, era una pregunta estúpida. Intentó fumar pero le temblaban tanto las manos que el cigarrillo se le escurría entre los dedos.

Durmieron en el coche. Irene, tumbada en el asiento de atrás, sí durmió —en la ambulancia le habían dado un Valium—, pero ella, retorcida en el asiento del copiloto, no pegó ojo. No podía dejar de pensar en su padre. Ella lo había visto allí, acechando en el callejón, y él la había visto a ella y también cómo se volvía a meter dentro del bar en el que él sabía que se iba a cometer un atentado. Si la granada hubiera explotado, puede que ahora ella estuviera muerta y sería como si él, su padre, la hubiera matado. Las despertó la luz de la mañana (algo durmió). Irene llamó a su casa desde una cabina para tranquilizar a su madre, que ya tenía noticias del atentado y, según Irene, estaba histérica, luego desayunaron en un café y regresaron. Al llegar a España pararon en una gasolinera y ella compró *El Diario Vasco*, que llevaba en portada «ASESINADOS DOS GITANOS EN CIBOURE». Por el periódico se enteraron de que los gitanos franceses asesinados se

llamaban Emile Weiss y Claude Doerr, de veintiséis y veintiocho años, casados, con hijos. No estaba claro si el asesino era un varón o una mujer con bigote postizo (Irene creía que era un hombre, ella, una mujer, por la forma de pera del culo, por cómo le temblaba). Al salir del Trinket el asesino se reunió con un cómplice con el que huyó hacia las fábricas conserveras, por el camino fueron increpados por la dueña y los clientes de un bar y los criminales dispararon tiros al aire para ahuyentarlos, decía el periódico, luego escaparon en un coche a la carrera. La policía francesa encontró en los alrededores del Trinket la ametralladora Sten empleada en el atentado y unas zapatillas de mujer del número 37. Tras el atentado, los gendarmes pusieron en marcha el plan «Éclat», con controles de carreteras y cierre de fronteras, para detener a los culpables. Imaginó a su padre huyendo junto al hombrecillo en dirección a las conserveras, disparando tiros al aire para asustar a sus perseguidores y metiéndose con el asesino en un coche, con el que se habrían dado a la fuga para ser capturados por los gendarmes franceses en un control de carretera. Imaginó la cara de espanto de su padre, su rostro reproducido miles de veces en la portada de *El Diario Vasco* del día siguiente, imaginó a su padre en la cárcel. No le dijo a Irene que lo había visto en el callejón la noche antes.

A la altura de Mondragón se detuvieron en un área de servicio para poner gasolina e Irene volvió a llamar a su casa, cuando regresó al coche le dijo que Nieves, su madre, había llamado por teléfono a la suya como veinte veces preguntando por ella, tenía mucha urgencia en verla. Supo entonces que su premonición se había cumplido: los gendarmes habían detenido a su padre por los asesinatos del bar Trinket, las llamadas frenéticas de su madre y sus prisas por verla no podían tener otro motivo. Irene la dejó delante de su casa, al despedirse pensó que no la volvería a ver, Irene no querría seguir siendo amiga suya si su padre era de los GAL, no se iría con ella a Londres, ni podría continuar viviendo en Barakaldo, mientras subía en el ascensor pensó que la vida que había llevado hasta entonces había terminado.

—¿Qué haces con mi blusa? ¿Quién te ha dado permiso para ponértela?

No contestó a su madre, ¿para qué? Su padre estaba allí, viendo la tele en el sofá. Se había afeitado la barba y cortado el pelo (se lo debía de haber cortado su madre, le había dejado la nuca a trasquilones). Iba en pijama aunque ya debían ser las doce.

—Tu hija es una ladrona, Nieves. ¿Ahora te enteras? —dijo su padre, que se levantó del sofá, apagó la tele y suspiró hondo, como si le pesara la tarea que tenía por delante. El pijama carecía de cinturón, las manos de su padre parecían desnudas, desconcertadas, no sabían

qué hacer mientras la increpaba:

—¿Qué hacías ayer en Ciboure en un bar de etarras? ¿Ahora te juntas con terroristas?

Le plantó cara.

—¿Y tú qué hacías en el bar Trinket? ¿Quieres que lo cuente?

El rostro de su padre se volvió púrpura, alzó la mano para pegarle pero se le quedó en alto, indecisa, fue su madre quien reaccionó, «no contestes así a tu padre», le dijo, y fue instintivo, no alcanzó a comprender lo que estaba diciendo hasta que lo hubo dicho:

—No soy su hija. Mi padre es el teniente coronel Mario Quintana.

Esta vez fue su madre quien le dio la bofetada y luego dijo: «Vete de casa». Estaba tan alterada que le faltaron palabras para insultarla. Su padre se largó dando un portazo. Ella metió sus cosas en una maleta a toda prisa. Su madre tuvo la presencia de ánimo de interrumpir su llanto para inspeccionar el contenido, por si había robado algo.

Tuvo la certidumbre aquella noche espantosa: Paco no era su padre, ya no le cabía ninguna duda, solo así se explicaba que no hubiera movido un dedo para sacarla del bar Trinket, a sabiendas de lo que iba a suceder. Le indignó que su madre la echara de casa por decir la verdad, aunque ella no fue capaz de contársela a Irene ni a sus padres, pese a que vivió con ellos hasta que se fue a Inglaterra. Tampoco se lo dijo a Julen.

No se le había pasado por la cabeza que a finales de junio la ikastola estaría cerrada, al igual que los colegios y su instituto. Ya se iba a dar la vuelta cuando llegó Julen, que no se alegró de verla. Le dijo que lo encontraba allí de casualidad, iba a una reunión de profesores. Ella le dijo que quería hablar con él y Julen hizo un gesto impaciente, como diciendo «no puedo perder el tiempo contigo», entonces lo soltó.

—Mi padre es de los GAL.

Él la miró como nunca la había mirado. Abrió la puerta de la ikastola y le dijo, «entra».

13

Es un relato del escritor norteamericano Ambrose Bierce, se titula «Un jinete en el cielo», transcurre en la guerra de Secesión norteamericana. Un soldado dormita sobre un lecho de hojas y ramas, una tarde de otoño de 1861. No debería dormir porque es un centinela, si los suyos lo sorprenden perdido en el sueño será condenado a muerte. Desde el lugar resguardado en el que se halla tiene una visión espléndida sobre un estrecho valle cubierto de bosque, cerrado por paredes escarpadas (escribe Ambrose Bierce: *Ningún terreno parece lo suficientemente inhóspito y abrupto para que los hombres no lo conviertan en campo de batalla*). Hasta cinco regimientos de infantería de la Unión se guarecen en sus bosques y hondonadas, a la espera de la puesta de sol, cuando tienen previsto ascender hasta el puesto de guardia del centinela, para descender sigilosos por la ladera opuesta y caer sobre el campamento enemigo. El soldado procede de Virginia, un estado sureño, su nombre es Carter Druse. Es hijo único de una familia acomodada y *se había criado con la tranquilidad, educación y buena vida que la riqueza y el gusto refinado podían llegar a conseguir en esta zona montañosa del oeste de Virginia*, en palabras de Bierce, quien añade que *su casa dista unos pocos kilómetros de su puesto de guardia y conoce bien el terreno*, una de las razones por las que le ha sido confiada la vigilancia.

Una mañana, poco tiempo atrás, Carter Druse informó a su padre de la llegada de un regimiento de la Unión y de su intención de alistarse en él. El padre, como buen caballero sureño, era confederado. No perdió la compostura, pese al dolor que le causaron las palabras de su hijo, se limitó a advertirle de que para Virginia, su estado, ya era un traidor. Añadió que si ambos sobrevivían a la guerra tendrían ocasión de resolver con calma su querella, le recordó a su madre moribunda, a quien no debían disgustar, y le dijo —pero esto se lo dijo antes, al principio de su parlamento, he tergiversado el orden—: *Muy bien, vete entonces, y ocurra lo que ocurra, haz siempre lo que creas que debes hacer*. Hasta la fecha Carter Druse ha cumplido con creces la admonición paterna, se ha desempeñado con entrega y valor en la lucha, si hoy lo ha vencido el sueño es porque está cansado, pero un sexto sentido *(un mensajero invisible del destino)* hace que despierte y, apartando las ramas que lo camuflan, inspeccione el panorama. Lo que ve lo asombra: sobre un saliente rocoso, en lo alto de la pared frontera, se yergue *una estatua ecuestre de una dignidad admirable*, el

jinete —a quien por su estampa Bierce compara con un dios griego— viste el uniforme gris del enemigo. Lleva un fusil cruzado sobre la silla, mira hacia abajo sentado con apostura marcial sobre el caballo, el rostro vuelto en dirección opuesta; ambos, jinete y caballo, se alzan inmóviles al borde de la gran losa. Carter Druse se despabila del todo, toma posición, empuña el fusil y apunta al pecho del jinete impávido, pero justo en aquel momento este vuelve la cabeza y, sobre el abismo que los separa, parece escrutar al centinela, que ahora puede ver su cara. La duda, la desazón se apoderan de Carter Druse, quien teme no ser capaz de recuperar su aplomo, pero lo hace porque es un soldado de la Unión y recuerda las palabras de su padre: *Ocurra lo que ocurra, haz siempre lo que creas que debes hacer*. Respecto a esto no alberga duda: es su deber matar a aquel oficial de los confederados que desde su situación privilegiada puede observar a las tropas de la Unión que cabalgan en fila por el fondo del valle. Toma de nuevo el fusil, pero esta vez no apunta al pecho del hombre, sino al caballo.

Un oficial de la Unión, que se ha aventurado solo por el bosque, asiste a un espectáculo extraordinario: un jinete y un caballo caen al vacío desde la cumbre de un precipicio, con tal garbo que parecen volar, el jinete retiene a su caballo por las riendas para aliviar su carga, el caballo cabalga el aire hasta que cesa el movimiento de sus patas y, simplemente, vuela, luego, *el sonido de una colisión entre los árboles*.

Carter Druse, el centinela, ha vuelto a cargar su fusil y continúa en su puesto, ojo avizor, cuando recibe la visita de un sargento que ha oído la detonación y le pregunta si ha sido él quien ha disparado.

—Sí.

—¿A qué?

—A un caballo. Estaba sobre aquella roca plana, justo al borde del precipicio. ¿Lo ve? Ya no está allí. Se precipitó por el vacío.

La cara del soldado estaba pálida, pero no mostró ningún otro signo de emoción. Habiendo dado respuesta a las preguntas, volvió la vista y no dijo nada más. El sargento no entendió.

—Veamos, Druse —le dijo, tras unos instantes de silencio—. No hay necesidad de hacer de esto un misterio. Le ordeno que me informe. ¿Había alguien sobre el caballo?

—Sí.

—¿Y bien?

—Era mi padre.

Hay algo que está implícito en el cuento, aunque Ambrose Bierce no lo mencione: Carter Druse no mató a su padre, aquel envarado caballero sureño que se oponía a liberar a sus esclavos, porque sus ideas divergieran, ni siquiera porque el azar de la guerra los hubiera situado

en posiciones enfrentadas y su deber como soldado de la Unión fuera impedir que un oficial enemigo alertara a los suyos de la presencia de tropas federales, Carter Druse mató a su padre porque lo odiaba y se alistó en las filas de la Unión con un solo propósito: encontrar a su padre y matarlo. Esta es mi interpretación, una mera disparidad ideológica, por radical que sea, no puede llevar a un hijo a matar a un padre, o viceversa, ha de haber algo más, una inquina profunda, un deseo de venganza, un rencor antiguo. Julen me preguntó, al término de nuestro encuentro, aquella tarde de finales de junio en la ikastola de la calle Francisco Gómez:

—¿Tú sabes lo que le puede pasar a tu *aita*?

Me sentí desconcertada, yo le había contado a Julen con todo detalle cuanto sabía sobre la relación de mi padre con los GAL e incluso le había dado las señas de nuestra casa y nuestro número de teléfono, él me había escuchado con atención mientras tomaba notas, yo esperaba algún tipo de reconocimiento, algún encomio aunque fuera pequeño, no esa pregunta que era como un reproche y que me hacía responsable de lo que ETA hiciera con mi padre.

Le respondí, mirándolo a los ojos, como suelen hacer los mentirosos, que los GAL eran una organización criminal que mataba a inocentes y que había que pararlos, y decía verdad, mi experiencia en Ciboure me había hecho cambiar de opinión sobre los GAL, pero había algo más que omití porque no concernía a Julen, un odio desatado hacia aquel hombre que podía o no ser mi padre, al que consideraba culpable de todas mis desdichas y las de mi familia. Paco Ortega y yo éramos enemigos, más allá de los bandos en que nos hubiéramos alineado. A mí me indignaban los asesinatos de Emile Weiss y Claude Doerr —de quienes la prensa de la época destacaba su condición de gitanos por encima de su nacionalidad francesa o del hecho de que fueran seres humanos, como si su etnia de algún modo disminuyera o matizara la magnitud de la catástrofe—, no mentí a Julen cuando le manifesté mi repulsa por los crímenes, pero para mí lo más terrible que había sucedido aquella noche en el bar Trinket era que mi padre había estado dispuesto a sacrificarme, por eso lo delaté y no por la muerte de los dos franceses, y si continuara escribiendo en tercera persona, refiriéndome a mí misma como Miren, quizá ese impulso egoísta se vería atenuado o hallaría disculpa en la juventud de Miren, su bisoñez, que le impediría comprender el verdadero alcance de su conducta. Pensé que al poner distancia con la muchacha que fui, escribiendo en tercera persona, podría narrar los hechos con objetividad, me equivoqué, no he podido evitar hacer trampa, la Miren que he retratado es un ser inocente, atribulado, víctima de las circunstancias, que tenía la *sensación de no conducir su vida, era la vida quien la arrastraba a ella* (no he tenido pudor en escribirlo).

Y sin embargo, algo de cierto hay en ello, *je est un autre*, ya no soy la joven que fui, por lo que me cuesta hacerme responsable de sus actos, aunque sé que mi disculpa es débil, falaz, y replica las excusas de Idoia López Riaño, «yo era muy joven», «ellos me utilizaron», «no sabía lo que hacía»..., etcétera, aunque yo sí lo sabía, era muy consciente de que ETA podía matar a mi padre a raíz de mi delación y me parecía una consecuencia asumible, del mismo modo que Idoia justificaba los asesinatos de Joseph Couchot y Ángel Facal, porque el uno era un colaborador de los GAL y el otro un camello que enganchaba a los niños a la heroína, o Amparo, la malcasada, revindicaba en *El umbral del dolor* haber dado muerte a su odioso marido: como actos necesarios, de defensa propia o de evitación de males futuros, actos de justicia, una justicia divina de la que las tres seríamos ejecutoras (con ese eufemismo bautizaba ETA sus asesinatos: *ejecución*, una palabra que parece implicar un juicio previo y equivale a una orden que debe cumplirse, un mero trámite). Yo creía que mi padre merecía la muerte y que el mundo estaría mejor sin él (sobre todo nosotros, su familia), y por eso hice lo que hice, pero no estaba preparada para lo otro.

Si siguiera escondiéndome bajo la voz de Miren, contaría que la pobre incauta se fue a Inglaterra antes de lo previsto en autobús, no en avión, con la ilusión que tenía, porque la convivencia en casa de Irene se había vuelto difícil; su amiga, tras el atentado de Ciboure, se había refugiado en Peio y en la heroína y como si supiera, sin saberlo, que Miren (o su padre) algo tenían que ver con aquello, se mostraba antipática con Miren, tratándola como a una extraña o una advenediza que con malas artes se había entrometido en su casa y en su familia, esa impresión tenía Miren aunque lo más probable es que lo único que Irene deseaba era que la dejaran en paz con su adicción y su novio, ella era una testigo incómoda. Describiría también la soledad de Miren en Inglaterra, un país que no era el lugar luminoso que esperaba sino un sitio frío, desapacible, donde llovía tanto como en Euskadi y cuyos habitantes parecían empeñados en no entenderla cuando se esforzaba en hablar en su precario inglés; a una Miren enferma bajo el cuidado rencoroso de la señora de la primera casa a la que fue a parar, en Nottingham, una ciudad que no llegó a conocer porque tan pronto se repuso de su gripe su anfitriona se apresuró a deshacerse de ella, devolviéndola a la organización de monjas, las cuales le hallaron alojamiento en una familia londinense de origen turco que hablaba un inglés exquisito (tampoco ellos la entendían). Miren la *au pair* entregada en cuerpo y alma a sus pupilos, tres niños de edades comprendidas entre los siete años y los trece meses, a los que no enseñaba español porque sus padres no tenían ningún interés en que aprendieran esa lengua, lo que querían era una *au pair* que fuera chica

para todo, que levantara a los niños por las mañanas, les diera el desayuno, llevara a los dos mayores al colegio y por la tarde los recogiera, que limpiara la casa, ya que no sabía cocinar, y ejerciera de nodriza y madre sustituta del pequeño, y Miren fue esa alhaja, esa chica para todo que solo disponía de unas horas por las tardes para ir a clase de inglés a la International House, una escuela de idiomas ubicada frente a Hyde Park, al que Miren se escapaba a menudo porque aquella vida la entristecía. Irene, que le había prometido que viajaría a Londres a principios de septiembre y la llevaría con ella a un *squat*, como tenían planeado, no le había escrito ni había respondido a sus cartas. Una tarde de finales de septiembre Miren se decidió a llamar a Irene, convirtió en monedas las veinte libras que la señora de la casa le había dado en pago de sus servicios y se encerró en una cabina. Le contestó la madre, Josefina, quien al principio no la reconoció, y luego le dijo que Irene se hallaba ausente porque se estaba curando.

—¿Está enferma? —pregunté yo, y Josefina me dijo:

—Bueno, sí, de lo suyo, ya sabes.

Entonces entendí el silencio de Irene, sus padres la habían ingresado en un centro de desintoxicación, y ya iba a despedirme, chasqueada, cuando Josefina añadió en tono compungido «siento mucho la desgracia de tu familia» y la comunicación se cortó. Mientras volvía a meter con impaciencia más monedas por la ranura mi corazón se encabritó, desde el día en que hablé con Julen en la ikastola estaba esperando una noticia, aunque no osara confesármelo a mí misma. No conseguía recuperar la conexión con Josefina, pasé momentos de angustia y nerviosismo, pero por fin volví a oír su vocecita y me enteré por ella de que habían matado a mi padre y también a mi hermano. Lo único que acerté a decir fue:

—¿Y a Javi por qué?

En el aeropuerto de Madrid me esperaba mi abuelo, que me recibió con cariño y me abrazó muy fuerte y por primera vez lloré, y mientras lloraba y me desahogaba, pensé: está bien llorar, es lo que se espera de mí, los culpables no lloran. A partir de ese momento empecé a representar el papel de víctima aunque no del todo, era lo que yo me sentía, no tanto culpable como víctima de mis propios actos, yo nunca quise la muerte de Javi, al contrario, estaba convencida de que librándolo de mi padre Javi dejaría de ser desgraciado, yo tenía buenas intenciones. Y tampoco estaba claro que fuera ETA quien los había matado, eso me dijo mi abuelo, la investigación policial estaba estancada por falta de pruebas, nadie había visto nada. ETA no había reivindicado el atentado y el único indicio de que disponían los investigadores era el testimonio de Amadeo, quien declaró que cuando

pasaba por nuestra calle casualmente aquella tarde, le llamó la atención una pareja de jóvenes, un hombre y una mujer, con los rostros cubiertos, que salieron corriendo de un edificio, se montaron en una Vespa y se alejaron a toda prisa. Dada su condición de policía, a Amadeo aquellos jóvenes le parecieron sospechosos, por lo que no le sorprendió descubrir que se acababa de producir un atentado en un piso de aquel edificio, esto declaró en el atestado policial, en el que añadió que él conocía al hombre asesinado, por su profesión. Y a su mujer, Nieves, la conocía aún mejor, aunque este detalle lo pasó por alto. Los crímenes se produjeron un jueves a las seis de la tarde, Javi a esa hora hubiera debido estar en clase de judo, pero ese día se encontró mal y volvió a casa antes. Los jueves por la tarde mi madre se veía con Amadeo, puede que este acudiera a la cita cuando tuvieron lugar los hechos o que regresara de ella, por eso se encontraba en nuestra calle, son elucubraciones mías, he dado tantas vueltas a lo largo de los años a aquellos sucesos que tengo la sensación de haberlos vivido, he visto muchas veces en mi imaginación a mi madre desquiciada, rota, aullando de dolor ante los cuerpos ensangrentados de su hijo y su marido, tendidos en el zaguán de su casa, a su vuelta del «supermercado», y me ha consolado pensar que el amante que acababa de despedir se enteró de lo ocurrido y subió corriendo para consolarla, alguna utilidad tuvo aquel sapo. Quizá si mi madre no hubiera estado ausente por su cita también la habrían matado, es lo que ella hubiera querido, según mi abuelo mi madre no hacía más que decir «ojalá me hubieran matado a mí y no a Javi». Yo he deseado muchas veces lo mismo, haber sido yo, y no el niño, quien se asomara al zaguán aquella tarde al oír las voces de mi padre y de los asesinos, para recibir en la frente un tiro perdido que me hubiera ahorrado el sufrimiento de todos estos años; es fácil decir esto, «ojalá hubiera sido yo», ser buena y sacrificada de forma retrospectiva, cuando el muerto ha sido otro y yo estoy viva.

Los funerales se celebraron en el pueblo de mi abuela, Barakaldo era territorio hostil para mi familia, aún más tras la difusión del rumor de que mi padre era de los GAL. La Policía Nacional de Bilbao no se portó bien, en opinión de mi abuelo, se desentendió de la viuda y de los muertos, emitió un comunicado en el que informaba de que mi padre había sido expulsado por infracción muy grave del cuerpo —algo que mi madre no sabía— y ni siquiera se hizo cargo de los gastos del traslado de los cuerpos, ni del sepelio. Enterraron al hombre que tal vez fue mi padre, y a mi hermano, en el panteón familiar del cementerio del pueblo segoviano del que habían sido caciques y prohombres los ancestros de mi abuelo, cuando tenían tierras y dehesas y títulos, pasada opulencia de la que solo quedaban aquel panteón con una cruz de piedra historiada y el apellido compuesto

Rodríguez de Haro, del que mi madre se enorgullecía tanto. Algunas de las inscripciones de la lápida se habían desvaído con el paso del tiempo, las dos recientes brillaban como todo lo nuevo:

Francisco Javier Ortega Pueyo
(1939-1985)
Francisco Javier Ortega Rodríguez de Haro (1976-1985)

¡Cuánto nombre para un niño tan pequeño! Qué hacía Javi ahí, en ese monumento fúnebre venido a menos, acompañado de muertos extraños. La última vez que lo vi no me despedí de él, yo estaba empezando a recoger mis pertenencias para meterlas en la maleta cuando Javi llegó de la calle, venía excitado, por fin tenía un amigo y había pasado la tarde con él. Se metió en mi cuarto y se puso a importunarme, me preguntó: «¿por qué haces la maleta?», «¿dónde te vas?», «¿nos vamos todos?», creo que me irritó su alegría, su despreocupación, le dije que me iba sola y que me dejara tranquila, «¿no ves que estoy ocupada?». Él se fue a regañadientes pero antes quiso saber «¿cuándo vuelves?», y yo le contesté, a voz en grito, para que me oyera mi madre:

—¡Nunca! Me han echado de casa.

Él se puso a llorar y yo no le hice caso, cerré mi maleta y me fui sin despedirme de nadie y ahora Javi estaba ahí, en ese panteón, convertido en recuerdo. Durante el tiempo en que viví en casa de los padres de Irene, antes de irme a Inglaterra, mi madre me llamó varias veces. No me quise poner. La madre de Irene intentó mediar, me traía recados de mi madre: «dice que si pides disculpas te perdonarán», «dice que si tú quieres vendrá aquí a verte y podréis hablar». Fui inflexible y quizá si no lo hubiera sido y me hubiera visto con ella y le hubiera contado lo del bar Trinket, lo que sucedió no hubiera sucedido. No lo sé. Fui con mi abuela a visitar a mi madre a la clínica López Ibor, en Madrid. La habían ingresado allí porque mis abuelos no sabían qué hacer con ella, no comía ni dormía, no hacía más que llorar veinticuatro horas al día. Nos introdujeron en una sala y al cabo de un rato trajeron a mi madre en silla de ruedas, como si fuera una inválida. Había adelgazado tanto en pocas semanas que parecía otra mujer, más vieja, casi fea. A primera vista tenía una expresión serena, lo que estaba es drogada, le debían de haber administrado muchos calmantes, tenía los ojos semicerrados y estaba inmóvil salvo por el movimiento nervioso de sus manos, que oprimían convulsas aquel viejo pato de peluche que había sido de Javi y que yo había olvidado. Mi abuela le dijo, «Nieves, está aquí tu hija, ha venido a verte». Yo sonreí a sus ojos cerrados, intenté cogerle una mano pero mi madre se resistió a soltar el pato. Al fin abrió los ojos y me dijo «hola». No supe qué hacer, pensé: lo sabe todo, pero su mirada no era hostil, solo

indiferente, sus ojos resbalaban por mi rostro sin emoción alguna y luego se posaron sobre el florero de la mesa baja de cristal y mimbre y se deslizaron hacia la cara de mi abuela con la misma apatía. Mi abuela se dirigió a recepción para hacer algún trámite y cuando nos quedamos solas mi madre de repente se animó, me agarró con vehemencia de un brazo y me dijo: «Tu padre es tu padre». Yo le dije que sí, para contentarla, pero no la creí, no me dio la gana.

A mi parecer, las fases de la culpa son idénticas a las del duelo (al fin y al cabo, la culpa es un sentimiento de duelo por la persona que fuimos, que ya no seremos):

Negación, ira, negociación, tristeza, aceptación, restablecimiento (esta última no, nunca hay restablecimiento).

A mí me compadecían como a una víctima, incluso mi abuela me trataba bien, con lástima, y yo en aquel momento quería dar lástima y recibir consuelo porque me sentía muy desdichada. La investigación policial sobre los asesinatos había quedado relegada al limbo y mi culpa también, no tenía la certeza de que hubiera sido ETA, instigada por Julen, quien mató a mis familiares, y me agarré a esa incertidumbre. Mi abuelo me ofreció su casa pero yo preferí irme lejos, a Barcelona (elegí esa ciudad porque nunca había estado en ella y nadie me conocía), donde buscaría trabajo y me pondría a estudiar, esta vez en firme. Recibí ayuda económica de mi abuelo, lo que me permitió alojarme en una residencia de estudiantes donde hice amigos y estrené un pasado nuevo: nunca había tenido un hermano, perdí a mis padres en un accidente de tráfico cuando era pequeña, me habían criado mis abuelos.

Al mes de instalarme en Barcelona, murió mi madre por ingesta accidental de medicamentos, un gastado eufemismo. Me afligí mucho, había empezado a quererla en su desgracia, pero también sentí alivio porque, en las pocas ocasiones en que la visité antes de su muerte, mi madre a veces me miraba de una forma que me producía inquietud, como si supiera. Muerta mi madre ya no había nadie que pudiera saber ni sospechar, eso creía yo, hasta el día en que me topé con la foto en la pared de una comisaría, a la que había ido a denunciar el robo de mi bolso. La melena exuberante de bucles negros, los grandes ojos claros, un pendiente de aro en una oreja, la bella Idoia por quien Julen me había postergado y que tantos celos despertó en Irene, miraba al frente con expresión melancólica, sin sonreír, ella que era tan risueña, desde el cartel de los fugitivos más buscados. Al pie de la foto se consignaban algunos datos descriptivos: altura 1,75 metros, ojos azules, tez clara, cabello negro. Me alteré tanto que abandoné la comisaría sin denunciar el robo, temerosa de que la policía me detuviera, como si fuera el mío el retrato que acababa de ver en aquel

panel de criminales.

Busqué información, fui a la hemeroteca, averigüé que Idoia había formado parte del comando Oker, el cual había cometido varios atentados en Bizkaia y en Gipuzkoa entre 1984 y 1985, empleando el mismo método en al menos dos de ellos: Idoia y otro compañero de comando se desplazaban en Vespa hasta el lugar del crimen, el varón conducía, ella iba de paquete, se tapaban los rostros con pasamontañas y cubrían con cascos sus cabezas, una vez cometido el atentado huían en la Vespa, así actuaron en los asesinatos de Joseph Couchot, el presunto miembro de los GAL, y del marinero Ángel Facal, al que Idoia mató de un balazo. Recordé que Amadeo declaró a la policía que había visto a una pareja de jóvenes, cubiertos con cascos y pasamontañas, que salieron a la carrera de nuestra casa y escaparon en una Vespa tras los asesinatos de Paco Ortega y de mi hermano, entonces comprendí que uno de los dos asesinos había sido Idoia López Riaño, aquella amiga tan guapa de Julen que resultó ser militante de ETA.

Se acabó la fase de negación, empezó la ira. ETA se sacudió de encima la responsabilidad por la masacre de Hipercor endilgando la culpa a la policía, que no había evacuado el gran almacén tras su aviso de bomba. Una militante de ETA que participó en el atentado de la casa cuartel de Zaragoza, en el que perecieron once niños, reprochó al cuerpo de la Guardia Civil la imprudencia de alojar niños y familias en sus cuarteles, cuando ETA ya les había advertido que pasaban a ser objetivos suyos; cuando la culpa excede de lo que uno puede soportar o asumir, la reacción inmediata es transferirla a otro, buscar un chivo expiatorio, así yo, la lady Macbeth de Barakaldo que confié a Julen que mi padre era de los GAL, para que se lo dijera a ETA, me encolericé porque habían matado de más, si ETA solo hubiera matado a mi padre, mi madre y mi hermano seguirían vivos y puede que los tres fuéramos felices o menos desgraciados. La culpa, para mí, era de Idoia y solo suya, no mía, ni de Julen, ni del compañero con el que Idoia habría cometido los crímenes, quizá porque a Idoia la conocía y a su cómplice no, podía ser cualquiera de los tres hombres que integraban el comando Oker, en cuanto a Julen, se había limitado a actuar de mensajero, había sido mi instrumento (no se llamaba Julen, es lo de menos).

Todo encajaba, para mí, al comando Oker se le atribuían otros atentados que no se habían podido probar, y el hecho de que ETA no hubiera reivindicado la ejecución de Paco Ortega, presunto miembro de los GAL, podía explicarse por la muerte accidental (me resisto a creer que fuera voluntaria) de un niño, Javi, ni siquiera ETA podía jactarse de un crimen tan atroz.

Me obsesioné con Idoia, acopié toda la información que pude sobre

ella y viví muchos años pendiente de su posible captura. Cuando la detuvieron en Francia me alarmé, temí que hablara, que lo contara todo, ahí comencé la fase de negociación, una negociación imaginaria con Idoia, con Julen, con la policía y, sobre todo, conmigo misma: decidí que si Idoia o Julen me delataban, yo lo negaría todo, sería su palabra contra la mía. E incluso en el supuesto de que pudiera probarse mi conversación con Julen en la ikastola, no veía en ello nada comprometedor. Confiar en privado a un amigo tus sospechas sobre la posible conducta criminal de tu padre es un desahogo, no un delito, a mí entonces no me constaba —nadie podría probar que me constara— que Julen fuera de ETA o que tuviera contactos con los terroristas, para mí Julen era solo un chico de Hernani que me gustaba —eso diría en el juicio—; en cuanto a Idoia, la vi una noche de carnaval y apenas crucé dos palabras con ella, no tenía idea de que perteneciera a ETA, en febrero de 1985 ella todavía era militante «legal», con una doble vida que ni siquiera su familia conocía. Lady Macbeth se caracteriza por tener las manos limpias, yo las tenía. Seguí con interés los juicios de Idoia, me produjo rechazo su actitud exaltada, chulesca, pero secretamente agradecí que se negara a colaborar con la justicia. Cuando abandonó ETA y se acogió a la vía de reinserción de Nanclares de Oca, temí que, en un alarde de sinceridad, confesara los asesinatos de mi hermano y su padre. No lo hizo y eso me tranquilizó, pero a la vez me enfurecí con ella porque negó casi todos sus crímenes pese a las pruebas y las condenas, esa actitud me pareció tramposa, intolerable, y a la vez me dio envidia, ojalá yo hubiera podido borrar el pasado como ella, recuperar la inocencia mediante una simple manifestación: yo no lo hice, esto no sucedió. No era capaz de engañarme a mí misma hasta ese extremo, yo sabía y no podía dejar de saber.

En varias ocasiones pensé en suicidarme, pero me convencí de que constituiría un acto de cobardía, yo no tenía derecho a quitarme la vida, como hizo mi madre, porque ella era una víctima y yo culpable, era mi deber continuar existiendo porque mientras yo viviera, ella y Javi pervivirían, de algún modo, en mi recuerdo, tras mi muerte sería como si nunca hubieran existido; sí, yo también soy capaz de engañarme a mí misma. Me impuse actos de penitencia, o que yo consideraba tales: me presenté a unas oposiciones para las que había estudiado durante dos años y en el primer examen, tras leer las preguntas y comprobar que sabía todas las respuestas, me levanté y me fui, para castigarme. Hice de mi vida una prisión, llevé una vida triste, hice de la tristeza mi refugio. Una mañana desperté en una cama ajena sin recordar nada, y me entró pánico por lo que pudiera haber contado en la borrachera a aquel desconocido que roncaba a mi lado, no volví a beber ni a salir de fiesta, fui feroz policía de mí

misma, rompí una relación con un hombre del que estaba medio enamorada, porque él me dijo que yo hablaba y gritaba en sueños. Estudié dos carreras, leí muchos libros (hacen compañía y son discretos), abandoné la enseñanza porque en todos los cursos, y en todos los colegios, había algún niño moreno, menudo y tímido, que me recordaba a mi hermano. Me prohibí tener hijos. Me hice inspectora de ascensores, una profesión idónea para mí, en la que apenas tengo contacto social, más allá de la compañía de los encargados de la empresa fabricante con quienes nunca hablo de asuntos personales.

Tengo fama de rigurosa en mi trabajo, incluso de inflexible, lo soy, por ello perdí mi empleo con la ingeniería de Barcelona para la que trabajé mucho tiempo. Una mañana me llamaron de urgencia para hacer una inspección en una vieja finca del Raval, en la que se había producido un accidente, el ascensor había caído en picado desde el quinto piso y resultaron malheridos un monitor y un niño, que vivían en un piso de acogida para menores tutelados. Tras inspeccionar el ascensor y las instalaciones llegué a la conclusión de que la cabina se había precipitado por un defecto de fábrica del motor; el encargado de la compañía fabricante que estaba conmigo hizo cuanto pudo para impedir que realizara mi investigación, recibí presiones de la empresa fabricante y de mi propio jefe en la ingeniería, aquella compañía era uno de sus mejores clientes, no me amilané, emití un informe que tuvo como consecuencia la condena de la empresa fabricante. Me quedé en la calle pero estaba eufórica, por primera vez desde que sucedió aquello me sentí a gusto en mi piel, quería pensar que de alguna forma me estaba redimiendo, en mi imaginación conferí los rasgos de Javi al niño accidentado (aunque era bastante mayor, tenía quince años), yo lo había salvado, pero no lo salvé, solo le conseguí una indemnización que nunca percibió porque la empresa fabricante quebró. La culpa no admite redención ni restablecimiento, *the deed is done*, lo hecho no se puede deshacer, como mucho aceptarlo, convivir con ello como quien vive con una enfermedad crónica o con un defecto físico, acarrear la sombra con resignación.

Me había jurado a mí misma que cuando Idoia quedara libre, iría en su busca. Cuando la localizara, me presentaría ante ella y… ¿qué haría? Conociendo a Idoia, como al cabo del tiempo creía conocerla, era consciente de que negaría de forma rotunda haber tenido parte en los asesinatos de mis familiares, una entrevista con Idoia, de conseguirla, lo cual no sería fácil, no arrojaría luz ni disiparía mis dudas, pero por lo menos yo le recordaría aquellos muertos, le removería la conciencia, la asomaría al pozo de la culpa. Además, estaba convencida de que, aunque lo negara con palabras, yo adivinaría la verdad en su expresión, en su mirada. Me enteré de que

al salir de la cárcel regresó a Rentería, sospecho que su doble condición de asesina y traidora le hizo la vida incómoda en su ciudad, sé que abandonó Euskadi, vagos rumores la ubicaban en Andorra, donde vivía su hermana, más tarde leí en un tabloide británico, que publicó una entrevista a su madre, que Idoia había recalado en Barcelona, donde trabajaba para la Cruz Roja. No seguí ninguna de aquellas pistas, renuncié a buscarla, para qué, ya había aceptado mi culpa, eso que hice soy yo y no hay vuelta de hoja.

Encontré trabajo en una pequeña ingeniería de Alicante y me mudé a la ciudad en la que, en mi recuerdo, había sido casi feliz, una niña normal y despreocupada. Alquilé un apartamento frente al mar, en una urbanización de las afueras donde hice algunas amistades, alcancé una cierta paz. Una tarde de mayo fui de inspección por la zona del Pla, el segundo ascensor que inspeccioné era un modelo antediluviano que la comunidad de vecinos hacía tiempo tenía que haber reparado, acumulaban partes desfavorables a los que no habían hecho ningún caso. El limitador de velocidad del ascensor no funcionaba, el encargado de la compañía coincidió conmigo en que aquel ascensor era un peligro. Adherí a la puerta la pegatina roja: DESFAVORABLE CON DEFECTOS MUY GRAVES. FUERA DE SERVICIO. El ascensor quedó precintado. El encargado y yo seguimos charlando en el portal de la casa y entraron unos vecinos, una pareja mayor, la mujer era bajita y rechoncha, compacta, el hombre, calvo y grueso, caminaba con dificultad, apoyado en un bastón. Al ver la pegatina del ascensor soltó una exclamación y, sin encomendarse a nadie, procedió a arrancarla. El encargado le reprochó su acción, el viejo se encaró con él, se entabló una discusión que subió de tono a medida que el vecino se encolerizaba, quién era el encargado para prohibir el uso del ascensor, iba a llamar al presidente de la comunidad, al administrador, aquello era intolerable, él era un anciano impedido que vivía en un sexto piso y no podía subir las escaleras, «¿lo entiendes o no?», le espetó al encargado, tuteándolo, aunque este le trataba respetuosamente de usted. Yo permanecí callada, su mujer también, como si de mutuo acuerdo hubiéramos decidido que aquel era un asunto de hombres, pero no pude permanecer en la sombra mucho tiempo, el vecino preguntó al encargado con qué derecho prohibía el uso del ascensor y este me acusó: «Ha sido aquí la inspectora», entonces el viejo se volvió hacia mí. «¿Tú?», me preguntó asombrado, «¿tú has precintado el ascensor?», no daba crédito a que una mujer se hubiera atrevido a tanto. Yo empecé a explicarle que en mi condición de inspectora de ascensores tenía la facultad de precintar los elevadores cuyo deficiente estado supusiera un peligro para los usuarios, rezando por que no me reconociera, pero me reconoció.

—¡Yo a ti te conozco! Yo te he visto antes, sí, hombre, tú eres… ¡Tú

eres la hija de Nieves y Paco! Te llamas... Ahora no caigo... ¿Nieves?

—María —lo corregí—, María Ortega. Hola, Amadeo.

Se puso muy contento, me abrazó y me estampó dos besos húmedos, uno en cada mejilla, olía a rancio y a viejo. «¡Qué alegría!», dijo, «¡después de tanto tiempo...!», no pudo seguir porque se emocionó, vi cómo se quitaba las gafas de culo de vaso y se restregaba los ojos. Me presentó a su mujer, Rosario, «para ti, Charo».

—¿Te acuerdas, Charito, de Nieves y Paco, mis amigos de Baracaldo? ¡No sabes la de veces que le he hablado de vosotros! —me aseguró.

Charito asintió con la cabeza, solemne. Amadeo me persuadió para que fuera a su casa a tomar algo y recordar los viejos tiempos, consiguió subir en ascensor después de todo. Antes de meternos en la cabina intentó darle una propina al encargado, quien la rechazó, incómodo, yo no sabía dónde mirar. Era un apartamento oscuro, los visillos corridos en todas las ventanas tapaban el sol, las paredes del salón estaban revestidas de madera (o de plástico imitando madera), una librería de madera, sin libros, ocupaba toda una pared, vi una mesa de comedor, un aparador y una cómoda a juego, también de madera, con intrincados adornos de marquetería, el ambiente era opresivo, hasta el aire olía a encierro.

Amadeo me vio admirando la decoración de su piso y me informó, muy ufano, de que todo el mobiliario era de madera de roble y de palisandro. Se habían hecho traer, íntegro, el salón comedor que tenían en la casa de Valladolid, los muebles habían pertenecido al primer marido de Charito, un notario, eran de calidad, muy antiguos, cualquier anticuario daría una fortuna por ellos, a mí me parecieron espantosos. Me hizo sentar en un sillón de muelles flojos en el que me hundí sin remedio, él se acomodó en el sofá, a mi izquierda, y le pidió a Charito que nos pusiera unos vinos. Charito dijo que de ninguna manera, Amadeo ya había bebido un par de copas en el restaurante, cuando no podía beber, «y tú lo sabes». «Tiene un principio de diabetes», me explicó, buscando comprensión, yo le eché un capote, dije que no bebía alcohol cuando estaba de servicio. Charito nos trajo un par de vasos de limonada casera que hacía ella misma. Yo bebí un sorbo y le dije que estaba muy rica. Amadeo guardaba un silencio enfurruñado que solo rompió para espetarle:

—Charito, chata, ¿tú no tenías que ir a la parroquia? No te quedes con nosotros por compromiso, vete con tus amigas, que te estarán esperando.

Y Charito, chata, dijo que sí, que mejor se iba yendo. Me informó de que aquel día habían celebrado su aniversario de bodas, por eso habían ido a comer de restaurante, pero ahora se le había hecho tarde, si yo la disculpaba... Y yo la disculpé. Amadeo me dijo que su mujer

era muy religiosa, muy de ir a misa, casi todas las tardes acudía a la parroquia donde se reunía con sus amigas y lo pasaba en grande. No todo era diversión, hacían mucho bien, colectas para esto y para lo otro, se desvivían por los pobres y colaboraban con las monjitas, ahora estaban preparando un viaje a Lourdes, tenían mucha ilusión en ir, y Charito, que no podía acompañarlas porque tenía que cuidar «de este viejo», era la que más ilusión tenía, así de buena y desprendida era. Tan pronto Charito salió de la casa, dejó de alabarla, me tendió su vaso de limonada que ni había probado y me dijo que le hiciera el favor de ir a la cocina —«la primera puerta a tu derecha»— para tirar al fregadero esa porquería. Cuando volví de la cocina lo encontré levantado, sacando con dificultad una bandeja de plata de un aparador, que me pidió le sostuviera mientras rescataba una botella de pacharán escondida en un hueco. Me indicó dónde guardaban las copas y me hizo coger dos, no atendió a mis protestas y las llenó de licor.

—Vamos a brindar como Dios manda, con pacharán, como en los viejos tiempos de Vascongadas. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Mi respuesta lo contrarió.

—Una mujer como tú, de rompe y rasga... Estás más llena, te has puesto guapa, cómo me recuerdas a tu madre... Aunque no te le pareces en nada, tú has salido a Paco, mi gran amigo, que en paz descanse. Yo quería mucho a tu padre, él decía, me decía, «tú y yo somos culo y mierda, Amadeo». ¡Qué tiempos aquellos, en Vascongadas!... ¡Qué bien lo pasamos pese a aquellos vascos separatistas y terroristas! ¡Qué hijos de la gran puta! Disculpa la expresión, somos como de la familia. Así que inspectora de ascensores... Quién lo iba a decir, la hija de Nieves, aquella chiquita... Yo no sabía que había inspectores de ascensores, hay inspectores de todo hoy en día. Yo no llegué a inspector de policía, me quedé en sargento, ¿puedes creerlo? Siéntate aquí, a mi lado, no te oigo bien, sordeo del oído derecho —me dijo, aunque yo no había pronunciado palabra, solo hablaba él, sin tregua, hablaba y bebía, ya iba por la segunda copa de pacharán, yo apenas había dado un sorbo a la mía, detestaba esa bebida. La culpa de que Amadeo no hubiera ascendido a subinspector, primero, y luego a inspector, como le correspondía, la tenían los GAL, eso me dijo—. Fue una caza de brujas, una cochinada muy gorda la que les hicieron, y todo por intereses políticos, los políticos son unos sinvergüenzas, todos. Los GAL hicieron mucho bien a España, gracias a ellos se salvaron cientos de vidas y se acabó con el terrorismo, ¿qué son veintisiete muertos comparados con las doscientas o trescientas muertes que se evitaron? Más los heridos, también hay que contarlos. Y los GAL supieron parar, no como ETA. Sabes aquel chiste del paciente que agarra al dentista de los huevos,

con perdón, y le dice «¿verdad que no nos haremos daño, doctor?», pues fue algo así; en 1986, cuando salió elegido Chirac primer ministro de Francia —un hombre de derechas, con valores morales—, le dijo a Felipe González que si los GAL dejaban de matar en Francia, los franceses apretarían las tuercas a los etarras, y así fue, y de la noche a la mañana los terroristas se quedaron sin su santuario de Francia y se acabaron los GAL. ¿A ti esto te parece mal? A mí tampoco. El que algo quiere algo le cuesta. Y el Gobierno de Felipe González reconoció a los GAL los servicios prestados, a Barrionuevo, que era ministro del Interior, tú no te debes de acordar, le dieron la Medalla de Oro al mérito policial, a Enrique Dorado —un guardia civil que acabó empapelado por lo de Lasa y Zabala—, la Cruz con distintivo rojo de la Orden del Mérito de la Guardia Civil, que no se la dan a cualquiera, a Rodríguez Galindo, que le dijo al juez que con seis hombres como él se podría conquistar América del Sur completa, ¡qué tío!, lo ascendieron a general de brigada, a Rafael Masa, el comandante de la Guardia Civil que contrató a los que se cepillaron al médico Santiago Brouard, lo nombraron teniente coronel y lo enviaron a Colombia a luchar contra el narcotráfico, luego lo trincaron cuando intentó meter doscientos kilos de cocaína en España, y a unos cuantos más también les dieron ascensos y condecoraciones, merecidamente, como tenía que ser, aunque a los que estuvimos picando piedra en la sombra no nos dieron ni las gracias, pero yo no soy rencoroso, con su pan se lo coman. Pues resulta que unos señores periodistas, unos cabrones como la copa de un pino, por medrar, por tener una exclusiva, y el juez Garzón, que se la tenía jurada a Felipe González porque no lo hizo ministro, empezaron a enredar y a investigar y a imputar a este y aquel y todo se fue al carajo, unos delataron a los otros para salvar el pellejo y todos acabaron en la cárcel, por ser patriotas, por luchar contra el terrorismo. Y Aznar, el presidente del PP, metiendo cizaña con lo de los GAL, azuzando al juez para echar a Felipe González, estoy de acuerdo en que había que echarlo, pero no todo vale, acabaron pagando justos por pecadores, parece mentira, un partido de orden, con sentido de Estado... Y Fraga estaba con los GAL, no hay que olvidarlo. Ojo, que yo los he votado muchas veces, pero aquello fue una puñalada. Cierto que lo primero que hizo Aznar cuando ganó las elecciones fue indultar a los presos de los GAL, pero no hay derecho a que pasaran por lo que habían pasado... Y a los que estábamos en la jefatura de Bilbao, con Amedo y Michel Domínguez, nos crucificaron, nos pusieron una cruz así de grande. A mí me mandaron al exilio, a Valladolid, ¿cómo iba yo a hacer carrera en Valladolid? Claro que allí conocí a Charito, que acababa de enviudar, no hay mal que por bien no venga. ¿No bebes? Eres como tu madre, que se servía una copita de anís solo por acompañarme. ¡Qué

delicadeza! ¡Qué señora era!»

Como quien no quiere la cosa, mientras evocaba a mi madre, Amadeo me deslizó una mano por el muslo, yo no daba crédito, otra vez aquello, después de tantos años. No le quité la mano porque quería preguntarle algo.

—Mi padre era de los GAL, ¿verdad?

Se sobresaltó, sus ojillos de rana me miraron recelosos. Yo insistí, le dije que había visto a mi padre merodeando en torno al bar Trinket el día del atentado. «¡Ah, lo del Trinkete!», dijo él, «aquello fue mala suerte, se cargaron a unos gitanos en vez de a los etarras, me acuerdo de eso, pero tu padre no pintaba nada allí, a mí por su culpa me cayó una buena. Paco tenía la mala costumbre de meterse donde no lo llamaban, aquella era una operación de la que se encargaban los franceses, él no hizo más que enredar».

Me juró que él adoraba a mi padre, para él Paco era como un hermano, «te lo digo con el corazón en la mano», pero era un liante y como policía no valía una mierda, «disculpa la franqueza, pero en mi tierra somos un poco brutos, al pan, pan, y al vino, vino. A tu madre se lo hizo pasar muy mal, tú no te debiste de enterar porque eras una cría, pero la engañaba y le daba muy mala vida. Tu padre era así, culo veo, culo quiero, yo me jugué el puesto por protegerlo, lo que yo he hecho por Paco Ortega no lo he hecho ni por mi santa madre, pero hasta a los santos llega un punto que se les hinchan los cojones. Esto te lo cuento a ti en confianza, porque eres su hija y él ya no está, tu padre a mí me hizo chantaje, me puso entre la espada y la pared, con todo lo que él me debía, si no llega a ser por mí lo hubieran echado del cuerpo, con esto te lo digo todo. Paco andaba loco por conseguir dinero porque... Pues mira, también esto te lo cuento, tenía una querida que era una señorita de un puticlub muy conocido de Bilbao —una meretriz, para entendernos—, y la quería retirar. Me pidió un montón de dinero, una barbaridad, me amenazó con que si no se lo daba hablaría con la revista *Interviú* y les contaría todo lo que él sabía de los GAL. Ya había tenido alguna reunión con un periodista, él no me lo dijo, pero yo lo sabía...». La mano que descansaba sobre mi muslo se crispó. Amadeo dijo con voz ronca «tu padre era un traidor, lo peor que puede ser un hombre. Y ahora si me disculpas tengo que ir al baño», pero no pudo ir solo, tuve que acompañarlo, el alcohol acentuaba su cojera, se había bebido ya media botella, yo me ocupaba de llenar su copa cuando la vaciaba, «qué amable eres», me dijo, «qué bien te educó tu madre».

Lo dejé en el cuarto de baño, a mi regreso al salón descorrí las cortinas y abrí una ventana, estaba oscureciendo, de la calle llegaba el eco de una sirena y el llanto de un niño. Sobre una cómoda vi fotos de familia, de bodas, comuniones y bautizos, y también fotos de Amadeo

y de su mujer en distintas etapas de su vida, las fotos estaban colocadas en filas simétricas, como soldados de un regimiento. En la segunda fila, medio oculta por un retrato de Amadeo con uniforme de sargento, había un retrato de mi madre y de mi hermano, a mi madre se la veía muy joven, Javi en aquella foto debía de tener seis o siete años. Mi madre sonreía a la cámara y con un brazo abrazaba a Javi. Hacía décadas que no había visto sus rostros, cuando murió mi madre las pocas cosas que se llevó de Barakaldo, entre ellas los álbumes de fotos, se las quedó mi abuela, quien me dijo que serían mías cuando ella muriera, pero yo no fui al entierro de mi abuela (estaba enferma o dije que lo estaba, no me acuerdo) y no sé qué se hizo de aquellos álbumes.

Me dejé una uña abriendo el portarretratos, al extraer la foto descubrí que el marco tapaba un brazo y una mano por la izquierda y un hombro y un antebrazo por la derecha, el brazo y la mano eran de mi padre, el hombro y el antebrazo me pertenecían a mí, la foto había sido recortada con saña para excluirnos a los dos, dejando nuestras extremidades mutiladas. No recordaba aquel posado familiar, la ocasión y el lugar en que nos tomaron la foto, puede que fuera a la salida de misa, cuando yo todavía iba a la iglesia y mi padre alguna vez nos recogía a la salida. Metí la foto en el maletín de trabajo donde guardo el tester, el tacómetro, el pie de rey, la linterna, y algunas herramientas, y dejé en su sitio el portarretratos vacío.

Amadeo regresó jadeante, como si viniera de una larga caminata, la bragueta del pantalón medio abierta. Buscaba apoyo en el marco de la puerta y en los respaldos de las sillas para abrirse camino hacia el sofá, en el que se dejó caer con un suspiro. Me pidió que me volviera a sentar a su lado, «estoy disfrutando mucho de esta charla contigo, qué bonito es recordar el pasado», pero no le hice caso. Saqué el móvil del bolso, tenía un montón de mensajes de las fincas cuyos ascensores no había ido a inspeccionar. Le mostré a Amadeo la pantalla.

—¿La reconoces?

—¿Quién es esta?

—Idoia López Riaño, la terrorista.

—¡Ah, la Tigresa, sí! ¡Qué puta y qué guapa era! Tremenda.

Le pregunté si fue ella quien mató a mi padre y Amadeo se sorprendió, «¿qué tiene que ver la Tigresa con la muerte de tu padre?». En aquel momento caí en la cuenta de que durante nuestra conversación (o su monólogo) él no había mencionado ni una sola vez la forma en que murieron mi padre y Javi, sus horribles asesinatos. No lo dejé escabullirse, continué preguntándole si la Tigresa podría haber sido la chica que él vio salir corriendo de nuestra casa aquella tarde, para escapar en una Vespa con un hombre. Amadeo estaba confundido, ¿qué chica?, ¿qué hombre?, «no sé de qué me hablas,

chata». Le recordé su testimonio en el atestado, se puso muy nervioso, «si yo dije eso debió ser así, cómo quieres que me acuerde, ha pasado tanto tiempo. ¿Cuántos años ya? ¡Treinta por lo menos! Ponme un poquito más de pacharán, hazme el favor. No me llenes la copa, solo la mitad, menuda bronca me va a echar mi mujer cuando vuelva». Se puso a escrutar el contenido de su copa con el celo del enólogo que examina un gran reserva, un temblor recorría la mano que la sostenía. Sin mirarme, los ojos fijos en el licor, me preguntó con un hilo de voz si mi madre había muerto de cáncer.

—No. Se suicidó.

Contrajo el rostro de sapo como si fuera a estornudar, pero lo que hizo es entregarse al llanto con esa incontinencia que tienen los borrachos. «¡Qué tonta! ¡Qué tonta!», decía, la cara hundida entre las manos. Se quitó las gafas, húmedas de lágrimas, y me miró con sus ojos saltones, era una mirada suplicante. Nieves no quiso siquiera verlo ni hablar con él, se lamentó, no le dejó explicarse, «se fue sin decirme adiós, con lo que habíamos sido... No la vi nunca más». «Quién podía imaginar que aquel día el niño se pondría malo y volvería a casa antes, fue una desgracia, muy mala pata, una terrible casualidad...» Repitió la palabra «terrible» varias veces. «Este piso lo había comprado para ella, para Nieves, porque sabía que soñaba con vivir en Alicante.» Un piso de ciento cincuenta metros cuadrados, con cuatro habitaciones y dos cuartos de baño, «una habitación para el niño y otra para ti. Habitaciones hermosas, con ventanas y armarios empotrados, aquí habríamos estado muy a gusto los cuatro. ¡Qué hacemos Charito y yo en un piso tan grande! Se nos cae la casa encima...». Me miró con ojos implorantes, creo que esperaba mi conmiseración.

Charito irrumpió en la sala con su andar apresurado, no la habíamos oído llegar, venía apurada porque ya era hora de que se pusiera a hacer la cena, se le había echado la noche encima charlando con las amigas. Cuando nos vio se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y esto? ¿Qué ha pasado aquí? ¡Pacharán! Amadeo, tú has estado bebiendo.

Amadeo lo negó, dijo que él solo había tomado un dedito por acompañarme, era yo quien había dado cuenta de la botella. «María tiene mucho saque, como su padre», dijo, y el hombre que mató a mi padre y a mi hermano soltó una risita y me guiñó un ojo cómplice.

Al salir, me dirigí al cuarto de máquinas del ascensor y lo desconecté, luego volví a poner la pegatina roja en la puerta. A la luz macilenta del portal (dos bombillas estaban fundidas) me vino a la memoria aquella noche en que operaron de urgencia a Javi en el hospital de Cruces. Amadeo acababa de dejar la habitación, para descanso de todos, y allí estábamos nosotros, mi padre, mi madre, y

yo, junto a la cama de Javi, que recién despertado de la anestesia nos sonreía, los cuatro, la familia, en una rara tregua, por una vez unida.

Bibliografía

Las fieras es una novela híbrida, en la que entremezclo personas y hechos reales con personajes y sucesos ficticios; no es este un procedimiento novedoso, muchos autores lo han empleado antes que yo, sin duda con mayor acierto, nos podemos remontar a Homero con su *Ilíada*, a *Macbeth* o a *Ricardo III*, entre otras obras históricas de Shakespeare, o a la gran novela *Guerra y paz*, de Tolstói, no pretendo haber inventado la pólvora.

A mi parecer, cuando en un texto se entreveran realidad y ficción, predomina el componente ficticio y tiene que leerse como un cuento o una novela, no obstante, entiendo que hay unas normas a las que debe atenerse el narrador al abordar los personajes o hechos reales, que han de aplicarse con mayor rigor cuanto más recientes (y por ende recordables y comprobables) sean los sucesos narrados, aun y cuando, como en esta novela, se trate de personas que por sus actos tienen una dimensión pública, de interés general. Son unas normas no escritas, su exigencia viene determinada por un cierto sentido ético que le hace preguntarse al narrador —narradora, en mi caso— ¿hasta qué punto puedo inventar o imaginarme actos, pensamientos o manifestaciones de personas que existen o han existido y no son producto de mi fantasía? Los límites a mi libertad como narradora no me vienen impuestos, en mi novela los establezco yo y el lector es libre de discrepar de ellos. Así, yo considero que me es lícito imaginar un diálogo en el que Idoia López Riaño se queja amargamente de la dejadez de sus compañeros de comando para con las tareas del hogar (en la «realidad», es decir, en el libro de Soares Gamboa, es Idoia López Riaño quien es acusada de incuria y holgazanería por su antiguo compañero de comando), pero en ningún caso puedo atribuirle un crimen que no haya cometido, aunque sea ficticio.

Mi fantasía no alcanza para imaginar que en un juicio en el que se le acusaba de haber participado en el secuestro y asesinato de dos hombres, Joxean Lasa y Joxi Zabala, al general de brigada Enrique Rodríguez Galindo se le ocurriera decirle al juez que con seis hombres como él se podría haber conquistado América del Sur completa, y sin embargo lo dijo. Y yo habría perdido la credibilidad del lector no familiarizado con los hechos si hubiera incorporado a la novela figuras como la de Luis Roldán, director de la Guardia Civil y colaborador de los GAL, que huyó al extranjero con más de mil millones de pesetas

procedentes de comisiones ilícitas y de fondos reservados, lo que provocó una crisis política nacional, o como la de Francisco Paesa, estafador de altos vuelos, agente de los servicios secretos españoles y seductor de viudas adineradas, también colaborador de los GAL y amigo de Luis Roldán, a quien ayudó a escapar. El Gobierno español encomendó precisamente a Francisco Paesa la búsqueda y entrega del fugado, lo que Paesa consiguió con una rocambolesca puesta en escena, embolsándose los mil millones que había robado Luis Roldán, más la recompensa cobrada por sus servicios. En 1998, Francisco Paesa publicó en la prensa su propia esquela de defunción, que incluía misas gregorianas por su alma, y logró pasar por muerto mientras seguía con sus peculiares negocios, hasta que unos años más tarde se descubrió que estaba vivo. Murió de verdad (se supone) en París, en mayo de 2023.

Es un cliché afirmar que la realidad se puede permitir giros inverosímiles que a la ficción le están vedados, y en cuanto hace referencia al esperpento de los GAL, este cliché debe darse por bueno, por ello quiero dejar constancia de que los hechos relativos a los GAL, y también a Idoia López Riaño, recogidos en *Las fieras* no son inventados, proceden de una asidua consulta a la hemeroteca, del visionado de películas y documentales, así como de la lectura de numerosos libros, de los cuales quiero destacar los siguientes: *Militar en ETA. Historias de vida y muerte*, de Miren Alcedo Moneo (1996); *Yo terrorista. Hablan los protagonistas*, de Isabel Pisano (2004); *Mujeres de ETA. Piel de serpiente*, de Matías Antolín (2002); *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas*, de Florencio Domínguez (2002); *Vivir después de matar*, de Ana Terradillos (2016); *La lucha hablada. Conversaciones con ETA*, de Egoitz Gago y Jerónimo Ríos (2021); *Patriotas de la muerte,* de Fernando Reinares (2011); *Agur, ETA*, de Soares Gamboa y Matías Antolín (1997); *Lo difícil es perdonarse a uno mismo*, de Iñaki Rekarte (2015); *Women and ETA*, de Carrie Hamilton (2007); *El eco de los disparos*, de Edurne Portela (2017); *ETA 1958-2008. Medio siglo de historia*, de Iker Casanova (2007); *ETA. La derrota de las armas*, de José Mª Irujo y Ricardo Arques (1993); *Comando Madrid*, de José Oneto (1987); *Del sacrificio a la derrota. Historia del conflicto vasco*, de Nicolás Buckley (2020); *Cal viva*, de José Amedo (2013); *Yo confieso*, de Mikel Lejarza y Fernando Rueda (2019); *GAL. La historia que sacudió el país*, de Melchor Miralles y Antonio Onetti (2006); *Amedo. El Estado contra ETA*, de Melchor Miralles y Ricardo Arques (1989); *Pastrana. En el nombre de la guerra sucia*, de Manuel Pastrana y Joaquín Vidal (2018); *GAL. Crimen de Estado*, de Álvaro Baeza L. (1998); *Cherid. Un sicario en las cloacas del Estado*, de Ana María Pascual y Teresa Rilo (2019); *Dirty War. Clean Hands. ETA, the GAL and Spanish Democracy*, de Paddy Woodworth (2002); *Infiltrados. De ETA a Al Qaeda*, de Jorge Cabezas

(2004); *Sangre, sudor y paz. La Guardia Civil contra ETA*, de Lorenzo Silva, Manuel Sánchez y Gonzalo Araluce; *Yo maté a un etarra*, de Jorge Cabezas (2003); *La hija del txakurra*, de José Alfonso Romero PSeguín; *Crónica de 30 años en primera línea. ETA, Euskadi y el mundo*, de Fidel Raso (2022); *Mierda de Bizkaia y sus grupos punks maqueteros (1977/1989)*, de Andoni Fernández Azkarai (2017); *God Save the Queens. Pioneras del Punk*, de C. Garrigós, N. Triana y P. Guerra (2019); *Movimiento de Resistencia. Años 80 en Euskal Herria. Contexto, crisis y punk*, de Jakue Pascual (2019).

Las fieras
Clara Usón

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

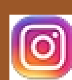
ISBN: 978-84-322-4372-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Juan Manuel Gil

Un hombre bajo el agua



Un hombre bajo el agua

Gil, Juan Manuel

9788432243783
384 Páginas

Hay crímenes que nos persiguen toda la vida.

Esta historia comienza bajo las aguas turbias de una balsa de riego. Es ahí donde el protagonista, con apenas catorce años, encuentra el cadáver de un vecino. El fatal hallazgo hace saltar por los aires los

felices días de su adolescencia: en el barrio no tardan en correr teorías sobre el ahogamiento y la implicación que el joven pudo tener en esa muerte. Más de dos décadas después, se propone reconstruir lo que realmente sucedió aquella mañana de verano.

Con un extraordinario ritmo narrativo y la estructura fascinante de una investigación, *Un hombre bajo el agua* es una novela que ajusta cuentas con nuestra parte más escurridiza: la memoria. Un viaje de ida y vuelta en el que la escritura abre una grieta en la muerte por la que la vida acaba abriéndose paso.

Ganador del Premio Biblioteca Breve en 2021 con *Trigo limpio*, Juan Manuel Gil se ha convertido en uno de los autores más originales del panorama narrativo español. «Es una delicia, una maravillosa revelación, un acontecimiento, seguir la evolución de este escritor que lo único que ha hecho, título tras título, es dar pasos de gigante. Un narrador inconformista que ha sabido como pocos construir su propia voz» (Salvador Gutiérrez Solís, *El Día de Córdoba*).



Tove Ditlevsen

Felicidad perversa



Felicidad perversa

Ditlevsen, Tove
9788432243684
256 Páginas

Tras las memorables Trilogía de Copenhague y Las caras, «el legado de Tove Ditlevsen perdura con esta colección de cuentos magnífica» (TIME).

Una mujer recién casada anhela, irracionalmente, un paraguas de

seda; un esposo parece sentir celos del apego que tiene su esposa hacia un gato e intenta desprenderse de él; una madre traicionada despide impulsivamente a su empleada doméstica. Bajo la superficie de estos cuentos que observan con precisión el amor, el matrimonio y la vida familiar en la Copenhague de mediados del siglo XX, laten corrientes de deseo, violencia y desesperación, mientras mujeres y hombres sueñan con escapar de sus roles convencionales sin entender realmente qué significa ese perverso anhelo al que llamamos felicidad.

En última instancia, en esta magnífica colección de cuentos Tove Ditlevsen consigue encarnar la complejidad de la vida y la lucha de las mujeres por encontrar su lugar en una sociedad que a menudo las margina. Relatos tan ácidos como conmovedores, que ofrecen una visión realista de cuestiones cotidianas como la pareja o la maternidad, pero también de temas como la soledad, el abuso, la infidelidad y la depresión.



Las reglas del Mikado

De Luca, Erri
9788432243790
144 Páginas

Un encuentro fortuito puede entrelazar dos vidas para siempre a pesar de la distancia.

Ella es una joven gitana que huye de su familia para escapar de un matrimonio concertado; él, un relojero que acampa en la frontera y la

acoge en su tienda. El encuentro inaugura un entendimiento hecho de diálogos nocturnos, un intercambio de saberes y visiones: ella, que cree en el destino, en las señales, en el dios de las cosas; él, que se siente un engranaje de la máquina del mundo y que interpreta ese mundo según las reglas del juego del Mikado, como si jugar fuera una forma de poner orden en el caos. Un entendimiento que durará toda una vida, incluso en la distancia, y que tendrá consecuencias que reverberarán a lo largo del tiempo: ambos tomarán decisiones inevitables que cambiarán el destino del otro.



Tres enigmas para la Organización

Mendoza, Eduardo
9788432242922
408 Páginas

No vuelve con un detective chiflado, sino con nueve. No vuelve con un caso, sino con tres.Vuelve el mejor Eduardo Mendoza.

Barcelona, primavera de 2022. Los miembros de una organización gubernamental secreta se enfrentan a la peligrosísima investigación

de tres casos que tal vez estén relacionados entre sí, o tal vez no: la aparición de un cuerpo sin vida en un hotel de Las Ramblas, la desaparición de un millonario británico en su yate y las singulares finanzas de Conservas Fernández.

Creada en pleno franquismo y perdida en el limbo de la burocracia institucional del sistema democrático, la Organización sobrevive con apuros económicos y en los límites de la ley, con una reducida plantilla de personajes heterogéneos, extravagantes y mal avenidos. Entre el suspense y la carcajada, el lector deberá unirse a este disparatado grupo si quiere resolver los tres enigmas de este apasionante rompecabezas.

Eduardo Mendoza entrega su mejor y más divertida aventura hasta la fecha. Y lo hace con nueve agentes secretos en una novela de detectives que actualiza los clásicos del género, y en la que el lector encontrará la inconfundible voz narrativa, el brillante sentido del humor, la sátira social y la comedia de enredo que caracterizan a uno de los mejores autores de la lengua española.



El fuego purificador

Leon, Donna
9788432243806
416 Páginas

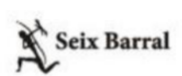
El comisario Brunetti se enfrenta al alarmante fenómeno de la violencia juvenil en pleno corazón de Venecia.

«Una serie para disfrutar infinitamente, tanto por sus reflexiones sobre la justicia y la venganza como por su capacidad para hacerte sonreír.»

The New York Times Book Review
«Una de las grandes escritoras de crimen y misterio.» ***The Times***
«La suya es una mezcla inusualmente potente de ambientación y acción.» ***The New Yorker***
«Donna Leon está en su mejor momento en esta entrega, en la que destacan tanto sus personajes complejos como un estilo elegante y sofisticado.» ***Dead Good Books***

En el caso número 33 de la serie Brunetti, Donna Leon aborda la preocupante cuestión de la violencia en las bandas juveniles. ¿Cómo puede ocurrir algo así en pleno corazón de Venecia, y, lo que es peor, llegar incluso al interior de la *questura*? Brunetti y Griffoni harán todo lo que esté a su alcance para comprender este fenómeno.

La Piazza San Marco aparece cubierta de cristales: dos bandas juveniles se han enfrentado violentamente en la oscuridad. Mientras la *commissario* Griffoni confía en su intuición para descubrir cómo un adolescente al que ha conocido recientemente puede acabar atrapado en un grupo así, Brunetti recurre a sus contactos al tiempo que intenta desentrañar el oscuro pasado del padre del joven. Tampoco el *vicequestore* Patta está tranquilo: hará lo que sea necesario para protegerse a sí mismo y a su entorno de esta alarmante amenaza, una situación que se está tornando especialmente desagradable en una ciudad tan turística como Venecia.



Clara Usón

Las fieras